

¿HAS VISTO CÓMO LLUEVEN LAS FLORES?

Ana María Draghia



¿HAS VISTO
CÓMO LLUEVEN
LAS FLORES?

Ana María Draghia



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Ana María Draghia

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

¿Has visto cómo llueven las flores?, n.º 179 - diciembre 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-542-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Cita

Dedicatoria

Capítulo 1: Día 293

Capítulo 2: Día 1

Capítulo 3: Día 298

Capítulo 4: Día 299

Capítulo 5: Día 300

Capítulo 6: Día 3

Capítulo 7: Día 22

Capítulo 8: Día 30

Capítulo 9: Día 51

Capítulo 10: Día 57

Capítulo 11: Día 61

Capítulo 12: Día 63

Capítulo 13: Día 63

Capítulo 14: Día 67

Capítulo 15: Día 302

Capítulo 16: Día 68

Capítulo 17: Día 306

Capítulo 18: Madrugada 307

Capítulo 19: Día 310

Capítulo 20: Noche 310

Capítulo 21: Día 315

Capítulo 22: Día 322

Capítulo 23: Mañana 324

Capítulo 24: Día 328

Capítulo 25: Noche 328

Capítulo 26: Madrugada 329

Capítulo 27: Día	335
Capítulo 28: Noche	339
Capítulo 29: Madrugada	340
Capítulo 30: Día	345
Capítulo 31: Día	346
Capítulo 32: Tarde	347
Capítulo 33: Día	347
Capítulo 34: Día	353
Capítulo 35: Día	359
Capítulo 36: Tarde	359
Capítulo 37: Mañana	360
Capítulo 38: 24 de febrero	
Epílogo	
Si te ha gustado este libro...	

*No dejes de creer que las palabras y las poesías
sí pueden cambiar el mundo.
Pase lo que pase nuestra esencia está intacta.
Somos seres llenos de pasión.
La vida es desierto y oasis.
Nos derriba, nos lastima, nos enseña,
nos convierte en protagonistas
de nuestra propia historia.*

No te detengas, Walt Whitman

*Desde la ventana veía cómo los árboles del jardín
se desprendían disimuladamente de pequeños pero infinitos
brotes anaranjados. Caían pendulares, sin hacer ruido.*

Desde dentro, Ignacio Ballester Pardo

*Para Max,
que me descubrió la lluvia de flores.*

Capítulo 1

Día 293

Olía a fuego y a nieve derretida, a madera mojada, a hojarasca, a chocolate caliente. Un cúmulo de aromas invernales que recorrían la cabaña como serpenteantes haces de luz, idóneos para acompañar las sensaciones que dejaban a su paso con una canción, vieja y desgastada, reproducida por una gramola o un tocadiscos. Y, por supuesto, con sabores: los de los frutos secos tostados y recubiertos por una fina capa de miel, los del borboteo de los caldos y los de la canela en las galletas recién horneadas. A todo esto se sumaban las voces, una decena de ellas. Llegaban desde la cocina coreando las risas de los otros y vitoreando las gracias. A veces, el silbido de la tormenta se colaba por debajo de la puerta de la entrada y disimulaba el jolgorio, al igual que las ramas desnudas de los árboles, que crujían y se debatían entre quebrarse bajo el peso de la nieve y el viento o seguir firmes, aguantando.

Desde fuera, solo se veían las cortinas pardas de las ventanas y un rostro pálido que miraba a través del cristal. Traslúcida, su piel era casi marmórea, aunque tras ella se escondía el rubor exiguo del calor insuflado por la chimenea, chispeante. Era un fuego producido por el baile de diminutos destellos que consumían la leña y que también se adueñaban de sus oscuras y dilatadas pupilas y del iris todavía más negro. Las cejas rubias y su larga cabellera trigueña suavizaban la severidad de su mirada, que parecía el antifaz de una amabilidad innata.

Elsa era bondad y silencio, pero sobre todo era un salvaje propósito: vivir intensamente cada segundo. Observar, creer, avanzar, soñar, no detenerse nunca. Ni siquiera ahí, sentada en la repisa de la ventana, se había parado. Su mente iba más allá del bosque. Ahora ellos eran sus habitantes, se dijo recordando uno de sus libros favoritos, el de Thomas Hardy. Quizá, por un momento, tuvo el deseo de querer detener el tiempo en ese instante mágico, pero, acto seguido, renunció a aquella idea, ya que era incapaz de permanecer durante demasiado tiempo en un mismo sitio. Así que, corrió la cortina, se levantó con ímpetu y fue al encuentro de sus amigos.

Entró en la cocina como una liebre danzarina, llevando la taza vacía de chocolate consigo. La aclaró con agua sin dejar de sonreír. Había estado tanto

tiempo fuera, lejos, cumpliendo su objetivo de moverse, que por momentos había olvidado las voces de sus amigos. Las de unos más que las de otros, eso sí. Era agradable estar ahí, Elsa consideraba que volver era un regalo. No tenía claro si se trataba de un obsequio del destino o un autoregalo que se había hecho ella misma.

Elsa, aquella niña que nunca temió a la soledad, que la buscaba y encontraba diariamente, ahora comenzaba a pensar que ya no le parecía un cobijo donde descansar del mundo, sino un embarrado subsuelo donde había descendido con seguridad y del que necesitaba regresar. Subir peldaño a peldaño la escalera metálica y levantar la trampilla, mirar al otro lado y, sin llegar a detenerse, seguir siendo quien era, sin olvidar que lo era por culpa o gracias a quienes evitaban esa soledad.

Guardó la taza en el armario y se dio la vuelta. Eran las siete de la tarde y había caído la noche. Se apoyó en la encimera y contempló a los que permanecían ajenos a sus pensamientos. Vistos desde ese ángulo, parecían la escena de una obra teatral, una que ella debió de leer en algún momento anterior, porque los conocía tan bien que hubiese podido trazar un diálogo para cada uno de ellos. Y así, pensando en esa absurda idea, olvidó por un momento el peso que sentía doblegándole el cuello.

Alguien le dio un codazo. Ángela le tendía un plato lleno de buñuelos, a los que no pudo resistirse. Nunca podía. Además, ¿por qué hacerlo? Acababa de llegar de la India, donde había subsistido durante meses a base de verduras y frutas. Quería y merecía disfrutar de una ingente cantidad de comida que, para bien de todos, no había cocinado ella.

Salió disimuladamente de la cocina, cuando apenas había pasado cinco minutos en ella, y fue hacia la habitación que compartía con el resto. Rebuscó debajo de su cama y extrajo una maleta grande, de color granate. Corrió la cremallera y extrajo un maletín más pequeño, donde guardaba su cámara fotográfica preferida y todos los objetivos, carretes, el trípode, el equipo de iluminación y un fotómetro de mano.

En cada uno de esos objetos había depositado sus sueños y sus esperanzas hacía ya tres años. En ese momento, a sus casi veintiséis primaveras, veranos, otoños e inviernos, había cumplido parte de ellos, sin desperdiciar ninguna de las oportunidades que se le habían ofrecido, aunque una parte de ella seguía sintiendo que se había ido sin nada y había regresado con demasiadas cosas.

Se colocó el chaquetón y salió de la casa con la cámara envuelta en la bufanda. La fotografía era su pequeño universo, en el que todas las situaciones,

colores, personas e instantes tenían cabida. Es más, cada pixel formaba parte inalienable de la manera en la que percibía lo que la rodeaba. Por eso, buscó la única manera en la que ninguno de los que estaban dentro podría verse, desde el otro lado.

La cocina tenía unas grandes puertas correderas de cristal, sin cortinas ni persianas. Estaban recubiertas por una fina capa de vaho que llamó su atención casi al momento. Siempre estaba buscando lo peculiar, aquello que el resto del mundo no alcanzaba a discernir. Colocó la cámara, ajustó el objetivo y captó las figuras ligeramente difuminadas, que seguían riendo a unos pocos metros de ella. Se le camuflaron los labios rosados en una sonrisa orgullosa. Entonces, vio el camino de luz que había dibujado la lámpara de la cocina sobre la nieve cuajada. ¿Podría también separar del espacio y del tiempo esa efímera imagen?

Probó desde diversas perspectivas, pero a duras penas se apreciaban las tonalidades, la tenebrosidad del bosque a su alrededor y la calidez y delicadeza amarillenta del suelo. Apoyó la espalda entre una de las puertas de cristal y la pared. Entonces la pantalla de la cámara mostró algo que tuvo tiempo de immortalizar. Una sombra alargada, difusa, en la luz de la nieve. La sonrisa se hizo más grande.

Elsa miró a su derecha cuando alguien abrió una de las puertas. Ella ya había reconocido su sombra, probablemente porque siempre iba a su lado. Movié un poco el cuello y carraspeó. Una vez más se planteó cuándo había empezado a notar que algo le obstruía la garganta, no obstante, no borró la recién adquirida sonrisa.

—Ahora entro —se limitó a decir.

Se limitó como hacía últimamente. Qué fácil resultaba saber qué pensaba el otro. Antes. Tener preparadas esas respuestas de emergencia a preguntas que no llegaban a producirse. Ahora entro. Ahora pensaba hacerlo. Ahora voy. Ahora, ahora quisiera haber dicho realmente lo que estaba sucediendo en ese ahora en su vida. Porque ese ahora la llevaba acompañando doscientos noventa y tres días. Contados sin querer, y aun así necesitando hacerlo.

Pero esta vez el comentario no fue suficiente. No para Hugo, quien la conocía igual de bien que ella a él. Llevaban juntos tantos años que otra visión de sí mismos, solos, con otras personas, a kilómetros de distancia el uno del otro, parecía absurda, irreal. Sin duda, algo para nada verosímil.

Él cerró la puerta y se quedó frente a Elsa, mirándola, echándole un pulso a su sonrisa, que no permanecería ahí demasiado tiempo. ¿Quién sería capaz de sostenerla cuando la desilusión y enfado de la persona de la que estás enamorado

te miran de frente? Elsa, desde luego, no era una de esas. Capturaba las emociones en sus fotografías al igual que hacían sus ojos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Yo diría que no.

Ella dejó caer los hombros y se percató de que había estado tensa como un muelle. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ese momento de que alguien había tirado de ella hasta el punto de llegar a producir, en el peor de los casos, su propia colisión?

No dejó escapar, sin embargo, el suspiro que la ahogaba. No quería reprimendas ni indiferencia, simplemente asumir la situación con madurez, eso era lo que había aprendido de Hugo: que era demasiado diferente a ella. Por eso se querían, ¿no? Se completaban, respetaban y confiaban en el otro con los ojos cerrados, en el otro extremo del mundo y en ese rincón anegado en nieve.

Se llevó las manos al cuello y se quitó el colgante. Seguía pesando. Extrajo el anillo plateado de la cadena, le dio un par de vueltas entre los dedos y un pensamiento que nunca reconocería en voz alta le cruzó el corazón: ¿Y si se perdiera en la nieve, entre los copos, con el resto de ese sentimiento que no reconocía? Pero no se produjo.

Lo colocó alrededor de su dedo corazón y le tendió la mano a Hugo.

—Solo estaba esperando.

—¿A qué?

¿Dónde estaba la respuesta socorrida a esa interrogante? Elsa no lo supo.

—¿Quieres hacer esto, Elsa?

—Claro que quiero —contestó sin dudar.

Se dijo que eso era bueno. No había hablado la razón, sino el amor que sentía por él. Anhelaba pasar el resto de su vida con el inquisidor Hugo, que no parecía satisfecho con la situación y mucho menos con ella.

—Llevamos ocho años juntos —le recordó.

¿Eran demasiados para recordar por qué querían seguir estándolo? ¿Qué clase de pregunta era esa? A lo mejor solo necesitaba unas pequeñas vacaciones, un tiempo solos, sin que ninguno de los dos fuera una sombra para el otro. Pero parecía que la única que sentía esto era ella. ¿Estaba agobiada, cansada, aburrida? Quería a Hugo, lo tenía claro, sin embargo, ¿qué había cambiado? Sea lo que fuere, Elsa solo creía saber el cuándo y no el qué.

—Estaba nerviosa.

Era una de las primeras veces que mentía.

—Pero digámoslo ya —concluyó.

Hugo sí que suspiró, aliviado, sin saber que realmente no tenía motivo fundamentado para estarlo. Siempre se relajaba cuando Elsa tomaba la determinación de hacer algo, porque cuando eso sucedía, todo acababa yendo bien. Era ambiciosa, habrían dicho algunos, perfeccionista, decidida, con un afán inquebrantable por conseguir lo que se proponía. Si no le ponía un pero a aquel compromiso, solo podría significar que estaba convencida.

Así fue como Hugo volvió a sonreír y Elsa a hacerlo con él.

Ella se sentía apaciguada. Volvía a ser la niña esperando a confesar la travesura. Elsa, siempre Elsa, inquieta como el batir de alas de un colibrí. Yendo y viniendo, trasteando. Resuelta, insatisfecha, leal.

Tal vez fue esa lealtad la que le tendió la mano a Hugo, la que lo sostuvo, la que le recordó que el apoyo incondicional que le había ofrecido siempre seguiría ahí, la que entró con él en la casa y la que, de nuevo, mostró el anillo con orgullo al resto de los presentes.

Después, Elsa solo se abstraigo. Ella estaba ahí, pero sus ojos la veían desde el otro lado de los ventanales, incluso con las cortinas echadas. La presentían, su sombra y el temblor de sus ojos. No era emoción, cosa que creyó intuir Ángela, sino algo que llevaba tiempo sin sentir: miedo, y no nervios como había dicho. Era un pavor insostenible.

Hugo la había rodeado con su brazo de gigante. El resto los felicitaban y repetían un único mantra, hasta que la muerte os separe. ¿Era eso lo que asustaba a Elsa? ¿Pasar el resto de su vida con Hugo?

Le miró sin que él intuyera tan siquiera lo que se preguntaba.

La respuesta era no. No se trataba de eso. Apretó con más fuerza su mano alrededor de la del único hombre del que se había enamorado. Llamó su atención con ese gesto. Entonces, cuando sus ojos se encontraron al fin, fuera de la oscuridad, a la luz del fuego, las velas y las lámparas, Elsa encontró su respuesta.

Lo que la asustaba era saber que iba a pasar el resto de su vida con un hombre que no quería pasarla con ella. Era Hugo el que estaba nervioso, fingiendo que seguía siendo un héroe, era Hugo el primero de los dos en plantearse ese absurdo que ella habría pasado por alto el resto de sus días.

Hugo se había imaginado sin ella y sí, del mismo modo que Elsa había sentido un desasosiego atroz, a él también lo recorrió y ardió en algún lugar demasiado sensible de su pecho. Había sentido a Elsa lejos, tanto como para olvidarla. Había interpuesto, durante una fracción de tiempo, una distancia inquebrantable entre los dos, tanto como para renunciar incluso a la certeza de que una vez formó parte de su vida. Y eso le había acongojado ferozmente, porque el alivio

que había sentido pensando en empezar de cero, en finalizar ahí, con esos ocho años a sus espaldas, había sido egoísta y ansiado.

Así había sido como Hugo se había levantado del sofá y tomado la determinación de comprar un anillo que, tiempo atrás, le habría llenado de ilusión. Elsa se había sorprendido al recibirlo, al colocarlo alrededor de su dedo. Elsa, su Elsa. Esa adolescente de ojos brillantes que le había hechizado intentaba ver a través de él. Le había dicho que sí, le había abrazado, había saltado de alegría.

Pero ¿cuándo se había convertido Elsa, su Elsa, en una completa desconocida? Aunque Hugo no quería contar los días, también lo había hecho. Había perdido la cuenta, eso sí, al llegar a los doscientos.

Ahora estaba ahí, a su lado, rodeados por sus amigos. Ella volvía a mirarle, pero Hugo no se percató de que esa noche nevada, perdidos en el bosque en unas vacaciones improvisadas, en el que debía de haber sido uno de los mejores momentos de sus vidas, Elsa, además de mirarle, le había visto por primera vez en mucho tiempo.

Vio a Hugo, pero no al hombre del que se enamoró.

Volvió a apretarle la mano, su consigna, pero tampoco recibió la respuesta. Rozó el metal del anillo y, bajo un tejado lleno de nieve, con los olores invadiendo la estancia y con ese temor ferviente en la mirada, en ese ahora, quiso ser solo la protagonista de una fotografía inamovible. No le dolió ese deseo, sino la seguridad de saber que, de nuevo, se había detenido.

Capítulo 2

Día 1

El calor árido y desértico del febrero africano le había dejado a Elsa la tez morena, algo poco habitual en ella. Hacía dos días que había deshecho al fin las maletas después de varias semanas en el sureste de África haciendo fotografías para la revista en la que trabajaba. Había sido un trabajo muy bien pagado, pero también un viaje extraordinario, lleno de matices culturales, cromatismo y distanciamiento.

Su cámara había sufrido una metamorfosis durante esos días soleados, se había transformado en un caleidoscopio artístico, mítico y apasionado que le permitía conocer lo desconocido. Seguía teniendo, ya en casa, las mismas palpitaciones que sostuvieron su corazón a raya mientras fotografiaba las dunas, el color rojizo, dorado, quebrado de la tierra, los baobabs de Saint-Exupéry, la escasez de agua recorriendo la comisura de los labios de un anciano. Tenía las fotografías expuestas sobre la inmensa mesa de cristal de la casa de sus padres, el único lugar al que había querido ir al volver. Les mostraba el trabajo, orgullosa, y Eva, su madre, se abrazaba a ella rogando que nunca más se volviera a ir.

Fueron días apacibles los del regreso. Descansó, intentó aprender a cocinar sin ningún resultado favorable, editó las fotografías, planificó el siguiente viaje a Tailandia, sin comentarle nada aún a su madre, visitó a sus abuelos, contestó las continuas llamadas de Hugo y ella le devolvió otras tantas.

Cogió la gripe cuatro días después. El cambio de temperatura le pasó factura, pero los cuidados de su madre lograron que se recuperara antes de lo previsto. En un visto y no visto, se había calzado otra vez las zapatillas y adueñado del asfalto, de la cámara y de las ganas de correr alrededor de los recuerdos de su infancia.

Estos invadían las calles y los lugares que ya no estaban. Esa cafetería que había sustituido su tienda de jabón artesanal favorita, esos bancos de madera que habían desaparecido sin dejar rastro, aquellos en los que se sentaba con sus amigas a hablar durante horas. La agencia de viajes donde había trabajado dos veranos seguidos para comprarse su primera cámara profesional también era pasado. Ya no quedaba nada, solo las fotos que les hizo un día. Un huracán había

pasado por ahí y también se había llevado su cuerpecito escuálido y aquellas gafas inmensas que le cubrían la cara. ¿Y qué? Ella se acordaba de todas aquellas cosas, así que seguían vivas, latiendo, haciendo ruido en su memoria como los tambores africanos alrededor de las hogueras.

Entonces recordó algo que no podría haber sido sustituido. Regresó a casa sobre sus pasos desde el centro del pueblo y trasteó en el garaje haciendo tanto escándalo que, al final, rabioso como un oso, su padre fue a poner orden.

Entre los dos bajaron la vieja bicicleta de su hermano y la desempolvaron. Cuando su padre se vio liberado del jaleo que definía la casa cuando Elsa estaba en ella, volvió al sofá y su hija se montó en el sillín y pedaleó torpemente. Nunca había tenido una bicicleta propia porque jamás pudo dejar de avanzar como una zigzagueante mosca atolondrada.

La nieve ya se había derretido, pero todavía quedaban rastros de agua en la calzada y un barro espeso en los caminos de tierra. Se había colocado un desfasado casco en la cabeza, las rodilleras y las coderas de Manuel. Su vida corría menos peligro, no así su dignidad, pensó, dado que el casco estaba repleto de pegatinas de las Tortugas Ninja.

Se rio a pleno pulmón cuando la gente desapareció de su ángulo de visión. Aquella inigualable sensación de ingravidez la fascinaba. Puede que fuera esa misma apetencia la que la llevaba a no querer perfeccionar su técnica con la bicicleta, porque pensaba que perdería parte del encanto rural que ella le otorgaba con su torpeza. «Nosotros hacemos las cosas especiales, Elsa», le había dicho su abuela una y otra vez desde que tenía uso de razón, y se lo había repetido hacía unos días cuando la dejó ver las fotografías.

«Esta eres tú», había añadido.

Elsa no quiso llorar delante de ella, pero supo lo que implicaba aquello. Podría haber elegido otras cosas que fotografiar, sin embargo, al final se había decantado por recoger su visión del mundo. Era la realidad bañada en una tenue subjetividad que la definía. Y era bello, lo que veía era hermoso. Duro, cruel en ocasiones, y dolorosamente sublime.

Lo mismo ocurría desde la bicicleta. Lo que observaba era su vida: ella corriendo por la acera con cinco años y un helado en la mano, que se acabaría cayendo; ella leyendo bajo algún árbol; ella subiéndose a las vallas para tomar instantáneas desde lo que en aquel momento le parecían las alturas; ella conociendo a Hugo en el cementerio; ella respirando el cielo que la envolvía.

Como en ese instante, esquivando los baches de la ruta de su vida lo mejor que sabía. Nunca con los ojos cerrados, porque de esa manera hay más

posibilidades de salir airosos de la caída, de magullarse menos y resistir más. Así es el dolor del alma, fulgurante como una estrella, todavía lo percibimos, pero hace tiempo que murió. Eso pensaba Elsa ese día, sin dejar de pedalear. Eso siguió pensando a partir de ese momento.

Giró a la derecha en la salida del pueblo. Era más difícil llevar la bici por aquellos parajes, así que la dejó entre unos matorrales, con la intención de ir a buscarla después, y siguió el resto del camino a pie, con la mochila en la espalda y las viejas botas de agua verde botella luchando con el barro. El pelo se le pegaba, sudado, a la cabeza debajo del gorro de esquimal. Todavía tenía ligeros síntomas gripales, como esos escalofríos que le recorrían la espalda. La sensación febril no tardaría en desaparecer, al fin y al cabo, iba cargada de antibióticos. Su excursión era mucho más divertida que estar en casa, esperando que el tiempo transcurriera en el infinito minuterero de un reloj.

Cogió un atajo que había aprendido una primavera de finales de los noventa, cuando se imaginó que era una intrépida exploradora que buscaba hadas en las cercanías del bosque. Ahora estaba mucho menos transitado, así que tuvo que apartar demasiadas ramas, matorrales y espinos del camino. ¿Por qué de pequeños todo parece más fastuoso de lo que en realidad lo es?, se preguntaba Elsa mientras salía nuevamente a la carretera. La habían habilitado especialmente para poder llegar en coche hasta el lago. Lo divisó pese a que todavía estaba a bastantes metros de distancia.

Inmenso.

El lago no había perdido en absoluto la influencia que ejercía sobre ella.

Se ajustó la mochila y, con la cara radiante de tanto sonreír, echó a andar hacia él. Dos pasos, tres, cuatro. Frunció el ceño. Miró hacia atrás, pero no vio nada. El campo, un poco embarrado antes de llegar al asfalto, estaba paradisíaco. Anduvo unos cuantos pasos más. Miró hacia la izquierda. Entreabrió la boca como si eso le permitiera escuchar mejor. ¿De dónde procedía ese ruido?

Hizo caso omiso y continuó su camino, sin embargo, en cuestión de un segundo el sonido le perforó los oídos. Un chirrido sofocante se adueñó de la calzada mojada, incluso un poco helada. El coche venía dando tumbos como ella con su bicicleta. Dejó de respirar. Se llevó una mano a la boca. El conductor perdió el control.

Elsa se quedó petrificada durante el fugaz instante que duró el desvío del automóvil. Entonces, la enormidad del lago se bebió al hombre y al coche. Se lo tragó en un abrazo que rugió y el agua emergió un par de metros por encima de la superficie. Si alguien hubiese estado lo suficientemente cerca del agua, habría

escuchado el burbujeo del aire que escapa, la respiración abatida, los gritos inefectivos y a un hombre intentando desabrochar un cinturón atascado.

Si alguien hubiera estado fuera, encaramado a un árbol o sentado en la hierba empapada, habría visto correr a Elsa como nunca antes había hecho, habría visto cómo cruzaba la carretera sin mirar, cómo tiraba la mochila contra las raíces de un roble, cómo se desprendía de la chaqueta, del gorro, de las botas, cómo dejaba de tiritar, cómo ella misma se ahogaba en los gritos que era incapaz de proferir. La habría visto recorrer algunos pasos con los pies desnudos, arremangarse el jersey rojo, alcanzar el muelle de madera y saltar. Y si alguien hubiera estado dentro de ella en aquel momento, habría sabido que Elsa estaba viendo algo que jamás habría querido fotografiar y que ese lugar nunca más volvería a ser su favorito.

Sin embargo, no había nadie. El agua estaba helada y el aire frío le perforaba los pulmones. Lo tomó a bocanadas grandes y se sumergió en la penumbra espesa del lago. La luz solar, en el centro del cielo, iluminó justo lo que temía ver. Nadó hasta el objetivo, sintiendo la ropa pegándose a su cuerpo, dificultando su avance. Y el aire. ¡Cómo le pesaba, cómo le faltaba! Dio una vuelta alrededor del coche y llegó hasta la puerta del conductor. Ahí estaba. Un hombre joven que la miraba directamente a los ojos, desalentado. Se encogió de hombros y se le escapó el poco aire que le quedaba.

Elsa intentó mantener la calma, aunque nunca llegaría a saber cómo consiguió hacerlo. El hombre todavía llevaba el cinturón puesto. La mitad de la ventana estaba bajada. Introdujo la mano como pudo en el interior y presionó el botón de abertura, pero no funcionaba. Su brazo alcanzó la manivela manual y, haciendo un gran esfuerzo por la presión del agua, consiguió hacerla descender.

La puerta no se abría y el oxígeno escaseaba. Se ahogaba. Miró hacia arriba, si subía y volvía a bajar no habría ninguna posibilidad. ¿Morirían los dos? ¿Podría volver a dormir alguna vez recordando aquella mirada apacible del conductor?

Metió la mitad de su cuerpo por la ventana y estiró del cinturón con todas sus fuerzas. Apretó el botón rojo una y otra vez. Gruñó por la fuerza ejercida y eso solo le supuso perder más aire. Le dolía el pecho. En ese instante, a punto de rendirse, vio la cesta de picnic en la parte trasera. Se estiró tanto que le dolieron las extremidades como si se las hubieran arrancado. Abrió la tapa de mimbre y ahí lo vio, un cuchillo pequeño, dentado. Lo sacó con cuidado y volvió a colocarse frente al cierre del cinturón. Utilizó el cuchillo a modo de sierra, pese a que, como el aire, también se le había agotado la esperanza. Si no se rompía en diez segundos, tendría que salir y salvarse.

Diez.

Recordó los veranos en la piscina con su hermano, deslizándose por el tobogán.

Nueve.

Recordó el olor de las tartaletas de crema de su abuelo.

Ocho.

Recordó a Hugo besándola por primera vez en un concierto de un grupo que no conocía nadie.

Siete.

Recordó todos y cada uno de sus viajes en una ráfaga de polaroids.

Seis.

Recordó a su padre, aquella misma mañana, leyendo el periódico en el sillón y a su madre haciendo café en la cocina mientras hablaba por teléfono.

Cinco.

Recordó su propia voz dando el discurso de clausura del curso de fotografía.

Cuatro.

Recordó, sin saber por qué, la vieja bicicleta en los matorrales.

Tres.

Recordó el chirrido en la carretera.

Dos.

Recordó al hombre.

Uno.

No le dio tiempo a recordar nada.

Se quebró el cinturón.

Salió del coche, aferró al desconocido por la cintura y tiró de él. Tiró hacia la superficie. Lo hizo rápido, agotada, tomando la determinación de que o salían juntos o ninguno lo haría.

Cerró los ojos una milésima de segundo, justo la que necesita para traspasar la invisible línea entre el interior y el exterior. Los volvió a abrir. Y otra milésima de segundo, la que necesita el cuerpo para recordar que puede volver a respirar. Lo hizo como si no hubiera aire suficiente en la Tierra para saciar sus pulmones, que vivían de nuevo. Amarró al hombre a su costado izquierdo, colocó su cabeza hacia atrás y nadó, nadó mientras apretaba los dientes.

Lo sacó arrastrándolo. Buscó un pedazo de hierba donde colocarlo, le quitó el jersey y la camiseta y comenzó un masaje cardíaco que apenas había puesto en práctica desde las clases de primeros auxilios que había recibido hacía años. No sabía quién de los dos estaba más frío, si él o ella. Ya no importaba. Masajeó e

insufló aire en repetidas ocasiones.

—Por favor —repetía.

La piel tirante y fría, el torso duro del hombre, que no parecía responder a la presión que Elsa ejercía sobre él, la hicieron llorar todavía más. Eso fue lo que le dio la fuerza suficiente para intentarlo otras tres veces con más valor.

—¡Por favor! —Y entonces proyectó el peso de su cuerpo sobre sus manos y estas sobre el pecho de él—. ¡Vamos!

El agua salió de su boca y, aunque no recuperó ni un poco de color, abrió los ojos. Elsa se llevó las manos a la cara y después, sin perder más tiempo, se puso en pie y corrió hacia sus cosas. Se resbaló antes de alcanzarlas y cayó, lastimándose el tobillo izquierdo. No le importó. Lo recogió todo y volvió junto al hombre. Lo envolvió en su chaqueta.

—¿Cómo está?

Él la miraba entre las largas pausas que hacían sus ojos cuando se cerraban.

—¡Eh!

Le dio un par de bofetadas en la cara.

—No se duerma —pidió mientras alcanzaba el teléfono.

Le temblaban los dedos mojados. Odió las pantallas táctiles de los teléfonos.

Tenía cobertura, podría telefonar a emergencias. Lo hizo mientras el hombre volvía a mirarla. Ahora, fuera del agua, le pareció mucho más joven.

—¿Cómo está? —repitió.

—¿Muerto? —preguntó él.

—Vivo —respondió Elsa.

Consiguió marcar al fin el breve número.

—¿Cómo se llama? —le preguntó mientras lo colocaba sobre su regazo y le apartaba el pelo de la frente.

—Jo... Jordi.

Alguien contestó al otro lado del teléfono. Elsa intentó explicarse lo mejor que pudo, tartamudeando, castañeándole los dientes por el frío. Dio las coordenadas a quien quiera que estuviese al otro lado y colgó cuando le confirmaron que ya estaban en camino.

—Todo irá bien —susurró.

No supo qué más podría decirle a aquellos ojos verdes transparentes que la miraban. Nunca había mirado a nadie de manera tan intensa. Era adrenalina, alivio, pánico, muerte y vida. Unión. Una que ni siquiera sus cuerpos, tan juntos y helados, podrían expresar.

—No se duerma, por favor —le pidió cuando cerró los ojos otra vez. Lo

zarandeó—. Cuénteme algo.

Jordi entreabrió los ojos nuevamente con mucha dificultad. Miró el jersey rojo de Elsa y pensó en que así, mojado, se asemejaba mucho a la sangre. Luego se fijó en la palidez de su cara, en la preocupación, en sus manos envolviéndole con fuerza, en sus labios morados, en los ojos negros con cuyo recuerdo no le habría importado morir en ese coche, porque habían logrado transmitirle paz.

—So... soy m... m... médico. De... de... —Tenía demasiado frío. Respiró e intentó controlar el tartamudeo—. Deberías... —pronunció lentamente— mo... moverte. Te co... congelarás.

—No pienso moverme de aquí —contestó rotunda.

¿Por qué no se oían las sirenas? En las películas aparecían enseguida.

—¿Por qué? —preguntó Jordi.

Elsa volvió a mirarle y le apretó un poco más contra sí. Era un hombre alto. Debía de medir alrededor de un metro noventa, de espalda ancha, cara cuadrada, barba de varios días y cejas espesas cubriéndole los ojos.

—Porque me debe un jersey nuevo. —Cogió aire—. Y no pienso irme hasta cobrárselo. A ver si se va a escapar cuando me descuide.

Jordi emitió una carcajada aspirada y cerró los ojos otra vez. ¿Todavía tenía ganas de reírse aquella muchacha? Le pareció admirable, más que nada porque esa también era la primera vez que él hacía un amago de reírse en mucho tiempo. Volvió a sacudirlo.

—N... no he muerto —le dijo aún con los ojos cerrados.

Los abrió.

—¿C... cómo te lla...?

Ella le entendió sin que Jordi tuviera que concluir la pregunta.

—Elsa.

—Elsa —pronunció como un eco—. Camina.

—Tampoco he muerto —copió ella.

Elsa lo miró y le pareció que sonreía. Sí, eso había sido una sonrisa.

—In... intenta seguir así, entonces.

—Pero ¿dónde está la maldita ambulancia? —dijo seria.

Estaba agitada y enfadada a partes iguales. El enfado debía de ser un síntoma derivado del miedo.

—Cuénteme algo —dijo otra vez cuando Jordi hizo ademán de cerrar los ojos.

—E... Elsa —pronunció—, ¿cuántos años he en... envejecido?

Entendió a qué se refería.

—No tienes el mejor aspecto ahora mismo —le tuteó.

—Elsa...

Parecía gustarle su nombre.

—Dile a mi madre que...

—No tengo buena memoria —se apresuró a contestarle—, mejor se lo dices tú.

Él levantó una de sus manos, apretó un poco el antebrazo de ella y retomó el discurso.

—Dile que gracias por... por la cesta de picnic.

Elsa cerró los ojos y se dio cuenta de que la mujer que le había dado la vida a aquel hombre era la misma que le había otorgado una oportunidad de salvarse.

—Cuéntame al... algo... —pidió él esta vez.

—Los cuentos son para dormir —respondió Elsa, cada vez más impaciente y asustada—. Yo no quiero que te duermas.

Jordi se quedó mirando hacia el cielo, descubierto y un poco más nublado que antes de sumergirse muy cerca de la muerte. Sus ojos se anclaron al azul grisáceo y Elsa siguió la dirección de su mirada.

—¿Lo ves?

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza. Él le pidió que se acercara.

—¿Lo ves ahora?

Contempló de nuevo la bóveda celeste.

—¿El qué?

Jordi susurró algo inaudible. Elsa se acercó hasta que su oído estuvo lo suficientemente cerca de su boca.

Escuchó aquella pregunta justo en el momento en el que las sirenas de las ambulancias y los coches de policía camuflaban la voz de Jordi. Pero Elsa la oyó, nítida, sin interrupciones, sin el frío tartamudeo en la voz. La asimiló sin saber que esa pregunta se convertiría en el recuerdo que ocuparía hasta su último segundo de vida.

Capítulo 3

Día 298

Elsa miraba a Hugo incrédula mientras el coche avanzaba entre la nieve con las cadenas bien aseguradas a las ruedas, de vuelta al hogar. Ella todavía no le había dicho que tenía intención de ir a pasar unos días a casa de sus padres. De hecho, no tenía intención de decírselo en el interior del coche, porque se figuraba su reacción y ahí no tendría escapatoria. Debería permanecer serena escuchando consejos acusatorios que no compartía. ¿Quién sabía mejor que ella lo que le hacía falta?

Él parecía creer que era conocedor de la verdad universal y, por el contrario, no hacía más que escudarse en mentiras. Envolvía su reciente compromiso y su inminente boda en una gran farsa. Hablaba de lugares, de invitaciones, de las fotografías de los novios, de los invitados...

Elsa escuchaba con la misma paciencia de alguien que sabe que en algún momento va a acabar colmando el vaso. ¿Una boda en la playa? ¿Invitaciones color crema con letras doradas? ¿Tarta de queso? ¿Vestido crudo por las rodillas? ¿Rosas blancas? Parecía una boda improvisada, sin pizca de originalidad ni ilusión. Decir que aquella era la boda que una vez, siendo niña, había soñado era ridículo. Aquello solo era un fatídico error que Hugo pretendía convertir en balsa de salvación, no para los sentimientos de ella, sino para los suyos propios. Perdía, sin embargo, aire por todas partes. Solo era una falacia más en su relación, porque si Elsa tenía algo claro era que él hacía aquello por lo mucho que la quiso un día.

¿Dónde había quedado ese amor? ¿Cuándo pensó que era más importante fingir que la quería antes que dejarla ir? Pese a todo, esa idea la atormentada. ¿Dejarla? Y aun sin dejarla, ¿se quedaría ella sabiendo lo que pasaría?

Intentaba contestarse a sí misma, sin embargo, la canción que Hugo había puesto en el reproductor de música le taladraba el cerebro. Era una de sus canciones, la que los acompañaba en los viajes y les hacía sentirse despreocupados, ilusos a veces. Ese *You and I* de Ingrid Michaelson que parecía hacerles creer en lo imposible, en un nosotros que podrían hacer frente al mundo entero si estaban juntos.

Él esperaba que la cantaran, como siempre, pero Elsa simuló no darse cuenta,

ignoró su mirada y la perseverancia con la que buscaba su aprobación a todo lo que estaba contándole. Se encogió dentro de su jersey blanco y se recostó contra la puerta del coche. Miró el paisaje y ni siquiera su cámara se le hizo apetecible. Le desagradó pensar que estaba renunciando y desperdiciando parte de sus vivencias por centrarse en una cuestión que no sabía cómo resolver.

—Elsa, ¿me escuchas?

—Siempre lo hago —murmuró.

Escuchar le escuchaba, a pesar de que no sabía de qué manera gestionar el asunto. Otra en su lugar, quiso convencerse, actuaría del mismo modo. ¿O no? Quizás había sido ella, con su actitud de los últimos meses, la que había abocado al fracaso el amor de su vida.

—Pues di algo, ¿no? Parece que me vaya a casar con otra —comentó molesto.

—¿Qué quieres que te diga, Hugo? No me gusta el color crema, ni los vestidos de novia cortos, ni la tarta de queso, ni una boda playera...

—¡Vaya! —Levantó las manos del volante, poniéndose a la defensiva—. ¿He dicho algo bueno? Porque no te he oído aportar nada hasta el momento.

—Simplemente no es lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

Se hizo el silencio.

—Sé lo que no quiero —confesó.

—¿Hacia dónde vamos, Elsa?

—¿No has mirado el mapa antes de salir? —preguntó ella, aunque sabía a qué se refería.

—Quiero hacer esto por ti, de verdad, pero has de poner un poco de tu parte.

El suspiro seguía creciendo en el pecho de Elsa. Lo hacía a intervalos de intensidad desde hacía cuatro días. La cabaña se había convertido en un zulo del que había querido salir cuanto antes. ¿Iba a atreverse a dejarlo salir?

Lo mantuvo a raya, sin embargo, no pudo hacer lo mismo con las palabras.

—Pensaba que querías hacer esto —puso énfasis en el pronombre— conmigo, no por mí. Parece como si te sintieras obligado.

Elsa se incorporó y se fijó en su reacción. Hugo miraba al frente con el entrecejo arrugado, las cejas muy juntas y la garganta seca, aunque esto último era información desconocida para ella.

—Lo hago contigo. Me refería a planificarlo yo, para... que no te estresaras.

—Organizándolo todo tan rápido, el único que parece estresado eres tú.

Él no contestó. Se limitó a pisar el acelerador. Ella siguió hablando.

—Hugo, nosotros no somos así. Hacemos las cosas como y cuando las

sentimos.

Sin respuesta al otro lado.

—¿Por qué tienes de repente tanta prisa?

Tragó saliva.

—Déjalo, Elsa. Ha sido un error pensar que querías pasar el resto de tu vida a mi lado y que me querías una mínima parte de lo que yo te quiero a ti.

Hugo se arrepintió al segundo de sus palabras. No actuaba así. Él no. Elsa tenía razón, ellos, como pareja, nunca se habían precipitado, ni habían caído en la monotonía, pese a todos los años que habían estado juntos. Vivían en esa república independiente del amor que habían creado ambos. Habían aportado sus aficiones y su forma de vivir al patrimonio común y él, de la noche a la mañana, había desestabilizado los pilares que lo sostenían.

Sintió culpa por hacerla responsable, por atribuirle una falta que solo era suya. Porque sí, desde luego que Hugo la quería, pero ya no tenía tan claro si lo suficiente como para renunciar a otras muchas cosas que quería hacer. ¿Hacer sin ella? ¿En otro lugar? ¿Con otra gente?

—Lo siento —se disculpó.

—Yo también lo lamento —dijo Elsa, añadiendo al suspiro contenido el llanto—. Siento que pienses que esto que te digo es por no quererte suficiente.

Hugo se mordió el interior de la mejilla, porque esa puñalada se la tenía bien merecida. Sentía la necesidad de sufrir, de que ella le castigara con su indiferencia por el comportamiento que estaba manifestando. ¿Ya no sabía querer a la única persona que le había hecho realmente feliz, que le habría seguido hasta el fin del mundo?

—Voy a ir a pasar unos días a mi casa.

A Hugo le preocupó el sentimiento que le invadió al descubrir en ese comentario no solo que Elsa quería estar sola, sino el matiz que había hecho. Su casa era la de sus padres y no las que habían compartido por todo el mundo. Pensándolo bien, se dijo él, ¿qué estabilidad he aportado a esta relación?

—Elsa, no creo que sea buena idea ir. No estás preparada...

—¿Quién ha decidido eso?

—Yo solo digo que...

—No era una pregunta, Hugo.

—En ese caso —contestó enfadado—, gracias por consultármelo.

Elsa tardó veinte segundos de silencio en comenzar a marearse.

—Para el coche —ordenó.

—¿Qué dices? —preguntó él sin entender.

—¡Para el maldito coche!

Hugo lo detuvo en un arcén cercano, puso las luces de emergencia, Elsa se quitó el cinturón y salió disparada del interior. Corrió junto a una verja, se acuclilló e intentó recordar cómo respirar, ya que se ahogaba como nunca antes.

¿Qué estúpida esperanza la había hecho creer que él bajaría y estaría a su lado, preocupado? No se permitió llorar. No iba a darle esa gratificación. Aunque, ¿a quién se la estaba negando? No había nadie a su alrededor. Volvía, siempre regresaba, aquella sensación de vacío, de soledad.

Y el subsuelo embarrado.

Y el suspiro contenido en la caja torácica.

Y ella, negándose a sí misma liberarse de todo.

Se puso de pie y anduvo hacia el coche. Se subió en silencio. Miró hacia el frente y se preguntó cuánto tiempo sería capaz de contener la respiración antes de desplomarse de nuevo.

—¿Estás bien?

—Muy bien —siseó.

—Podemos ir al médico cuando llegemos a la ciudad, últimamente estás muy pálida. No comes bien y...

Hugo la miró, parecía volver a perder el color por momentos. Le temblaba la boca.

—¿Elsa, estás bien?

—Cansada, solo eso.

Tendría que inspirar y expirar de manera mecánica si no quería que se la llevaran en camilla. Ingresada por los efectos secundarios del amor, pondría en su ficha médica. Nunca había imaginado un amor tan utópico como para considerar siquiera la enfermedad como resultado de querer demasiado a una persona. Pero ahora ya no tenía que concebir aquella idea como un ejercicio de imaginación, sino que lo estaba sufriendo en sus propias carnes. Eso era amar, era ahogarse ante la idea de perder lo que había encontrado por casualidad.

A lo mejor, todavía estaba a tiempo de arreglarlo. Sí, puede que estuvieran pasando por una crisis. Nunca habían tenido una, pero todas las parejas pasan por ese aro tarde o temprano. Había llegado su tarde.

Si realmente estaban en esa situación por lo que había sucedido más de un año atrás, era su responsabilidad hacer lo imposible por encontrar una solución. No estaba ante un romance de un par de meses, sino el de una vida. Su vida. Quería vivirla, no estancarla en los colores artificiales de una fotografía que acabaría guardando en una caja.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó.

—¿A dónde? —dijo él.

—Al pueblo.

Dudó un segundo, pero al final respondió lo que ambos necesitaban entonces.

—Mejor en otro momento.

—¿Vendrás a recogerme?

—¿No voy siempre?

¿Ahora también se contestaban con otras preguntas? Ellos, que siempre habían sido tan transparentes, directos, claros. Ahora reusaban incluso la fragilidad de un sí o un no. La carga que estos monosílabos tenían era demasiado para la situación que estaban atravesando. Elsa tenía la seguridad de que se contestaban con otras preguntas para dilatar sus propias palabras, para hacer como que ahí, precisamente en ese hueco infinito que se había formado entre los dos, no estaba sucediendo nada por lo que preocuparse.

—Cuando vuelva, podríamos tomarnos unos días de vacaciones.

—Ya nos hemos tomado muchos días, Elsa.

—Pero han sido compartidos con más gente.

—Tenemos que trabajar —le recordó.

—Vale.

Hugo suspiró y dio su brazo a torcer, a medias. De nuevo la culpabilidad. Era horrible vivir con esa presión en el pecho a la que no estaba acostumbrado y a la que no quería, bajo ningún concepto, llegar a acostumbrarse.

—Podríamos organizar algo. Lo veremos, ¿te parece?

Elsa asintió, pero para cuando Hugo formuló la alternativa a lo que ella había insinuado en primer lugar, descubrió que ya no le apetecía tanto. Ahora sí, más que nunca, quería llegar a casa y contemplar el tiempo detenido en el arcaico reloj. No moverse, no hacer nada.

¿No moverse?

Capítulo 4

Día 299

La fachada de la casa seguía teniendo el mismo color anaranjado de la última vez. Elsa habría sostenido, aun así, que había un cambio que no sabía identificar a primera vista. Contempló el jardín: los mismos árboles, ya sin hojas, en pleno diciembre, las mismas macetas en la terraza, los mismos toldos y persianas, la misma valla blanca. No obstante, dilucidó un detalle, algo que se le escapaba. ¿O solo era ella? ¿Ya no estaba acostumbrada a esos colores pálidos después de las exóticas mezclas hindúes, tan místicas, carnavalescas, festivas, vivas?

Sus padres no estaban en casa y ella no recordaba dónde había guardado la copia de las llaves que aún conservaba, así que cogió su bolso y la maleta y la fue arrastrando calle abajo, en dirección a la casa de sus abuelos.

Toda la vía olía a castañas.

Cerró los ojos y recordó una de las primeras veces que habló con Hugo. ¿Cómo no hacerlo teniendo en cuenta que ahora ocupaba gran parte de sus pensamientos? Algo, un resquicio de fe se había depositado en el subconsciente de Elsa y la hacía creer que al final todo se arreglaría. Así volverían los instantes vividos, no como un recordatorio de lo que ya no iba a suceder, sino como razones, buenas y tiernas, por las que seguirían juntos.

Llegó a su segundo hogar, que permanecía inalterable. Este no había sufrido cambio alguno, no al menos desde su perspectiva. Llamó varias veces a la puerta hasta que unos pasos suaves le respondieron desde el otro lado, recorriendo el suelo de parqué.

Una mano cansada giró el pomo y Elsa se encontró con su abuela. Se le iluminaron los ojos cuando vio a su nieta, y se le apagaron con la misma rapidez al percatarse del aspecto que tenía.

La cogió de la mano y tiró de ella por todo el pasillo, con la maleta incluida.

—Están en el mercado medieval —le explicó mientras preparaba té.

—¿Lo han adelantado este año? —preguntó Elsa, desde el sofá bermejo donde tantas veces se había quedado dormida, donde había jugado, reído y llorado.

—Cariño, ya estamos a dieciocho de diciembre. No lo han adelantado —le recordó la anciana, un poco más preocupada—. ¿Vas a quedarte muchos días? —inquirió al regresar al salón y mirar la maleta, un poco más grande de lo que lo

era habitualmente.

—Como siempre, más o menos.

—¿Y Hugo? ¿No va a pasarse?

—Cuando venga a recogerme. Tiene trabajo.

—Pareces cansada —le acercó una manta y se la colocó sobre las piernas—.

¿Cuánto vas a quedarte esta vez?

Elsa se dio cuenta de que no se refería a la casa de sus padres, sino al lugar, a cuánto tiempo permanecería en su país, sin cruzar fronteras, sin desaparecer y dar señales de vida muy de vez en cuando. O no darlas en absoluto, como hizo aquella vez.

—Eso nunca se sabe, *bubu*.

No importaba los años que tuviera, siempre llamaría a su abuela por el diminutivo que le puso a los dos años. Siempre sería su *bubu*, aunque sonora absurdo e infantil.

—Depende de la revista y...

—¿Y las vacaciones? Hace tiempo que no te dan unas.

—Creo que ya me tomé bastantes la última vez —le recordó.

Se retorció los dedos de las manos. Ya no llevaba el anillo. No podía enseñárselo a su familia hasta no estar completamente segura de que iba a suceder lo inevitable, de que tenía un motivo sólido al que agarrarse.

Reflexionó mientras no perdía de vista a su abuela. Aquella mujer que un día le había parecido tan grande y fuerte, ahora era pequeña, casi indefensa. Nunca le ocultaba nada. Tenía más confianza con ella que con nadie, ¿tendría el valor de decírselo?

Un ápice de sensatez se lo prohibió. Eso la entusiasmaría, pero si luego no salía bien, tendría el efecto contrario. Su *bubu* ya no tenía la fortaleza de antes para procurarle una desazón como aquella. Así que fue consecuente con la situación por la que estaba atravesando y se limitó a preguntar por el resto de la familia, a acomodarse en el sofá y a quedarse dormida.

Durmió como hacía tiempo que no conseguía hacerlo, profundamente y sin pesadillas, sin que la atormentara nada, solo la felicidad anterior.

En su sueño, que no dejaba de ser un recuerdo, también olía a castañas.

Eran principios de enero y Elsa tenía diecisiete años y una cámara vieja heredada de su abuelo paterno. Era tan antigua que hacía fotos en blanco y negro. A eso se sumaba el gran valor sentimental que tenía para ella ese aparato. La importancia de las cosas materiales que a veces poseemos es mayor de lo que querríamos, ya que, cuantas más acumulemos, más nos pesará la mochila al

final, le había recordado su padre, que también había manifestado diversas inquietudes en su juventud.

Elsa estaba colgada, boca abajo, de la barra del columpio del parque. Mirar el alrededor desde esa postura no dejaba de ser otra manera de ver las cosas que le pasaban por alto desde la posición normal.

Sentía vértigo en el estómago. En esos días aún no podía imaginar que unos pocos años después fotografiaría el cielo sujeta por un paracaídas. En ese momento soñaba a menos altura, sostenida por sus largas piernas. Se balanceaba ligeramente y disparaba fotografías a las que nunca les daría la vuelta. Le parecía increíble abrir los ojos al lugar en el que vivía y no reconocer nada de lo que había en él.

Ahí le vio, por enésima vez en las últimas dos semanas. Hugo. Ya llevaba barba en aquellos días, tenía el pelo despeinado y la expresión seria. Caminaba hacia ella, pero Elsa no se incorporó, siguió dejando que la sangre descendiera desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Pestañeó un par de veces y lo siguiente que vio fueron unas botas de montaña, algo desgastadas, paradas muy cerca de ella.

—Te vas a marear —le dijo él.

—Error —comentó Elsa—. Ya lo estoy.

Sonrió, aunque no estaba segura de que él la viera.

—¿Te ayudo a bajar?

Dudó. ¿Qué interés tenía ese chico, casi cuatro años mayor, en ella? ¿Por qué no la dejaba en paz? Parecía que la siguiera de un lado al otro del pueblo.

Finalmente asintió porque se dio cuenta de que había pasado más tiempo del recomendado con la sangre regándole el entendimiento. Además, no tenía claro si encontraría el equilibrio para impulsarse hacia arriba sin que se le cayera la cámara.

Hugo la incorporó con cuidado, le rodeó la cintura con sus largos brazos y la bajó sin mucho esfuerzo. Una vez que estuvo de pie, Elsa sintió que se tambaleaba, así que se agarró en un acto reflejo a la mano de Hugo. La apretó, sintiendo que caía, aunque seguía ahí, erguida. Él le devolvió el apretón, todavía más fuerte que el de ella, y sonrió, buscándole la mirada.

—Menudo colocón llevas, ¿eh?

—Peor que el de las fiestas del pueblo.

Hugo tenía una risa potente y desenfadada.

—¿Te has cansado de hacer fotografías desde las copas de los árboles? —preguntó señalando su cámara.

—¿Acaso me espías?

—Me han contratado para hacerlo.

—¿Quién? —preguntó ella, mientras comenzaban a caminar, sin saber muy bien hacia dónde.

—Un imbécil que quería conocerte un poco mejor.

—¿Y le ha servido de algo la información que le has aportado?

—Puede —respondió con una media sonrisa que a Elsa le pareció encantadora.

El parque olía a castañas. Olía a un otoño demasiado tardío.

—Elsa Martín, eres rara.

—¿Por qué?

—Porque siempre estás sola —contestó él, encogiéndose dentro de su abrigo—, y parece que te gusta.

—Me gusta.

—¿Por qué? ¿A quién le gustaría estar solo todo el tiempo, detrás de una cámara?

—A ti, por ejemplo.

Hugo inclinó la cabeza hacia la derecha, un poco confundido, y esperó una explicación.

—Siempre vas —empezó a gesticular Elsa con las manos, siempre tan expresiva— con la cámara de vídeo, grabándolo todo.

—¿Me has estado siguiendo?

—Este pueblo no es tan grande como para que pueda producirse un seguimiento como es debido. Digamos que solo pasaba por ahí.

—Estudio Audiovisuales, es normal que grabe cosas.

Elsa le adelantó varios pasos, se colocó frente a él y continuó caminando de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho. Escudriñó a Hugo con sus ojos de ébano, al igual que haría de ahí en adelante, y se puso seria.

—¿Y qué graba Hugo Aliaga? —preguntó sin dejar tiempo de reacción a la respuesta—. ¿Lo que los demás esperan que grabe o lo que él quiere grabar?

—Lo que tengo que grabar para poder, algún día, grabar lo que quiero. ¿Y tú? ¿Por qué fotografías lo que nadie quiere ver?

Elsa negó con la cabeza.

—No es que no lo quieran ver. —Hizo un pausa, se inclinó hacia delante, quedando muy cerca de la cara de Hugo. A esa distancia, le pareció un poco más guapo—. Más bien, no saben cómo hacerlo, ¿entiendes?

—Quizá tengas razón.

Anduvieron por el parque y, a cada paso, el olor a castañas iba haciéndose más fuerte. Elsa buscaba el foco de aquel aroma. Entre la multitud lo vio al fin, una chica sentada en uno de los bancos, comiéndolas. Tenía el pelo corto y negro. Le sonaba, pero no recordó que viviera en el pueblo. Debía de ser amiga del amigo de alguien. Así funcionaban las cosas por ahí. Lo único que le importó fue saber dónde había comprado las castañas. Le apetecían. Se desvió del camino, dejando a Hugo sorprendido y solo, y fue hasta la chica.

—Perdona, hola —dijo risueña. Nunca había sido tímida—. ¿Dónde las has comprado?

Ella, que parecía algo mayor, miró las castañas y después a la desconocida. Sonrió ampliamente. Tenía los ojos más azules que Elsa había visto hasta entonces.

—Me temo que las he traído de mi casa.

Elsa se encogió de hombros, decepcionada. Cogió aire y se armó de valor.

—¿Crees que podría sacarte una fotografía?

La chica abrió mucho sus oceánicos ojos.

—¿Para qué?

—Lo siento, eso no ha estado bien —rectificó Elsa, viendo a Hugo a pocos pasos detrás de ella.

—Está bien —dijo al fin la muchacha del banco—. No tiene importancia. Puedes hacerla.

—¿De verdad?

Asintió.

Elsa buscó el ángulo que le pareció más especial y al final sacó una fotografía.

La chica se levantó del banco y le tendió el cucurucho de cartón.

—Quédatelas.

Y al volver a mirarla, Elsa se dio cuenta de que aquella mujer parecía la más triste del mundo. ¿Habría captado su cámara ese detalle? Estaba, de repente, impaciente por revelarlas. Estaba...

—Elsa.

Se giró hacia un lado. No había nadie. ¿Dónde estaba Hugo?

—Elsa...

Hacia el otro. Nadie. ¿Qué? El parque estaba vacío, sin más.

—Elsa.

Abrió los ojos, regresó de la ensoñación.

Su abuela estaba a su lado y la miraba con ansiedad. Elsa se dio cuenta de que tenía las manos fuertemente aferradas a sus brazos.

—¿Qué pasa, *bubu*? —murmuró.

—Estabas gritando. ¿Qué soñabas?

—¿Gritando?

—No te tranquilizabas, ¿qué ha pasado?

Elsa vaciló. ¿Qué había soñado? Con Hugo, creía recordar. Sí, estaba segura de que había sido un sueño bonito. Había vuelto a su adolescencia, cuando las preocupaciones que tenía eran mínimas, aunque había sido la etapa en la que había adquirido esa sensibilidad tan privativa que nadie más tenía, la de ver.

—Pero si era un sueño agradable... —dijo ella, sin entender.

—Sea lo que fuere, ya ha pasado.

Su abuela la abrazó. Elsa no estaba tan convencida como ella de que realmente hubiese pasado, porque ahora se le había instalado un vacío en el estómago que no sabía cómo llenar.

¿Quería hacerlo en realidad?

Capítulo 5

Día 300

Elsa siempre se enfrentó a todo lo que le daba miedo: a las alturas, al fracaso, a la sangre. Le había recorrido el brazo, se había camuflado con el intenso color del jersey. Sin dolor, sin percibir el corte.

Apretó los ojos con fuerza mientras permanecía sentada en las escaleras del porche. Acarició la cicatriz, ahora blanca y fina, por debajo de la manga de la camisa a cuadros. En días húmedos como esos todavía le molestaba. Una dolencia punzante que, mucho se temía, sería un fiel opresor por el resto de su vida. También tendría que enfrentar ese miedo. Algún día o...

¿O quizás ese era el día? ¿Por qué no? ¿Cuándo volvería a ser capaz de retornar? No se podía vivir con miedo, porque eso no era vivir, sino aceptar la muerte. Ella, que jamás la había asimilado, que había luchado con uñas y dientes para esquivarla.

Iba bien abrigada y con un calzado adecuado. ¿Qué le impedía levantarse y tomar la iniciativa? ¿Dónde estaban las riendas? ¿Quién la había despojado de ellas? Quería recuperarlas y sabía que haciéndolo sería la única manera de salvaguardar su relación.

Volver. Había transcurrido casi un año, pero Elsa sabía que nunca había regresado verdaderamente del lago. Seguía ahí, con su jersey rojo, medio ensangrentado, con la ropa mojada, con el frío encarnado, del que nunca podría desprenderse. Estaba ahí, mirando al cielo, esperando paciente y rendida.

Cuando quiso darse cuenta, estaba cerrando la puerta de la valla. Miraba desde lo alto de la colina hacia el final del pueblo, donde se perdía el rastro de las casas. Tardaría en llegar, en recorrer aquellos kilómetros que la separaban trescientos días del fatídico día uno. Ese, horrible, en el que contó el último segundo antes de convertirse en otra persona, una a la que ya no le gustaba estar sola.

Caminó acompañada de sus auriculares, de decenas de canciones que la abstraían. Tuvo que ignorarlas, aun así, en muchas ocasiones, cuando se detuvo a saludar y a hablar con gente que conocía. La que más tiempo la tuvo entretenida fue la madre de Ángela, que le pidió que convenciera a la, como ella misma dijo, ingrata de su hija para que volviera a casa y se dejara de tanta urbe y vida

metropolitana. Elsa le prometió intentarlo.

Siguió adelante, convirtiéndose aquella senda en la más larga de su corta existencia. ¿Tan lejos estaba? ¿Cuántas veces había completado ese mismo camino? Se lo sabía de memoria y tenía calculado el tiempo exacto que tardaría a pie. Le causó, debido a esto, un gran asombro percatarse de que, en realidad, en tiempo real, estaba tardando menos que nunca. A penas llevaba quince minutos de reloj y más de media avenida dejada atrás.

Contó las casas que veía en el camino, porque cada una disminuía el espacio que la separaba de su objetivo. En la salida del pueblo, se detuvo. Se colmó de paciencia y algo de fuerza para no dar marcha atrás. ¿Todavía estaría allí? Apartó varios matorrales y, totalmente embarrado, diferenció el metal oxidado de la bicicleta de su hermano. Ni siquiera había tenido valor para ir a buscarla. Nunca hasta ese momento. Aunque tampoco le había pedido a nadie que lo hiciera por ella, tal vez porque había esperado ser ella misma la que concluyera todo lo que dejó inacabado entonces.

Tiró de la bicicleta. Tenía las ruedas deshinchadas por el calor del verano anterior. No podría llevársela, pero tenía que hacerlo. Dejarla ahí significaba que, una vez más, tendría que regresar a por ella. Se la llevaría a casa cuando rehiciera el camino de vuelta.

Volvió a dejarla en los matorrales y la invadió un *déjà vu*, porque ya había realizado aquella misma acción. ¿No dicen los psicólogos que hay que recapitular e intentar hacer, paso por paso, lo mismo que hicimos el día en el que nos traumatizamos? Enfrentarnos.

Salió de entre los matorrales al pequeño campo lleno de hierbajos, piedras y tierra mojada. La carretera le pareció eterna, como si no fuese a acabarse en ningún momento el ruido que producía. El chirrido de las ruedas del coche derrapando seguía ahí, en el aire, yendo de un lado a otro, confundiéndola como tiempo atrás.

Tuvo que sosegar. No lo estaba escuchando de verdad. No sucedía nada. Era un día tranquilo, aunque ese también lo había sido, ¿o no? En cuestión de unos pocos segundos, el rumbo que había tomado la situación había sido bien distinto al esperado.

Miró a un lado y a otro de la carretera y cruzó corriendo. Era como si nunca se hubiera ido de ahí, del lugar que más odiaba en todo el mundo. No había vuelto a sacar ni una sola fotografía del lago y no sabía si reuniría la fuerza para volver a hacerlo.

Tenía que ir más allá, pero era diciembre, hacía demasiado frío para meterse

en el agua y... todavía sentía lo que había ocurrido la última vez. ¿Cómo regresar al agua? ¿Cómo había visto ella el agua aquel día?

En ese momento, tomó la decisión más insospechada. Lo haría, no importaban las consecuencias. Necesitaba acabar de una vez. Se quitó la chaqueta, el jersey, las botas, los pantalones. Quedó en ropa interior y toda su carne sintió los cuatro grados de temperatura.

Sacó la cámara sumergible de la mochila y, sin pensarlo, levantándose con ella del suelo la antigua Elsa, saltó al agua gélida. Quizá lo hizo porque, al preguntarse cómo había visto el agua, se dio cuenta de que había algo que no llegó a observar.

Se sumergió, descendió un par de metros y ascendió con la cámara preparada, dado que ella, en ese instante que reconocía en las sensaciones de su cuerpo, volvería a cerrar los ojos.

Hizo la fotografía en el efímero momento anterior a que su cabeza saliera del agua. Después permaneció ahí tres segundos exactos y nadó hacia el muelle. Colocó sus brazos en la mohosa madera y se impulsó hacia fuera. Corrió hacia su ropa, se quitó la mojada y la estrujó. La guardó en la mochila y se colocó la seca. Extrajo un gorro de lana de la mochila, se lo puso en la cabeza, acompañada de la capucha del chaquetón. Lo recogió todo y corrió. Corrió de vuelta.

Pasó el lugar donde descansaba la bicicleta, se la colocó en el hombro y, sin saber de dónde sacaba fuerzas, siguió corriendo rumbo al pueblo, entre las calles, con la gente mirándola. Cuando el aliento estaba a punto de estancarse en el pecho, escuchó el claxon de un coche. Se detuvo, una figura alta salió del interior. Fue corriendo hacia ella, le quitó la bicicleta y la tiró al suelo. Después la abrazó. Manuel, su hermano, la abrazó, temblando más incluso que ella.

—¿Qué estás haciendo?! —le gritó sin apartarse de ella—. ¿De dónde vienes? ¿Por qué estás mojada? ¿Y esta bicicleta? ¿Es la mía? ¿Vienes de...?

Muchas preguntas. Elsa no había asimilado ninguna.

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó ella.

—Es lo que pensaba hacer, desde luego. Sube al coche.

Obedeció de buena gana. Manuel cogió la bicicleta, la metió en el amplio maletero y volvió al coche. Cogió una manta de la parte trasera y se la colocó a su hermana por encima de los hombros, encendió la calefacción y condujo en absoluto silencio.

«De nuevo no, por favor, que no ocurra otra vez», rezó a los astros y a todos los dioses.

—No se lo digas a nadie —pidió ella.

Elsa, a lo largo de su vida, le había pedido muchas cosas a su hermano pequeño. Que la encubriera cuando llegaba tarde de sus citas con Hugo, que se comiera las coles de Bruselas que no le gustaban, que durmiera con ella en Navidad. Pero sabía que pedirle aquello era demasiado, porque eso significaba que Manuel tendría que cargar solo con la inquietud que se había adueñado de su cara.

—Por favor —insistió—. Te lo pido por favor.

—No vuelvas a hacerlo, eso es lo que te pido yo.

No podía prometérselo, no conocía las necesidades que su memoria tendría en adelante, cómo reaccionaría a otras situaciones venideras.

—Te prometo que ha sido algo bueno —se limitó a decir.

Manuel asintió, pero era más que evidente que no se había creído ni una sola palabra. Elsa sacó el móvil de su mochila. Miró la pantalla durante dos o quizá fueron tres minutos. ¿Qué iba a hacer? Hacerlo, sin más. La entendería, sabría qué significaba aquello. Tecléo un mensaje escueto, pero contundente.

«He podido volver».

Lo envió al segundo. No merecía la pena sopesar cuáles podrían ser las respuestas que recibiría. Desde luego, no había dado detalles de cómo había vuelto. El detalle estaba oculto en su cámara, como siempre.

Llegaron a casa antes que sus padres. Elsa entró corriendo, se bañó y cambió de ropa. Había dejado, por un instante, de ser una aparición. Podría seguir fingiendo que era una persona.

No había recibido ninguna respuesta. Debía de estar ocupada.

Ella también se mantuvo entretenida la siguiente hora, revelando las fotografías de la tarjeta de memoria. No quería mirar la última. Esa quería verla por primera vez en el papel.

Esperó bebiendo una taza de leche caliente con cacao en polvo y comiéndose un rancio sándwich de queso que le había preparado Manuel. Los genes eran compartidos y los suyos decían que la cocina era un despropósito que debían abandonar cuanto antes si no deseaban intoxicarse mutuamente en adelante.

La fotografía no se hizo de rogar mucho más. Por fin la obtuvo y cuando vio el misterio que encerraba, contuvo las ganas de llorar. Se le antojó increíble poder contemplar, a un mismo tiempo, lo que había debajo del agua y lo que se ocultaba al otro lado. La luz del sol por un lado, las nubes, una rama de un árbol demasiado cercano. Y dentro la fina capa de agua, el aire acumulado en pequeñas burbujas. Esa debía de ser la línea de la vida, la casi inexistente

frontera hacia la muerte. A un lado una, al otro la segunda. Sorprendente.

Y, cuando estaba demasiado maravillada con esa idea, llegó la respuesta.

«¿Y qué has sentido?».

Elsa sonrió ante esa pregunta, aparentemente insignificante. Tecleó.

«Alivio».

Capítulo 6

Día 3

Le apetecía comer helado de menta con virutas de chocolate. No supo de dónde procedía ese antojo, ni tampoco el nauseabundo olor que la asfixiaba paulatinamente, a medida que recuperaba el conocimiento. Tampoco era aún consciente del fuerte dolor que le invadía el pecho, ni mucho menos del escozor del brazo o la fiebre. El martilleo en las sienes comenzó a sentirlo antes de lo que hubiese deseado. Se movió en la cama, pero descubrió que no podía hacerlo con total libertad. Notaba cables que tiraban de ella hacia un lado y el otro. Quiso abrir los ojos y estuvo a punto de conseguirlo cuando, sin previo aviso, notó una mano en la suya, un suero frío por sus venas todavía más congeladas y, otra vez, el sueño se la llevó.

Hugo estaba sentado en el sillón de cuero negro reclinable, junto a la cama. Los padres de Elsa se habían ido a casa durante unas cuantas horas. Él se había quedado, intentando mantener la cordura mientras veía cómo Elsa se apagaba poco a poco en esa vieja cama de hospital. ¿Cómo había podido hacer algo así? ¿Por qué no había pensado en nadie más? ¿Tan poco le importaba lo que él pudiera sentir si la perdía?

Verla, además, conectada a tantos aparatos, escuchar sus pulsaciones, oír la compresión de la máquina de oxígeno... se le hacía insostenible. Necesitaba que despertara, que le mirara a los ojos y dijera cualquier cosa, pero que hablara. Requería de un atisbo de esperanza que le mantuviera con los pies en el suelo. Todo su cuerpo se encontraba sometido a un estado de pánico tan grande que no recordaba ni siquiera llorar. Tal vez, si lo hubiera hecho, habría podido liberarse mínimamente.

Todos y cada uno de los instantes más relevantes de su relación acudieron a él, pero, sin saber por qué, se detuvo en dos esenciales: la primera y la última vez que la vio, a lo mejor, porque ambos habían marcado un antes y un después en su vida.

La primera vez que la vio tuvo que volver sobre sus pasos.

Llevaba casi un año sin ir a visitar a sus abuelos, pero por fin había encontrado un hueco para dejarse caer por uno de los más importantes lugares de su infancia. Se había propuesto aprovechar el viaje para trabajar en su proyecto

de final de carrera, así que encendió la cámara de vídeo desde el preciso momento en el que se había bajado del tren en la estación. No sabía si, al final, alguna de esas imágenes en movimiento le podría servir. Quiso creer que sí.

Llevaba una gran mochila de escalada con todas sus pertenencias y aquel anorak verde camuflaje que tanto aborrecía su madre. Aunque en ese momento no le preocupó esto último, ya que ni su madre estaba ahí ni él estaba dispuesto a pasar frío. Y en ese lugar hacía mucho.

Pasó por delante del cementerio sin detenerse. Miró un momento al suelo y frunció el ceño. Giró la cabeza nuevamente hacia el muro del cementerio. Una figura esbelta iba haciendo equilibrio sobre él. Entonces vio el destello de un flash que salía de las manos de aquella chica. Sonreía impávida, sin percatarse de los ojos que la seguían en las alturas.

La enfocó con la cámara y, apoyado contra una farola, fue recorriendo con ella el muro de un lado al otro. Entonces se detuvo, se colocó de espaldas a él y desapareció al otro lado del muro. Hugo contuvo el aliento. Mientras cruzaba la calle apagó la cámara y fue hacia la puerta de entrada del cementerio. Aquel muro era demasiado alto para saltar sin hacerse daño.

Cruzó el arco de la puerta y fue directo hacia la parte en la que había creído verla caer. No quedaba rastro de ella. Más tarde, descubriría que podía desaparecer siempre que quisiera, sin que nadie llegara a descubrir su paradero a menos que ella así lo quisiera.

Ese día lo quiso.

—¿Quién eres? —escuchó a su espalda.

Se dio la vuelta y la encontró plantada como una estatua, con los brazos en jarras.

—Hugo —contestó, confundido.

—¿Por qué me grabas con eso, Hugo? —señaló la videocámara que él no había guardado.

Este no supo qué contestar para no parecer un completo subnormal. Porque, además, nunca había tenido que detenerse a preguntarse por qué grababa algo o dejaba de hacerlo.

—¿Qué pensarías si yo me pusiera a sacarte fotos ahora mismo?

A Hugo se le escapó una sonrisa. Nunca había visto a alguien más expresiva que esa chica. No paraba de gesticular y poner caras extrañas. Era un libro abierto y en ese momento lo que reflejaba era... ¿enfado?

—No recuerdo haberte visto por el pueblo —miró la mochila de Hugo—. ¿De dónde vienes?

—¿Eres de la policía? —preguntó él.

—¿Por qué?

—Porque esto parece un jodido interrogatorio.

—Dime, Hugo —le dio un par de golpecitos en el pecho—. ¿Tengo pinta de idiota?

Él dudó, pero no porque lo pensara, sino porque, como había ocurrido antes, tampoco esperaba esa pregunta.

—No... —titubeó.

—Bien, pues no me trates como tal.

—Pero ¿quién eres tú?

—Elsa —hizo una pausa dramática—. Elsa Martín.

Le tendió la mano y Hugo se la estrechó perplejo.

—¿Te crees James Bond?

—¿Y tú te crees muy chulo por no contestar a ninguna pregunta?

—Estás chiflada —la acusó Hugo mientras se llevaba las manos a la cabeza, exasperado.

—¿Y en qué te basas para decir eso? Si es que puedes contestarme, claro.

—¿Te piensas que es normal saltar desde lo alto de un muro?

—¿Por qué no lo es? —inquirió Elsa, pacientemente.

—¿Vamos a estar contestándonos con preguntas todo el rato?

—No —contestó ella—, porque esta conversación —dibujó un par de círculos en el aire— se acaba aquí.

Hugo puso los ojos en blanco y se apartó el pelo de la cara.

—Y, sí —dijo deteniéndose un momento, con el dedo índice en los labios—, me parece normal saltar desde lo alto de un muro, Hugo Aliaga. Si hemos subido, en algún momento tendremos que bajar —explicó—. Saluda a la señora Matilde de mi parte.

Se fue.

—¡Eres una chiflada y una embustera! —le gritó.

Mientras, Elsa corría hacia la salida, sin detenerse.

Hugo no llegó a saber lo mucho que se reiría ella al recordar aquel momento.

Él lo recordó en el hospital, pero no tuvo ánimo para ser feliz con aquella momentánea vuelta al pasado. Sin embargo, cuando se puso de pie, se inclinó y miró a Elsa, no pudo poner una frontera entre ese momento presente y el pasado. Hacía escasos días.

Habían vuelto a casa después de muchos meses sumergidos en la profunda magia africana. Les había fascinado el continente, aunque había sido la gente,

con su amabilidad y curiosidad, la que les habían cautivado finalmente. Elsa parecía otra en el momento en el que bajaron del avión y recorrieron el aeropuerto. Ante todo, estaba feliz y Hugo agradecido de que, en parte, esa felicidad fuese fruto de lo que llevaban compartiendo tantísimos años.

Fueron directos al pequeño apartamento en el que vivían a medias, dado que la mayor parte del año la pasaban fuera, corriendo con las mochilas a cuestas. Ya hacía tiempo que no se sentían como pez fuera del agua. Si bien es cierto que a veces les parecían extrañas esas cuatro paredes en las que descansaban de vez cuando, una vez que abrían la puerta y encontraban ese ápice de estabilidad inigualable, se planteaban si no iba siendo hora de cambiar de marcha. Pero se habían acostumbrado demasiado a la velocidad. O al menos Hugo pensaba que, para ellos dos, no había nada mejor que el constante movimiento y esos días que pasaban tumbados en la cama.

Además, él tenía planes. Muchos planes.

Le acarició la frente mientras ella dormía. Tenía la piel aún ruborizada por el calor del sur. Su bronceado destacaba sobre las sábanas blancas. Su pelo rubio se había aclarado y crecido desde que se habían ido. Parecía una cascada de miel alrededor de su cara redonda. Toda ella era como un verano en medio del invierno. Apenas había cambiado desde la primera vez que la tuvo en su cama, seguía pareciéndole decidida aun estando dormida. Si alguien le hubiera preguntado en aquel momento cuánto la quería, no habría encontrado forma humanamente posible de cuantificar lo mucho que la deseaba y amaba. No entendía la vida sin Elsa y no quería hacerlo. Planteárselo siquiera le parecía un desatino. Pensando en todas esas nimiedades que conformaban su existencia, se quedó dormido, acompasando su respiración a la de ella.

Al despertarse, la cama se les quedó pequeña, como llevaba ocurriendo desde la primera vez que se vieron desnudos, en aquella pensión camino al este. La pasión podría haberse desgastado, evaporado un poco con el transcurso de los años, no obstante, parecían haber conseguido el efecto inverso. Había algo indescriptible en la manera en la que se enredaban sus cuerpos, en cómo se humedecían sus bocas con aquellos besos irrefrenables.

—He estado pensando que podríamos tomarnos un respiro —le dijo Hugo aquella misma noche, mientras deshacían las maletas.

—¿Un respiro?

—Sí, escaparnos un tiempo, ¿qué te parece? —siguió mientras colocaba las camisas en la percha.

—Pero, Hugo —se había acercado Elsa sonriendo—, si acabamos de volver.

Le rodeó la cintura y le besó con efervescencia.

—A eso me refiero —explicó él—. A escaparnos de todo eso. A quedarnos un tiempo.

—¿Quieres que pidamos unas vacaciones? —preguntó confundida.

—Sí, después del viaje a Tailandia deberíamos parar. ¿Tú qué crees? Por lo menos un tiempo. No quiero que nos arrepintamos de no pensar también a largo plazo. No sé si...

Elsa le puso un par de dedos sobre los labios.

—Me parece la mejor idea que has tenido nunca —le dijo.

—¿En serio?

No estaba del todo seguro de que fuera lo que ella quería. Elsa siempre había deseado hacer justo lo que estaba haciendo: no contemplar una escapatoria. Pero, eso que él estaba proponiendo no lo era, ¿no? Parecía todo lo contrario. Estaba afrontando lo que tarde o temprano tendrían que plantearse. Eran jóvenes y tenían tiempo para el futuro. Elsa siempre lo decía. Tendrían tiempo para pisar el freno. Ahora merecían ir a doscientos por hora para que no se les escapara el presente. Eso le recordaba cada vez que tenían que coger un avión, planear un viaje, realizar un reportaje. Por ese motivo, mientras ella le miraba fijamente a los ojos y admitía que también necesitaba descansar, Hugo comenzó a tener dudas.

¿Y si no estaban preparados para pasar tanto tiempo en un mismo espacio? ¿Qué harían, estar juntos todo el día? ¿Acabarían hablando de trabajo cuando ya no tuvieran otro tema de conversación? ¿Se aburrirían? ¿Cómo saberlo si esa iba a ser la primera vez que se tomarían la vida con calma?

Elsa le acarició las mejillas con una mezcla de seguridad y fragilidad.

—Pues claro que sí. Mira, yo también me lo había planteado. Incluso he barajado la posibilidad de... —No sabía cómo decirlo.

—¿Sí? —incitó él.

Elsa se encogió de hombros.

—Bueno... ver qué otras salidas tiene la fotografía. —Hizo una mueca—. ¿Tú qué piensas? Porque sí, lo sé —le interrumpió antes de que llegara a decir nada—, tenemos el mejor trabajo del mundo. En realidad, tú podrías seguir teniéndolo. Y, sí, también sé que las cosas no están como para ponerse a experimentar, pero a veces me parece que tengo... —Se mordió el labio.

Hugo le rozó el mentón con la mano y buscó sus ojos.

—¿Qué, cariño?

—Tengo otras inquietudes.

Elsa le apretó la mano y él le devolvió el apretón, como llevaba haciendo siete años. Esa señal que le recordaba que estaba justo ahí, y seguiría estándolo.

—Pues resuélvelas. Que no se te quede nada en el tintero. Este es el momento, siempre me lo recuerdas. No hay nada que se te resista, siempre lo he pensado.

—¿Por qué?

En ese momento, así, avergonzada, a Hugo le pareció la mujer más guapa del mundo. Siempre se lo parecía en realidad, incluso cuando estaban enfadados. Sobre todo cuando estaban enfadados.

—Porque siempre seguirás siendo aquella inconsciente que se sube a los trenes en marcha.

—Sí —susurró—, pero lo que te estoy preguntando es si estarías dispuesto a tomar esos trenes conmigo, ¿entiendes?

—Lo he entendido perfectamente y creo que ya te he contestado.

Entonces Elsa se había reído como una chiquilla y había abrazado a Hugo con todas sus fuerzas. Él sopesó las circunstancias. Podía aprovechar ese momento para consolidar aquella relación. Se rozó el bolsillo del pantalón y estuvo a punto de hacerlo. Sin embargo, se detuvo. Cuando Elsa volviera de casa de sus padres se lo propondría.

Pero Elsa no regresó.

Ahora estaba en el hospital, mirándola. Sacó la pequeña bolsa dorada del pantalón. Miró las alianzas. Le parecieron insignificantes. No quería tenerlas cerca porque no podría volver a mirarlas si algo saliera mal...

Le dio un beso en la frente a Elsa y salió de la habitación. Cogió el ascensor y bajó en profundo silencio hasta la tercera planta. Recorrió el pasillo con las manos en los bolsillos. No podía quedárselos. Aquella le parecía ya una decisión demasiado lejana. Un anhelo que había mantenido con vida hacía ya demasiado como para que siguiera significando lo mismo. Aunque solo hubieran pasado unos pocos días.

Se detuvo ante una amplia cristalera y vio que no había nadie dentro. Abrió la puerta y entró, pero intentó no mirarle. El odio que sentía era demasiado intenso como para que sus ojos lo mantuvieran a raya.

Vio el jarrón de flores sobre una de las mesas. Sacó la bolsita de tela y de ella extrajo los anillos. Los dejó caer en el interior y observó cómo el agua ralentizaba la caída hasta el fondo del jarrón. Ahora se quedarían ahí hasta que alguien se deshiciera de ellos. Ya no le pertenecían, porque alguien se los había llevado.

Se acercó finalmente hacia la cama, le miró.

—Espero que, por lo menos, tengas la decencia de vivir.
Sin embargo, todos tenían la seguridad de que Jordi moriría.

Capítulo 7

Día 22

Era medianoche cuando Elsa salió de la cama, colocó sus pies descalzos sobre las baldosas y cambió el gotero al transportador. Su padre dormía en el sillón, así que cruzó los dedos para no despertarlo. Tuvo que quitarse la mascarilla de oxígeno, aunque con la neumonía que había sufrido, y que aún no se le había curado del todo, no fuese la decisión más acertada.

Nunca había sido especialmente cauta, por lo que esa vez no iba a ser diferente. Al principio, le costó respirar, le dolía demasiado no encontrar aire suficiente. ¿Se le quedaría siempre esa presión en los pulmones?

Giró el pomo de la puerta con cuidado y salió en la quietud de la noche. No había nadie en el pasillo, lo cual fue de agradecer. Arrastró el gotero y a sí misma hacia el ascensor. Mientras este llegaba, tuvo que sentarse en el cuarto peldaño de la escalera. Ya le habían quitado los puntos del brazo, sin embargo, todavía sentía la tirantez al hacer fuerza. Estuvo ahí sentada durante casi un minuto, eterno minuto cuando aguantas el aire caduco dentro.

Se abrieron las puertas y entró justo antes de que volvieran a cerrarse de nuevo. Era curioso. Notaba el suelo helado en contacto con su piel, y, pese a ello, no tenía frío. Estuvo segura en aquel momento de que nunca más volvería a sentir un frío tan condenadamente intenso como el del primer día.

Pulsó el botón número tres. Lo cierto es que no estaba segura de que esa fuese la planta. Era lo que había escuchado, porque no le habían permitido bajar. Había mantenido la calma ante los ruegos de sus padres y las órdenes de Hugo, pero ¿por qué la castigaban así? Elsa necesitaba saber y, como ya era habitual, ver. Aunque la consecuencia que se desprendiera de eso fuera atroz.

Cuando estuvo otra vez en el pasillo, caminó sin saber a dónde iba. Algo la empujaba a creer que sabría dónde detenerse. Y lo supo. Era una puerta como la suya, con un número distinto. Había llegado hasta ahí sin ser vista, así que procuró soterrar los jadeos que se liberaban de su garganta para no ser oída. ¿Qué haría una vez que estuviera dentro? ¿Contemplar sin decir nada? ¿Murmurar alguna estupidez?

En realidad, había hablado poco desde que finalmente había podido despertar de ese vaivén somnífero en el que había estado las últimas semanas. Todavía no

tenía voz.

Abrió la puerta y cuando levantó la cabeza se encontró unos ojos que la miraban con fijación y cierta devoción. Se puso en pie y fue hasta ella. La mujer la abrazó con tanta fuerza que Elsa tuvo que apartarla un poco para recuperar el aliento.

—Lo siento mucho, lo... Gracias —hablaba ella mientras Elsa le hacía señas para decirle que estaba bien—. Soy su madre.

Elsa asintió y ese simple aspaviento de cabeza la mareó.

—Siéntate, por favor —le dijo la mujer.

Elsa negó esta vez. Recordó casi al momento lo que Jordi le había pedido. No era el momento, ella aún no podía. Observó a aquella señora, que tenía los mismos ojos que su hijo, y pensó que quizá nunca sería el momento.

—Soy Elena —se presentó ella, dándose cuenta de que no lo había hecho.

—Elsa.

Su voz salió como un siseo apenas inteligible.

—¿Quieres quedarte con él?

Afirmó con los labios entreabiertos.

Elena salió de la habitación con los ojos empañados, aunque Elsa no llegó a verla.

Se aproximó a la cama y aprovechó que nadie la miraba para detenerse varias veces en su camino. Estaba tan cansada que le costaba, incluso, mantener los ojos abiertos. Con el alma acongojada y el corazón latiendo más rápido de lo debido, logró verle por fin. Se dejó caer, sin mucho cuidado, sobre el margen del colchón y le observó durante cinco minutos sin pensar en nada. Era extraño, porque, a pesar de haberle visto durante tan poco tiempo, lo había recordado sin alterar en absoluto su imagen.

—Te estás... echando una siesta —carraspeó— muy larga.

No recibió ninguna respuesta, pero no se podía sentir ofendida porque nadie lo había hecho.

—No tenía que haberte contado nada... al final te quedaste...

Dormido. Era una manera más sencilla de decir que Jordi llevaba en coma desde el día uno. Elsa se había enterado hacía unos pocos días. Lo último de lo que podía acordarse era de la ambulancia. Había insistido en ir con él, ya que, por extraño que pareciera, creía que esa era la única manera de salvarle. Pero ya le había salvado, ¿o no?

Mientras le miraba se preguntó si eso que le había dado era una salvación.

—¿Cuánto tiempo vas a estar así?

No se sentía estúpida hablando sola. Tenía la seguridad de que había alguien al otro lado de la línea, solo que la cobertura no era la suficientemente buena como para que ella también pudiera escucharle.

—Tu madre es guapa. Mucho.

Elsa se preguntó si Jordi estaría enfadado por no haberle dicho a esta lo que él le había pedido en caso de que... No, ese no era el caso, intentó convencerse. Si al final eso sucedía, ella seguiría sin decírselo.

—¿Te molesta que me quede un rato?

Su voz empezaba a hacerse audible y, al tiempo que intentaba comunicarse con él, había olvidado levemente el dolor que le causaba estar sin la máscara de oxígeno. Quizá porque el dolor físico había sido suplido por el sentimental. Ojalá hubiera habido algún medicamento que le fosilizara la culpa y el recelo entonces y siempre.

—Me han dicho que trabajas en este hospital.

Le ajustó la manta alrededor del torso.

—Todos los hospitales huelen mal, pero este especialmente.

Vio la caja de bombones encima de la mesilla.

—¿Puedo? Si no dices nada, será que sí.

Le miró, pero no hubo ninguna reacción. Cogió la caja, sacó un bombón y lo mordisqueó en silencio. Estaba bueno, a lo mejor le abría un poco el apetito.

—He conocido a tus compañeros. Son simpáticos. Me visitan mucho, pero...

—Se acercó hasta su oído—. Lo hacen solo porque te he salvado la vida. Una cosa insignificante.

Se acabó el primer bombón y escogió otro. Concluyó que estaba encontrando ánimos para hablar porque cuando no lo hacía el ruido de las máquinas le parecía insoportable.

—Me quieren dar una medalla los bomberos —explicó—. Preferiría que pusieran mi nombre a algo, ¿qué te parece?

Masticó el segundo bombón y recuperó un poco de aire.

—Pero no a una avenida. A algo más ingenioso. A una chocolatina. La gente diría: «Me he comido una Elsa».

Suspiró y se encogió de hombros.

—¡Qué poco sentido del humor tienes!

—En realidad, tiene mucho —escuchó a sus espaldas.

Se dio la vuelta con cuidado y se encontró a Elena, que ya había regresado.

—Perdón —se disculpó—. No quería parecer descortés.

—No creo que lo hayas sido, Elsa. Gracias. Siempre.

Le acarició la espalda con ternura.

—Deberías volver a la habitación. Se te ve pálida. Te acompañaré —se ofreció.

—No se preocupe, yo puedo. Gracias.

Se levantó de la cama a duras penas. Miró a Jordi.

—Mañana volveré. —Se acercó un poco más—. Sí, es una amenaza. Buenas noches —le dijo a Elena esta vez.

Deshizo el camino hasta su habitación.

—¿Has ido? —le preguntó su padre, que ya se había despertado o que nunca se había dormido realmente.

—Sí.

Elsa fue hasta la cama, cambió la bolsa de suero, se sentó de espaldas a su padre, se colocó la mascarilla de oxígeno y comenzó a llorar en silencio.

Su padre se colocó a su lado.

—Elsa, mírame.

Pero ella no podía, no sabía cómo.

—Se pondrá bien.

Elsa hubiera querido creerle, porque así el peso que sentía sobre ella en ese momento habría desaparecido mínimamente. Por supuesto que no deseaba perder las esperanzas, pero ¿dónde iba a depositarlas?

—¿Me dejas un segundo? —pidió.

Su padre salió de la habitación a regañadientes. Elsa se quedó sola por primera vez en los últimos días. Se sorprendió por no haber anhelado en absoluto esa soledad que tanto le hubo gustado antes. Ahora se sentía desprotegida, estaba a la intemperie y hacía demasiado frío, el cielo estaba oscuro y solo oía agua. ¿Dejaría alguna vez de sentir ese miedo arraigado que le hacía temblar las manos?

No conocía la respuesta, sin embargo, abogó por no compartir con nadie ese sentimiento que estaba convencida de que no podrían comprender. No habían estado donde ella, no podrían jamás sentirse tan ínfimamente insignificante como se sentía Elsa en aquel momento.

Por eso lloró ese día, para evitar hacerlo los siguientes.

Capítulo 8

Día 30

—No sé por qué la gente te trae tantas flores. Ya me ha dicho tu madre que no te gustan nada. Esto parece un funeral —dijo Elsa mientras torcía el gesto y miraba la estancia de un lado a otro.

Cada vez que entraba en esa habitación había más jarrones que la última vez.

—Me dieron el alta ayer —le contó a Jordi—. Dicen que ya no estoy tan moribunda como para seguir desplumando a la Seguridad Social.

Le miró levantando las cejas lo máximo posible.

—Sí, en efecto —le señaló con el dedo—. Lo ha dicho Federico. Menudo médico me ha tocado.

Hubiera querido abrir la ventana para que entrase un poco de aire fresco, pero no era lo más adecuado para el estado de Jordi. Cuantos menos gérmenes entrasen en contacto con él, mejor. Elsa sopesó durante un segundo la idea de que, tal vez, ella sí que era un germen.

—Te he traído unas fotografías. Podrían haber salido mejor, pero aún no he recuperado el pulso de la mano derecha.

Las puso en el corcho que le había llevado. Iba a verle todos los días, sin falta. Pasaba las horas sentada a su lado. Se callaba el motivo, la verdadera razón por la que iba, el alivio que sentía estando ahí. Se convencía de que estaba vivo, y aunque no le conocía en absoluto, no podía alejarse.

—Por cierto, ¿tú no tienes una novia? No he visto a nadie de dudosa procedencia por aquí. ¿Un novio acaso? Las enfermeras parecen realmente interesadas en venir a cambiarte las sábanas. No quiero saber por qué. ¿O debería querer?

Se sentó en el sillón y abrió el libro que acababa de coger de la mesilla.

—¿Seguimos con *Moby Dick* o prefieres que te cuente una historia más entretenida? —Silencio—. Sí, yo también.

Cerró el libro y se inclinó hacia delante.

—Verás, creo que mi novio está celoso porque vengo aquí a estar contigo. ¿No te parece lo más absurdo que hayas oído nunca?

Si Jordi hubiera podido abrir los ojos en aquel preciso momento, habría divisado una capa acuosa en los ojos de Elsa.

—Solo está preocupado, en realidad. Y me parece que bastante cansado de mis bromas. Intento quitarle hierro al asunto, ¿qué hay de malo en que venga? Considera que debería estar reposando, porque con tanto movimiento podría pasarme algo, y yo le digo: ¿dónde voy a estar más segura que en un hospital con un médico? Sí, sí. Tú estás de vacaciones, pagadas además, pero, si me diera un síncope, el juramento hipocrático te obligaría a salvarme.

Más silencio.

Elsa se llevó las manos al pecho, se levantó del sillón precipitadamente, jadeó un poco, dio un par de vueltas y se desplomó en la cama, junto a Jordi, olvidando lo peligrosos que podrían ser los movimientos bruscos.

—¿Nada? ¡Pues menudo médico! Hugo va a tener razón al final y...

Elena entró en la habitación y sonrió ampliamente y con especial tristeza al verla tumbada junto a su hijo. Elsa se levantó con torpeza y no se atrevió a mirar a la mujer al principio.

—¿Quién es Hugo?

Elsa dibujó una sutil sonrisa en su boca.

—Mi novio.

—Un chico afortunado.

—Eso le digo yo, pero no está del todo de acuerdo.

Elena se sentó en el sillón que había ocupado Elsa hacía un momento.

—¿Nunca tienes miedo, Elsa? —le preguntó sin previo aviso.

Ella tomó asiento de nuevo, esta vez a los pies de la cama.

—Constantemente, pero este es el único lugar donde se me olvida.

—¿Cómo es posible? Aquí es donde mi miedo es mayor.

Ambas miraron a Jordi y después sus ojos se encontraron otra vez.

—Cuando estoy aquí, sé que está vivo. Le veo y oigo respirar.

—¿Has hablado con alguien, Elsa?

Asintió, pero no le explicó que a la única persona a la que le contaba realmente lo que sentía era a la que no podría contárselo a nadie: a Jordi. Él permanecía ahí, impasible ante cualquier cosa que ella dijera, fuera buena o mala. No se alteraba y aun así estaba ahí, dándole un apoyo que, aunque había buscado a conciencia en su familia, no había podido encontrar. El silencio. Ella necesitaba silencio por parte de los demás. No ser juzgada por ser mortal y humana, y sufrir, y ser incapaz de retomar su vida.

—¿Y Jordi? ¿Tiene a alguien especial? —preguntó para distraer a Elena y conducirla hacia tiempos más favorables. Hacia un tema más agradable como era el amor. Ese consuelo inagotable.

—Hubo alguien, pero no hablaba mucho de ella.

—¿Cómo era? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé. No llegué a conocerla...

—¡Oh, Dios mío! Yo no...

—¡No, no! Tranquila —negó Elena—, no está muerta. Es que se conocieron en un viaje y, por lo que sé, apenas pasaron juntos unos días, ¿sabes? Pero creo que se enamoró de ella. Le vi muy ilusionado.

Elsa no le quitaba los ojos de encima a Jordi.

—No parece —dijo más para sí que para Elena— la clase de hombre que se enamora con tanta facilidad.

—Ojalá llegues a conocerlo, Elsa. Es justo la clase de hombre que no parece ser.

Elsa asintió y también pidió en su fuero interno que eso llegase a ocurrir.

—¿Y no volvieron a ponerse en contacto?

—En realidad, hablaron durante mucho tiempo cuando él volvió. Por eso sé que estaba feliz, era inevitable no verlo. Ni estando ciega me habría pasado por alto. Se llamaban, se escribían... No sé si guardó las cartas cuando todo acabó.

—¿Por qué? ¿Por qué acabarían con algo así?

—Nunca me lo dijo, Elsa. Él no suele hablar de esas cosas.

A Elsa se le escapó una sonrisa triste y compresiva.

—Me imagino, parece justo esa clase de hombre.

Elena también sonrió con ternura. Cada vez que miraba a Elsa veía a alguien con quien estaría en deuda eternamente. Ella sabía que aquello no era vida, sino supervivencia. Mantenía a su hijo con vida gracias a unas máquinas que le daban la esperanza de que aún podría abrir los ojos, volver a enamorarse, estar con sus amigos, recuperar su trabajo y conocer a esa chica que, seguramente sin pensarlo, estaba acariciándole la pierna y contemplándole como si le conociera mejor que nadie y desde hacía muchísimo tiempo.

—Elsa, no sé cómo preguntarte esto...

Ella intuyó qué quería preguntarle. No habían hablado de ese día, sin embargo, había esperado que en cualquier momento saliera a flote esa conversación pendiente.

—Fuiste la última que habló con él y...

—Me dijo que caminara, ¿sabe? Decía que me iba a congelar. Él era el que peor estaba de los dos y, sin embargo, se preocupaba por mí.

Elena sonrió.

—No hablamos mucho...

—Lo entiendo, tranquila. No quería...

—No vi miedo, Elena, solo paz. Sigo preguntándome por qué no estaba asustado. ¿Qué le hacía mantener la calma?

—Tal vez que estuvieras ahí fue lo que le hizo no perder la razón.

—Tal vez.

Dejó escapar un suspiro desgarrador.

—Si le hubiera podido sacar antes...

Elena se levantó del sillón y se colocó frente a ella. La cogió de las manos y Elsa se encontró con esos ojos gemelos, los de Jordi, mirándola con un agradecimiento infinito.

—Elsa, él está aquí por ti. Eso que no se te olvide nunca.

Le dio un fugaz abrazo y le comunicó que iría a por café. Elsa volvió a quedarse en la habitación con Jordi. En un acto infantil, le destapó los pies e intentó hacerle cosquillas. Había leído en un foro que la madre de una mujer se había despertado así. No perdería nada por intentarlo. Lo intentó, pero el resultado fue el mismo, la quietud. Y aunque se hubiera movido lo más mínimo, podría haberse tratado de un acto reflejo.

—No hablas, no te ríes, no te mueves. Te mereces esas flores que tan poco te gustan por ser un anfitrión de mierda, ¿sabes, Jordi? Estoy aquí sentada y ni siquiera me ofreces una de esas rancias palmeras de chocolate que tienes en la cesta. Teniendo en cuenta que no te las vas a comer, podrías dejar que se las coman otros. A ti te alimentan por esa sonda. Te dan purés, o lo que sea ese líquido amarillo, como a los ancianos. Pero tú quédate en la cama, ¿eh? No vaya a ser que puedas hacer algo más interesante que dormir.

Se tumbó a su lado, esta vez con cuidado. Era extraño su olor, que siguiera siendo un desconocido y que, pese a todo, Elsa no sintiera que estaba invadiendo su espacio vital o que no debía estar en ese lugar.

—Me ha dicho tu madre que te enamoraste. Bueno, estabas aquí, ya lo has escuchado. ¿Te dejó ella o la dejaste tú? Tienes pinta de haberla dejado tú, pero como Elena dice que eres lo contrario a lo que parece, deduzco que te dejó ella.

—Hizo una pausa y le pasó un brazo por encima del pecho—. ¿Te gustaría que estuviera aquí? A mí me gustó despertarme y que Hugo estuviera en la habitación, todas las veces. A pesar de que nunca le había visto tan enfadado como ahora. Parece otro, pero creo que todos en situaciones como estas acabamos convirtiéndonos en otras personas.

Se acercó un poco más a él. Tenía frío. Siempre tenía frío desde el accidente.

—¿Cómo se llamaba? ¿Tenía un nombre bonito? Me imagino algo exótico. O

no, clásico mejor. ¿Evangelina? ¿Encarna? ¿No te gusta ninguno? —Levantó la cabeza y contempló su expresión—. ¿Laura? ¿Maribel? ¿Emilia? ¿Luisa? ¿María? ¿Clara? —Ninguna reacción—. A lo mejor era extrajera. ¡Sí! Os conocisteis en un viaje, es eso entonces. ¿Elizabeth? ¿Anuska? ¿Clôe? ¡Qué rancio! Dame una pista.

Era agradable escuchar el latido de su corazón. Apuntó esa otra señal como manera de comprobar que seguía con vida.

—Yo solo he estado con Hugo. Siempre ha sido Hugo. Se adelantó a los demás, aunque la suerte estuvo a su favor. Supo exactamente qué hacer y cuándo. Y no, no es que yo sea difícil de llevar. En realidad, aunque no lo parezca —le guiñó un ojo—, soy una buena conversadora. No me gusta discutir, prefiero hablar con calma. Abordar el problema. Él, sin embargo, tiene más temperamento. Mi paciencia le mantiene a raya. ¿Crees que es un error querer tanto a alguien que a veces se te olvide quién eras cuando estabas solo? —Calló un segundo—. Alguna vez he pensado que sí que lo es.

Sintió cómo iba cayendo en un profundo sueño, un letargo agradable. Ahí no le hacía falta pensar, ni sentir, ni sopesar los pros y los contras de estar abrazada a un hombre que no era su novio, por muy en coma que estuviera. Ahí, todo era mucho más fácil.

—Quizá por eso no quieres volver.

Capítulo 9

Día 51

—Perdóname si soy tan imbécil que no lo entiendo, Elsa —gritó Hugo desde la cocina mientras ella permanecía sentada en el borde de la cama, escuchándole blasfemar—. Sí, es eso, debo de ser gilipollas.

Elsa se tumbó en la cama con cara de exasperación. Todavía no se había recuperado del todo, pero estaba mucho mejor que antes. Había aprendido a ignorar el frío. En realidad, le parecía que estaba haciendo grandes avances, aunque no para Hugo, que le reprochaba continuamente no saber quién era. Elsa no lo llegó a decir en voz alta, pero ella también comenzaba a hartarse de no saber qué había hecho mal para que, una y otra vez, se le estuviera cuestionando cada paso que daba.

—La gilipollas soy yo —murmuró.

Hugo cruzó la puerta y se la quedó mirando con fingida calma.

—¿Y bien? ¿Me lo explicas?

—Ya no sé cómo, la verdad.

Se levantó de la cama y guardó un par de camisetas en una maleta.

—Desde luego, y ya veo lo mucho que te importa lo que yo piense.

Elsa estaba de espaldas a él. Esa fue la primera vez que comenzó a contener la respiración. Al cabo de muchos meses sería como un vendaval retenido, rugiéndole en el pecho, luchando por ser liberado. De momento, sin embargo, tan solo era un poco de oxígeno estancado.

—¿Quieres seguir con esto? Porque ni siquiera sé si... —siguió hablando él, ofendido por el silencio de Elsa.

Cuando ella se giró y lo fulminó con la mirada, Hugo calló al fin.

—Puedo entender que te preocupes por mí, que quieras que vuelva a hacer las cosas de antes en un tiempo récord, que tengas ganas de que esté contigo los próximos tres meses, en algún paraje selvático de Tailandia. Pero no sé cómo puedes, siquiera, discutir sobre lo que siento por ti.

—No sabía que estábamos discutiendo.

—Yo no, en realidad. Aunque tú, últimamente, pareces dispuesto a lograr que se colme el vaso de mi paciencia, Hugo, de verdad.

—Ah, claro —dijo llevándose las manos a la cabeza—, que es todo culpa mía.

Yo soy el que se pasa todo el día con otra mujer.

—Está en coma, Hugo —explicó ella, sabiendo a qué se refería.

—¡Me da igual! ¿Te parecería bien que yo hiciera eso si todo hubiera ocurrido al revés? —inquirió, obcecado, cansado.

Se dejó caer en una silla que había junto a la puerta. Elsa se acuclilló frente a Hugo y, viendo a ese hombre mucho más fatigado que hacía unos meses, decidió que no quería que se fuera sin que supiera que realmente lo quería y que no había cambiado nada. Porque, todo seguía como siempre, ¿verdad?

—Me parecería bien que hicieras aquello que te ayudara a dormir por la noche.

Hugo levantó la cabeza y vio cómo ella le acariciaba las rodillas con ternura. Sonreía, pero sus ojos intentaban no llorar. Se arrepintió, como las veces anteriores, por ponerla contra la espada y la pared cuando los médicos habían dicho que intentaran todo lo contrario, que estuviera lo más relajada posible. Elsa no había reaccionado después de un accidente de esa envergadura como solía hacer la gente, por eso el psicólogo que la había atendido seguía esperando que implosionara en cualquier momento.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo dormir tranquila, si no voy todos los días.

—Pero yo estoy contigo y...

Elsa llevó dos de sus dedos hasta la boca de Hugo y le silenció.

—Y eso me ayuda muchísimo. A levantarme, a hacer pequeñas cosas que antes solía hacer con total normalidad, como cruzar la calle sin esperar que haya una colisión. Pero, cariño, no me obligues a ser yo la que se estrelle contra todo lo que hay a mi alrededor. —Apretó los dedos alrededor de la tela de su pantalón—. Sé que ahora debes de esperar algo como: «Si me pides que no vuelva a ir, dejaré de hacerlo», pero no puedo decirte eso. Y si confías en mí, si me quieres como hace unos días, no me pedirás que lo diga ni que lo haga. Igual que yo tampoco puedo obligarte a que dejes de pensar lo que sea que quieras estar pensando en este momento.

Elsa calló, no añadió lo que llevaba algunos días pensando, que Hugo también había comenzado a convertirse en un extraño que la miraba de vez en cuando en profundo silencio, intentando indagar en sus pensamientos sin dejar que ella entrevistara los de él. Aun así, Elsa seguía queriéndole como siempre, por lo menos al Hugo que ella conocía. A ese nuevo, un poco distante y déspota, a ese tenía ganas de pedirle que la dejara un tiempo en paz.

—Está bien —dijo al fin, aunque no parecía convencido.

Elsa se puso en pie, le acarició las mejillas como solía hacer y lo besó lenta y profundamente. Él le devolvió el beso con la misma intensidad. Durante esos minutos en los que estuvieron haciendo las paces todo se hizo más llevadero.

Hugo no dijo que le hubiera gustado que Elsa le pidiera que no se fuese a ese viaje.

Elsa no dijo que esperaba que volviera de ese viaje siendo el mismo de siempre.

Hugo no dijo que deseaba más que nunca que se despertara aquel otro hombre que se había llevado a su novia.

Elsa no dijo que tenía miedo de que ella se estuviera convirtiendo en otra.

Ninguno confesó lo que estaba sintiendo y pensando, pero sus cuerpos expresaron muy bien la rabia contenida. En algún momento de los agitados enredos, consideraron la idea de quedarse en esa habitación hasta que el tiempo fuese hacia atrás y nunca hubiera tenido lugar lo ocurrido.

—Tengo que irme ya o perderé el vuelo —anunció Hugo mientras seguía besándola, ahora más lento.

—Ten mucho cuidado, por favor.

Era una de las pocas veces en las que no le acompañaba en el viaje. Habían encontrado otro fotógrafo para el reportaje mientras ella estaba de baja.

—Yo siempre.

Otra indirecta.

—Elsa —dijo mientras se abrochaba la camisa—, quiero que vayas a verle, ¿vale? —dijo después de haber reflexionado, después de haberla mirado a los ojos en silencio—. Si eso te ayuda a estar bien, hazlo.

Ella se acercó deslizando los pies por las baldosas y le abrazó por la cintura.

—Por cosas como estas me enamoré de ti, ¿lo sabes?

—No sueles decírmelo.

—Lo haré más a menudo, entonces.

Él sonrió, como siempre, y Elsa volvió a sentirse segura entre sus brazos. Le apretó la mano y recibió la respuesta. Todo estaba bien.

—Pero no te enamores de él, ¿eh?

Elsa rio tan alto que hasta Hugo acabó contagiándose de su buen humor.

—Lo digo en serio, Elsa Martín. No lo soportaría.

—Tengo el corazón ocupado. No va a ser necesario que arremetas con tu furia viril contra nadie.

—¿Furia viril? —levantó las cejas, divertido—. Por fin empiezas a sonar igual.

—Te he metido una bolsa de esas madalenas que tanto te gustan y nubes de azúcar en la maleta. También un par de jerséis, por si hiciera frío.

—Eso suena todavía mejor.

—Escribe mucho, llama mucho y... —comenzó a decir, pero se le trabaron las palabras.

—¿Quieres que me quede?

No podía responderle con un no rotundo, así que sopesó la respuesta.

—Quiero que vuelvas de una pieza y pronto. Después me gustaría que...

—¿Qué, cariño? —preguntó él, aferrándola por la cintura como nunca antes.

—Que nos tomáramos esas vacaciones de las que hablamos...

Aunque no eran precisamente unas vacaciones, sino una reestructuración de sus vidas. ¿Por qué, de repente, parecía algo tan lejano? Una eternidad era lo que había pasado entre aquella idea y el momento presente.

—Te lo prometo.

—Pero solo si lo vas a cumplir.

—Te lo prometo —repitió él—. Nunca te prometería nada que no llegara a cumplir. A ti no, y lo sabes. Dime que lo sabes.

—Lo sé.

«Creo», completó su subconsciente.

—¿Me prometes tú algo?

Elsa esperó a que llegara la petición.

—Que aprovecharás estos meses para saber qué quieres.

Le sorprendió aquella petición, sin embargo, asintió. Era verdad que ya no tenía tan claro qué quería y cómo. Había pocas cosas que todavía supiera con seguridad, aunque también acabaría surgiendo la duda sobre esas cuestiones tarde o temprano. Aun así, consideró que aquello era algo que sí que podía prometer. Porque, para bien o para mal, resolvería el entramado de incógnitas en el que se había acomodado.

—Prometido.

—Estaré más cerca de ti de lo que te imaginas.

Ella puso los ojos en blanco y sonrió.

—Eso suena a amenaza.

Él rio abiertamente.

—Ya sabía que estabas chalada cuando empecé a salir contigo, pero de vez en cuando sigo asustándome.

—Oh, ya veo lo asustado que estás.

Hugo cogió la maleta y la arrastró por el pasillo mientras seguía riéndose.

Habían llegado a un acuerdo: ella no le acompañaría al aeropuerto. No estaban acostumbrados a despedirse, así que los hasta pronto se quedarían ahí, en casa, aguardando la vuelta, los abrazos, los besos y las caricias.

Como siempre que se iba a algún sitio y Elsa no iba con él, Hugo dijo:

—¿Tú me quieres?

—Creía que lo había evidenciado antes —señaló el dormitorio.

—Y con bastante ímpetu, he de reconocer —convino él—. Pero ¿me quieres?

—Tanto como para ir a buscarte a Tailandia y pedirte el divorcio como me entere de que andas por ahí coqueteando con alguna fémina.

—Para divorciarnos deberíamos estar casados.

—En ese caso, iría, te pediría que te casaras conmigo y después te plantaría los papeles del divorcio.

—Esa, sin duda, es una gran prueba de amor.

Se abrazaron con necesidad y con un ligero temor surcándoles las yemas de los dedos mientras buscaban la piel del otro con las manos y con los labios.

Aunque se había propuesto no hacerlo, no al menos delante de él para no hacerle más dura la marcha, a Elsa acabaron escapándosele las lágrimas.

—No llores.

—No estoy llorando.

—¿Ah, no? —sonrió mientras lo decía—. ¿Y qué haces?

—Es una reacción alérgica a tu camisa.

—Eres idiota, siempre lo he tenido claro.

—Aprendí de ti.

Se separaron y Hugo abrió la puerta del apartamento sin dejar de sonreír. Un par de besos más y se dirigió al ascensor. Elsa seguía en la puerta, preguntándose qué haría una vez que la cerrara. ¿A qué se dedicaría durante los siguientes tres meses?

—¿Sabes cuánto te quiero yo? —preguntó Hugo.

En el silencio del relleno solo se escuchaba el traqueteo del ascensor subiendo.

—¿Cuánto?

—Tanto como para aparcar la maleta para siempre y apagar la cámara.

Se abrieron las puertas del ascensor. Se miraron con intensidad, olvidándose de las discusiones y los reproches. Elsa recorrió el espacio que los separaba en dos grandes zancadas y lo besó.

Así, con esa despedida, fue cómo recuperó un poco de lo que había sido.

Capítulo 10

Día 57

Elsa daba vueltas por la habitación poniendo voces a los personajes de *Hamlet*. Una más aguda, otra más grave. Gesticuló durante quince minutos, con intensidad y casi divirtiéndose. Miraba a Jordi por encima del hombro, y aunque él no daba ni la más mínima señal de estar escuchándola, siempre que lo hacía, sonreía.

Sabía que a ojos de otros debía de parecer estúpida, pero ¿acaso le había importado alguna vez lo que dijera el resto del mundo? Ella respetaba demasiado lo que la hacía feliz como para renunciar a ello por el simple hecho de callar bocas. No era su *modus operandi* y nunca lo sería.

—Un día de estos te voy a tirar un cubo de agua fría y vas a tener que despertarte.

Esperó.

—De verdad que es imposible decirte nada, siempre con ese rictus impenetrable.

Ninguna respuesta. Nunca la recibía en realidad, y eso, en vez de achantarle el ánimo, de echarla para atrás en su afán incansable de despertarle, lograba el efecto inverso, darle más esperanzas y fuerzas para seguir al pie del cañón. Además, sentía que era su responsabilidad llevar las riendas de esa misión, porque Elena parecía realmente agotada.

Elsa pasaba las mañanas en el hospital mientras la madre de Jordi trabajaba. No es que él necesitase a nadie, pero ellas le necesitaban. Elsa, al menos, sabía que la suya era una actitud más bien egoísta. Estaba ahí por ella, por liberarse de la culpabilidad, del efecto nocivo que tenía en ella despertarse en medio de la madrugada sin aire, contemplando los ojos de Jordi en el fondo del lago, escapándosele de las manos hacia las profundidades.

Su realidad superaba a la ficción.

—Echo de menos a Hugo, ¿sabes?

Se sentó en la repisa de la ventana y miró la calle, donde la gente iba de un lado a otro, sin saber de su existencia, de los problemas del resto, porque nunca tenemos el tiempo suficiente para pensar en lo que hay detrás de unas paredes y de las expresiones de los demás.

—La casa me parece demasiado grande. Había pensado en ir a la de mis padres una temporada, pero el hospital quedaría un poco lejos para venir todos los días.

Se giró hacia él.

—Solo por eso deberías tener la buena voluntad de abrir esos bonitos ojos tuyos y hacerme esto más llevadero.

Apoyó la cabeza contra el cristal. Entraba una calidez primaveral deliciosa. Se dio cuenta de que, desde donde estaba Jordi, no le llegaba esa luz. Así fue cómo se le ocurrió la brillante idea de mover la cama y todos los aparatos y colocarle enfrente del ventanal, que abrió para que la brisa entrara.

—A la mierda lo que digan los médicos. Con todos mis respetos, ¿eh? Por la parte que te toca. ¡Pero no tenéis muchas luces! ¿Quién se podría poner bien entre estas cuatro paredes? Que, por cierto, he decorado con mucho acierto.

Le quitó el seguro a la cama y fue moviendo, poco a poco, cada uno de los aparatos para que no se soltase ningún cable. Diez minutos después, había conseguido el objetivo, aunque colocarlo todo otra vez en su sitio le pareció más difícil.

—Ahora mejor. La primavera está llegando rápido este año. ¿No te gustaría salir o ya has decidido pedir la jubilación anticipada? Todo el día aquí metido. Ser o no ser. ¿Qué decides?

Se sentó a su lado en la cama y se cruzó de brazos con el ceño fruncido. Se estaba planteando esa misma pregunta. ¿Qué había decidido ella? Estando ahí, hablando sola, ¿qué significaba? ¿Estaba siendo o había dejado de ser para simplemente estar?

—Condenada filosofía shakespeariana.

No conseguía llegar a una conclusión.

—A veces pareces triste, ¿te has dado cuenta?

Hizo algo que no se había atrevido a hacer hasta la fecha. Rozó su cara con el baile de sus dedos durante diez minutos, deteniéndose en cada curva, línea, arruga. Tenía las pestañas largas y negras, la nariz recta, los labios escondidos detrás de la máscara de oxígeno. Estaba pálido, no recuperaba el color por muchos días que pasaran. Su abuela, cuando era pequeña, siempre le decía que tener las mejillas sonrosadas era síntoma de que estaba sana.

—Puedo ponerte un poco de colorete, aunque puedes oponerte.

No sabía qué ridículo impulso la llevaba a decir esas cosas. Pensaba que, a lo mejor, sin ella esperarlo, Jordi se levantaría sin previo aviso y gritaría diciendo que alguien apartara a esa loca de su lado. Que alguien le salvara.

Salvar.

¿Qué era eso?

Elsa se llevó una mano al pecho y sintió un pinchazo que se repitió durante las siguientes inspiraciones y expiraciones. Había notado ya aquella molestia, pero ahora parecía tenuemente más intensa.

—Vas a tener que indemnizarme por daños irreparables, ¿me oyes? —susurró muy cerca de su oído.

Percibió algo, un ligero, casi imperceptible cambio. A Jordi se le había puesto la piel de gallina con ese pequeño gesto. Debía de tratarse de uno de esos actos reflejos del cuerpo, aunque esa no dejaba de ser una señal de que seguía vivo.

—¿Las orejas son tu punto sensible? Debería buscar a esa chica tuya y decírselo. Quizá, si viene ella, te animas un poco.

Le apartó unos mechones de pelo de la frente.

—¿Has visto ese capítulo de *Tom y Jerry* en el que Tom se pone palillos de dientes en los ojos para mantenerlos abiertos? Es muy famoso ese episodio. Voy a hacer lo mismo contigo, ¿eso quieres?

Se tumbó de medio lado y apoyó la cabeza en la mano. Siguió mirándole, recordando. Volvió a tocarle las mejillas. Ya no estaba frío como ese día.

Había arriesgado su vida por alguien que no conocía y llevaba semanas preguntándose por qué. ¿Tan poca importancia tenía su existencia para ella? Se lo había jugado todo con aquella muestra de valentía. A veces se cuestionaba para qué, ya que él no parecía que fuese a despertar. No había nada que le dijera con total seguridad que, en algún momento del futuro, ese hombre abriría los ojos y podría seguir con su vida. Solo entonces el coraje de Elsa tendría algún sentido para ella.

—¿Sabes qué creo? Que eres un animal nocturno. Te pasas las noches de juerga y cuando llego yo te echas a dormir. Eso debe de ser, porque no en...

—¡Santo Dios! —gritó una voz aguda detrás de ella.

Elsa asomó la cabeza por un costado de la cama. Una enfermera la miraba desconcertada.

—Pero ¿qué ha hecho?

Elsa se bajó de la cama.

—Pensé que le haría bien...

—En un futuro, háganos un favor a todos y no piense. Obedezca a los médicos.

Salió al pasillo y llamó a un celador, que vino deprisa para devolver a Jordi a su lugar de origen. Un viaje corto y poco fructífero.

—¡Y encima ha abierto la ventana! —siguió gritando la mujer—. Tengo que decírselo al doctor Federico y... —vociferó.

—Dígaselo a quien le dé la gana.

La enfermera, de mediana edad y ojos asustadizos, le dirigió una expresión severa. Salió de la habitación y mientras el celador seguía recolocándolo todo, apareció Federico negando con la cabeza nada más ver el desastre.

—Elsa, ¿qué has hecho?

—No he hecho nada —contestó a la defensiva—. Ni que estuviera muerto.

Federico se puso rígido, a fin de cuentas, era de su mejor amigo de quien hablaba esa muchacha, que no le conocía de nada. A ninguno de los dos. Sin embargo, se había adueñado de aquella habitación como si fuera suya. Y Elena la dejaba hacer y deshacer a sus anchas. Alguien tenía que ponerle coto.

—Si yo, que soy su médico, digo que no se puede abrir la ventana, ¿por qué la abres?

—Porque yo, que no soy médico —explicó Elsa, sin pelos en la lengua—, que he sido paciente, sé que es más beneficioso respirar aire puro.

—¿Respirar? ¡Vamos, Elsa, mírale!

No lo hizo.

—Un aparato respira por él. Enfermera —hizo un inciso—, tómele la temperatura. Tal vez haya cogido frío.

—¿Frío? ¿En serio? —preguntó Elsa—. ¡Mira qué tiempo hace fuera! Es una buena temperatura para...

—¡Basta ya! —le espetó—. Si no vas a respetar las normas, me veré obligado a prohibirte que estés aquí sin supervisión. Estás poniendo en peligro la vida de un paciente.

—¿De verdad, Federico? ¿Estoy poniendo en riesgo su estado de salud?

Ella, que le había ayudado.

—No digo que lo hagas conscientemente —suspiró Federico—, pero no eres médico. Haz caso de las instrucciones y no vuelvas a hacer nunca más...

—Doctor —le interrumpió la enfermera—. Tiene una temperatura normal.

Federico tardó en reaccionar.

—¿Normal?

—Sí, señor.

Federico se acercó y repasó el resto de temperaturas que las enfermeras habían anotado en las últimas semanas. Siempre estaban un poco por debajo de la temperatura idónea.

—Y parece que —señaló el electrocardiograma— el pulso es un poco más

estable.

El joven médico lo repasó todo con paciencia dos veces. Se dio la vuelta y miró a Elsa, que había estado escuchando mientras recogía sus cosas sin decir nada, apretando los dientes, con muchísimas ganas de gritar y deshacerse de ese pellizco en el corazón. Se había asustado al considerar seriamente que su impulsividad podría haberle supuesto algún daño a Jordi, por mucha seguridad que hubiese mostrado.

—Parece que está bien —dijo Federico.

Ella le regaló un escrutinio que a Federico no se le olvidaría nunca.

—Menos mal que no soy médico y sigo siendo persona.

Abrió la puerta y cerró con fuerza, evidenciando el enfado y desacuerdo que manifestaba con respecto a lo que había tenido que escuchar en la habitación.

Mientras se marchaba enfurruñada por el pasillo, chocó con Elena, que la retuvo por los hombros.

—¿Elsa?

Al verla con los ojos llenos de lágrimas y tan compungida se alarmó.

—¿Qué ha pasado?

Elsa tomó aire y se lo explicó torpemente. Se acabaron sentando en uno de los bancos de la sala de espera. Elena le había tomado las manos entre las suyas y le sonreía con esa amabilidad inquebrantable.

—Él también se preocupa. Son amigos desde el jardín de infancia. Debe de haberse asustado.

—No habría estado de más una disculpa.

—Estoy segura de que lo hará.

—A lo mejor tiene razón, Elena, quizá todos la tienen.

—¿A qué te refieres? —preguntó la mujer, confundida.

—Tal vez no debería volver porque...

—¡No! —medio gritó—. No, Elsa, no digas eso. Me gusta que estés aquí, y estoy convencida de que a él también. Le haces bien. Eso es lo que creo, aunque es tu decisión y eres libre de hacer aquello que creas mejor.

—¿Lo que creo mejor? —preguntó.

—Sí, cielo. No negaré, porque no puedo, que a él no es al único al que le hace bien tu compañía.

Elsa le devolvió la sonrisa.

Elena era viuda y solo tenía un hijo. Toda la familia había pasado en algún momento a visitarlos, pero nadie se había quedado el tiempo suficiente para allanar el camino de esa abatida mujer.

Elsa se armó de valor y dijo en voz alta lo que llevaba algunos días pensando.

—Me gustaría encontrarla.

—¿A quién?

—A aquella chica. Eso es lo que creo mejor, Elena. ¿Me ayudará?

Elena se encogió de hombros.

—No sé si está bien remover el pasado.

Elsa se puso en pie, dispuesta a marcharse.

—A veces el pasado es el único que puede recordarnos quiénes somos. —
Hizo una pausa—. No hace falta que me conteste ahora. Piénselo.

Capítulo 11

Día 61

Acarició las sábanas y aspiró ese aroma afrutado que había embriagado los hilos. El olor de un cuerpo que había dormido ahí, que había experimentado el deseo entre los pliegues de la cama y de algún cuerpo tibio que se había ido encendiendo con él. Sacar una fotografía a ese pensamiento era como franquear la intimidad de una persona a la que Elsa había aprendido a respetar sin conocerla.

—No he tocado nada. Lo he dejado todo como lo encontré —le habló Elena desde la puerta.

Elsa se dio la vuelta y la sorprendió haber estado tan ensimismada como para no llegar a percibir la presencia de otro ser humano junto a ella.

—Elena, yo no pensé en esto cuando le expliqué lo que pretendía.

—Sé que no lo hiciste, pero yo no he encontrado otra manera de ayudarte.

Elsa se encogió de hombros e hizo una mueca con las comisuras de los labios. Elena pensó que era una de esas personas con facilidad para decir la verdad o con un defecto enorme: no sabía mentir. Eso era algo bueno, desde luego, y en el fondo ella también compartía ese mismo sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, estaba dejando que una persona ajena a la familia revolviera entre las cosas de su hijo. Él nunca lo hubiera consentido, era muy celoso de su privacidad. Pero la desesperación de Elena era mayor que cualquier otra consideración.

—No sé si me parece correcto ni siquiera estar aquí —siguió hablando Elsa—. Es como ver a alguien desnudo, y no solo físicamente.

—No se me ocurre otro modo de averiguar quién era ella.

—Ni a mí, en realidad. Aunque tampoco sabemos si aquí encontraremos algo. Y si lo hiciéramos, ¿por dónde vamos a empezar?

—¿Vamos?

Elsa la contempló dubitativa.

—Me va a ayudar, ¿no?

—Elsa, yo...

Elena se retorció las manos y miró la moqueta con aprehensión.

—Preferiría que lo hicieras sola. Me cuesta incluso estar aquí. No podría buscar entre sus cosas, descubrir, a lo mejor, algo que él nunca hubiese querido

que conociera. Tú, sin embargo, no tienes prejuicios, no le conoces. Da igual lo que encuentres, porque eso no te puede afectar.

Elsa no supo qué decir. No estaba del todo de acuerdo, porque desde el primer segundo en el que había pisado esa casa, ya sentía la necesidad de salir corriendo. Ella, por extraño que pareciese, sentía exactamente la misma contención que su madre. No sentía que estuviera en casa de un extraño, sino en la de alguien que la conocía demasiado bien y a quien ella había aprendido a conocer de una manera diferente. ¿Y ahora iba a sucumbir a una intuición estúpida que la llevaba a creer que encontrando a aquella chica también hallaría una cura? ¿Una cura a qué?

—Te guardaré el secreto. Nadie tiene que saber que has estado aquí.

Elsa asintió de mala gana.

—Toma, una copia de las llaves. Tengo que irme a trabajar.

—Me pasaré después por el hospital —dijo Elsa.

—Creo que hoy no tendrás fuerzas para hacerlo. Será mejor que descanses. No creo que debas limitar tus días a esto, no sé si es realmente bueno que focalices tanto tu tiempo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Elsa, un poco desconcertada y algo herida.

—Que me prometas que encontrarás tiempo también para pasarlo con tus amigos. Agradezco enormemente cada cosa que haces por él, Elsa, pero tú estás aquí —enfaticó ese aquí, que las hizo temblar a las dos.

—Él también está aquí.

—Sí, pero su tiempo está detenido y el tuyo sigue avanzando. Tienes que vivirlo.

—Ya lo estoy haciendo —murmuró, con calma, para no mostrarse tan afectada como estaba.

—Sé prudente. Con todo —le aconsejó Elena.

Elsa sonrió con aceptación fingida y después se despidió de la mujer con un abrazo.

De repente estaba ahí, en una casa que no era la suya, rodeada de una vida y unos recuerdos que no identificaba. Un piso amplio y luminoso, lleno de libros, periódicos antiguos, cuadros de cosas irreconocibles, ventanales amplios y cortinas blancas.

—Sabía que te gustaba la luz, Jordi —susurró mientras paseaba por las habitaciones.

Se detuvo delante de una fotografía donde aparecía él junto a sus padres.

—¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

Se le pasó por la cabeza una idea desconcertante, igual estúpida, pero no del todo disparatada. Quizá eso le ayudaría a sacar algo en claro. Cogió su teléfono y seleccionó un contacto. Sonó varias veces hasta que escuchó la voz al otro lado.

—A buenas horas, mangas verdes —la regañó sin saludarla antes.

—Ángela, esto es un código rojo —le anunció antes de que pudiera seguir amonestándola por no llamarla más, por no dar señales de vida con la misma frecuencia que antes.

—¿Qué pasa? ¿En qué lago te has ahogado esta vez?

Elsa se frotó los ojos mientras reía en silencio. Esa era una de las cosas que más le gustaban de Ángela, que siempre encontraba la manera de hacer que incluso los tragos más amargos fuesen medianamente dulces. Jamás le habría sentado mal ningún comentario que ella hiciera sobre lo sucedido.

—Atenta —le dijo—. Si un chico esconde algo que no quiere que nadie encuentre, ¿tú dónde crees que lo pondría?

—¿Infidelidades?

—Cuestiones sentimentales, sí —concluyó.

—¿Crees que Hugo te está poniendo los cuernos?!

—Espero, por su bien, que no —dijo, risueña—. Es otra cosa. Piensa.

—¿Y por qué tendría que saberlo yo? Dime, ¿qué te hace pensar que yo sé por dónde podrías empezar a buscar?

—Porque eres una cotilla y siempre has estado rebuscando en los cajones de tus exnovios. Por eso —expuso Elsa.

—Eso ha sido un golpe bajo, Elsitita. Debería colgarte el teléfono y dejar que te sacaras las castañas del fuego sola. Por borde.

—No te atrevas o llamo a tu madre y le digo que vas a ir a pasar un mes al pueblo en verano. Agosto, para ser más concretos.

—¡No harías eso!

—¿No?

Ángela bufó al otro lado y Elsa supo que estaba cavilando una contestación a la duda que ella le había planteado al principio de la conversación.

—Siempre guardan lo más importante en el coche.

Elsa pensó en el estado del coche de Jordi. Más que descartado.

—No tiene coche.

—¿Hugo ya no tiene coche?

—Idiota, te he dicho que no es Hugo.

—Ya, claro. Es algo que le ha pasado a un amigo tuyo —dijo sarcástica su amiga.

—Como quieras. Piensa otra cosa.

—¿Vive solo? —preguntó Ángela.

Elsa le dijo que sí con un carraspeo, mientras ojeaba una vieja revista.

—¿Tiene algún despacho o rincón de trabajo?

—Sí.

—Ahí ni te molestes en buscar.

—¿Por qué?

—¿Quién es aquí la que sabe? No cuestiones lo que te digo.

Elsa la imaginó ajustándose las gafas.

—Sea lo que fuere lo que escondió, si quería olvidarse de ello, lo habrá puesto en un sitio en el que no pueda verlo con facilidad ni continuamente.

—¿Cómo sabes que quería olvidarse de...?

—¿Qué te he dicho? No se cuestiona lo que yo digo.

Elsa tuvo que reír, ya exasperada.

—Está bien, gracias. En realidad, para mi sorpresa, has sido de gran ayuda.

—Pasaré por alto ese comentario y me apuntaré una invitación a una cena.

—Las que quieras.

Elsa hablaba, pero estaba ya bastante lejos del teléfono cuando Ángela, antes de colgar, le dijo:

—Sé que piensas que por pasar la mayor parte del tiempo con él le conoces. No sé en qué andarás metida ahora, pero, Elsa, no te involucres tanto como para enfrentarte a una vida que no te corresponde. No sufras en vano.

Ese comentario la pilló tan desprevenida que no tuvo ocasión de reaccionar y lo siguiente que oyó al otro lado fue un adiós, el cual quedó colgando en el aire, sin respuesta.

Miró hacia el techo, como si el espectro de Jordi la hubiera seguido hasta su casa, y habló con la nada, como hacía todos los días, en realidad.

—Ya ves lo que has conseguido. ¿Dónde pondrías algo que no quieres ver? ¿Qué rincón de esta casa era el que menos frecuentabas? No parece el dormitorio. Pero ¿y si has engañado a todo el mundo y, en realidad, no tenías ninguna intención de olvidarlo y te castigabas con ese recuerdo? Bueno, eso sería algo más propio de mí, pero ¿y si...?

Caminó por la casa de vuelta a la habitación mientras continuaba su perorata.

—Mi padre, que es muy sabio, dice que si te planteas la posibilidad de que algo pueda ser de otra manera, no puedes pasarla por alto. Es importante comprobarlo, porque si se te ocurrió, en algo te basaste. Algo en tu subconsciente te llevó a pensar que esa no era tan mala idea.

Se quedó de pie frente al amplio armario. ¿Se atrevería a abrirlo?

—Menos mal que he leído que hablar en voz alta y solo es de gente con un cociente intelectual alto. Eso hace que me preocupe menos por estar aquí parlotando como un papagayo.

Se calló cuando fue capaz de mantener los nervios a raya.

Abrió la puerta derecha del armario y un olor familiar llegó desde el interior. El de las sábanas. Rozó las camisas, perfectamente planchadas y colgadas, los pantalones, las chaquetas. Todo estaba ordenado. En realidad, la casa entera lo estaba, a excepción de la cama. Aquel día debió de levantarse tarde, se dijo Elsa, contemplando de nuevo la cama sin hacer.

—¿Qué se supone que tengo que buscar? ¿Un fajo de cartas perfectamente envueltas en un lazo de terciopelo rojo? —levantó una ceja, irónica.

Buscó en el fondo del armario con la esperanza de que alguna de esas cajas de cartón apiladas con sumo cuidado contuviera algo. Pero no había nada, solo zapatos. Siguió su ruta de exploración con la cómoda y los cajones de las mesitas de noche. Miró incluso bajo la cama. Nada.

Había encontrado facturas antiguas, libros de medicina, entradas de conciertos, discos, algunas películas. Y si eso era lo que había hallado en el dormitorio, menos aún fue lo que descubrió en el despacho. ¿Rastros de una vida amorosa? En absoluto. Todo mantenía un orden sepulcral. Libros, un ordenador grande, esos cuadros que se repartían por todo el piso como si formaran parte de una colección, un sillón de cuero marrón, un escritorio. Nada en los cajones.

Nada en el salón.

Nada en el cuarto de invitados.

Nada en ninguna parte.

Jordi había barrido toda prueba que demostrara la existencia de aquella chica. ¿Se había enamorado realmente o solo había sido una mentira que se había inventado para que su vida no pareciera tan triste? Porque, sí, a excepción de unos pocos atisbos de color, de pinceladas de óleo, aquella casa parecía sumida en una soporífera congoja.

Elsa se apoyó en el respaldo del sofá y miró hacia la estancia, cuyas paredes formaban un semicírculo amplio, pero acogedor. Contempló los cuadros con verdadera atención. Parecía que, pese a estar separados, dibujaban una misma imagen. Se dirigió hacia ellos y los descolgó. Fue colocándolos en el suelo como las piezas de un puzzle. Había algunas que no encajaban, así que, habitación por habitación, fue recogiendo el resto de ellos. Doce en total.

Había una docena de pinturas sobre el suelo del salón. Cupieron ahí expuestas

a duras penas, pero Elsa, al final, logró conformar aquella fotografía pintada. Se llevó una mano a la boca, se dejó caer en el suelo, con lentitud, y lloró la siguiente media hora.

No había encontrado nada, salvo un poco de arte y un recuerdo. Sintió en ese momento que le faltaba una extremidad al darse cuenta de que llevaba meses sin ir con su cámara de un lado a otro.

Se levantó y decidió colocar los cuadros en su sitio, tal y como estaban al principio. Si nadie tenía que saber que había estado ahí, esa era la única manera. Se le escurrieron los dedos cuando recogió el cuadro de los que formaban parte de la colección del salón. Se resbaló y se escuchó cómo se quebraba el cristal.

—¡Joder! —gritó, nerviosa, agotaba y con ganas de escapar de ahí lo más pronto posible.

Se agachó, suspirando, y miró el desastre. Después fue a por la escoba y el recogedor que había visto en la cocina durante su búsqueda. Barrió los cristales en silencio. Cogió el cuadro y tomó asiento con él en el regazo en una de las sillas. Tendría que quitarle el marco e ir a comprar otro, porque si no se estropearía la pintura y dejaría pruebas más que fehacientes de que había estado ahí.

Cuando se deshizo de la parte trasera del marco y sostuvo el óleo ante ella, le pareció todavía más hermoso que antes. Entonces, se escapó un pequeño rectángulo que fue a caer al suelo. Elsa se agachó y recogió aquella postal. Miró la imagen, el membrete rezaba Berlín. Le dio la vuelta al tiempo que tragaba saliva. Estaba firmada.

He estado recorriendo las calles de Berlín escuchando a aquel grupo que me recomendaste. Ojalá hubieras estado aquí para disfrutar conmigo de estos días sin hacer otra cosa más que dar largos paseos. Sé que no me vas a contestar, pero sigo pensando que es un error que no lo hagas. No todo es blanco o negro, Jordi. De ahí el óleo que te envío. Otro más. ¿Has averiguado ya lo que es?

Alba

Capítulo 12

Día 63

Hizo calor durante la mañana y la lluvia no alivió el bochorno que ascendía desde el suelo y aspiraba el poco oxígeno limpio que se podía respirar en la ciudad de Bangkok. Hugo contó las horas que faltaban para perderse selva adentro, donde el aire sabía a cielo embotellado, a lluvia sin contaminar. La ciudad también era una jungla, de coches, motocicletas y personas, de cláxones, gritos y semáforos averiados. Era todas esas cosas que él quería recoger en un documental repleto de la autenticidad en movimiento, la que había ido a retratar.

Mientras paseaba por las callejuelas, en las que se sentía mucho más extraño si cabe, pensó en la promesa que había dejado, dando palos de ciego, entre Elsa y él. Había recogido su maleta, abarrotada de cosas que ella había guardado, y se habían comprometido a encontrar una manera de ser quienes fueron. Aunque en un primer momento eso le había hecho sentir menos culpable por haberse marchado como hizo, a medida que pasaron los días, comenzó a formarse un extraño nudo en su estómago, que identificó como añoranza. Debía echarla de menos. Tardó en darse cuenta de que hablaba de obligación. No era un *debía de*, referido a la posibilidad de que así fuera. No, él debía echarla de menos. Así se suponía que era una pareja feliz, ¿no?

Siguió andando en busca de algún puesto de comida que le llenase el hueco, por lo menos durante un rato, porque Hugo no era tan ingenuo como para creer que lo que él sentía, por el momento sin identificar, podía curarse con unos tallarines servidos en un vaso de plástico. A esas alturas del viaje, tenía muy claras dos cosas: una, que le apasionaba su trabajo pese a la soledad que suponía en algunas ocasiones; dos, que, en realidad, le gustaba estar ahí solo. ¿Qué podía significar eso?

Un escalofrío le recorrió la espalda, haciéndole sentir egoísta, sin embargo, una parte de él le gritaba y recordaba que también era humano, que era normal tener miedo, sobre todo de las emociones y de las dificultades vividas en los últimos meses. Querer a alguien, como él quería a Elsa, implicaba estar con ella, apoyarla cuando más le necesitaba y... Y no quería. Prefería estar en Tailandia, donde nadie supiese quién era y no sintiese el peso de tener que hacer algo de lo que, todavía, no estaba seguro.

Alguien le pasó un brazo alrededor de los hombros, su compañero Gerard, con quien había quedado para ultimar algunos de los planos de esa parte de la ciudad.

—¿Otra vez amuermado, tío?

Gerard era de esa clase de hombres que se pasan la vida hablando como los adolescentes. A Hugo le hacía gracia la naturalidad de su comportamiento, porque él era incapaz de manifestar la soltura verbal y personal que él tenía. Y hablaba de cuestiones personales, porque en cuanto a su profesionalidad, solo podía decirse que era envidiable.

—Es este calor, ¿no te agobia? —le preguntó Hugo.

—A ti lo que te agobia es estar cogido de los huevos por esa novia tuya — espetó Gerard.

A Hugo no le hizo ninguna gracia. Pese a saber que había una parte de broma en el comentario del reportero, también era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que no daba puntada sin hilo. A ojos de su compañero, él era el personaje tipo que se repetía en todas las comedias lopescas, solo que el del siglo XXI: el novio calzonazos. Pero, bien mirado, ¿qué iba a esperar Gerard? No les conocía demasiado, a él un poco, a Elsa nada. Tal vez la hubiese visto alguna vez en el trabajo, quizá se habían cruzado una palabra, sin embargo, era imposible que pudiera imaginarse siquiera la complicidad que había entre los dos.

—Elsa no es como tú te crees —la defendió.

Siempre lo hubiese hecho.

—¿No es cómo? —murmuró Gerard—. Deja de fingir que sois la pareja ideal por llevar ocho años juntos, chaval. ¿No ves que todas las relaciones tienen baches? —insinuó.

Hugo cogió aire para mantener los nervios a raya. En su genética no estaba permitir que la gente se inmiscuyera en su vida privada. A lo mejor, le había dolido especialmente la última parte porque Hugo era muchas cosas, pero nunca un iluso. Sabía que no atravesaban su mejor momento, no obstante, eso no quería decir, ni de lejos, que fuesen infelices. El espacio era vital y necesario. A fin de cuentas, a él no le había parecido que Elsa quisiera que se quedase a su lado. A veces es mejor respirar a tiempo.

—¿Y si nos ponemos a trabajar? —sugirió.

—No te lo tomes tan a pecho, hombre. ¡Lo que pase en Bangkok...!

Echó a andar más deprisa, entre la multitud, con una sonrisa pícara en la boca. Hugo negó con la cabeza y se le escapó un suspiro. Lo que pasara ahí o en

cualquier otra parte, conociéndose a sí mismo, jamás le abandonaría. Podía suponer un punto de inflexión que contribuiría a tomar una decisión de la que podría arrepentirse el resto de su vida.

Hizo oídos sordos a cuanto le dijo Gerard y le siguió la pista. El resto del equipo los aguardaba en el lugar acordado. Todos esperaban poder grabar esas tomas sin interrupciones como la lluvia o la mala iluminación. Llevaban tres días detrás del cierre de ese capítulo y la gran mayoría de ellos comenzaba a impacientarse por la climatología, que estaba en contra de su trabajo, pero a favor del estado anímico de Hugo. Se prometió no pensar más en Elsa, la llamaría esa noche y así se le quitaría parte de la congoja que no había forma de ignorar.

A las seis de la tarde y después de varias horas recorriendo las mismas calles y sin comer, llegaron a la conclusión de que, por fin, habían encontrado lo que habían ido a buscar. Hugo seguía sin tenerlo claro. Le perseguía ese afán perfeccionista que había aprendido con el paso de los años, al darse cuenta de que lo que de verdad se valora es el resultado óptimo y no el que te saca de un apuro, el que te permite entregar un trabajo en la fecha exigida, pero de la manera en la que podría hacerlo cualquier aficionado. Así se lo hizo saber a sus compañeros, los cuales le miraron con cara de pocos amigos.

—¡Venga, tío, no jodas! Hemos estado tres días en esta zona —vociferó uno de ellos, el más joven.

—Hugo, macho, mira, ¡mira qué toma! —le llamó Gerard.

Él se acercó, pero con el convencimiento de que no le iba a gustar lo que estaba a punto de ver.

—Cuando nos paguen lo que a los políticos, lo haremos de puta madre, ¿te parece? —volvió a hablar el primero de ellos.

Hugo se apartó el pelo de la cara y se secó la frente con un pañuelo de papel que encontró en el bolsillo. Observó las imágenes en movimiento que le mostraba Gerard, sin embargo, no le produjeron entusiasmo alguno.

—Vamos a repetir —se limitó a decir.

—Este tío es gilipollas —siseó uno.

Hugo le escuchó y dio tres pasos en su dirección, sin alterarse lo más mínimo.

—Este tío es tu jefe y si hay que repetir el trabajo, se repite, por muy gilipollas que sea, ¿comprendido? —El chico asintió—. Ahora coge la mierda de cámara que el gilipollas de tu jefe ha conseguido que te compren en la empresa y ponte a grabar.

Estaba de mal humor y su equipo no ayudaba a mejorarlo. El muchacho le

obedeció sin poner ningún pero más en la sartén, que ya estaba muy caliente, y repitió de nuevo, desde otra perspectiva distinta, lo que ya había enfocado y grabado, por lo menos, una docena de veces.

—Relájate un poco, ¡que la vas a palmar muy pronto, joder! —le aconsejó Gerard.

—¿Por qué no te ocupas de no palmarla tú y me dejas un rato en paz?

El humor cambiante de las últimas semanas regresaba como un huracán. Tuvo suerte de que Gerard se apartara de su lado y firmara una tregua momentánea. ¿Por qué no podía mantener a raya ese temperamento tan irritado?

Siguieron ocupados durante otra hora y media. Al final, entre fruncimientos de ceño y muecas en la boca, Hugo dio su aprobación, más para poder irse al hotel y que le dejaran en paz que por el hecho de que el trabajo estuviese como a él le gustaba.

Recogió sus cosas sin hablar con ningún miembro del equipo, ni siquiera se dio cuenta de que Gerard le estaba mirando mientras pensaba que, desde luego, era el hombre más estresado con el que se había topado en su vida. Hugo, sin embargo, permanecía al margen, alejado de la realidad. Se despidió con desgana y, al tiempo que anochecía, fue recorriendo el camino de vuelta al hotel.

Cuando entró en el hall del hotel, se le fueron las ganas de alejarse del bullicio, se estaba acostumbrando a él y le sorprendió comprobar que no le desagradaba del todo. Subió a la habitación, tiró la mochila en el primer sillón que encontró a su paso, se dio una ducha para quitarse el sudor de encima y, después de ponerse una camisa de lino blanca y unos vaqueros, bajó al bar.

Hacía tiempo que no tenía ganas de tomarse una copa y estar simplemente esperando a que pasase el tiempo. Pero ese día se sentía extraño, como antes. Mucho antes de Elsa.

Pidió ginebra y se sentó en la barra. Estuvo varios minutos mirando el contenido del vaso. Cuando se cansó de ver su reflejo borroso en la superficie del alcohol, se dio la vuelta en el taburete y echó un rápido vistazo por la estancia. No buscaba nada en concreto, pero creía que encontraría algo.

Estaba a punto de volver a mirar al camarero cuando se topó con unos ojos oscuros que le observaban con curiosidad y un poco de provocación. Hugo inclinó un poco la cabeza hacia la derecha y levantó una ceja que a ella no le pasó inadvertida. Apartó la mirada y se rio con las amigas que la acompañaban.

Hugo regresó a su postura inicial después de que le diera un vuelco el corazón. Pequeña gran libertad que había encontrado en esa conexión surgida entre él y la desconocida morena del fondo del local. Se le dibujó una sonrisa

ladeada en los labios, que se ensanchó un poco más cuando notó el roce en su espalda. Giró la cabeza hacia la derecha y no le sorprendió ver a la espectacular mujer tomar asiento a su lado.

—¿Español?

Él asintió.

—Siempre es un placer que venga alguno... —dijo ella, insinuante, con acento venezolano.

—¿Residente o turista? —preguntó él.

—Residente, desde hace varios años, de hecho —le explicó.

Se colocó el pelo sobre el hombro y se rozó el labio inferior con el índice.

—¿Y después de tantos años sigues viviendo en un hotel?

Ella emitió una carcajada muy auténtica a la par que dulce.

—Venimos al spa, nos gusta —aclaró y después le tendió la mano—.

Gloriana.

—Hugo, encantado —dijo él.

Le estrechó la mano.

Le ofreció, a continuación, una copa que aceptó de buena gana, con la única condición de poder tomarla en su compañía, ya que, según decía, le parecía un hombre muy interesante, él y su trabajo. Hugo le habló de su vida en Barcelona y Gloriana de la suya en Bangkok. Él prefirió omitir el detalle de que alguien le esperaba en casa. Era mucho más agradable así, dejando siempre abierta una puerta que, en el fondo, sabía que debía cerrar.

La noche fue avanzando entre bromas y manos que iban de las rodillas de uno a la del otro. Por un momento, envuelto en esa nostálgica sensación de coqueteo, se olvidó de quién era. Se sintió un Hugo más auténtico, menos formal y, además, admirado por el trabajo que realizaba. Nadie le estaba coartando la libertad de tomar decisiones, de vivir su vida como quería.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo? —preguntó al fin.

—Un par de semanas más, sí. ¿Y tú?

¿Por qué había añadido esa última pregunta? Daba a entender que le interesaba y... ¿Y no le interesaba, acaso?

—Unos pocos días —expuso.

Miró al camarero y le pidió una servilleta y un bolígrafo. El hombre, que ya podía imaginarse para qué lo quería, se lo dio con una sonrisa pícaro. Gloriana apuntó su teléfono y el número de su habitación.

—Pásate, si quieres. —Dejó el número frente a él y se puso en pie—. Ahora me tengo que ir.

Dio un paso al frente, se inclinó hacia delante y le dio un beso que Hugo no rechazó. Pasó la mano por su espalda y se fue, como le había dicho.

Él permaneció ahí unos minutos más, agotó la bebida, pagó la cuenta y se fue a su dormitorio. Recordó las palabras de Gerard mientras subía en el ascensor: lo que pasaba en Bangkok no tenía por qué salir de ahí. Se apoyó contra una de las paredes del elevador y suspiró con los ojos cerrados. No entendía qué le estaba pasando.

Dudó entre abrir la puerta de su habitación o recorrer el pasillo y bajar un par de pisos para llegar a otro lugar, con otra persona.

Acabó introduciendo la llave y cerrando la puerta a su paso. Se desprendió de la camisa y se dejó caer en la cama, aún con la llave en la mano. Cogió su teléfono móvil de la mesilla, donde la había dejado esa misma mañana. No le gustaba llevarlo encima cuando trabajaba, interrumpía no solo la concentración, sino la armonía, aunque sabía que era peligroso no tener modo de contactar con alguien estando en otro país, donde podría ocurrir cualquier cosa. Después su mano fue hasta el bolsillo del pantalón. Extrajo la servilleta, desbloqueó la pantalla del teléfono y al hacerlo encontró una foto de Elsa y él en Puigcerdà, hacía ya muchos años. Había sido su salvapantallas desde que existían los Androids. No le hacía falta buscar su número en la agenda, lo sabía de memoria. Observó el de la servilleta.

Le tembló el pulso y no se apaciguó después.

Capítulo 13

Día 63

El sillón le parecía cada vez más incómodo. Tal vez influía en algo el hecho de que no podía permanecer quieta. Daba vueltas en él como una peonza. Pensaba sin decir nada porque una parte de ella temía que Jordi realmente la escuchara. A nadie le hubiera gustado que anduvieran husmeando entre sus objetos personales. Cosa que, al final, ella había hecho sin pensar demasiado en las consecuencias posteriores que aquello desencadenaría.

Notó la vibración del teléfono en el bolsillo. Respondió.

—Hola, cariño —dijo tras ver que era Hugo el que llamaba—. ¿Cómo estás?

Incluso a él le sorprendió el tono monocorde de la voz de Elsa, sin agitación de ningún tipo, ni positiva ni negativa.

—Aquí, echado en la cama.

—¿Pensando en mí? —preguntó ella para dirigir la conversación hacia temas a los que le era más fácil echarles valor.

—Eso siempre. Hay un hueco delicioso, aquí a mi lado.

—Vacío, espero —rio.

—Demasiado —suspiró Hugo al otro lado—. ¿Qué haces tú? Allí aún es de día, ¿no?

—Sí, y estoy aprovechando la luz natural para leer un rato.

No era del todo mentira, intentó convencerse mientras miraba el fajo de postales que sostenía con la mano izquierda.

—Te echo de menos —dijo para desviar de nuevo el foco de atención hacia donde le interesaba.

Por eso y porque era verdad. Estaba convencida de que, si Hugo hubiera estado ahí, la habría distraído de todos los pájaros que le revoloteaban por la cabeza. Pero no estaba, y le pareció egoísta hacerle sentir mal con su sensiblería por haberse ido al otro lado del globo terráqueo.

—Y yo a ti. Mucho. ¿Cómo va todo por casa?

Era consciente de que esa pregunta encerraba demasiadas respuestas. Se refería a ella, a sus padres, a la familia de Hugo, a los amigos que tenían en común, a su vida ahí. Sí, porque ahí estaba su casa, y tenía serias dudas de que fuese a encontrarla en otra parte. Era una sensación extraña. En el fondo estaba

feliz por haberse quedado.

—Todo está bien, no te preocupes por nada. Disfruta mucho de la experiencia y tráeme todos los souvenirs que encuentres.

Hugo emitió una fuerte carcajada al otro lado.

—Ya estoy preparando las provisiones de llaveros e imanes. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. ¿Cómo está él?

Elsa abrió mucho los ojos ante esa pregunta, después sonrió. Hugo lo estaba intentando. Estaba siendo amable, aunque hubiera querido no saber nada de Jordi.

—Como siempre. Sin cambios.

—¿Has pensado en ir a pasar un par de semanas a casa de tus padres?

—En realidad sí —contestó para tranquilizarlo—, pero me han llamado de la revista para cubrir la feria agrícola aquí, en la ciudad.

No era mentira, había recibido la llamada la noche anterior, y aunque estaba de vacaciones, tendría que hacerlo si, una vez que se acabaran las vacaciones, quería volver a trabajar.

—Se te escucha entusiasmada.

—Claro, ¿quién no disfrutaría de la idea de fotografiar coliflores y calabazas de cincuenta kilos?

Ambos rieron. Era tan agradable distraerse con esas pequeñas tonterías, olvidarse de todo y compartir un momento, unos segundos de sonrisas y complicidad.

—Cuando acabes, podrías irte un par de días a un balneario.

—También lo he considerado. Hacer un pequeño viaje, ya sabes, para salir de aquí.

Cerró los ojos un momento. Esperaba que aquel «aquí» no le desvelara a Hugo que se refería al hospital. Y esperaba también que no le preguntara dónde tenía intención de irse, porque, desde luego, no era a ningún balneario. Eso era lo último de lo que tenía ganas. Tampoco tenía claro si, verdaderamente, había tomado la determinación de abrirse paso hacia una historia de la que no era dueña. Nadie le había dado vela en ese entierro.

Se mordió el labio, sintiéndose culpable, cuando esa palabra pasó por su mente. Miró a Jordi y puso los ojos en blanco, restándole importancia, como si él hubiera podido adivinar en qué había pensado.

—¿De verdad? Me alegra oír eso.

Eso indicaba su voz, al menos. Para Hugo cualquier sitio que estuviera lejos de aquel hospital le hubiera parecido bien. Quizá, si hubiera sabido que el

motivo del viaje de Elsa estaba relacionado con Jordi, no habría sentido el mismo optimismo y esa alegría inusitada.

—Te dejo —comunicó después.

—¿Por teléfono? Qué amable por tu parte —musitó Elsa.

—Eres un caso perdido. Te quiero.

—Yo más.

—Buenas noches.

—Buenos días.

Elsa se encogió en el sillón y luego volvió su cabeza hacia Jordi.

—Antes hablábamos durante horas por teléfono. ¡Qué demonios! Antes hablábamos durante horas en cualquier parte. ¿Puedo escudarme diciendo que se debe a que las tarifas son muy altas en el extranjero?

Se escuchó tan solo el pitido de la máquina respiratoria.

—Sí, supongo que no cuela.

Tomó aire y volvió a echarle un vistazo a las postales.

Era increíble lo mucho que se habían equivocado Ángela, Elena y ella. Parecía como si Jordi no hubiese querido olvidarse de Alba nunca. No solo no la había escondido en un cajón, sino que la tenía expuesta en cada rincón de su casa. Estaba en cada esquina. No importaba el lugar donde te sentaras, desde el que miraras, porque siempre, sin excepción, se veía un pedacito de algún cuadro. Alba por todas partes. La tenía tan cerca de él que parecía que ella nunca hubiese vivido en ningún otro sitio que no fuera ese.

Algo minúsculo se encogió en el pecho de Elsa. Sin duda, lo que Jordi había sentido por aquella mujer era amor, devoción incluso. No comprendía, si no, cómo ni por qué habría dejado que toda su casa le perteneciera a ella.

Elsa apoyó la mejilla en el reposacabezas del sillón y contempló el perfil de Jordi.

—Así que Alba. Te doy la oportunidad de que te levantes e intentes arrancarme la cabeza por haber rebuscado en el cajón de tu ropa interior. Lo tengo merecido. Bonitas ligas, por cierto.

Se pasó un mechón de pelo detrás de la oreja. Le había crecido demasiado, tal vez era un buen momento para un corte. Aunque siempre le había encantado su pelo largo. Mejor dejarlo así, sí.

—No sé por qué me sorprendió tanto descubrir que sigue ocupándote por entero.

Consideró un segundo la idea de si Hugo le había concedido el mismo papel en su vida.

—Estas postales las escribió hace muchos años, Jordi. ¿Por qué no le contestaste nunca? —preguntó al recordar lo que decían algunas de ellas—. Deberías. Habría entendido que no lo hicieras si no te importaba, pero es más que evidente que sí. ¿Por qué no has borrado su presencia, después de tanto tiempo, de tu vida? Y no me digas que es porque las pinturas son preciosas, que lo son, pero no me sirve esa evasiva. Solo existe una respuesta viable a esto, y es que no has conocido a nadie que te hiciera sentir lo mismo. A nadie lo suficientemente importante. Estoy de acuerdo con ella, ¿sabes? Creo que cometiste un error al no escribirle, o llamarla, o ir a verla. ¡Tienes su dirección aquí mismo! —Apuntó mostrando las postales—. Bueno, a lo mejor ya no es esta, pero supongo que lo comprobaré pronto.

Calló un segundo. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Por qué se había empeñado tanto en buscarla? En encontrarla, en realidad. Tal vez porque pensaba que la vida estaba llena de casualidades que no han de ser ignoradas. Tenía una palpitación, su sexto sentido la incitaba a hacerlo, a encontrar la forma de cambiarle la vida a ese hombre que se la había cambiado a ella.

—Espero que me des tus bendiciones para hacerlo, porque no me gustaría que luego pensaras que no te lo he consultado. Aunque he de decir que te veo bastante entusiasta con el plan. Sabía que eras un aventurero. Esto se va a convertir en una de esas películas hollywoodenses. Ella aparecerá aquí, con expresión trágica y sin aliento. Corriendo por el pasillo como si no tuviera otra razón de ser. Entonces entrará en la habitación y llorará junto a tu lecho. Y tú despertarás conmovido por el gran amor que sigue sintiendo por ti después de tanto tiempo. —Elsa suspiró mientras asentía con la cabeza—. Debería haber sido escritora, lo sé. Soy un talento desperdiciado.

Cogió la última de las postales, la número doce, y volvió a pasear su mirada por aquella bonita caligrafía llena de sentimientos, de amabilidad. Alba le había escrito durante casi dos años. Aprovechaba cada viaje para enviarle un pedacito de ella, para recordarle que todavía tenía las puertas abiertas. Pero ¿realmente las tenía? Si ella sabía dónde enviarle las postales y los lienzos, si le gustaba tanto viajar, ¿por qué no había ido en ninguna ocasión a verle? ¿O sí que lo había hecho?

Eso confundía a Elsa. Cuando llegaba a ese punto era cuando, en realidad, comenzaba a dudar de que aquello fuese correcto. No conocía lo sucedido, solo era una intrusa en la relación de aquellas dos personas a las que se estaba acercando tanto como para acabar herida. Su subconsciente le recordaba las palabras de Ángela.

Pero había también otras palabras que volvían a ella. Unas que estaban en esa postal, unas que había llegado a escuchar. Tampoco se borraba de su cuerpo el escalofrío que notó al juntar todos los lienzos y ver la imagen que conformaban.

—Te acordaste de ella hasta el último momento —le acusó.

—¿Lo ves? —le había preguntado Jordi, helado y empapado, protegido por los brazos de Elsa.

Miraba el cielo con sus ojos verdosos, casi apagados.

—No —había contestado Elsa, temblando y claramente confundida.

Se había acercado un poco más a la cara de Jordi y fijado su atención en el cielo ceniciento y nublado.

—¿Lo ves ahora?

—¿El qué?

Jordi había hecho una pausa. Sin pestañear, seguía observando un punto fijo en el cielo, una puerta que solo se le abría a él, porque Elsa no veía nada.

Entonces, con media sonrisa y los ojos un poco más brillantes, Jordi había dicho:

—Elsa, ¿has visto cómo llueven las flores?

Un nudo se había instalado en la garganta de Elsa ante esa pregunta que no llegaba a entender y que, sin embargo, le producía un agarrado dolor en el vientre.

Ahora, por fin, podía comprender su significado. El cuadro era una hermosa reproducción de un camino repleto de árboles en flor. Unas florecitas minúsculas, amarillas y anaranjadas que caían en una suave ráfaga de lluvia. Elsa nunca había visto nada igual, nada tan bonito como para recordarlo estando tan cerca de la muerte. ¿En qué había pensado ella justo antes de sobrevivir?

En aquel hombre. En Jordi.

Leyó la postal:

Algunos puentes venecianos son demasiado estrechos. O tal vez todo me ha parecido mucho menos imponente sin ti. Pensé que era un buen momento para regresar. Han pasado muchos años, Jordi, y, no te voy a engañar, he perdido toda esperanza, pero quería despedirme como creo que ambos nos merecemos. Con este viaje y con los recuerdos que se quedaron en sus calles. He vuelto a todos ellos y espero poder hacerlo nuevamente en el futuro. Algo de nosotros siempre se quedará ahí.

Es posible que esto sea un adiós, pero ojalá lo entiendas como un hasta pronto.

Te envió el último lienzo. ¿Has visto cómo llueven las flores?

Alba

Capítulo 14

Día 67

El último día de la feria agrícola fue intenso, pero aburrido. Elsa había estado corriendo sin parar, junto al entrevistador que escribiría el reportaje. Ella sacaba una fotografía detrás de otra, y aunque fueran frutas y verduras lo que captaba su cámara en esta ocasión, Elsa sabía que, sin lugar a dudas, las suyas serían las mejores.

—¿Los espárragos también? —preguntó a última hora de la tarde.

Mikel asintió mientras garabateaba algo en un viejo cuaderno.

—Quiero que se vea hasta la tierra que haya podido quedar en la superficie de las verduras, ¿me explico? Que sea otro enfoque. No nos interesa sacar fotografías que podrían ver hasta en el catálogo de un supermercado. ¿Me explico?

—Alto y claro, capitán —contestó Elsa.

Llevaba llamando capitán a Mikel desde su primer día en la revista. Ya habían pasado algunos años y él ya no era su mentor, pero seguía haciéndole gracia ese apodo y él no parecía ofendido, todo lo contrario. A penas le quedan un par de años para jubilarse y ese «capitán» le ayudaba a seguir sintiéndose parte inalienable del equipo.

—Parece que tienes prisa —observó el hombre.

—Yo siempre tengo prisa —le recordó mientras se hacían hueco entre la multitud.

—Eso lo supe desde el primer día que pisaste la sala de reuniones. Querías convencernos de que aquel proyecto era bueno. ¿Sobre qué era?

—Sobre el jardín botánico.

—¡Eso! Dijiste —Mikel se rio— que solo necesitabas cinco minutos para convencernos. Creo que te sobraron más de cuatro. —La miró de reojo y ella sonrió—. ¡Menudas fotografías hacías! Había estado en el jardín botánico en muchísimas ocasiones y nunca, te lo prometo, había visto nada igual.

—Gracias, capitán —murmuró ella, satisfecha y un tanto avergonzada.

—Me parece ridículo que ahora estés aquí fotografiando zanahorias.

—A mí me parece muy honrado, la verdad —susurró ella mientras immortalizaba unas alcachofas.

—Por supuesto que lo es. A mí es una de las cosas que más me gustan: convertir el alimento en arte. Pero, Elsa, tú estás destinada a algo más.

—Me halaga, capitán.

—Lo digo en serio. Y con ello no me refiero a todos los reportajes internacionales que has hecho, que han sido maravillosos, por cierto. —Le guiñó un ojo—. Solo digo que, a veces, me pregunto dónde está esa chica, ¿sabes a lo que me refiero?

—No mucho, en realidad —sopesó ella.

—La del jardín botánico, ¿dónde está?

—¿Qué quiere decir?

Elsa se detuvo en medio de la gente, mientras hombres, mujeres y niños seguían caminando, tropezando con ella. Estaba seria, con la frente arrugada por la tensión de sus cejas. De repente, estaba confundida con los derroteros que había tomado la conversación. ¿Ya no podía ignorar lo sucedido ni siquiera en una feria de verduras?

Pensó un momento en lo que le estaba diciendo Mikel. Quizá se estaba refiriendo a algo anterior al accidente, porque ella hacía ya unos meses que no hacía ningún reportaje. Aunque pronto empezaría otra vez. En un mes volvería a estar en algún lugar, perdido de la mano de Dios. Se le acababa el chollo.

—No sé dónde se quedó tu ilusión.

—Sigo teniendo ilusión.

—Bien guardadita, Elsa.

—Me entristece que piense así, capitán.

Sacó unas cuantas fotografías más y notó cómo Mikel le palmeaba el hombro.

—Pues hazme cambiar de opinión. Convénceme otra vez, te doy cinco minutos. Recuérdame por qué te incorporé a mi equipo.

—Oh, si hubiera sabido que esto era una entrevista, me habría arreglado un poco más —comentó risueña, señalando sus vaqueros desgastados y las zapatillas deportivas.

Mikel tuvo que reír. No sabía qué tenía esa chica, pero había puesto un poco del revés su empresa desde antes de firmar el contrato. Le complacía saber que, una vez que él se jubilara, quedaría gente con entusiasmo tomando el control y encaminando el futuro de la revista.

—Tendrás que comprarme una manzana para poder demostrártelo.

Mikel se acercó riendo a un puesto y el agricultor, al ver el pase de prensa, les regaló la manzana. Siempre que eso supusiera publicidad para su producto, le hubiera regalado toda la cesta.

Se alejaron un poco de la muchedumbre hasta llegar a un lugar más apartado.

—¿Y bien? —le preguntó Mikel.

—La prisa no es buena cuando se trata de ilusión, capitán —dijo ella pidiéndole que se colocara en el centro de una baldosa—. Tírela hacia arriba. No a mucha altura. Vea cuánto pesa y cómo de alto podría lanzarla, ¿quiere?

Mikel obedeció de buen grado. Hizo lo que le pedía sin prisa hasta que se familiarizó con el peso y la forma de la manzana, roja como las uñas de Elsa. Un rojo intenso y apetecible.

—Ya lo tengo.

—Muy bien, ¿está listo?

Mikel asintió y Elsa preparó su cámara. Se alejó un par de metros del objetivo y se arrodilló. Conectó la opción de ráfaga y en el momento en el que Mikel hizo descender su mano para darle impulso a la manzana hacia arriba, Elsa activó el zoom y la cámara comenzó a disparar fotografías antes de que la manzana se despegara siquiera de la mano de Mikel. Fueron dos segundos largos.

—¿Otra vez? —preguntó Mikel.

—No será necesario.

Se puso de pie y fue hasta el capitán, que seguía expectante. Elsa se colocó a su lado y le pasó la cámara para que viera las fotografías. Ella le quitó la manzana y le dio un mordisco.

—Elsa, esto es fabuloso. La manzana se ve preciosa con esta luz. Va cambiando la tonalidad a medida que asciende, se ilumina.

—No, capitán. No era eso lo que yo intentaba enseñarle. Me ha preguntado dónde está mi ilusión.

Cogió la cámara y amplió una zona en la que Mikel no había reparado, su mano.

—Mi ilusión está en capturar aquellas cosas en las que a veces no nos fijamos. Estoy convencida de que hoy todo el mundo se ha fijado en el producto, y eso es fantástico, ese es el motivo por el que estamos aquí. Muy buena la manzana, por cierto —hizo un inciso—. Pero ¿quién ha prestado atención a las manos que los ha cultivado? Mire cómo se estiran los dedos, vuelven a encogerse y de nuevo se aferran a la manzana. Chulo, ¿eh? —preguntó dándole un codazo a Mikel, que negaba asombrado.

—Mucho.

—¿Le importa si me voy ya?

Miró su reloj, nerviosa.

—En absoluto. Creo que ya has hecho bastante estos días. ¿Me vas a decir a

dónde tienes tantas ganas de ir?

—Otro día se lo cuento, capitán. Otro día.

Se echó la mochila al hombro, se colgó la cámara al cuello y salió disparada hacia el parking mientras agitaba la mano en dirección a Mikel. Todos sabían que aquel exigente pero encantador hombre no era muy bueno guardando secretos. Cualquier pequeña pista que ella dejara entrever acabaría llegándole a Hugo. Y si había alguien que Elsa quería especialmente que no se enterara de su pequeño viaje exprés era precisamente este.

Llegó hasta su coche. Le encantaba conducir, sobre todo por la autopista. Sí, la velocidad era una liberación atronadora para las personas que no saben estar sentadas más de cinco minutos en profundo silencio. Así, el rugido del motor la transportaba por las carreteras, la hacía vibrar y atenazaba las dudas y el remordimiento por echarse la mochila a la espalda e ir en busca de un nombre: Alba.

Tomó asiento, se ajustó el cinturón y para sentirse acompañada puso la selección musical que Hugo le había regalado en su último aniversario. Tenían gustos muy diferentes, aunque eso nunca había sido un inconveniente.

Miró el asiento del copiloto para comprobar que lo llevaba todo: comida, bebida, mapa. El GPS también estaba activado, parpadeando frente a ella. Si todo iba bien, en cuestión de ocho horas llegaría a la otra punta del país. Si había mucho tráfico, tal vez tardaría más.

Comprobó su teléfono antes de arrancar. Había un mensaje de Elena.

Llevas un par de días sin pasarte por el hospital, ¿tengo que preocuparme?

Tecleó un rápido: *Unas pequeñas vacaciones. Estaré de vuelta pronto.*

Quiso creer que eso era cierto. No esperó a que se produjera otra respuesta. De hecho, cuanto menos le preguntaran, mejor. Ocultar el secreto por si al final nada de lo que había planeado salía bien. Por si... Siempre la condicionalidad de no saber si algo llegará a suceder o no.

—Vamos allá.

Se miró de reojo en el espejo retrovisor y la confundió lo que vio, un deje de desgana. Negó con la cabeza, intentando borrar esa expresión. Quería hacer eso, sí, aunque una parte de ella le susurraba que no le gustaba tanto conocer a esa otra chica. ¿Esa otra?, se cuestionó.

—Esa es la chica, no otra —se corrigió en voz alta para deshacerse de ese pensamiento contradictorio.

«Pero ¿quién te ha pedido que hagas esto?», le preguntaba una voz que, casualmente, se parecía mucho a la de su hermano.

—Cállate ya.

«Me callaré cuando admitas que no quieres hacerlo».

—Pues claro que quiero, es lo mejor.

«¿Para quién?».

Se ignoró a sí misma. Su coche se perdió entre el resto, mientras caía el atardecer.

Capítulo 15

Día 302

Hugo estaba sentado en el asiento del copiloto, con los ojos tapados. Había ido a recoger a Elsa a casa de sus padres y, sin previo aviso, se había visto envuelto en una de aquellas locas ideas que tenía su novia a veces. No podía decirle que no. A nada. No solo porque no quería hacerlo, sino porque después de todo lo que intentaban dejar atrás era una buena manera de romper con la monotonía. Empezar un matrimonio con esa palabra de por medio no era la mejor de las ideas. Así que Hugo se dejó hacer.

—¿Se va a ver afectada mi integridad física o mental?

—¿La mental? Pero si de esa ya no te queda —le contestó Elsa mientras giraba a la izquierda.

—Muy graciosa.

—Eso fue lo que te enamoró de mí, no me vengas ahora con quejas.

Hugo se rio al tiempo que se llevaba las manos a la cara. Adoraba esa forma de ser de Elsa: cuando no estaba callada, cuando era como al principio. Otra persona habría pensado que eso era una actitud enfermiza. Nadie puede ser el mismo por el resto de sus días. Pedirle a una persona que siga siendo la misma que el día anterior es una utopía.

—Falta poco.

—¿Me has llevado a la vuelta de la esquina?

Llevaban seis minutos en el coche, ni uno más ni uno menos.

—¿Algún problema?

—¿Me has oído lamentarme? —preguntó Hugo, poniendo cara de pena.

—En realidad, no te he oído hacer otra cosa desde que has visto la venda. Confía un poco, hombre.

—Confío —contestó con rotunda seguridad.

Elsa se contagió de su ánimo.

Hugo percibió cómo el coche se detenía y seguidamente el motor.

—¡Menuda aventura! —exclamó, irónico.

—Calla ya, pesado.

Elsa se bajó del coche envuelta por el abrigo largo y la bufanda que Hugo le había regalado hacía unos meses. Le abrió la puerta y le dio las manos para

ayudarle a salir sin que se tropezara.

—Me siento muy *lady* ahora mismo —dijo él mientras tanteaba el aire.

—¿Querías un vestido?

Elsa lo agarró por la cintura y cerró la puerta.

—Sobre todo unos tacones. Esa ha sido siempre mi ilusión.

—Ah, pero ¿no te has probado los míos nunca? Creía que eras tú el que los había dado de sí.

—¡Eres una sinvergüenza!

Hugo le dio un pequeño empujón, pero se arrepintió enseguida porque él también perdió el equilibrio y cayeron los dos sobre un montículo de nieve. Hacía mucho frío. Era el diciembre más blanco que habían vivido en el pueblo.

Él se arrancó la venda de los ojos mientras maldecía. Elsa se lo había tomado con otro humor, riéndose.

—¡No te la quites! —le regañó sin dejar de reírse.

—Estás loca, ¡loca de verdad!

Hizo un ademán de levantarse, pero Elsa lo agarró de la muñeca y volvió a tirar de él. Cayó nuevamente a su lado, frenando el golpe la densa nevada.

—¿Qué haces? —preguntó, riéndose al fin.

—Relájate un poco, que parece que te esté apuntando un francotirador desde esa azotea —dijo Elsa, señalando lo alto de un edificio de tres pisos.

Hugo cogió un puñado de nieve y empezó a darle vueltas en la mano.

—¿A quién le hace falta un francotirador si tú andas cerca?

Le tiró la bola de nieve, que le impactó a Elsa justo en el muslo.

—Creo que sí es necesario, viendo tu penosa puntería.

Se puso en pie de un salto, agradeciendo llevar unas botas cómodas, se hizo con un puñado de nieve y ella, con más acierto, apuntó al pecho de Hugo, quien, cómicamente, interpretó una muerte dolorosa y trágica a partes iguales.

Elsa le tendió las manos y al fin se levantó. Se sacudieron la nieve y él murmuró mientras echaba a andar por la callejuela:

—Tendría que haber caído antes en que esto no sería una cita tranquila, bebiendo vino y amparados por el calor de una chimenea.

Ella se mofó del «amparo de la chimenea» durante los siguientes diez pasos. Hugo iba uno por delante, así que tuvo que agarrarle por la chaqueta cuando llegaron donde ella quería.

La noche era oscura y en ese pequeño callejón no había ni una farola. Tan solo les iluminaban las lámparas encendidas en alguna ventana y la leve luz de la calle principal. Elsa aprovechó esa intimidad para arrinconar a Hugo contra una

puerta pesada, de metal negro. Le besó, suave en un primer momento, arrebatadora después. Él tardó poco en acostumbrarse a su ritmo. Estaban demasiado amoldados el uno al otro como para ignorar hacia qué lado se inclinaría el otro o qué lugares recorrerían sus manos.

—¿Te he dicho alguna vez que me gusta que vengas a ver a tus padres? —le preguntó Hugo mientras enterraba su boca en el cuello de Elsa.

Elsa recorrió a Hugo con sus manos desde el pelo espeso, negro, hasta la cadera. Seguía siendo aquel chico alto, pero ahora estaba más fuerte, tenía más barba y mucha más seguridad para hacerla enloquecer con sus besos.

—Sabía que no haría falta ninguna chimenea —susurró ella en su oído.

—Eres mala —declaró Hugo.

Reclinó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la puerta. La contempló y sonrió ampliamente.

—Mi futura mujer es una lunática muy sexi.

Elsa se había colocado de nuevo la alianza antes de que él llegara. Aunque sospechaba que Hugo sabía a ciencia cierta que se la había quitado esos días. Elsa se abrazó a él. Esa había sido la primera vez que había sentido, con total seguridad, que, tal vez, y solo tal vez, Hugo podría no echarse para atrás en esa decisión que los implicaba a los dos.

—Como futuro marido —habló ella—, ¿me permites que te abra la puerta?

Hugo frunció el ceño. Ni siquiera se había dado cuenta de dónde estaba apoyado.

—Creo que eso se llama allanamiento de morada.

—No si has pagado por entrar.

Abrió la puerta y al otro lado había una amplia sala, iluminada con la tenue luz de decenas de velas. En la barra de aquella discoteca había un barman que les saludó en cuanto les vio descender las escaleras de la parte trasera del local. En el centro había una mesa redonda, con un centro de mesa floral que Elsa no había elegido, pero que aun así le pareció bonito.

Dejó que fuese Hugo el que mirase a su alrededor como si se le hubiera abierto un pequeño paraíso en blanco y negro. Le gustaba la combinación de colores de las baldosas del suelo.

Él se giró y señalando el local dijo:

—¿Es aquella vieja sala de conciertos donde nos besamos por primera vez?

—Es. Apuntaré eso para cuando estemos casados y se te olviden los aniversarios.

—De los dos, mi vida, hay más probabilidades de que se te olviden a ti que a

mí.

El camarero sonrió mientras colocaba un par de vasos limpios sobre la barra.

—Acabas de perder todos los puntos —le informó Elsa.

Hugo le dio un sonoro beso en los labios.

—Esto es increíble, de verdad. Tú lo eres.

Elsa se cobijó en su amplio pecho y se sintió bien, en casa. Cuando Hugo estaba cerca, ya no tenía tanto frío. En realidad, cuando estaba con él no tenía que pensar en nada, y eso era de agradecer. Casi siempre se encargaba de todo: de las citas, de reservar los vuelos, de hacer la compra, de... Sintió un poco de vacío en el estómago. Lo ignoró como pudo.

—¿Nos sentamos? —sugirió.

Tomaron asiento uno enfrente del otro y se miraron en silencio durante un rato.

—¿Esto por qué? —preguntó Hugo, un poco suspicaz.

—¿Tiene que haber un motivo?

—Mejor sin motivo —contestó él.

—Eso creía yo también.

—¿Te acuerdas de que me hablaste de las vacaciones cuando volvíamos de la cabaña? —introdujo el tema con tranquilidad mientras el camarero les servía unas copas—. Podríamos hacerlo antes de que nos marchemos a Moscú. Tenemos las Navidades de por medio, y eso nos lleva a que, como todos los años, vamos a tener que ir turnándonos de casa en casa, pero después...

Hugo siguió hablando de sus familias, bromearon abiertamente sobre las tradiciones de cada una, pero a Elsa ya se le había encendido una pequeña bombillita en la cabeza. Ese pequeño parpadeo mental la hizo entender lo que pretendía Hugo. Él ya no le proponía lo que había sugerido hacía más de un año. Ya no deseaba aparcar la maleta, todo lo contrario, parecía que más que nunca tenía ganas de trabajar, ininterrumpidamente. ¿Cómo iban a poner en orden su futura vida juntos si no dedicaban un tiempo a organizarla?

«Mejor dejarlo estar por ahora», se dijo Elsa.

Hablaron de recuerdos, de cuánto habían cambiado y de lo diferente que hubiera sido todo de no haberse conocido. Ambos trazaron historias imaginarias en las ninguno de los dos eran los actuales ellos. Era una buena manera de agradecer el rumbo de las cosas, aunque Elsa sintiera que seguía sin ser suficiente. A veces, simplemente, conformarse no era bastante.

Se escapó un momento al aseo tres copas después, no sin antes darle un beso achispado a Hugo, que aprovechó que ella se iba para dar otra vuelta por el local,

verlo, recordarlo, ahora con luz y otra música.

Elsa se apoyó en el lavabo. Estaba ligeramente mareada. Buscó en el bolso una toallita húmeda y, en esa búsqueda, descubrió una luz parpadeante en su móvil. Tenía un mensaje. Debía de ser Elena. Siempre era Elena y eso le producía una mezcla paradójica de agitación y tranquilidad.

Está nevando.

Solía enviarle esa clase de mensajes. A Elsa nunca le parecieron extraños, porque sabía que debía de sentirse sola, demasiado. Aunque, cuando la llamaba la notaba alegre, en ocasiones incluso serena, como si toda su vida hubiera vuelto a un estado laxo que Elsa también añoraba.

Aquí también. Es bonita la nieve, ¿verdad?

Se sintió muy culpable de repente. Llevaba más de siete meses sin pisar el hospital. Cuando se incorporó al trabajo, tomó una decisión. Ya no sabía si era normal estar entre esas cuatro paredes, hablando sola. Experimentando, cada vez más, una ilusión vagabunda que iba recorriéndole el pecho. Se había implicado hasta tal punto que cada mínimo cambio que se manifestaba en Jordi surtía el mismo efecto en ella. Tenía que alejarse, por lo menos físicamente.

Había quedado con Elena un par de veces fuera del hospital, sobre todo al principio, antes de volver a los aviones, los hoteles, las pensiones, los pasaportes. Pero se escribían mucho. Desde hacía unos meses con una frecuencia insólita. Todos los días, varias veces.

Preciosa.

No lo pensó demasiado antes de enviar el siguiente.

¿A Jordi le gusta la nieve?

Seguía hablando de él en presente. Elsa había comprendido que estar vivo, muchas veces, era estarlo en el corazón del resto del mundo. Vivir gracias a un tiempo verbal adecuado.

No tardó la respuesta.

Sí. El invierno es su estación favorita.

Elena, hace mucho que no nos vemos, deberíamos.

Pronto.

Elsa sonrió y guardó el teléfono en el bolso. Salió del aseo mucho más relajada de lo que había entrado, olvidándose de algunas cosas, acordándose de otras. Lo inevitable.

Encontró a Hugo de pie frente a una redondeada esquina. Se acercó a él, de puntillas, sin hacer ruido, y le abrazó.

—¿Algo interesante? —preguntó.

—¿Qué te parece? —señaló hacia la pared.

Había un cuadro amarillento colgado justo enfrente de ellos. Pequeño y perfecto. Con todos los detalles, con toda la hermosura que una persona sería capaz de encontrar en una paleta de colores.

Elsa inclinó la cabeza hacia la izquierda y se le secó la garganta, precipitadamente.

—¿Os gusta, chicos? —escucharon que les preguntaba el barman.

—Mucho —contestó Elsa, con prisa—. ¿Algún artista local?

—Mi prima, en realidad. Es una de esas aficiones de juventud. Tiene facilidad para los detalles. —Señaló el cuadro y la pareja volvió la cabeza hacia él, cada uno de los pistilos de las flores parecía un universo artístico—. El pulso y la precisión de los médicos, supongo —siguió explicando el chico.

—¿Médico?

—Es cirujana.

—¿Aquí? ¿En la ciudad?

Hugo miraba a Elsa de reojo, sin entender a qué se debía ese interés injustificado.

—Sí, desde hace unos meses. Estuvo en Médicos Sin Fronteras durante muchos años. Al principio estaba entusiasmada. Al principio todos lo estamos.

Levantó un chupito y brindó por Hugo y Elsa.

—Pero yo ya se lo dije: «Alba, tarde o temprano querrás volver».

Elsa intentó sonreír, fracasando estrepitosamente. Apretó la mandíbula y cerró los puños con tanta fuerza que se le clavaron las uñas en las palmas de las manos. Pero ni siquiera ese dolor fue suficiente para distraerla de aquel nombre.

¿Por qué ella otra vez?

Capítulo 16

Día 68

Había dejado atrás el sol primaveral barcelonés para internarse de lleno en la espesura lluviosa del noroeste gallego. El amanecer parecía aún lejano tras la bruma que camuflaba la ciudad. Una estampa borrosa que parecía extraída de algún mito celta modernizado.

Elsa había conseguido comprar un paraguas en una tienda cercana a su hotel. El agua le salpicaba la cara, las manos y todo el cuerpo. Caminaba junto al puerto y el romper de las olas en las rocas era estrepitoso, así como la elevación de estas, que se embebían todo el paseo. Cada vez estaba más arrepentida de estar ahí, pero a solo unos pasos de la verdad y después de conducir media tarde y media madrugada, merecía llegar hasta el final.

Cuando la lucha con la lluvia y el viento fue una tarea imposible, se refugió en un bar en el que repasó la dirección en el mapa y almorzó sin mucho apetito. Había intentado no mirar el teléfono hasta el momento. No quería mentir a nadie, así que pensó que si no leía los mensajes o veía las llamadas perdidas no se sentiría tan culpable. Pero no solo se trataba de eso, sino que, además, necesitaba estar unos días lejos. De todo, de todos.

—¿Turista? —le preguntó el camarero señalando el mapa que Elsa había extendido sobre la barra.

Ella asintió con una sonrisa amable al hombre.

—No creo que pare de llover. ¡Qué mala suerte! Con todo lo que hay por ver —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Es una excusa perfecta para volver en otra ocasión —contestó Elsa.

—No parece dispuesta a dejarse intimidar por el temporal.

Señaló el paraguas esta vez.

—En realidad, ¿cree que podría decirme si voy bien para llegar aquí?

Elsa colocó su dedo índice en un punto concreto del mapa.

—Puede coger el autobús justo aquí enfrente. Yo diría que hay una parada muy cerca de ahí. Pregúntele al conductor.

Elsa asintió, pagó la cuenta y recogió todo lo que había esparcido. Se despidió del camarero y dejó una propina en el bote antes de volver a abrir el paraguas y correr hasta una parada cercana. Ni un alma.

Se sintió estúpidamente valiente por ser la única a la que no parecía afectarle el tiempo. Tal vez era su experiencia de vida, todos aquellos viajes en situaciones extremas. Eso le parecía incluso sencillo, por lo menos había asfalto y el barro no se le tragaba los pies.

Cogió el primer autobús que llegó y se aseguró de que era el correcto después de un interrogatorio exhaustivo a un conductor que no tenía ganas ni de contestar con monosílabos. Eso sí, el autobús tenía un ritmo musical que hizo reír a Elsa. Salsa y bachata en plena tormenta. Interesante elección.

Se bajó nueve paradas después, nerviosa porque no sabía dónde estaba. Antes de irse, sin embargo, volvió junto al conductor para preguntarle de dónde podría tomar ese autobús para regresar al punto de origen. Le musitó un par de indicaciones que Elsa captó enseguida. Tendría que haber ido en coche, pero seguramente se habría perdido.

No se cruzó con nadie en su camino, así que tuvo que buscar la calle y el número durante cuarenta minutos largos. Ya no quedaba ni un solo trocito de tela que estuviera seco. Sentía la humedad por todo el cuerpo.

—Otra vez no —dijo mientras la invadía un sinfín de escalofríos.

Procuró ignorar el frío, que la llevaría de nuevo a la sensación de ahogo. Logró hacerlo cuando al final divisó el número veintidós en la fachada de un edificio de ladrillo gris, con una puerta acristalada enorme.

Cerró el paraguas y se cobijó en el portal. Cuando consiguió apartarse el pelo mojado de la cara, se acercó a los timbres y buscó el número que había apuntado en las postales. El quinto A. ¿Iba de verdad a presionar el botón? Y, al contestarle, ¿qué diría? Había ensayado durante los últimos días el monólogo que pronunciaría al estar delante de esa mujer, pero ahora las palabras se le enredaban en la lengua.

Necesitaba hablar con alguien que no supiera qué estaba haciendo y que, ignorándolo, la animase a encontrar la mejor manera de mirar a la cara a aquel problema al que nadie la había obligado a enfrentarse.

Se arrimó a una de las esquinas de la pared y se quedó ahí, muy quieta.

—¿Qué cajones estás inspeccionando ahora? —le preguntó Ángela en cuanto Elsa le dijo hola.

—Ningún cajón.

Supo que había sido una buena idea llamarla en cuanto escuchó esa pregunta. Con esas cinco palabras, ya se sentía mucho mejor. Más segura, sabiendo que cuando aquello acabase, podría regresar a casa.

—¿Qué haces? —le preguntó Elsa.

—Trabajar, querida. Algunos lo hacemos —espetó su amiga.

—Yo trabajo, ¿eh? He estado tres días fotografiando berenjenas, champiñones, coles, pere...

—No me interesa tu lista de la compra —la cortó Ángela—. ¿Sabes lo que sí que me intriga?

—¿Qué? —inquirió Elsa, procurando que no le temblara la voz al decirlo.

—Que tu madre fuera ayer a verte y no te encontrara en casa. Se ha quedado toda la noche esperándote y, por lo que sé, sigue ahí, en tu apartamento. Volviéndose loca. ¿Dónde estás?

Maldita la hora en la que había decidido que era una buena idea hablar con alguien.

—Me he ido de viaje. Un par de días.

—¿A dónde?

—Al norte.

—¿Y no puedes llamar? ¿Por qué apagas el teléfono?

—Se me había acabado la batería.

—¿Y no hay enchufes en el norte? ¿Qué es eso, *Juego de tronos*?

A Elsa se le escapó una risotada.

—No te atrevas a reírte, te estoy hablando completamente en serio.

—Solo necesitaba tomarme unas vacaciones.

—¿De nosotros?

—Supongo que sí.

Ángela suspiró al otro lado mientras Elsa se preguntaba si no había sido un error confesar que esa también era una de las razones por las que se subió al coche y condujo hasta la ciudad en la que ahora estaba.

—Agradezco la sinceridad —le dijo su amiga—. Pero llama a tu madre.

—Lo haré.

—¿Por qué has llamado, Elsa?

No podía contestar a esa pregunta porque ni siquiera ella lo sabía a ciencia cierta. Tal vez porque una parte de ella necesitaba decirle a alguien dónde estaba. Quizá porque no estaba preparada para llevar la vida que una vez hubo deseado. Estar sola no era tan agradable como recordaba.

—Te llamo pronto —susurró antes de dar por finalizada la llamada en la que pensaría durante mucho tiempo.

Volvió junto al interfono y cogió aire con determinación. Solo tenía que pulsar el botón y esperar. Pero ¿y si no contestaba nadie?, se preguntaba Elsa.

¿Significaba eso que ya no vivía nadie ahí o que simplemente no estaba en casa?

Escuchó un par de voces reírse en la calle. Eso la hizo dar un salto hacia atrás. Aparecieron, acto seguido, un hombre y un niño en el portal.

—Buenos días —dijo el hombre.

El niño se escondió detrás de este, empapado.

—Buenos días —contestó ella, volviendo a la esquina de antes.

—Ahora le pediremos a mamá unas toallas, ¿eh?

El hombre ya no hablaba con ella, sino con el niño. Se acercó al telefonillo y Elsa, aun estando unos pasos por detrás, pudo ver exactamente el botón que tocaba. El mismo al que ella había estado a punto de llamar un momento antes. En ocasiones, las coincidencias se convierten en el motivo que nos obliga a permanecer justo donde estamos.

Una voz femenina contestó al otro lado.

—Alba, tengo aquí a un niño empapado.

—¡Papá! Ya no soy ningún niño —exclamó este.

La mujer rio alegre desde el piso.

—Os abro.

Se escuchó una vibración que abrió la puerta. Elsa creyó escuchar que el hombre le preguntaba si iba a entrar, así que negó con la cabeza. La puerta se cerró y fue como ver el desarrollo de una obra teatral. ¿Qué la había hecho creer por un solo momento que aquella mujer no habría rehecho su vida? Y aunque tenía muchas más preguntas, destinadas al Universo, pero también a sí misma, lo que más la inquietaba de todo era el extraño e inexplicable consuelo que sintió al darse cuenta de que nunca tendría que llegar a conocerla.

Capítulo 17

Día 306

A tres días de Navidad, las calles estaban atestadas de gente que hacía las compras de última hora: ese regalo que se ha quedado extraviado, las botellas de vino en las que nadie había reparado, unas luces nuevas para el árbol para reemplazar las que se han fundido. Esas eran las cosas que imaginaba Elsa mientras contemplaba a los viandantes desde la puerta del restaurante, completamente congelada.

Había anochecido y las luces coloreaban el cielo, pero también los copos de nieve, que seguían cayendo. Se ajustó los guantes y el largo abrigo blanco, que la camuflaba. Se le habían enrojecido las mejillas y la nariz. El invierno más gélido de la historia, habían dicho en las noticias hacía un par de días. Se abrazó con más fuerza y, aunque había intentado no hacerlo, acabó pensando en los últimos sucesos al tiempo que se prolongaba la espera.

Alba no solo estaba en la ciudad, sino que andaba merodeando por el hospital. Estaba convencida de que ya se habría enterado de lo sucedido con Jordi, ya lo habría visitado y se habría sentado junto a su cama, contándole algo que a él seguro le interesaba mucho más que cualquier cosa que Elsa le hubiera podido contar. Y, una vez más, esa sensación que la asfixiaba y no sabía por qué.

Se convenció a sí misma de que esos pensamientos fulgurantes se debían a que echaba de menos ir al hospital. Le había faltado ese efecto de alivio durante muchos meses. No sabía a ciencia cierta si ya era demasiado tarde para retomar la rutina de antaño. Suponía que sí, porque al fin parecía que Hugo había conseguido olvidarse de esa etapa de sus vidas. No estaba preparada para abrir de nuevo la brecha de dudas e inseguridades. ¿Fundamentadas?

Se apoyó contra la pared y divagó durante unos minutos sobre cómo sería ella dentro de un tiempo. ¿Viviría entre las fronteras de diversos países o se replantearía su trabajo dejando que fuese Hugo el que viajara? Pero, si se distanciaban tanto, ¿dejarían de ser ellos? Porque ellos eran viajes, eran movimiento, eran un frenético impulso que los llevaba hacia tantas direcciones que parecían no pertenecer ya a ninguna parte.

Al ver que Elena tardaría en llegar, decidió entrar y esperarla dentro o, de otro modo, se le caerían los dedos de las manos. El camarero la llevó hasta una mesa

en el centro del restaurante, ya que las de las ventanas, como le hubiese gustado a Elsa, estaban ocupadas. Se quitó los guantes, la bufanda y el abrigo. Después sacó su cámara del bolso y estuvo repasando las últimas fotografías que había hecho, en un silencio quebrado por las voces y los cubiertos.

El camarero pasó en un par de ocasiones: una para traerle la bebida y en otra para preguntarle si ya tenía claro lo que quería comer.

—Estoy esperando a alguien.

El hombre asintió y se retiró dejándola sola. Ella y su cámara, como siempre. Pero el camarero no fue el único en acercarse a su mesa. Un par de niños lo hicieron también, pidiendo que les tomaran una fotografía con aquella enorme cámara. Nunca habían visto una tan grande, aseguraron. La hizo y ellos se fueron contentos, sintiéndose un poco más importantes.

Al poco rato, otra voz interrumpió sus vacuos pensamientos.

—Disculpa, ¿está libre esa silla? —le preguntó una voz masculina a sus espaldas.

—La verdad es que no —dijo sin darse la vuelta del todo.

—¿Estás segura? No parece que haya nadie sentado.

Elsa puso los ojos en blanco y se dio la vuelta al tiempo que decía:

—Oiga, estoy esperando a alguien...

—Supongo que no a mí.

Elsa se agarró al respaldo de la silla con tanta fuerza que se oyó la madera crujir bajo sus dedos. Toda ella se tensó. Su pecho se convirtió en un enfrentamiento díscolo entre salir corriendo o quedarse ahí, contemplándole para siempre. Asegurarse de que sus ojos estaban realmente abiertos, de que su pelo estaba mucho más corto, de que solo quedaba un atisbo de la espesa barba, de que había hablado, de que estaba sonriendo como si nada, de que iba vestido con unos vaqueros y un fino jersey gris como si no hiciera el frío que en realidad hacía. Asegurarse de que estaba ahí, de que no era la aparición que le estaba pareciendo. Que era, simplemente que era.

Nunca se había preguntado cómo reaccionaría si llegara ese momento, si saludaría con calma, si provocaría en ella un nerviosismo tan grande como para no poder convertir en palabras lo que sentía. Y, en efecto, no hubo palabras. Solo se puso en pie, a cámara lenta, se quedó frente a él, alto, muy alto. Era la primera vez que le veía de pie y a su lado se sentía pequeña. Unos veinte centímetros más pequeña.

Se fijó en cada detalle y él le dio el tiempo que necesitaba para recorrerle con la mirada. Desde el abrigo y la bolsa que sostenía en las manos hasta sus ojos

verdes, claros. Traslúcidos. Elsa cerró un momento los ojos y cogió aire. No tenía prisa, era como si nadie les mirara, como si el resto de las cosas no tuvieran la más mínima importancia.

Dio dos pasos hacia él. Estaba tan cerca que pudo respirar su olor, el mismo de las sábanas de su cama y algo se le retorció en el estómago. No sabía si las vísceras o el alma, o un baile delirante de ambos.

Entonces, sin pudor y sin terciar palabra, lo abrazó con fuerza, pero sobre todo con necesidad. No fue un abrazo casual y breve, no fue un abrazo distante, no fue un abrazo entre unos desconocidos. Fue un abrazo íntimo, de los que te permite notar las costillas del otro cuando respira, de los que te estrangulan, de los que duran un infinito, de los que te desgastan la ansiedad y el miedo.

Él la envolvió con los dos brazos, con mucha más delicadeza. Estaba ahí, se convenció Elsa. Jordi estaba ahí. Esa seguridad fue suficiente para que, por primera vez desde hacía diez meses, volviera a llorar y a emitir un largo suspiro. Ya no veía ningún motivo para retener la aflicción. Ya no tenía que cargar con el peso que había dejado ese hombre en su corazón.

No le dio vergüenza apartarse y dejarse ver, con las mejillas empapadas y las manos temblándole. Ya se habían visto en el peor momento de sus vidas, nada podría compararse jamás a eso que habían sentido, a la complicidad que nació entre ellos.

Jordi dejó el abrigo y la bolsa en la silla y sus amplias manos le cubrieron la cara. Le limpió las lágrimas con ternura y se inclinó hacia delante. Estuvieron mirándose en silencio durante unos segundos más. Él habló, al fin.

—Mi madre pide que la disculpes por no venir. Espero que te conformes conmigo.

Elsa se relajó ante el tono amable y despreocupado de Jordi y sonrió con sinceridad.

—Si no me queda más remedio, haré un esfuerzo.

—No sé por qué todas las mujeres me dicen lo mismo —rio él.

—¿Te quieres sentar? —ofreció Elsa.

Él asintió, recogió sus cosas de la silla que había ocupado ella y, al pasar por su lado, le acarició la parte baja de la espalda. Elsa tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener el cosquilleo vibrante que se le quedó en esa parte de su cuerpo.

—¿Cuándo? —preguntó, sin dejar de negar con la cabeza.

—Supongo que no me estás preguntando por mi corte de pelo —bromeó él.

Elsa se masajeó el hombro para aliviar la tensión. Le miraba y sonreía, no

podía dejar de hacerlo. Había permanecido durante meses, todos los días, al lado de ese hombre. Le había hablado, confesado cosas insospechadas, bromeado despreocupada. Él nunca le contestaba, así que Elsa imaginaba qué podría haber respondido a cada uno de sus monólogos. ¿Sería distante, amable, divertido? Había tenido que teorizar tanto sobre él y su vida que, tenerle ahí, volver a escuchar su voz, grave y clara, le parecía surrealista.

—Eso también me interesa —apuntó—, pero me refería, más bien, a cuándo te despertaste de la siesta.

Jordi se despeinó el pelo, algo húmedo, con los dedos y emitió una carcajada rota. A Elsa le palpó un poco más fuerte el corazón o el recuerdo, no lo supo con certeza.

—Pues el pelo hace unas pocas semanas.

Apoyó los codos en la mesa y se acercó a Elsa, que, sin darse cuenta, había hecho lo mismo.

—De la siesta —dijo él en un susurro—, me levanté porque tenía un hambre atroz.

Le guiñó un ojo.

—Hará unos seis meses.

Elsa abrió mucho los ojos. Todo ese tiempo sin saber nada. Se sintió un poco estúpida e incluso engañada. ¿Por qué nadie le había dicho nada?

—¿Seis meses? —preguntó incrédula.

Él asintió.

—Creo que mi madre quiere que la perdones por eso también. Por eso y por los mensajes.

La cara se le transformó en una mueca que hizo sonreír a Elsa, pero la sonrisa le duró poco y fue sustituida por un entrecejo fruncido.

—¿Los mensajes?

Jordi la contempló con precaución, como llevaba haciendo desde que había llegado al restaurante. Le sorprendía recordar con exactitud cada línea de su cara, cada expresión. Tenía la sensación de que no había una sola que él ya no conociese. Tal vez la sonrisa. Esa no la había visto antes, pero incluso su risa le era familiar. Dolorosamente familiar, en realidad.

Había barajado la posibilidad de callar cosas, de ocultar algunos secretos más, sin embargo, se había consumido cualquier atisbo de mentira cuando Elsa le había abrazado como si se tratara de un salvavidas. Merecía más que una excusa. La chica que le había salvado la vida merecía sinceridad.

—Me temo que el que te ha estado escribiendo todo este tiempo he sido yo —

explicó—. Ya sabes. Los mensajes.

—¿Por qué?

Todo en la cabeza de Elsa, en aquellos momentos, conformaba un porqué muy grande. Halló consuelo al descubrir que Jordi parecía dispuesto a darle respuestas.

—Quería saber cómo estabas, pero no era el momento para que tú vieras cómo estaba yo —expuso, con tranquilidad, sin que aparentemente le doliese aquella etapa de su vida.

—¿Hecho un despojo humano? Lo hubiese podido asimilar.

Jordi volvió a reír y le tendió la mano por encima de la mesa. Elsa dudó al principio, pero al final depositó la suya sobre la de él. Jordi le acarició los nudillos con el pulgar, sin despegar su mirada de la de ella. Parecía mucho más sencillo, al menos para ellos, comunicarse con el contacto. Lo habían hecho durante demasiado tiempo, sin palabras de por medio.

—Lo siento, de verdad.

Elsa asintió, pero ninguno de los dos apartó la mano.

—Entonces, ¿he estado todo este tiempo escribiéndote a ti?

—Sí. ¿Te acuerdas de que mi madre te dijo que tenía un número nuevo de teléfono?

Elsa puso los ojos en blanco. Recordaba ese día. Había sido hacía casi seis meses, entonces, ¿eso significaba que Jordi había decidido hablarle desde el momento en el que despertó? ¿Y por qué esa idea la hacía sentir tan bien?

Apartó la mano.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

El camarero apareció y tomó nota. Ninguno de los dos tenía hambre, en realidad. Volvieron a recuperar la intimidad anterior.

—Mucha rehabilitación, un poco de desconcierto.

—¿Solo un poco?

—Mucho —admitió—. Todo ha seguido sin mí. Te despiertas un día y lo que antes te había parecido una tontería, como ponerte en pie, ahora se ha convertido en centro neurálgico de tu vida. Creo que sabes perfectamente lo que quiero decir.

Bebió un poco del vino que le había servido el camarero.

—¿Cómo estás tú? —preguntó.

—Pasando frío continuamente —se sinceró—. Me gustaría que desapareciera esa sensación.

Y otras muchas cosas. No obstante, esas decidió guardárselas.

—Elsa —por fin había pronunciado su nombre—. Nunca —desvió un poco la mirada—, jamás podré encontrar una manera de agradecerte lo que hiciste por mí ese día —le tembló la voz.

Elsa quiso mostrar un poco de integridad, no lloraría otra vez.

—Que estés aquí es suficiente agradecimiento, aunque no te mentiré. Me hubiera gustado saberlo antes. Saber que... estabas bien.

—Lo entiendo. Ojalá a veces no fuera tan egoísta.

—Siento no haber ido a verte durante este tiempo.

—¿Puedo serte sincero?

Se puso serio. Elsa recordaba esa expresión. Esa la había recorrido con sus dedos algunos días, mientras la máquina de oxígeno obligaba a Jordi a respirar.

—Dejar de ir a verme fue la mejor decisión que pudiste tomar. Los hospitales nos consumen, Elsa. Personalmente, me alegra saber que saliste de ahí e hiciste tu vida con normalidad. De otro modo, me sentiría incluso más culpable.

Normalidad no era un término preciso para definir la vida de Elsa. No sabía si había algún vocablo, en realidad, que pudiera ponerle nombre a la prisa con la que había sobrevivido. Pero ahora algo había cambiado. Ya no había presión en el pecho, ni culpabilidad, ni temor. Por fin había un ahora.

—¿Has vuelto al trabajo?

—Me incorporo después de las fiestas.

Parecía entusiasmado con la idea. Elsa se preguntó si esa ilusión no se debía en parte al hecho de que Alba estuviese ahí. ¿Lo sabía él? No quiso pensar en eso, prefería centrarse en escucharle, en que le hablara de cualquier nimiedad. Le gustaba su voz, además, tenía la sensación de que ella ya había hablado suficiente.

—Me gustaría —habló Jordi—, si a ti te parece bien, que nos viéramos de vez en cuando.

Elsa le miró con cautela. Ella pensaba en eso mismo cuando él lo planteó. Dudaba, en realidad, de que pudiera perder el contacto con él en algún momento del futuro. Aunque no habían hablado del accidente, no de aquel día, sabían que eso les había puesto en el mismo camino.

—Me parece bien. A mí también me gustaría.

A Elsa le surgieron otras dudas mientras hablaban y comían alguna cosa. ¿Sabría él lo que había hecho? ¿Que había rebuscado entre sus cosas, que se había tomado la libertad de cotillear en su pasado y, al parecer, atraerlo hacia su futuro? ¿Qué actitud tomaría al saberlo?

—Mañana voy a hacer una pequeña cena en casa, para algunos amigos. ¿Te

apetece venir? —preguntó él, con una amplia sonrisa mientras masticaba un trozo de espárrago.

Su sonrisa le provocaba a Elsa un escalofrío continuo del que no podía desprenderse. Uno muy agradable que la hacía sentir incómoda cuando Hugo se le venía a la cabeza.

—Sí, claro —contestó.

Sabía que ese sí desencadenaría muchos inconvenientes, pero se dejó guiar por el sentimiento, por la intuición y por ese instante que estaban compartiendo. Seguía, en ese abrumador aire navideño, teniendo la sensación de que no era real. Aquello no podía estar sucediendo de verdad, sin presión y con total naturalidad. Eran dos desconocidos que a ojos de los demás parecían algo más especial.

Jordi cogió la bolsa que había dejado al lado de la silla y la colocó sobre la mesa. Era una bolsa grande, azul, de papel.

—Es para ti. Un regalo de Navidad.

—No... no era necesario.

—Los mejores regalos son los que no son necesarios. Ábrelo.

Elsa cogió la bolsa y sintió que se ruborizaba, y no era por el regalo, sino por la forma en la que Jordi la miraba. Se sentía desnuda pese a todas las capas de ropa que llevaba encima.

Sacó un paquete dorado que desenvolvió con cuidado para encontrarse con un tejido suave y rojo. Elsa se llevó una mano a la cabeza y rio.

—Creo que te debía uno.

Sacó el jersey rojo y lo extendió ante ella. Era realmente bonito, con puntudas pequeñas y delicadas. Aunque eso no era lo que le importaba, sino lo que significaba. Él recordaba ese día con precisión. Nadie podría haberle dicho lo del jersey, porque ella no había dicho nada.

Seguía sin decir nada.

Capítulo 18

Madrugada 307

De derecha a izquierda y media vuelta, de un extremo a otro y de nuevo sentado en el sillón. Esos eran los pasos que había recorrido Jordi en la última media hora. Parecía una coreografía ensayada especialmente para esa noche. Llevaba meses esperando el momento adecuado. Ni siquiera sabía a ciencia cierta por qué había escogido ese en concreto. Quizá por la nostalgia que le provocaba la ciudad nevada, después de tantísimo tiempo sin cubrirse de blanco; a lo mejor porque al fin se sentía capacitado para mirar a los ojos a la persona que había arriesgado la vida por él.

Había imaginado tantas cosas sobre ella, algunas de las cuales no se las había contado su madre, que parecía haberle cogido un cariño muy especial. Eran esos detalles que solo él podía percibir, o eso pensaba. No había tenido la necesidad de hacerse una falsa idea sobre el color de su pelo, la palidez de su cara o la intensidad de su mirada, recordaba cada uno de esos detalles de manera preocupante. Su curiosidad iba un paso más allá: ¿cómo sería, en realidad, aquella chica que había estado postrada junto a su cama durante tantísimo tiempo?

Se la había figurado callada y tímida, pese a que su madre había insistido mucho en que era una chica atrevida y con carácter. También pensaba que sería algo fría y distante, puede que se debiera a la seguridad que había percibido en ella al sacarle del lago. Sea como fuere, ahora que estaba en su casa, podía afirmar que se había equivocado con Elsa. Era algo totalmente diferente a cualquier imagen que él pudiera hacerse de ella, y su apreciación comenzaba en ese abrazo. Le había abrazado con tanta entrega y alivio que, aunque sintió la necesidad de apartarla al poco de rodearle entre sus brazos, después una voz le gritó algo distinto. Una voz que intentaba hacerle recordar algo que estaba pasando por alto. Su parte más racional le decía entre susurros que era normal esa chispa de duda y congoja al mismo tiempo, dado que se juntaban en un abrazo su pasado y su presente. Se hermanaban de tal manera que le hacían daño y le curaban al mismo tiempo.

Elsa...

Había llegado el momento de sentarse en el sillón de nuevo. Estiró el cuello

del jersey, que comenzaba a agobiarle un poco, y se quedó mirando las estanterías de libros que había frente a él. De nuevo estiró del jersey y recordó otro de un color distinto. Rojo intenso, un rojo anclado en sus pupilas y en un pálpito que le confundía. ¿Cómo se le había podido ocurrir regalarle un ridículo jersey? Había pensado que eso rompería el hielo, que ella olvidaría la mentira en la que la había tenido sumida.

—Creo que es del mismo color —había apuntado mientras ella rozaba el tejido sin decir nada.

—Es un poco más oscuro... —siseó.

Jordi se había llevado la mano al cuello, un poco más nervioso. ¿Y si le había molestado ese detalle que podía recordarle cosas mucho más tristes? De hecho, quitando lo poco que podía intuir por las secuelas del accidente, ¿cómo podía saber él de qué manera la había podido afectar ese día? Ni siquiera podía imaginarse que había estado contando los días desde entonces, esperando que sucediera algo que cambiara lo ocurrido.

—A lo mejor no ha sido buena idea, Elsa.

Ella había levantado al fin los ojos del jersey. A continuación, lo había guardado en la bolsa y sonreído.

—Me gusta, perdona —se disculpó.

Jordi no había entendido por qué lo hacía.

—Sigue sorprendiéndome que estés aquí, que estés...

Elsa había juntado las manos como en una plegaria y había permanecido en silencio, sonriendo y mirándole por encima de las pestañas. Tenía los ojos melancólicos de recuerdos e instantes. Jordi se preguntó si serían aquellos que habían compartido en el hospital y que él jamás conocería, que nunca podría presenciar porque se habían ido sin él. Pero sí que estaban en ella. Quería saber más. Ahora lo necesitaba.

—¿Qué solías hacer cuando venías a verme?

A Elsa no le había sorprendido la pregunta, probablemente porque ella también la hubiese formulado de estar al otro lado.

—La mayor parte de las veces leerte, poner en peligro tu vida y contarte cosas sin importancia, supongo. Ya no me acuerdo.

Le había mentado en esa última parte, se dio cuenta al ver cómo flojeaba y apartaba, durante una milésima de segundo, los ojos.

—¿Dónde están mis honorarios? —le había preguntado él.

Ella había inclinado la cabeza, desconcertada por la pregunta. Él se había estirado un poco más y, fingiendo que se trataba de un secreto, había susurrado:

—Por hacerte de psiquiatra durante tanto tiempo.

En ese momento la había escuchado reírse por primera vez. Era una risa bañada en sinceridad y naturalidad. Se le habían relajado los hombros al oír-la, ni siquiera se había dado cuenta, a decir verdad, de que había estado tenso hasta ese instante.

—Me parece que están más que saldados teniendo en cuenta que me has ocultado tu recuperación durante tantísimo tiempo, ¿no te parece?

A Jordi se le había escapado una carcajada un tanto irónica. Sabía que se había merecido esa pequeña puñalada verbal. Ni siquiera podía reprochárselo porque su egoísmo había sobrepasado los límites. Era consciente. No había pensado en ella. O lo había hecho demasiado. Se debatía entre dos opciones: por un lado, pensaba que se trataba de una extraña a la que no tenía por qué buscar o conocer, por otro, la infinita gratitud que sentía arrancaba de raíz cualquier absurdo pensamiento anterior.

—Lo lamento, de verdad.

—Pero ¿por qué los mensajes? Tu madre podría haberte contado si...

Elsa no había sabido cómo seguir. No quería interpretar erróneamente la actitud de Jordi. Tal vez no tenía interés alguno en saber de ella, pero ¿qué otra explicación había al contacto ininterrumpido que, según lo que él le había contado, habían mantenido todo ese tiempo?

—Quería saber de ti —le había contestado como si estuviera rebuscando entre sus pensamientos y hubiese seleccionado el adecuado.

Jordi se levantó del sillón y echó a andar otra vez. De haber podido, se habría arrancado el jersey a dentelladas. Finalmente, se lo quitó y se quedó con la camiseta interior puesta. Fue hasta el dormitorio y miró la cama sin hacer. Llevaba ya mucho tiempo optando por dejarla siempre igual, había leído que así la vida era menos estresante. No le funcionaba, pero seguía practicándolo por si algún día sucedía el milagro.

Se dejó caer sobre el colchón con los zapatos puestos. En su cabeza seguía dándole vueltas a tres cosas esenciales: por qué había acompañado a Elsa a su casa, por qué la había invitado a la cena del día siguiente y por qué no podía apartar sus ojos negros de él. Había tenido la sensación de que ella había sido capaz de ver en él mucho más de lo que nadie sería capaz. No era una cosa que le agradara del todo, ya que le hacía sentir vulnerable ante una extraña que podría desaparecer de un momento a otro. Aun así, no podía explicarse ninguna de las cosas mencionadas ni el hecho de leer los mensajes que ella le había enviado, sin saber de quién se trataba. Siempre le animaban en los momentos en

los que se sentía emocionalmente más débil.

Se dio la vuelta en la cama y discernió unas pinceladas coloridas que formaban parte de sus paredes desde hacía mucho tiempo. Sonrió. Seguía haciéndolo cada vez que recordaba aquellos años pasados, aquellos días compartidos con una mujer que había sido especial. Muy especial.

Pero había algo que no lograba recordar.

Capítulo 19

Día 310

Elsa no había podido dormir aquella noche. Agradeció que Hugo hubiese ido a pasar unos días a casa de sus padres, así nadie podría preguntarle por qué estaba tan nerviosa, por qué no podía parar de dar vueltas en la cama y por toda la casa, como una lagartija resbaladiza.

Sintió la tentación, en más de un momento, de llamar a Jordi para confirmar que era él quien estaba al otro lado del teléfono. Pasó por alto ese deseo y siguió mirando el jersey, perfectamente doblado en el apoyabrazos del sofá. Ahí parecía que se acababa la cuenta de los días que había comenzado, sin proponérselo, trescientos diez números atrás.

Y si la noche se le hizo larga, el día fue todavía más insufrible. Procuró mantenerse ocupada, hacer recados, organizar los preparativos de la comida de Navidad que le había encomendado su abuela. Envolvió un par de regalos y pensó que no tenía nada para Jordi. Le regalaría algo más adelante, cuando él no tuviera motivos para creer que ese regalo era el correlativo al jersey.

Todavía no se lo había dicho a nadie, pero una parte de ella no podía irse a la cena sin decirle la verdad a Hugo, así que se sentó en la encimera de la cocina con una taza humeante de café con leche y le llamó.

—¿Ya me echas de menos?

Habían hecho un pacto implícito hacía unas cuantas noches, en el local. Todo estaba bien entre ellos, así que se respiraba un aire distendido cada vez que hablaban.

—Un poco.

—Mejor que nada —rio Hugo.

Se escuchó un ruido estrepitoso.

—Mi sobrino acaba de romper el plato favorito de mi madre —la informó.

Elsa no sabía cómo sacar el tema. Tenía el corazón latiéndole en la garganta, y eso la obligaba a soterrar la confesión muy hondo.

—¿Has llegado ya al pueblo?

—Me voy mañana al final —balbuceó ella, demasiado rápido.

—¿Y eso?

Se hizo el silencio al otro lado. Ahora o nunca, se cercioró Elsa.

—Hugo, tengo algo que contarte.

—Eso me ha parecido, sí —contestó él, un poco más serio—. ¿Qué pasa, cariño?

Elsa cogió aire.

«Por favor, que no vuelva a formárame ese nudo en el pecho».

—Anoche quedé para cenar con Elena.

Hugo sabía quién era Elena, aunque nunca la había visto o hablado con ella.

—¿Y cómo fue?

Elsa dejó la taza a su lado porque le sudaba la mano.

—No vino, al final. —Se llevó una mano a la boca para mantener a raya su respiración, que se estaba volviendo agitada—. Vino Jordi —soltó, sin pensarlo más.

No escuchó nada al otro lado.

—¿Sigues ahí?

—¿Jordi? —preguntó Hugo, que se había tenido que apoyar contra la nevera—. ¿Tu Jordi?

Cerró los ojos, arrepentido por haber añadido ese pronombre posesivo.

—Jordi —contestó ella, no tenía ganas de discutir.

—¿Cómo es eso?

—Salió del coma hará unos meses. Unos seis, para ser más exactos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —Hugo alzó la voz y comenzó a ponerse a la defensiva.

—Lo supe anoche, así que te lo digo hoy —respondió, molesta, Elsa.

—¿Y se presentó ahí, sin más?

Elsa carraspeó.

—Debió de ser raro, ¿no? Estar cenando con alguien con quien, ya sabes, no has hablado nunca, ¿no?

Elsa prefirió omitir que se habían abrazado, acariciado, hablado con toda la normalidad posible. Que la había acompañado a casa. No había habido nada raro en ellos dos, sentados el uno frente al otro, compartiendo recuerdos propios de las fechas navideñas.

—Supongo.

—¿Supones?

—No sé, Hugo, por favor. Es que esto me ha cogido desprevenida.

—Está bien, me imagino. ¿Anda?

—Claro que anda.

Elsa se llevó una mano a la cabeza. La exasperaba esa situación. De nuevo en

el ojo del huracán, dando explicaciones. Pero era lo normal en las parejas, ¿no?

—Me ha invitado a cenar esta noche, con sus amigos —siguió hablando.

Al otro lado ni un suspiro.

—Por eso no te has ido —comentó Hugo, evidentemente molesto.

Tal vez decir molesto era quedarse sobradamente corto.

—Vas a ir.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—No tienes que hacerlo, si no te sientes cómoda.

Elsa quiso gritar. Hugo esperaba que se quejara, que dijese que no le apetecía estar con un montón de extraños un veintitrés de diciembre. Pero Elsa sí que quería, no con el resto al menos, pero sí con Jordi. Tenía que comprobar, otra vez, que era de carne y hueso. Pensó en la posibilidad de otro abrazo, aunque supo que eso no se repetiría, no podría hacerlo sin sentirse mal por Hugo.

—Solo es una cena.

—Vale —contestó Hugo, monocorde.

—Vale —susurró ella.

—Te veo en un par de días.

—Sí.

Y le colgó. Elsa se quedó mirando la pantalla del teléfono. ¿Cuándo dejaría de comportarse como un niño pequeño que lo arregla todo dándole al botón de apagar? No le apetecía, sin embargo, que aquello le amargase las fiestas, el descanso y la alegría que había supuesto la presencia de Jordi la noche anterior.

Antes de guardar el teléfono en el bolsillo vio que tenía un mensaje. Lo leyó.

Si te pido que hagas de pinche, ¿sería muy descarado por mi parte? Soy Jordi, por cierto, no suplo a mi madre.

Elsa volvió a sonreír.

¿Qué tiene que hacer un pinche?

Se paró en seco. No había nada de malo en aquello, se dijo.

Acompañarme a comprar y trocear verduras, ¿te parece muy exigente?

Acepto, pero espero que esté bien remunerado.

Esperó tres minutos hasta que llegó el siguiente mensaje.

Paso a recogerte en veinte minutos.

Fin de la conversación.

Elsa se miró, era una de las pocas veces que se preocupaba por su aspecto físico. No debería haberle importado, él tampoco se fijaría. No era esa clase de encuentro. Aun así, fue a ducharse a gran velocidad, se recogió el pelo en una coleta alta, cogió unas medias tupidas negras y una falda del mismo color. Bufó,

pero al final hizo lo que más le apetecía: quitarle la etiqueta al jersey y ponérselo. Se calzó unos botines con prisa, cogió las bolsas con los dulces y las botellas de vino que había comprado por la mañana y bajó por las escaleras. No le quedaba paciencia para esperar, siquiera, el ascensor.

El todoterreno negro de Jordi ya estaba aparcado enfrente de su casa. No parecía que el accidente le hubiese causado ningún tipo de trauma. Le había dicho el día anterior que desde siempre le había encantado conducir y que eso no había nada que lo pudiera cambiar. Era fuerte, decidido. O eso le pareció a Elsa.

Tocó la ventana con los nudillos. Él no la había visto llegar. Hojeaba un libro blanco. Quitó el seguro y Elsa abrió la puerta. El cuerpo le dio un pequeño respingo. Jordi, las puertas y los coches. Quizá nunca podría borrar esa impresión, así que cuanto más la ignorase, mejor.

Elsa le pasó las bolsas y él se las quedó mirando, suspicaz.

—¿Esto qué es?

—Mi madre dice que en Navidad nunca hay suficiente comida y alcohol.

—Muy sabia tu madre —rio él, dejando las bolsas en la parte trasera.

Elsa se quitó el abrigo, un poco tímida por la reacción que él pudiese tener.

A Jordi se le ensanchó la sonrisa, pareciendo, incluso, un tanto provocativa. Elsa encogió los dedos de los pies, ya que era lo único en lo que él no podía fijarse.

—Qué bien le sientas a ese jersey.

Ella hizo una mueca, agradecida. Se sonrojó al pensar que la cara que había puesto, entre las muchas que habituaba a mostrar, era de las más ridículas.

—Nos espera una tarde larga. Espero que no te aburras.

—¿Puedo sacar fotos?

Jordi puso el coche en marcha y se volvió serio hacia ella, señalándola con el dedo índice acusador.

—Bien, pero solo de las cosas legales.

—¿Es que vamos a hacer algo ilegal?

—Acabo de saltarme un ceda el paso, esto es solo el principio.

Elsa por fin entendía a qué se había referido Elena cuando una vez le dijo que su hijo era exactamente la clase de hombre que no parecía ser. Jordi era irónico, con una actitud relajada. Ella esperaba que ese algo tan especial que parecía tener Jordi se le contagiara un poco.

Tampoco había reparado en otros aspectos físicos que, a la luz del día y en una situación distendida como esa, parecían diferentes a como ella los recordaba. Tenía el pelo más claro, no tan rubio como el de ella, de un castaño almendrado

con reflejos. Era un hombre excepcionalmente atractivo. Ese perfil, que tantas veces había contemplado desde el sillón del hospital, ahora parecía haber recobrado un poco de color y una cantidad inconmensurable de luz.

—¿Podría sacar una ahora mismo?

Él la miró de reojo.

—Intuyo que si me preguntas es porque me quieres fotografiar a mí.

Elsa puso cara de circunstancias.

—Bueno, pero disimuladamente, que no me entere —concluyó él—. Nunca salgo bien.

Elsa extrajo la cámara del bolso. Nunca antes le había sacado una fotografía. Esa sería la primera. Sin embargo, no encendió la cámara. La dejó en su regazo.

Jordi miró la cámara con una ceja maliciosa levantada.

—¿Y bien?

—Has dicho que sea sutil.

Sin pensar, como en un acto reflejo, Jordi apartó su mano de la palanca de cambios y le dio un par de cachetes a Elsa en la pierna. Le pareció algo tan espontáneo que no vio la necesidad de disculparse por actuar tal y como era. Hacerlo, además, hubiese supuesto darle más importancia a ese gesto del que podría tener.

Elsa volvió a sentir el estremecimiento vibrante. Tampoco dijo nada.

Dejaron el coche en el aparcamiento de fuera del supermercado, justo cuando caía la tarde y el cielo anaranjado parecía una gran llamarada. Jordi fue el primero en bajarse del vehículo. Elsa aprovechó esa oportunidad para disparar una fotografía a través de la luna del coche. Dejó caer, a continuación, la cámara en el interior del bolso. Después salió. Él la esperaba de pie, junto a su puerta.

—¿Eso que he percibido ha sido un flash?

—¿De qué cámara? —preguntó ella, levantando las manos vacías.

—Ya me había dicho Federico que tenías mucho peligro —dijo él, intentando no reírse.

—No me cae bien Federico —explicó ella, poniendo cara de pocos amigos.

—También me lo ha dicho.

—Me acusó de intento de homicidio.

—Algo de eso tengo entendido. Aunque no te salió muy bien. Mira qué buen aspecto tengo.

Elsa le hizo una peineta rotunda.

Esta vez no pudo aguantarse y comenzó a reír mientras extraía un carro de la fila. Elsa lo siguió hacia la puerta de entrada del supermercado.

—¿Qué vas a cocinar?

Jordi se apoyó con los codos en el mango del carro y lo empujó entre las filas de comida, mirando a un lado y a otro. Elsa pensó que en esa postura parecía un adolescente desenfadado.

—Estaba entre macarrones con tomate o sopa de sobre, ¿tú qué piensas?

—Sopa de sobre, sin ninguna duda.

Jordi volvió a ponerse recto. Echó mano al bolsillo trasero de sus pantalones chinos y sacó una hoja que desdobló.

—Creo que necesitaremos estas cosas.

Le pasó la lista a Elsa. Ella lo miró asombrada.

—¿Todo esto para hervir macarrones?

—Vamos a hacer un guiso y un asado, ¿qué te parece?

Elsa lo miró seria por encima de sus pestañas.

—Me parece que habías dicho que yo solo tenía que trocear verduras.

Jordi se mordió el labio y tuvo el impulso de darle un pequeño empujón, así que lo hizo. Desde que se había despertado y asimilado lo que había sucedido, tomó la decisión de disfrutar cada segundo y no arrepentirse de nada que verdaderamente le hubiese gustado hacer. Aunque fuera la cosa más frívola, como por ejemplo que, en ese momento, le apeteciera comerse una bolsa de patatas con sabor a queso. La cogió y la echó al carro.

—Coge lo que te apetezca —le dijo a Elsa.

—Mi padre nos decía eso a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños. Y siempre cogíamos lo mismo.

—¿Qué? —preguntó Jordi.

Elsa se acercó a él y colocó su mano muy cerca de la suya.

—El carro. Siempre lo estrellábamos y no solía dejarnos llevarlo.

—Pues todo tuyo.

Se lo cedió encantado y siguieron bromeando, sobre todo y sobre nada, durante los siguientes cuarenta minutos. Disfrutó de la compra, del sentido del humor de Jordi, de la cotidianidad con la que estaban ahí. Hablaban como si no tuviesen secretos para el otro, aunque Elsa sabía que ella guardaba unos cuantos bajo llave. Mejor fingir que no habían tenido lugar.

Lo que más la preocupó, en el silencio del parking, mientras guardaban las bolsas en el maletero, fue darse cuenta de que llevaba casi dos horas sin acordarse de Hugo, ni del frío ni de nada.

Nada.

Nada era lo suficientemente importante como para apartarla de ese momento.

Capítulo 20

Noche 310

La casa de Jordi era tal y como Elsa la recordaba, aunque tuvo que mirarlo todo como si sintiera curiosidad. Cada pequeño detalle seguía en su sitio. Y con detalle, Elsa pensaba en los cuadros. Estaban ahí, decorando las paredes y fustigándola con sus miradas inquisidoras.

—La cocina está por aquí —señaló él—. Siéntete como en tu casa —le dijo.

Ya se había tomado esa libertad hacía tiempo, así que se limitó a asentir y fue tras él, hacia la cocina en la que ya había estado.

—Es pequeña, pero suficiente para un solterón como yo.

Comenzó a sacar las cosas de la bolsa y a colocarlas con orden sobre la mesa. Jordi se dio cuenta de que Elsa lo miraba e intentaba imitar su meticulosidad.

—No hace falta que hagas eso —le dijo—. Me sale natural, es por el instrumental del quirófano. No soy maniático —le explicó con paciencia.

—Mejor, porque la gente cuadrículada vive menos y peor.

—*Touché.*

Guardó las bolsas en un saco de tela colgado de un pequeño clavo que sobresalía de la pared.

—¿Tú eres muy obsesiva? —le preguntó mientras trasteaba en uno de los armarios y extraía cazos, sartenes y ollas.

—Depende para qué.

—¿Por ejemplo? —siguió inquiriendo Jordi, con la cabeza enterrada en el frigorífico.

—Siento obsesión por mi trabajo.

—Toda obsesión acaba deviniendo obligación, lo sabías, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

Elsa estaba arremangándose el jersey para ponerse manos a la obra cuando Jordi así se lo hiciese saber. No le había comentado su poco don para la cocina. Omitir información parecía dárselo muy bien cuando le interesaba.

—Que es mejor que te apasione a que te obsesione.

—Pero la línea entre una cosa y otra es un poco fina, ¿no crees?

—O no. Depende ti.

Al fin, cerró la puerta de la nevera. Cuando se dio la vuelta y miró a Elsa, esta

le pareció un poco más seria y apagada, así que pensó que era un momento perfecto para cambiar de tema.

—¿Estás preparada para no salir de aquí durante las siguientes cuatro horas?

—¿Estás tú preparado para que mi torpeza culinaria eche a perder tus platos?

—Correré el riesgo. ¿Hay trato?

Extendió su mano y Elsa le dio un apretón firme y seguro.

Jordi cogió una espátula de madera y se colocó frente a ella con porte serio.

—Yo te nombro encargada de las verduras.

Le tocó los hombros con la espátula como si de una espada se tratase.

—Esto... —dijo Elsa señalando el espectáculo—. ¿Es un daño colateral del accidente?

—Un defecto de fábrica, en realidad —contestó él, riendo.

Elsa pensó que era realmente agradable estar con alguien tan despreocupado, que le transmitía tanta calma y la hacía sentirse relajada, aunque, a lo mejor, no tendría que sentirse así ni estar ahí.

Estiró las mangas hasta los codos, así no se le mojaría el jersey al lavar las verduras en el fregadero. Comenzó con las zanahorias y siguió con los tomates, los pimientos y las patatas.

Jordi se movía de un lado a otro de la pequeña cocina, tropezando a veces con Elsa, que se estremecía cuando se rozaban, pero lo pasaba por alto. Él canturreaba algo, parecía sentirse a gusto en ese ambiente. Echando sal, pimienta y pimentón aquí y allá. Lo controlaba y le gustaba.

Elsa le miraba de vez en cuando, sobre todo cuando estaba de espaldas a ella. No quería que se sintiese observado. Pero había estado tanto tiempo quieto que ahora, para ella al menos, parecía que se movía a gran velocidad. Era como un *Time-Lapse* de los que le gustaba grabar a Hugo.

Pensando en Hugo no se dio cuenta de que Jordi se había parado a su lado y la miraba serio.

—¿Estoy lavando mal las verduras? —preguntó ella con una sonrisa sarcástica.

Jordi colocó su mano bajo el grifo y aferró el brazo de Elsa.

—¿Qué es esto?

—Una cicatriz —contestó Elsa al ver a lo que se refería.

—¿Te la hiciste ese día?

—Sí.

Intentó quitar la mano y seguir lavando verduras sin darle mayor importancia. Jordi se lo permitió sin retenerla porque era más que evidente que no quería

hablar de ello.

—¿Va a venir mucha gente? —preguntó ella, para desviar el foco de atención —. Por saber cuántas verduras he de trocear.

Jordi se limpió las manos con un paño y la miró desde el otro lado de la isla de la cocina.

—Las que creas que podemos comernos tú y yo.

—¿Qué?

—No va a venir nadie más —confesó él.

—¿Y por qué me dijiste que sí?

—Para no parecer un perturbado.

—Es que eres un perturbado —le acusó ella, con una zanahoria en la mano.

—No me intimidas apuntándome con ese tubérculo.

Dio la vuelta a la isla y volvió a quedarse frente a ella. Agachó la cabeza y se quedó a muy poca distancia de su boca. Elsa contuvo las ganas de salir huyendo.

—Es broma —murmuró él—. Cocinamos para seis. Pero gracias por llamar perturbado a tu anfitrión. Me siento muy bien ahora mismo —siguió cachondeándose.

—Eso que acabas de hacer es de perturbado.

—Ha merecido la pena solo por ver la cara de susto que se te ha quedado. Ni que no hubieras cenado otras veces con un hombre.

—Sí, ceno mucho con mi novio.

¿Por qué había dicho eso? ¿Se había asustado de lo que pudiera hacer Jordi o de lo que ella misma fuese capaz si se producía una situación extraña?

—Sé de la existencia de Hugo, Elsa —le dijo él, sin apartar sus ojos de su boca entreabierta.

—¿Sí?

—Sí, pero —hizo una pausa—, no me interesa demasiado hablar de él.

Elsa no supo cómo interpretar eso, así que se limitó a asentir y a dejarlo estar. Tuvo la sensación de que, cuando volvía a fijar su atención en las verduras, se le pusieron los ojos bizcos a causa de la tensión acumulada.

—Prefiero hablar de ti.

—¿Qué quieres saber de mí? —preguntó Elsa, con más calma, ahora que él volvía a estar de espaldas.

No duró mucho ese sosegado estado. Jordi se dio la vuelta sin prisa.

—Todo.

Elsa negó con la cabeza y se le escapó una sonrisa apesadumbrada. Después dejó de sonreír con la misma rapidez con la que lo había hecho.

—Nadie puede saberlo todo de una persona.

—Si no hay confianza, coincido en que no.

—Ni siquiera habiéndola, Jordi. La gente necesita guardarse cosas para uno mismo, ¿no crees?

—¿Y por qué crees que hacemos eso?

—Nadie quiere que lo sepan todo de su vida.

—Eso ha sido más preciso, rubia —le dijo él—. Una cosa es que lo quieran y otra que no acaben sabiéndola.

Elsa tragó saliva. ¿Estaba mandándole una indirecta? ¿Sabía lo que había hecho?

—¿Y por qué quieres saberlo todo de mí?

—Por el mismo motivo por el que a ti te gustaría saberlo todo sobre mí.

Elsa alzó las cejas, inquisitoria.

—Porque es inevitable.

—¡Qué poético te ha quedado eso!

Jordi sonrió y estuvo en silencio los siguientes diez minutos. Elsa pensó que se debía a que estaba concentrado, pero al cabo de ese tiempo, mientras ella troceaba los pimientos con precisión, él volvió a hablar.

—Pero entonces, ¿no me vas a contar nada de ti? Mira que nada es lo opuesto a todo. Podemos encontrar un término medio.

—Perdona, es que no sabía que... perdona. ¿Qué podría contarte?

—¿Qué haces en tu tiempo libre?

—Fotos.

—¿Y cuando no haces fotos?

—Las miro.

—Obsesivo —volvió a encararla una vez más—. ¿No hay nada que te guste aparte de la fotografía? Y, por favor, no me digas que tu novio —se mofó él.

Elsa puso los ojos en blanco y contuvo las ganas de lanzarle el trapo que tenía más a mano.

—Me gustan cosas absurdas —se escudó ella.

—¿Quién dice que son absurdas? Ven, remueve la salsa, tengo que encargarme de la carne.

Elsa fue a tomarle el relevo.

—Pues lo digo yo, ¿qué te parece?

—Que, como médico, debo dar mi diagnóstico. He de valorar si realmente son o no absurdas esas cosas que dices hacer. Así que, expón.

—Me gusta pasear, ir en bicicleta, pero no se me da muy bien, subirme a

sitios...

—Subirte a sitios.

Elsa lo miró y Jordi apretó los labios para no reírse.

—¿A qué sitios?

—A sitios altos, para sacar...

—¡Fotografías! Y seguramente sales a pasear para sacar fotos, y vas en bicicleta a algún lugar desde el que puedas tomar instantáneas.

—Obsesivo —dijo ella esta vez.

—¿Vas a algún sitio sin la cámara? —le preguntó.

Elsa fingió que pensaba la respuesta, pero la tenía clara. Negó con la cabeza.

Jordi colocó su mano en la cintura de ella y la obligó a darse la vuelta. Elsa se giró con lentitud. Incluso ahí, en esa pequeña cocina, parecían estar buscándose una y otra vez. Él no quitó la mano, pero ella tampoco deseó que lo hiciera.

—¿Qué tienes tanto miedo de perder que quieres fotografiar?

Elsa se encogió de hombros.

—No, no hagas eso —le ordenó él—. Lo sabes, estoy seguro de que lo tienes muy claro.

—Sonaría demasiado estúpido.

—¿Y eso a quién le importa? ¿Te importa a ti?

—Supongo que no.

—¿Entonces? Hay algo que intentas fotografiar y que no consigues, ¿qué es?

—Lo único que no puedo estando al otro lado de la cámara: a mí.

Jordi colocó, sin meditarlo lo suficiente, su otra mano en el cuello de Elsa y fue dibujando su mandíbula con los dedos.

—Así que te dedicas a immortalizar todas las cosas que te rodean para no olvidar quién eres.

—O para recordarlo.

Jordi entrecerró los ojos y divisó en ella una fragilidad en la que no había reparado antes. Nunca se habría comportado como lo estaba haciendo en ese momento. Jamás le hubiese dicho a una chica que no le importaba que tuviera novio. De hecho, no recordaba que alguna vez le hubiera molestado tanto que una lo tuviese. Quizá eran su cuerpo o tal vez sus recuerdos los que le impulsaban a sentir que algo de ella le pertenecía.

Le dio un beso fugaz en la mejilla y se apartó.

Aunque no quería.

Capítulo 21

Día 315

La Nochevieja siempre fue su día favorito, tal vez porque todos los años quería dejar algo atrás. Pero este era el primero en el que no sabía si deseaba, realmente, renunciar a algún momento. ¿A cuál y por qué? Sin excepción, año tras año, contestaba a esa pregunta y lo dejaba por escrito antes de decirle adiós con un mechero, pasada la medianoche.

Pero en ese entonces, sin embargo, dejó el papel en blanco. No podía olvidarse de lo que todavía no estaba cerrado. Ni tan siquiera sabía a ciencia cierta si se trataba de algo bueno o malo. Así que, mientras eso se resolvía en su cabeza y en su corazón, decidió dejar la tradición de lado.

—¿Me escuchas, Elsa?

Su hermano le dio un codazo que la devolvió a la Tierra.

—¿Qué?

—¿Que cómo es? Jordi.

Estaban de pie, en una esquina alejada del ajetreo del salón. Su madre les había enseñado a hacer eso de pequeños, a permanecer tranquilos sin la posibilidad de llevarse por delante la vajilla o cualquier otra cosa que pudiesen estropear. Como un acto reflejo, se les había quedado dentro.

—Simpático —contestó ella.

—¿No se te hace raro que ande dando brincos por ahí?

—Ni que fuese un conejo.

—Tú ya me entiendes —contestó Manuel, poniendo cara de pocos amigos.

—Sí, un poco extraño sí que es.

—¿Qué te pasa? —inquirió al ver que parecía distraída.

Elsa miraba hacia un punto fijo en la pared, aunque no veía nada. Había activado un contestador automático que le permitía estar ausente. Sin pensar, sin sentir, sin importarle nada de lo que los demás pensarán o sintieran. Aunque eso también comenzaba a parecerle un imposible.

—¿Alguna vez has querido irte a un sitio en el que no te conozca nadie?

—Eso va más contigo —apuntó él—. ¿Por qué? ¿Qué lugar se te ha quedado por ver?

Elsa negó de manera instintiva y se ofreció a ir a por más bebida. Una banal

excusa para quedarse cinco minutos sola, en la penumbra de la cocina, donde al día siguiente habría que fregar más de lo que recordaba haber ensuciado.

Pero, a veces, cuanto más buscas algo, menos posibilidades tienes de encontrarlo.

—¿Se te ha perdido algo en el fregadero?

Elsa dio un respingo y dejó caer un tenedor.

Su padre había entrado silencioso, como un cazador predispuesto a no marcharse del bosque sin conseguir una presa. En este caso, la presa eran las respuestas que pudiera sonsacarle a su obnubilada hija. Llevaba casi una semana meditabunda, y no es que Gregorio no agradeciera el silencio, era lo que más le había gustado desde que tenía uso de razón. No obstante, solo lo apreciaba cuando era normal. Y en su hija, en su temperamento y humor, era bastante extraño.

—¿Qué haces aquí sola?

—He venido a por agua.

Gregorio fue colocando unos dulces en unas amplias bandejas plateadas, como le había dicho su mujer.

—¿Pensabas bebértela con un tenedor?

—A veces hay que experimentar.

Elsa intentó sonreír con pésimo resultado.

—Elsa, si te estás drogando, quisiera saberlo ahora.

—Santo Dios, lo que me faltaba por escuchar —dijo ella, exasperada, mientras se llevaba las manos a la cabeza y dejaba escapar un suspiro.

—Eso o estás embarazada.

—Por narices, ¿no?

—¿Estás embarazada? —preguntó su padre, un tanto achispado y con voz aguda.

—Papá, no. Pero empiezo a pensar que el que se droga eres tú.

Su padre la amenazó con una gran bolsa de azúcar. Se preguntó si no había heredado de él todas sus meteduras de pata.

—Me lo tienes que contar —exigió.

—Padre, nosotros no nos contamos cosas, ¿recuerdas? A los dieciocho me dijiste que preferías no saberlas.

—Hay cosas que no quiero saber, pero que debo. Así que desembucha.

—Mientras tú te llenas el buche, ¿verdad?

Gregorio ingería un bombón detrás de otro. Eso también lo había heredado de él.

—Creo que es un buen momento para tener una de esas charlas convencionales que se producen habitualmente entre padre e hija.

Elsa cogió un pequeño pastel de calabaza.

—En pocas palabras: quieres cotillear.

—Con fervor —contestó Gregorio, serio, pero con su habitual sentido del humor, un poco irónico, muy despreocupado.

—Papá, a veces te pones muy pesado.

—Solo cuando tú te pones a la defensiva, hija.

—¿Yo estoy a la defensiva? —preguntó incrédula.

—Dímelo tú.

Elsa se encogió de hombros y pensó que ojalá tuviese la capacidad de mentir o por lo menos de disimular sus pensamientos. Sabía que, casi por inercia, su cara se convertía en un reflejo de todos y cada uno de sus secretos.

—Cuando tenía ocho o nueve años, a mis amigos y a mí nos gustaba tirar piedras a los nidos de los pájaros.

Su hija le miró sin comprender qué tenía que ver aquel recuerdo de niñez con ella. Cabía la posibilidad de que su padre hubiese enloquecido definitivamente. También eso era propio de su familia.

—No sé por qué nos divertíamos tanto haciéndoles volar. Puede que tenga algo que ver con el hecho de que en esa época no existiera *Pokemon Go*.

—¿Qué sabes tú de *Pokemon Go*? —preguntó Elsa, a punto de echarse a reír.

Gregorio ignoró la pregunta.

—¿Has visto alguna vez a un pájaro morir, Elsa?

Su hija negó en silencio mientras se mordía el labio inferior. Su padre no la miraba, seguía atendiendo a la tarea que le había llevado a la cocina, siendo, no obstante, muy consciente de lo que estaba diciendo y por qué.

—Pues resulta estremecedor. No puedes apartar los ojos. Boquean y se les cierran los ojos poco a poco...

—Papá, para —le pidió Elsa, a la que nunca le había gustado demasiado hablar de la muerte.

Sabía que existía, sin embargo, prefería no mirar debajo de la cama para asegurarse de que no estaba ahí. Porque, pese a lo que digan los padres cuando somos pequeños, todos los monstruos habitan a nuestro alrededor.

—Lo que quiero decirte es que no tienes por qué ahogarte, ¿entiendes?

—La verdad es que no. Nunca se te han dado muy bien las metáforas —se quejó ella, ahora con el estómago revuelto y un poco más cansada que hacía unos minutos.

—Que habrá mucha gente que te lance piedras, aunque no sean conscientes de ello, pero no tienes que aguantarlo. No merece la pena ahogarse.

Ella ya no recordaba cuántas veces se había ahogado en los últimos meses. Empezaba a clarificarse eso de lo que le estaba hablando su padre. Elsa podía elegir, podía deshacerse de esa presión, pero todavía no sabía si quería hacerlo. De ahí que el papel de todas las Nocheviejas siguiera en blanco.

Le dio un apretón en el hombro a su padre y salió de la cocina. No solía hablar, porque no sabían qué podían compartir, hasta qué punto era conveniente desvelar un pensamiento o una idea. Aun así, Elsa sabía que su padre entendería ese gesto, esa caricia.

Subió disimuladamente hasta su habitación, se deshizo de los zapatos y se acomodó en el sillón que había junto a la ventana. Comenzaba a estar cansada de hacer eso. De sentarse a esperar.

Y esperar.

Pero ¿qué?

A veces, no obstante, las señales parecen contestar momentáneamente a esta pregunta.

El teléfono sonó desde la mesilla de noche. Se levantó sin ganas de contestar, se tiró en la cama boca abajo y alcanzó el móvil. Hundió la cabeza un segundo en la almohada y, al final, susurró un hola.

—No me digas que estabas durmiendo —dijo Jordi, riendo al otro lado de la línea.

—Lo estaba considerando —logró articular ella—. Feliz Año Nuevo.

—Chica, ¡qué entusiasmo! —espetó él—. Feliz Año Nuevo.

—Estaba pensando —expuso Elsa, como si aquello lo explicase todo.

—Hazme un favor, ¿quieres? No pienses. Ni hoy ni nunca —rio.

Elsa sonrió, pero seguía pendiente del nudo de su garganta.

—¿Cómo está tu madre?

—Con más ánimo y júbilo que tú, la verdad. Es más, mi tía abuela de noventa años está más alegre que tú.

—No sé si eso es un consuelo.

—No pretendía que lo fuese —concluyó él—. ¿Qué te pasa?

—Tres veces me han preguntado eso hoy.

—¿Y le has contestado a alguien?

—Claro.

—¿Con la verdad?

Dudó un poco. Ya no sabía qué era verdad y qué una simple excusa para

aferrarse a algo.

—Claro —repitió.

—A mí no hace falta que me mientas. No te voy a juzgar.

—Sí que lo harías.

—Prueba.

Elsa dejó caer la cabeza sobre el almohadón. ¿Decirlo o no?

Decirlo.

—¿Cuándo dejamos de ser nosotros mismos, como personas?

Elsa se arrepintió al pronunciarlo en voz alta. Era Nochevieja, todo el mundo quería divertirse, beber, comer, estar con la familia, y ella, como siempre, tenía que dar la nota, formularse esas preguntas existenciales, sufrir una crisis de identidad en los primeros minutos del año. Estaba empezando tal cual había terminado. O, tal vez, solo continuaba.

Jordi meditó la respuesta.

Estaba sentado en el balancín de su abuelo, que le hacía sentir algo más viejo. Había llamado a Elsa solo porque, como llevaba pasándole desde hacía meses, necesitaba saber si estaba bien. Por esa pregunta, era evidente que su intuición le había llevado por el buen camino. Él siempre había sido íntegro, racional, pero también inevitablemente apasionado. Había sabido mantener siempre a raya el pesimismo, algo que, como le había explicado su madre, Elsa también solía hacer. Tampoco le pareció extraño, pese a ello, que ahora que él estaba ahí, necesitara dejarse ayudar.

—Supongo que cuando nos conformamos.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió ella.

Jordi se rascó la mejilla, como si ese gesto le ayudase a pensar mejor.

—Conformarse es amoldarse a lo que se tiene hasta tal punto que a veces nos volvemos camaleónicos. No tiene por qué ser malo...

—¿Pero?

—Pero la verdad es que lo es.

—Ya veo... —murmuró ella.

Elsa comprendió en ese momento, con exactitud, aquello que había querido decirle su padre. Tal vez, aunque no quisiera admitirlo, en ocasiones era mucho mejor llamar a las cosas por su nombre, evitar las metáforas, las comparaciones. Las cosas tenían que ser. Ser buenas, malas, aconsejables, evidentes o inexistentes. Ser un compendio de definiciones.

—Aburrirse es un síntoma del inconformismo —dijo Jordi—. Tú no sirves para adaptarte, Elsa. Y si eso es cierto, como realmente evidencio que es, ¿por

qué lo haces?

—Eso es lo que intento averiguar.

Jordi se masajeó el muslo derecho en silencio y, al final, se armó de valor.

—¿Y si lo averiguas yéndonos a algún sitio?

—¿Yéndonos?

—Tú y yo. En menos de dos meses es nuestro aniversario —se carcajeó.

—¿Aniversario?

—Cumplimos un año desde nuestra primera cita en el lago. Me desnudaste, no finjas que no te acuerdas. Y me besuqueaste.

Elsa no aguantó por más tiempo la risa.

—Piénsatelo, no hace falta que me contestes ahora.

—Bien, pero yo no te besuqueé —corrigió ella.

—¿Admites entonces que me desnudaste?

—Buenas noches, Jordi.

—Ahora mucho más buenas.

Capítulo 22

Día 322

—¿Y a ti te parece bien?

—Es lo normal, ¿no? Si una pareja se va a casar, es necesario construir algo juntos.

Ángela había invadido la oficina de Elsa con una botella de vino y dos vasos de plástico. Había sobornado a Mikel con uno de ellos, así que ahora bebían las dos del mismo vaso.

—Una cosa es lo que se necesite y otra lo que te he preguntado. ¿Quieres hacer el favor de centrarte?

—Estoy centrada. Me voy a casar, tengo que estarlo.

—En ese caso, no lo estés tanto. Me tienes hasta la estratosfera con tu actitud.

—¿Qué actitud? —preguntó Elsa mientras seguía completando unos formularios en su escritorio.

—La de indiferencia. ¿Qué te...?

Elsa se levantó de la silla de un salto y le dijo:

—Como me preguntes qué me pasa, me hago el haraquiri con el bolígrafo.

Ángela se puso a dar vueltas en la silla después de dibujarse una cremallera imaginaria en sus labios rosados.

—Pero, nena, ¿tú te quieres casar?

Hizo una mueca de insatisfacción.

—¿Tú quieres que me case? —le devolvió Elsa la pregunta.

—Sinceramente, no. Hugo no tiene cara de marido.

—¿Y de qué tiene cara?

—De intentar serlo. Pero quedarse en el intento es peor incluso que no intentarlo. Hay cosas que es mejor dejarlas como están.

—¿Ya estás borracha?

—Borracha o no, te digo la verdad. Y esta es que tú, digas lo que digas, no quieres casarte. No así, por lo menos.

—¿Así cómo?

Elsa se dejó caer sobre las piernas de Ángela como cuando eran adolescentes y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Precipitadamente y con la cabeza llena de indecisiones. Ni siquiera tienes

claro si te gusta esta mierda de trabajo. —Señaló los fajos de fotografías de su escritorio.

Elsa le dio un cachete en la pierna.

—Mi trabajo no es ninguna mierda. Es fantástico.

—Para otros quizá. Para ti lo fue un día, pero ¿ahora? Estás aquí haciendo papeleo como si fueses una secretaria.

—El papeleo forma parte del arte, ¿entiendes? Hay trámites, como en todo.

Ángela apoyó la cara en una de sus manos y se la quedó mirando con cara de querer abofetearla o por lo menos zarandearla.

—Claro, todos sabemos que a ti siempre te han encantado los trámites. Por eso falsificaste un pase de prensa en segundo de bachillerato para entrar al auditorio.

—No tenía más opción.

Ángela colocó sus manos alrededor de los hombros de Elsa y la miró a los ojos, con decisión y algo de ternura. Poca.

—Puede que entonces no, pero ahora sí.

Elsa apartó la mirada y tragó saliva. Tenía que hablar con alguien y solo había una persona que, sin atacarla, le diría la verdad, por muy dolorosa que fuera.

—Tengo que contarte algo.

—Ya lo sé.

—¿Sabes lo que te voy a contar? —preguntó Elsa, sorprendida.

—No, idiota, sé que me tienes que contar algo. Se te nota.

Elsa se acomodó en el regazo de su amiga y decidió sincerarse.

—Es sobre Jordi.

—¿Por qué nunca es sobre un hombre atractivo que me quieres presentar para que sea el futuro padre de mis hijos? —se resignó Ángela.

—Porque ninguno quiere.

Ángela la empujó con todas sus fuerzas y, al final, Elsa acabó tropezando y cayendo sobre la alfombra.

—Verás —volvió al tema principal—, me pasa algo extraño con él.

Ángela aguardó.

—Me hace reír mucho.

Elsa se encogió de hombros y se quedó mirando a su mejor amiga.

—¿Y ya? Joder, Elsa, menos mal —pareció aliviada—, creía que me dirías que se los estás poniendo a Hugo de cabra montesa.

—¡Ángela!

—No te hagas la ofendida. No sé cómo será el hombre, pero tampoco sería un

delito. En cualquier caso, ¿qué tiene de malo que te haga reír?

Elsa se abrazó a sus propias rodillas y se quedó ahí, encogida como si fuese una niña pequeña, esperando a que un adulto acudiese a ponerles fin a los temores.

—Es que nunca me he reído así con nadie.

Ángela se arrodilló frente a ella.

—¿Hay algo más?

—Bueno... Me siento muy cómoda.

—Eso tampoco me parece malo, Elsa.

Ángela cambió el tono de voz, más calmado y consolador.

—Es una comodidad extraña. Tengo la sensación de que le conozco desde hace tiempo. Demasiado.

—¿Es comodidad o es confianza?

—¿Qué diferencia hay?

—No son lo mismo las cerezas que las picotas. Así que, una cosa es la comodidad, que puede surgir por las circunstancias. Es decir, estás cómoda porque has pasado mucho tiempo con él, aunque estuviera en coma. Y otra muy distinta es la confianza, que nace del trato que recibes de la otra persona y que nunca habrías tenido de no haberse despertado.

Elsa la contempló entre admirada y asustada.

—Tal vez sean ambas —advirtió.

—No me digas, lumbreras —dijo Ángela, perdiendo la paciencia una vez más—. Que haya confianza, Elsa, significa que hay interés.

—¿Interés en qué?

—En mantener esto, lo que quiera que sea. ¿Y sabes a lo que lleva el interés?

Elsa se encogió de hombros y convirtió sus labios en una fina línea de preocupación.

—A pasar tiempo juntos, ¿y sabes a dónde nos lleva eso?

Ángela, viendo que su amiga no contestaba nada, prosiguió con el hilo deductivo mientras se peinaba los cabellos con las manos, revoloteándolos, convirtiéndolos en una gran maraña de ondas.

—A conoceros.

—Lo dices como si hubiera algo de malo en eso.

—¿Sabes qué me dijo mi madre cuando me fui de casa?

—¿Cuántas cosas se supone que tengo que saber hoy?

Ángela le dio un leve cachete en la mejilla y Elsa procuró no quejarse.

—Me dijo: «El pueblo se te puede quedar pequeño, pero nunca serás una

extraña estando en él».

—¿Y eso qué quiere decir?

Ángela llenó el vaso de vino y le dio un largo trago.

—Que busques tu pueblo, creo. —Puso cara de incertidumbre.

—Tus consejos son fenomenales. Me dejan sin palabras.

Elsa se levantó y fue hacia su escritorio, donde retomó la tarea de completar huecos en blanco. Poner su nombre, el de la revista y el del proyecto en cada uno de los rectángulos.

—Has vuelto a quedar con él, ¿no?

—No es lo que tú piensas.

Se puso las gafas de ver, rezando por que ese pequeño escondite la alejara de la mirada aguda, aunque no inquisitiva, de Ángela. Se sentía continuamente vigilada. Así debían de sentirse los criminales. Una cadena perpetua de dudas.

—¿Y a quién le importa lo que piensen los demás?

—Creo que debe importarme. Sobre todo, la opinión de una persona —siseó ella.

—Ya sabes cuál es mi lema.

Elsa se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—«Haz todo aquello de lo que te puedas arrepentir». Me sigue pareciendo raro...

—Solo nos arrepentimos de las cosas importantes, Elsa. Y las cosas importantes las tenemos que hacer, siempre.

Su amiga se reclinó en la silla.

—¿Incluso si arriesgamos demasiado?

—Sobre todo si arriesgamos demasiado —concluyó Ángela.

—Te das cuenta de que eso no tiene mucha lógica, ¿verdad? —añadió Elsa, riendo.

—En realidad, cuanto mayores son las consecuencias, más importante es lo que hacemos. —Hizo una pausa—. Creo.

—Ese «creo» ha echado por tierra toda tu teoría.

Elsa volvió al trabajo. Ángela recogió sus cosas, se acercó hasta el escritorio, le dio un beso en la cabeza a Elsa y le dijo:

—¿Y qué más da? Vas a hacer lo que te dé la gana de todos modos. Mis teorías son lo de menos, ¿no crees?

Ángela salió del despacho sin prisa. Nunca la había tenido.

Cuando Elsa al fin se quedó sola, dio una vuelta a la reciente conversación, intentando encontrar respuestas, pero solo era capaz de percibir el desastre

absoluto. Hacer y deshacer lo hecho, eso parecía lo único factible. Cometer el error e intentar subsanarlo después.

Porque era un error. Sabía que lo era, pese a que no lo sentía así.

Capítulo 23

Mañana 324

—Quizá, solo por mero formalismo, debería recordarte que estoy comprometida —dijo Elsa, sin apartar los ojos de la mano de Jordi, que envolvía la suya.

No recordaba cuándo la había agarrado, a lo mejor, una vez más, porque no se le hacía extraña en absoluto esa caricia cómplice. Solían, de hecho, buscar el contacto bajo cualquier pretexto. Cualquier excusa, por absurda que fuese, parecía ajustarse perfectamente a la situación. No obstante, pasear de la mano con él, en público, le pareció a Elsa algo demasiado arriesgado. Por todos es sabido que la malinterpretación es el pasatiempo favorito de la gente.

Nadie lo entendería.

—Quizá, solo porque has sacado el tema, debería recordarte que no me importa —expuso él.

Elsa intentó apartar la mano, pero Jordi tiró con más fuerza, así que no pudo desprenderse de su piel.

—Te comportas como un crío, ¿cuántos años tienes?

—Los suficientes como para que no me importe la opinión de nadie.

—Tú no tienes que dar explicaciones —espetó Elsa, cuando se pararon en el semáforo.

—Siento que tú tengas que darlas —se disculpó él, fingidamente—. Pero hay otra opción. —Se inclinó hacia Elsa y le susurró—: Dejarle.

Elsa frunció el ceño. No le gustaba esa clase de bromas, porque ya se sentía lo suficientemente mal por estar a punto de pasar el día con Jordi, de un lado para otro, esta vez sin pretextos.

—O me puedes soltar la mano —contestó tajante.

—¿Por qué? —preguntó él, con seriedad y sin comprender—. Si no quieres que lo haga. Ni yo tampoco.

—¿Quién te dice que no quiero?

—¿Quieres?

—Sí. —Se le trabó la afirmación y sonó poco convincente, así que repitió—. Sí.

Jordi la soltó, y perder el contacto la puso un poco nerviosa.

—Te lo concederé esta vez, pero no me gusta que me mientas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Elsa, que ya no sabía si quería soltarle la mano a Jordi, sin embargo, quería, ante todas las cosas, cambiar de tema y deshacerse del nudo de su estómago—. ¿No deberías estar trabajando?

—El trabajo no lo es todo. Además, los fines de semana solo voy si se trata de alguna urgencia.

Jordi sacó el busca del bolsillo de la chaqueta y se lo enseñó.

—Bien, pero no me has contestado.

—Siempre estás preguntando cosas.

Elsa apretó el paso al ver que Jordi la adelantaba y volvió a colocarse a su lado en dos grandes zancadas. Le gustaba andar rápido. Algunos lo interpretaban como prisa, pero en realidad era más bien algo que la ayudaba a pensar con más agilidad y determinación.

—Si quieres respuestas, hay que preguntar, ¿no te lo decían tus profesores?

—El noventa y nueve por ciento sí, el otro uno por ciento me dijo que las respuestas las encontraría viviendo, no devanándome los sesos —le explicó mirando a su alrededor como si buscara algo o alguien.

—Entonces, se supone que te tengo que seguir y cuando llegemos a dónde sea tendré mi respuesta, ¿no?

Elsa le miró como solía hacerlo antes, cuando él no podía verla. Le parecía un hombre tranquilo, pero sorprendente, con inquietudes, motivaciones desconocidas, entusiasmo y sentido del humor. La mayoría de las veces no parecía afectado por nada. Tan solo iba de un lado a otro, sereno. En algunas ocasiones, le gustaba estar largos ratos en silencio, cosa que a Elsa no se le hacía extraño en su compañía, en otras, sin embargo, podía hablar durante horas.

Hablaba de las cosas en general y rara vez compartía un recuerdo o un sentimiento. Comentaba hazañas de su vida como si le pertenecieran a otro. Debía de ser, a ojos de Elsa, celoso de su intimidad. En exceso. Y eso causaba cierta inquietud en la chica, que seguía pensando que estaba siendo deshonesto.

Ocultaba a Alba. No podía decir que mintiera sobre ella, porque nunca había salido a colación ese tema. Él parecía haberlo vetado, porque si en algún momento tuvo el impulso de hablar de su vida amorosa, nunca desveló ni un mínimo ápice de la historia que había vivido con ella.

Tal vez eso fuera positivo. Quizá, y solo cabía una mínima posibilidad, Jordi se había olvidado de ella.

Pero la realidad era otra, o al menos para Elsa.

Sabía que Alba estaba en el hospital y no tenía dudas en este caso. Seguro que

él lo sabía. Se habrían reencontrado y hablado. ¿Se habrían dado una oportunidad después de tantos años? Y si era así, ¿no debía ella alegrarse? A fin de cuentas, cuando había ido en su busca, lo había hecho con el objetivo de encontrar un final feliz.

—Es aquí —señaló él, interrumpiendo el hilo de los pensamientos de Elsa.

Se quedó un paso por detrás de él, mirando el grafiti de la puerta. Representaba un enorme lobo gris. Lo que más llamó la atención de Elsa fue el contraste entre la ferocidad de las fauces del animal y los trazos sencillos, suaves, que lo delineaban.

—¿Me has traído a un garaje? —preguntó cuando le vio introducir una llave en la cerradura y levantar de un solo impulso la cortina metálica.

—Eres muy perspicaz.

Entró y con él lo hizo la luz, que alumbró todo lo que había a su alrededor. Botes de pintura, esprays, pinceles de todos los tamaños y formas, trapos, periódicos viejos, carpetas. Aquello era un auténtico desastre.

—¿Esto es tuyo? —inquirió Elsa, mirándolo todo con parsimonia.

Jordi murmuró un aparente sí desde una de las esquinas, donde una pila de cajas se alzaba casi hasta el techo.

—Parece que no eres organizado en todo.

—Defectos de juventud.

Elsa frunció el ceño y volvió a mirar hacia la calle.

—Espera, ¿has pintado tú lo que hay en la entrada?

—Eso y algunos más.

—¿Cuántos son algunos?

—Los suficientes como para tener una reputación entre los grafiteros —expuso Jordi, mientras rebuscaba en una de las cajas un viejo cuaderno que no encontraba por ninguna parte.

—Me cuesta imaginarte con una sudadera ancha, una gorra ladeada, unos vaqueros rotos y huyendo de la policía.

Jordi se acercó a ella y le tendió un trozo de papel.

—No hace falta que me imagines. Puedes verme.

Se rio a carcajadas después de entregarle la fotografía. Bajó otra caja y siguió extrayendo cosas.

—No me lo creo —aseguró Elsa.

Miraba la vieja fotografía, que debía de tener más de diez años. Jordi era un adolescente flaco envuelto por unas prendas tres o cuatro tallas más de las que necesitaba su cuerpo. Permanecía de pie frente a una gran pintada, con pose

chulesca y demostrando, por su sonrisa, satisfacción ante el resultado.

Pero no fueron ninguno de estos detalles lo que más llamó la atención de Elsa, sino lo que había dibujado en la pared.

—Esto lo he visto antes —dijo Elsa.

—Es un verso de Whitman muy famoso.

—«La vida es desierto y oasis» —leyó Elsa—. Sí, lo había leído antes, pero no me refería a eso. Este grafiti ya lo he visto en otra ocasión.

—No creo. Hace años que lo taparon.

—¿Por qué? —exclamó ella, que no pudo entender por qué alguien querría deshacerse de unos colores tan vivos y un mensaje como aquel.

—Compraron la casa poco después.

—¿Esto es una casa?

—Sí, la pared trasera.

Elsa dudó un segundo. Cambió de tema.

—¿Y por qué estamos aquí?

Elsa se acercó hasta donde estaba Jordi y se sentó en el suelo frío, a su lado.

—No puedes estar ni dos minutos lejos de mí, ¿eh? —dijo él, sonriendo con malicia.

—Ya lo creo que no. Siento que me ahogo.

Y, dejando a un lado la broma, Elsa se dio cuenta de que un día eso fue verdad. Se ahogaba si no iba a visitarle al hospital todos los días.

—Pues no te ahogues.

Jordi le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia él. Elsa sostuvo el aire durante diez segundos, que contó en silencio, con los ojos clavados en la otra mano de Jordi, que iba pasando las hojas de un bloc de dibujo.

—Aquí está.

Elsa miró un desgastado dibujo de dos caballos negros casi solapados.

—Tengo una amiga que pinta y creo que le gustará ampliar esto.

Una amiga y pintar en la mente de Elsa se podían resumir en un solo nombre: Alba.

—Es muy bonito.

Jordi asintió y después apartó su mano del hombro de Elsa y se puso en pie. Le tendió la mano y tiró de ella para colocarla a su lado.

—Ya nos podemos ir a comer.

Cerraron el garaje y Elsa tuvo la sensación de que, para Jordi al menos, bajar de nuevo esa pesada persiana era una manera de cerrar bajo llave, literalmente

además, su pasado. Ese que ella quería sacar a la luz porque deseaba conocerle un poco más. ¿Sería verdad, no obstante, que eso conllevaba implicarse en una vida que no era la suya y de la que no sabía si iba a formar parte?

Algo le decía que, de una manera u otra, estaba destinada a permanecer en ella, siendo tan solo la chica que le salvó la vida.

¿Acaso esperaba ser algo más?

Se rozó el anillo de compromiso y renunció a ese pellizco incauto que se apoderaba de su pecho.

—¿Sigues pintando?

—Ya no me gusta —contestó Jordi mientras se perdían entre la gente.

—¿Y por qué guardas todas esas cosas?

Se encogió de hombros y a Elsa le pareció incluso tierno, siendo tan alto como era se le antojó que aquel gesto le hacía más indefenso.

—Debería tirarlas.

—¿Y por qué quieres tirarlas?

—Elsa, eres insufrible —se quejó él, riéndose, eso sí.

—Como sea, pero ya te he sembrado la duda.

—No lo digas como si estuvieras orgullosa de ello. No me hace gracia —le dijo con rotundidad—. Me haces pensar gratuitamente en cosas inútiles.

—¿El arte te parece inútil? —preguntó ella, con incredulidad ante lo escuchado.

—Eso no es arte, Elsa, eso es insatisfacción. No me gustaba mi vida, pero sí la adrenalina que me provocaba subirme a sitios altos y dejar una firma o huir de la policía. No es arte, solo una escapatoria. Y las escapatorias son inútiles. Punto.

A Jordi le hubiese gustado que Elsa dejara ese tema ahí. Que se conformara con esa explicación concisa y fácilmente desmontable.

—El arte surge de la insatisfacción, ¿no te parece?

—No sé qué me parece —respondió él, con una sonrisa tensa sobre sus labios—. Y tampoco me interesa saberlo. Vivimos aquí y ahora. ¿Por qué te empeñas en quedarte en el pasado?

—Te has puesto a la defensiva por unos cubos de pintura, quizá el pasado te importa más de lo que quieres hacer ver.

Jordi se paró frente a ella. Parecía haber perdido un poco del color de sus mejillas.

—Tengo muy claro lo que me importa ahora.

Elsa se tensó un poco. No supo por qué siempre lograba leer entre líneas. ¿Por qué no podía ceñirse exclusivamente a lo que estaba diciendo? No había

insinuado nada, ni él ni sus ojos. No escondía un mensaje cifrado detrás de esa frase.

—¿Y qué es?

—Creo que ya lo sabes —contestó él, sin cambiar lo más mínimo su expresión rígida—. Y ahora, por favor...

La cogió de la mano y con los ojos entrecerrados le advirtió de que era mejor no resistirse. No solo porque no debía, sino, y sobre todo, porque no quería renunciar al contacto de su piel. Por eso eligió la mano sin alianza. Prefería perderla de vista. Aunque seguía sin tener claro el porqué.

Caminaron en silencio, sin saber ninguno de los dos lo que estaban haciendo. Tentando a la suerte, a lo mejor, o, simplemente, adaptándose al ahora, porque ese momento nunca puede planificarse, tan solo acogerlo o declinarlo.

Así, en vez de poner fin a la aprehensión de la mano del otro, esta se volvió más fuerte y, si bien no quisieran divagar sobre ello, también se transformó en una intimidad propia de adolescentes y experimentada con la misma intensidad.

Capítulo 24

Día 328

Hacía días que el sofá le parecía mucho más cómodo que la cama. Hacía horas que leía y releía la misma página del libro. Hacía minutos que Hugo la miraba desde la otra punta del sofá, preguntándose en qué estaría pensando. Le acariciaba la pierna con aire apesadumbrado. Estaba ahí, bajo sus manos, pero demasiado lejos como para intuir siquiera dónde podía estar la otra Elsa.

Hubo un tiempo en el que no podían estar juntos en la misma habitación sin que hubiera ruido a su alrededor: el de las risas, las bromas, los secretos compartidos, el ansia, los jadeos, los besos. En ese momento, sin embargo, tan solo se escuchaban los sonidos procedentes de la calle.

Elsa se había dedicado toda la semana a trabajar en algo que no había querido desvelarle. Ella, la misma que siempre había querido compartir hasta la última de las ideas con él y con el resto del mundo. Era poco silenciosa.

Lo fue, se dijo Hugo. Fue risueña, inquieta e imparable. Lo que sea que fuera ahora, no se parecía mucho a lo que él recordaba, a lo que quería y deseaba que siguiera siendo.

Él no había cambiado, ¿o sí? Puede que un poco. Las circunstancias le obligaban a ser diferente.

Aun así, le desesperaba verla ahí, como si tal cosa. Le ponía nervioso que le besara mecánicamente, que le enseñara vestidos de novia fingiendo que le encantaban, que hablara de reunir a sus padres y contárselo cuando era evidente que no estaba preparada, que le dijera lo que necesitaba oír.

Como si Elsa hubiera escuchado sus pensamientos, cerró el libro, le miró y sonrió.

—Te voy a durar más si me sacas una foto.

A Hugo le pareció tranquila. Aunque, de vez en cuando, tenía la sensación de que esa tranquilidad era tan solo el efecto secundario de rendirse ante algo inevitable.

—Empiezo a pensar que sí —contestó él, lo que no contribuyó a que regresara el habitual buen humor de Elsa.

—¿Qué significa eso?

Se incorporó y se acercó a él. Colocó sus piernas encima de las suyas y apoyó

la cabeza contra su brazo. Él dejó la mano encima de su pierna, como hacía unos segundos, pero no hizo ningún ademán de acercarla más. La aceptó ahí, pese a que no parecía especialmente satisfecho con el reciente contacto.

—Últimamente te veo poco.

—Veámonos más, entonces —contestó ella, como si esa respuesta pudiera borrar todas las dudas que Hugo hubiera tenido.

—¿Es eso lo que quieres? Porque a mí me apetece estar contigo a todas horas.

—¿Te apetece o estás acostumbrado?

Elsa cerró fuerte los ojos, aprovechando que no la veía, porque sintió que acababa de abrir la brecha de la discusión, algo que, sin duda, Hugo esperaba para dar rienda suelta a los resquemores que se le hubieran podido quedar enquistados.

Pero Hugo no reaccionó como ella esperaba, se limitó a relajarse y acercarse un poco más.

La costumbre podía ser una pesada e insalvable monotonía. ¿Cuánta culpa tenía él en ese caso? Porque también se había acostumbrado a estar ahí o en cualquier lugar donde ella pudiera estar. Y, ¿cuánta verdad había en que le apetece estar con Elsa ininterrumpidamente?

Su subconsciente no hacía más que recordarle el viaje a Tailandia, donde estar solo había sido gratificante. ¿Por qué seguía esa constante necesidad de creer en algo en lo que había comenzado a perder la fe?

Quizá porque, cuando eso sucedía, Elsa hacía algo que le recordaba lo mucho que se querían. Todo parecía posible aquella noche en la discoteca, hacía ocho años, pero también hace unas semanas.

Y entonces llegó él.

Él, que había estado todo ese tiempo, a ojos de Hugo, planificando su aparición estelar. Era extraño lo que sentía. Eran celos, estaba convencido, aunque no quisiera admitirlo en voz alta, pero también era un odio preocupante.

—Podemos salir por ahí. No tenemos por qué estar todo el día tumbados en el sofá —comentó Elsa.

—Por lo menos si le diéramos buen uso —apuntó él.

—Para eso siempre hay tiempo —añadió ella, riendo.

—¿Lo hay? ¿De verdad?

—Bueno, ahora estamos en el sofá... —insinuó.

—Ahora no tengo ganas —contestó, tajante, Hugo.

Elsa omitió que ella tampoco.

¿Qué estaban haciendo? Permanecer estancados entre esas cuatro paredes

como si ahí se acabara el mundo y no pudiesen encontrar nada más allá de eso. Ponerse límites y retener aquello que les estaba pasando. ¿Cuánto tiempo podía durar una crisis?

Llamaron al timbre.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Elsa, que se había apartado un poco de Hugo.

—Voy a ver.

Si bien Elsa pensó que había sido salvada por la campana, dos minutos después descubrió que más bien fue condenada a pasar unos largos minutos de tensión, nervios y sospechas.

Hugo apareció en el comedor, después de cerrar la puerta de la entrada, acompañado de Jordi. Elsa nunca les había visto juntos, ni imaginado siquiera.

Jordi era algo más alto que su prometido, un poco más fuerte y ligeramente más rubio. No tenían nada en común, solo la expresión tirante que debía de haberseles dibujado a ambos al encontrarse cara a cara.

Elsa se levantó del sofá a la velocidad del rayo y se plantó frente a ellos.

—Hola.

Procuró mostrarse indiferente ante esa visita. Debía hacerlo. Llevaba toda la semana dándole largas a Jordi. No puedo. No tengo tiempo. Estoy trabajando. Otro día. Ahora no podemos vernos. Pero, por lo visto, esas respuestas, lejos de conseguir que él la ignorara, aunque fuese un poco, consiguieron el resultado inverso. Se había plantado en su casa sin preocuparse por nada ni nadie.

Ese nadie tenía nombre y apellidos y, en ese momento, muy mal humor.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Hugo, aun así.

—Agua —dijo Jordi, escueto.

Hugo se fue a la cocina, no sin antes echarle una mirada incriminatoria a Elsa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Elsa a Jordi entre susurros.

—Quería comprobar que no me estabas ignorando.

—Esto se llama acoso, ¿sabes? —le dijo ella.

Él se acercó un poco más, lo que la hizo retroceder. Jordi sonrió ante el nerviosismo de su anfitriona.

—Esto se llama interés.

Alzó un poco más la voz.

—Bonita casa.

Coincidió su comentario con el regreso de Hugo.

—Aquí tienes.

Jordi le hizo un gesto de agradecimiento y cuando fue invitado a sentarse lo

hizo sin declinar la oferta.

—¿Qué tal la vuelta a la realidad? —le preguntó Hugo.

—A veces un poco complicada. Hay que poner muchas cosas en orden.

Hugo se había sentado junto a Elsa y parecía poner especial interés en acortar la distancia que les separaba hasta el punto de hacer que su invitado se sintiera incómodo.

—¿Y cómo estás poniendo en orden la vida sentimental? —inquirió Hugo.

Elsa le dio un codazo disimulado que él ignoró.

—No estaba con nadie antes del accidente, así que una cosa menos de la que preocuparse.

Sonrió con tanta falsedad que incluso alguien que no le hubiera conocido se habría dado cuenta de que no le gustaba la actitud de Hugo lo más mínimo.

—Nosotros —miró a Elsa— tenemos algunas amigas solteras, podríamos presentarte a alguien. Te haría más fácil la vuelta a la rutina.

Elsa no daba crédito a nada de lo que estaba oyendo. Hugo sabía cómo hacerla sentir incómoda. Jordi pensaría que era un auténtico neandertal, y eso lo único que conseguiría sería que le hastiara un poco más. Pero no fue eso lo único que preocupó a Elsa, sino también la respuesta que Jordi pudiera darle. ¿Querría él que le presentaran a alguien? ¿Y qué mujer sería capaz de decirle que no?

—No será necesario —contestó con la educación que le definía y de la que le hubiese gustado desprenderse durante unos minutos para arremeter, al menos verbalmente, contra ese tipo.

—También tenemos amigos solteros —insinuó Hugo, sin dejar de sonreír.

Elsa le llamó la atención.

—Hugo, por favor.

—Me gustan las mujeres —dijo Jordi, mirando a Hugo—. Algunas más que otras. —Esta vez dirigió sus ojos a Elsa—. Gracias por el interés, de todos modos.

Hugo calló y Elsa procuró serenarse ante lo que acababa de evidenciar Jordi, sin vergüenza ni prejuicios.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó Elsa esta vez, esperando que fuese menos sincero de lo que le gustaba en realidad.

—Pasaba por aquí y me apetecía conocer a tu prometido. Siempre está hablando de ti —le dijo a Hugo.

—¿De verdad?

Elsa se prometió no volver a preguntar nada más. Era evidente que ambos hombres tenían ganas de demostrar algo que ella no tenía del todo claro.

—Sí, me lo recuerda constantemente.

Con sus comentarios, Jordi no conseguía amainar las dudas de Hugo. Tal vez porque en realidad no lo pretendía. Le gustaba dejar en el aire la duda.

Jordi levantó el vaso de agua.

—Brindo por vosotros —dijo.

—Brindar con agua da mala suerte —expuso Hugo, con la mandíbula apretada, mientras Jordi bebía.

—¿Sí? —preguntó Jordi, haciéndose el ingenuo—. En ese caso lo retiro. No atraigamos las desgracias.

Se hizo un breve silencio al que Jordi decidió ponerle fin de inmediato.

—En realidad, tenía otro motivo para venir —dijo sin previo aviso, poniendo de nuevo a Elsa en la tesitura de salir corriendo o lanzarse por la ventana—. Mi madre quería saber si te apetecería cenar con nosotros. Y he venido a por ti.

Elsa miró de reojo a Hugo, que no daba muestra de seguir respirando.

—Pues esta noche no sé si... —comenzó a decir ella.

—Puedes ir —dijo Hugo, con indiferencia.

Elsa dudó, no sabía si esperaba que ella dijera que se quedaba en casa, con él, o realmente debía marcharse libremente sin importarle lo más mínimo lo que Hugo pudiera pensar. Pero ¿es que prometerse con alguien implicaba dejar de tener amigos?

—En ese caso, voy a cambiarme —dijo señalando el chándal—. No tardo.

Desapareció en el pequeño pasillo y Jordi no pudo morderse la lengua.

—Gracias por darle permiso. No creo que sea capaz de tomar decisiones por sí sola.

—¿Me estás vacilando? —preguntó, casi afirmando, Hugo.

—Si la ironía es una forma de vacile, yo diría que sí.

—Pero ¿tú qué...? —comenzó Hugo.

Jordi rio a carcajadas.

—Tío, tendrías que haberte visto la cara. Era una broma —dijo, aunque los dos sabían que no lo era.

—Conozco a los hombres como tú. Os creéis que podéis tener lo que queráis como, donde y cuando os dé la gana. No os importa lo que os podáis llevar por delante cuando os encapricháis. Y tú... —Se inclinó hacia delante y bajó la voz, pero siguió sonando amenazador—. Eres uno de ellos. Te aprovechas de Elsa y de ese supuesto vínculo que tenéis debido al accidente.

—Si eso es lo que quieres creer, adelante. Pero si fuera ese el caso, no estarías tan preocupado como lo estás —contestó Jordi, con frialdad y determinación.

La seguridad de quien es honesto en lo que dice.

—Di lo que quieras, pero me voy a casar con ella y voy a demostrarte que no eres tan listo como te piensas. Voy a hacerle ver cómo eres en realidad.

—Vaya. Se te ve atareado con tanto plan —le dijo al tiempo que escuchó los pasos de Elsa por el pasillo—. En ese caso te dejaremos tiempo suficiente para que trabajes en ello.

—No hables de mi novia como si fuese algo tuyo —le dijo Hugo, poniéndose en pie.

Jordi hizo lo mismo, pero con más elegancia y algo menos de violencia.

—No hables de ella como si fuera de tu propiedad —le reprochó él justo cuando Elsa aparecía en el salón.

—Ya estoy.

Les miró inquieta.

—¿Todo bien?

—Estupendamente —contestaron los dos al unísono.

—Encantado de conocerte, Hugo.

Le tendió la mano y a este no le quedó más remedio, en presencia de Elsa, que estrechársela. Sintió que Jordi era más fuerte de lo que había pensado cuando convirtió el apretón en un pulso.

Elsa le dio un fugaz beso en los labios a Hugo antes de irse y Jordi fingió no darse cuenta. Era más fácil ignorar algunas de las palabras de Hugo, como que parecía convencido de que a toda costa se casaría con ella, pero ¿Elsa pensaba lo mismo? No era la boda lo que más le preocupaba, sino que ella pudiera pensar, por un solo segundo, que él era la clase de hombre que su novio había definido.

Pensaba demostrarle lo contrario.

Bajaron en silencio las escaleras, salieron del portal y Jordi contuvo las ganas de besarla en ese preciso momento, antes de subirse al coche. Hizo un esfuerzo sobrehumano por ignorar ese sentimiento.

—¿Y dónde nos espera tu madre? —preguntó Elsa cuando él le abrió la puerta del todoterreno.

—¿Mi madre?

—Vamos a cenar con ella, ¿no?

—Pues no —contestó él, pausado.

—Pero si has dicho que...

—He dicho que quería saber si te apetecería cenar con nosotros, pero no he dicho que la invitación fuera para hoy. Luego he añadido que he venido a por ti. Sé lo que he dicho, Elsa.

Parecía serio. Ella se subió al coche, pese al malentendido.

—Tienes una extraña manera de hacer las cosas.

—No sé hacerlas mejor.

Arrancó el coche.

—No sé.

Capítulo 25

Noche 328

—Sigo esperando —le dijo Jordi mientras echaba más sal de la necesaria a la ensalada.

—¿Qué?

—Que me expliques el motivo por el que me has estado ignorando estos días.

Elsa apoyó la barbilla en la palma de su mano. El camarero les había dado una mesa apartada detrás de un biombo con motivos blancos y negros que los alejaba del resto de comensales y les permitía una tregua de las ensordecedoras vidas de la gente.

—Eres demasiado inteligente incluso para aparentar que no lo sabes.

—Y tú eres demasiado asustadiza —apuntó él—. ¿He hecho algo que te haya molestado o te haya hecho sentir incómoda?

—Hay cosas, Jordi, que no pueden ser, sin más.

—Sigues sin contestar a lo que te pregunto.

—Puede que me haya sentido incómoda, sí —comentó.

Dio un trago a su refresco y se quedó mirando el mantel.

—¿Por ti o por él?

Elsa no contestó. Los dos eran conocedores de la respuesta.

—¿Crees que estamos haciendo algo malo? —siguió él.

Se llevó un trozo de lechuga a la boca y la sintió demasiado salada.

—No me gusta mentir. Y ahora estoy aquí, cenando contigo, mientras mi novio se cree que estamos con tu madre. Si no estamos haciendo nada malo, como es evidente que tú piensas, ¿por qué hacemos las cosas así?

—Porque nadie lo entendería.

—¿Y qué esperamos que entiendan?

Él dejó el tenedor sobre el plato y se apartó el pelo de la frente, de repente nervioso y pensativo.

—Me da igual lo que entiendan, la verdad, pero si a ti te está haciendo sentir mal esto, prefiero que me lo digas. Sé que no ha estado bien presentarme en tu casa.

—No mucho.

—Ha sido un impulso. Tendría que haberlo evitado, pero no me ha dado la

gana —confesó.

—Eso es un poco egoísta por tu parte.

Jordi apartó la mirada y después buscó los ojos negros de Elsa, que estaban pendientes de él.

—Nunca en mi vida he sido egoísta. Siempre he preferido renunciar a las cosas si eso significaba que otra persona era feliz o se beneficiaba de ello. Pero no quiero hacerlo más, y si querer verte es egoísta —frunció el ceño—, te aseguro que no habrá nadie más egoísta que yo. Mentiré mil veces si eso me ayuda a estar cinco minutos contigo, aunque te enfades.

—Lo que acabas de decir podría malinterpretarse.

—Quiero que lo malinterpretes.

—Jordi... —siseó Elsa.

—Pídeme que no te llame más.

Elsa calló.

—Pídeme que no te vea más, que me levante ahora mismo y que me vaya. Pídeme que no te coja de la mano, que no te abrace, que no te sonría.

Elsa sintió que empequeñecía ante la ferocidad de las palabras de Jordi, que habían llegado a sus oídos para quedarse en su pecho.

—Pídemelo, de verdad. Pídeme que no piense, en este instante, en besarte.

—No digas eso, por favor —rogó ella.

—Me pides que no lo diga, porque no quieres escucharlo, pero todavía no he oído ni una sola vez que me pidas que no lo haga. Ni hoy ni los otros días. Y si por algún casual lo insinúas, no lo haces por ti, sino por él. Así que, Elsa, deja que te lo pregunte otra vez, ¿te sientes incómoda conmigo por ti o por él?

Los ojos verdes de Jordi la devoraron con ímpetu. Detrás de la recién adoptada seriedad, seguía aguardando la calma y su risueña amabilidad. Podía percibirlos.

—Por él.

—Volvamos a mi máxima, ¿te parece?

—¿Cuál es? —preguntó Elsa, abatida.

—Que no quiero hablar de él.

—Eso no soluciona nada, Jordi —dijo ella.

—Pero ayuda.

—¿A qué?

—A hacerme creer que esto es más fácil de lo que en realidad es —dijo sin mirarla.

—Pero tú sabes que esto no puede ser, ¿verdad?

Jordi, aprovechando que estaban solos, se levantó de la silla, se acercó a Elsa e hizo lo propio con ella, después tomó asiento y la acomodó sobre sus piernas, como si nunca hubiese tenido que estar en otro lugar que no fuese ese.

—Si no puede ser, lo entenderé, pero que no sea él quien lo decida. Lo que conocemos no siempre es lo mejor para nosotros, Elsa. ¿Nos hace sentir más seguros? Sí. Aun así, recuerda lo que hablamos sobre el conformismo.

—¿Por qué me dices estas cosas?

—Porque una parte de mí sigue esperando que me odies y todo sea más sencillo. Pero no lo haces. —Apoyó la frente en el hombro de ella—. Ni me odias ni me quieres. Así que, al final, estamos estancados. Esperamos. Y no me importa esperar, pero necesito saber qué.

—¿No decías que hay cosas sobre las que es mejor no preguntar, sino descubrirlas?

—¿Eso dije? —preguntó él, riéndose—. Soy un embustero.

Esta vez fue Elsa la que se apoyó en él. Dejó reposar su mejilla contra la suavidad de sus cabellos. El olor particular de la conexión que había entre ambos la hizo sentir más liberada, al menos durante unos segundos. Después se evaporó la sensación. Se convirtió en una estrella fugaz que no alcanza a apresar el deseo que uno le envía.

—No sé qué estoy haciendo —confesó—. Y tampoco sé si quiero quedarme a descubrirlo, Jordi.

Él suavizó el abrazo que la tenía pegada a su costado.

—Haz lo que sientas, Elsa.

Ella pensó que aquella sugerencia era injusta, porque a esas alturas comenzaba a desconfiar de ella misma, de sus sentimientos y de cada una de las pequeñas cosas que conformaban su vida. Había perdido la fe en su trabajo y no estaba convencida de que en algún momento la hubiera tenido realmente en su compromiso. Pero había crecido asegurándose de que huir no era una alternativa.

—Lo siento.

Se levantó y, al verse de pie frente a Jordi, se sintió extraña observándole desde las alturas.

—Me tengo que ir.

Él se masajeó el cuello distraído, sin devolverle la mirada.

—¿Te acompaño?

—No te preocupes. Nos veremos pronto.

Jordi se colocó frente a ella, volviendo Elsa a ser pequeña ante sus ojos.

—Ambos sabemos que eso no es verdad.

Por supuesto que lo sabían, eran conscientes de que habiendo una tercera persona nunca podrían llegar a ser del todo ellos mismos. Para Jordi aquello significaba que Elsa ya había elegido. Alejarse de él parecía mucho más fácil que hacerlo de la persona con la que llevaba compartiendo tantos años de su vida. ¿Quién era él al fin y al cabo? Demasiado había arriesgado ya al salvarle la vida. Le debía la libertad de decirle adiós, aunque todo en él se negara a aceptar que su realidad se precipitara de golpe. La perdería tanto si era egoísta, cosa que había prometido ser, como si, de buen grado, se despedía de ella.

—Ojalá nos veamos pronto —rectificó Elsa.

Le temblaban las manos y la había embriagado el temor de no verle más. Entonces regresaban las preguntas.

¿Qué sentía?

¿Qué quería?

¿Qué haría?

—No puedes decir eso y esperar que no haga nada.

Jordi estaba confuso. Tal vez la línea que les separaba fuese más fácil de atravesar de lo que pudiera haber pensado en un primer momento. Si Jordi hubiese intuido, siquiera, las veces que en el pasado Elsa le había puesto por delante de Hugo, habría obtenido una respuesta más esperanzadora y no la incógnita sin resolver que le mantenía en suspense.

—Hace tiempo que no espero nada —dijo Elsa mientras se colocaba el abrigo y cogía su bolso—. Cuídate, por favor.

No hubo abrazos ni un beso transparente en la mejilla del otro, tan solo se produjo un encuentro furtivo entre sus ojos, que por desgracia se conocían demasiado bien como para ignorarse. Pasar por alto lo que se suplicaban mutuamente se convirtió en una muralla que Elsa tuvo que atravesar mientras salía del restaurante con la misma ansiedad con la que había entrado hacía media hora.

Regresar al apartamento no le pareció una opción, así que se encaminó hacia otro local, donde podría agotar un par de horas, suficientes para disimular una supuesta cena.

Jordi pagó la cuenta dejando los platos rebosantes de comida. Lo último que tenía en aquellos momentos era apetito.

Volvió a su apartamento sin que los escalofríos de manos y espalda le abandonasen en ningún momento. Se desvistió de camino al dormitorio y, cuando ya solo le quedaban puestos los vaqueros y una camiseta blanca interior, se dejó caer en la cama.

Si no hubiese ido...

Si no hubiese dicho...

Si no hubiese insinuado...

Si ella no se hubiese marchado...

Todos sus pensamientos comenzaban con un «si no». A Jordi le parecía que lo había echado todo a perder en cuestión de minutos. Odió durante un segundo especialmente largo la sinceridad que le caracterizaba.

¿Tendría Hugo razón? ¿Elsa solo era un capricho?

No podía dejar de pensarlo porque incluso a él le parecía extraño sentir algo tan intenso por otra persona con la que apenas había hablado en contadas ocasiones.

Le había pasado solo una vez en su vida, y no eran, ni de lejos, las mismas circunstancias. Consideraba aquel episodio un flechazo, algo inevitable. En este caso era diferente. Tenía la sensación de que había mucho más detrás de los instantes que Elsa y él compartían.

¿Podrían evitarse?

¿Podría limitarse a ser su amigo?

Ya tenía muchos amigos, se contestó.

Amigos y amigas de toda la vida, de la universidad, del trabajo, de los viajes, de la infancia, de la juventud, del barrio en el que vivía, de su ciudad y de otras. Por no hablar de que cuando la miraba no veía una amiga, sino unos ojos grandes y oscuros que parecían saber exactamente en lo que pensaba, una sonrisa amplia y alegre, una melena dorada que descendía por toda su espalda, un cuerpo esbelto, redondeado en los sitios correctos. Tampoco sentía lo propio de un hermano mayor cuando se rozaban por descuido o intencionadamente. La piel suave, el tacto inigualable de las palmas de sus manos, la sedosidad de su pelo, las curvas de su cintura y sus caderas...

Ser egoísta.

Eso parecía lo único factible ante todas esas sensaciones, porque no solo era atracción.

Era quien quería que estuviera tumbada a su lado, en silencio, contemplando el techo, las paredes blancas.

Había oído en tantas ocasiones que cuando queremos a alguien de verdad hay que dejarle ir, que, al final, se había convencido de que así debía de ser. Pero esta vez no lo permitiría. Sobre todo, porque estaba convencido de que podría funcionar.

Capítulo 26

Madrugada 329

Estaba confundido, mucho más que al despertarse del accidente. Mientras regresaba a casa escuchando *Mediterráneo* de Serrat, la única canción que le relajaba cuando ya no sabía quién era ni a dónde iba, pensó en aquel día. Recordaba cada detalle, pese a que se le habían olvidado algunos que hubiese preferido guardar.

Había abierto los ojos de repente, sentía que se ahogaba y que le presionaban la garganta. Escuchó una voz que le resultaba familiar, pero fue incapaz de ver a nadie. Comenzó a ponerse nervioso, se agarró a los bordes del colchón e intentó mantener la calma. Se le empañaron los ojos y notó un dolor punzante en el pecho. Vio a una mujer inclinándose sobre él. La recordaba. Era una de las enfermeras que habían trabajado con él en sus primeros años en el hospital. Ella le sonrió con alivio y le pidió que se relajase. Extrajo, a continuación, la sonda de oxígeno que le habían colocado. Sintió una arcada cuando al fin se vio liberado.

Intentó hablar, pero tenía la boca seca y al pasar la lengua por el paladar notó una molestia extraña: le habían salido llagas. Después descubriría que también tenía parte de la espalda y las piernas irritadas.

Estaba en el hospital.

Vio a su madre de pie, pegada a la pared que había frente a él. Se había llevado una mano a la boca y lloraba en silencio. Le hizo una señal con la mano. La puerta se abrió en ese momento y entró un médico, también compañero suyo, que llevaba puesta una camisa roja. Sus ojos se habían detenido en el tejido y un dolor punzante le recorrió las sienes.

La chica del lago.

Se precipitó hacia delante.

¿Estaría bien?

Miró a su madre y susurró, como pudo, su nombre. Le costó comprender que se encontraba a salvo, pero cuando lo hizo sintió alivio. Alguien le acercó un vaso de agua y bebió con cuidado. Sintió vértigo, se le instaló en la boca del estómago y estuvo ahí hasta que finalmente le sedaron.

Así pasó los cinco primeros días, despertándose y durmiéndose de nuevo.

Reaccionó a los estímulos, intercambió unas pocas palabras con su madre y le hizo prometerle que no le diría nada a Elsa, de la que había escuchado muchas cosas y de la que, en realidad, sabía poco.

A medida que transcurrieron las semanas, fue recobrando la fuerza, aunque su aspecto físico seguía siendo el de un extraño. Había perdido muchos kilos, estaba demacrado y pálido, le había crecido mucho el pelo y la barba y ya no estaba seguro de que el tiempo que decían los médicos que había pasado en coma fuese en realidad el que había sido. ¿Cómo había podido empeorar tanto? Quizá haber estado cerca de la muerte tenía como consecuencia la dureza de verse en el espejo y sentirse demasiado lejos de su otro yo.

Cuando consiguió afeitarse y cortarse el pelo, recobró un poco de ánimo. No tenía nada que ver con estar guapo, sino con reconocerse, y eso le había costado mucho. Estando más tranquilo y habiendo salido bien las últimas pruebas médicas, le entraron ganas de saber de ella. Llevaba algunos días sin preguntarle a su madre. Eso sí, durante los que estuvieron hablando de Elsa, había conseguido convertirla en monotema.

Su madre había bajado a la cafetería y aprovechó aquel descuido, como el adolescente rebelde que un día había sido, para cogerle el teléfono. Buscó el número de Elsa en la agenda y lo encontró de inmediato. ¿Escribirle o no? Casi pudo escuchar una voz femenina en su cabeza que completaba la pregunta con un shakesperiano *esa es la cuestión*.

Elsa, ¿cómo te va todo?

Se atrevió con esas cinco palabras antes de pensar demasiado. Le dio a *enviar* y esperó que ella le contestase antes de que regresara su madre y tuviera que darle unas explicaciones para las que no estaba preparado. ¿Qué iba a decirle? En realidad, no sabía por qué necesitaba saber de ella, leerla, aunque no pudiera escucharla. Debía de ser la gratitud infinita que se le formaba en el pecho cada vez que recordaba lo que había hecho por él.

La respuesta no se hizo de rogar.

Preparando un viaje a la India, que será más largo de lo que pensamos en un principio. ¿Cómo está Jordi? ¿Y tú?

El hecho de que preguntara por él con tanta naturalidad le provocó un escalofrío. Respiró profundo y comenzó a teclear de nuevo. Había perdido la práctica, así que tuvo que borrar varias veces lo escrito.

Jordi está bien, no te preocupes. Yo también. ¿La India?

Él acababa de despertarse y ella se marchaba, tal vez era una buena oportunidad para recuperarse del todo y atrasar el agradecimiento. Podrían

dejarlo para cuando recobrase la movilidad por completo, cuando al fin pudiera comportarse de forma normal, porque aún se sentía turbado por lo sucedido y por no ser consciente de lo que había pasado mientras estaba en coma.

Me alegra muchísimo leer eso. Me gustaría pasar a veros antes de irme, ¿qué te parece? El viaje es por trabajo, como la mayor parte de las veces.

Jordi leyó entre líneas el disgusto aparente que ella dejaba entrever en su mensaje. Después se centró en la visita. No quería que fuese a verlo bajo ningún pretexto. Mucho temía que eso sí que tuviese que ver con su aspecto físico. Quería que la próxima vez que le viera... ¿Qué quería?

Quizá sea mejor cuando vuelvas, quizá esté mejor y podáis, incluso, hablar.

Lo que intentó, sobre todo, fue no mentir en los mensajes, sino dejar que se tratase de una verdad que solo podría ser interpretada correctamente en el contexto adecuado.

Eso sería increíble. Seguro que el día llega pronto. Muy pronto.

Otro vuelco del corazón y otra cosa que creía estar olvidando. Con el paso de los días no la recordó, pero le comentó a su madre lo que había hecho y, aunque Elena no estaba de acuerdo, le facilitó el teléfono para que pudiera seguir comunicándose con Elsa. Eso parecía estar haciéndole un bien mayor que la rehabilitación o los medicamentos.

Subió el volumen de la radio y pisó el acelerador, cambiando la marcha de la tercera a la cuarta. La misma chica con la que se había despertado hacía unos meses ahora era a la que quería seguir conociendo de todas las maneras posibles, sin importarle lo que quisieran decir o pensar. No barajó la posibilidad de que pudiera estar haciéndole daño a Elsa, no pudo, porque le empujaba una sensación más fuerte que la sensatez: un latido y otro, la seguridad de que, si él no se arriesgaba, nadie sería lo suficientemente valiente como para hacerlo por él.

Siguió acelerando. Tenía el ceño fruncido y la seguridad de querer a Elsa, no sabía cómo ni cuánto, pero era Elsa.

Era Elsa.

Capítulo 27

Día 335

Cada vez hacía menos frío en el pueblo, y eso era de agradecer. Llevaba un par de semanas sin nevar y el suelo había dejado de ser una capa resbaladiza de hielo y el aire un sinfín de cuchillos que al respirar te dañan los pulmones. No era el mejor de los climas, pero estaba mejorando.

Elsa había pasado la mañana en compañía de sus abuelos, ayudándoles a limpiar la casa de arriba abajo. Eso, junto a las viejas canciones que reproducía la radio de su abuelo, le había ayudado a desconectar de sus propios problemas. Se había centrado exclusivamente en que brillaran los suelos, que no quedase rastro de polvo en las estanterías y los armarios estuvieran mejor organizados que la sección de frutos secos de cualquier hipermercado que se preciara.

Ahora volvía a casa de sus padres arrastrando los pies a causa del cansancio. Y si ya estaba agotada, tanto física como mentalmente, cuando llegó se le cayó a los pies el poco entusiasmo que le había contagiado su abuela.

Tuvo que frotarse los ojos un par de veces para asegurarse de que aquel todoterreno pertenecía al propietario que sospechaba. ¿Qué estaba haciendo ahí?

Aunque le estaba costando Dios y ayuda mantener a raya ese resquicio de tristeza que se le había quedado en el pecho cuando se había ido hacía unos días, dejándole solo en el restaurante, había pensado que el silencio de él era la prueba que necesitaba.

¿Qué le estaba prometiendo Jordi con su comportamiento?

Había insinuado muchas cosas, pero ninguno de los dos se arriesgaba a decir la verdad o a intentar, por lo menos, explicarla. Porque, ¿cómo se explica querer a alguien con tanta ofuscación como ella se había sorprendido queriéndole? ¿A él o a todas las pequeñas cosas que habían compartido?

En cualquier caso, Jordi estaba ahí, mientras que Hugo parecía, a toda costa, evitar acercarse al pueblo, por si eso suponía alguna pregunta incómoda. O más de una. Había vetado el lugar donde se conocieron y permanecía, cada vez más, ajeno a todo lo que antaño tuvo que ver con ellos.

A lo mejor todo...

Elsa hizo un aspaviento con la mano intentando borrar todas esas ideas de su mente y se dirigió hacia la puerta de entrada con las llaves en la mano. Abrió y

avisó de que había llegado. Lo hizo deseando que aquello sirviera de advertencia y Jordi se fuese de su casa por la puerta de atrás antes de que ella entrase en el salón. Pero ¿cuándo había tenido ella tan buena suerte en situaciones como esa?

Se quitó las zapatillas, la bufanda y el abrigo y se dio cuenta de que llevaba el jersey rojo que él le había regalado. ¿Qué pensaría? Tal vez podría subir rápidamente las escalares y cambiarse. Pero la vería igualmente.

Volvió a ponerse el abrigo y lo abrochó hasta arriba.

—Cariño, hola —la saludó su madre desde el sofá, donde también estaba su padre.

Jordi estaba en el otro sofá, totalmente relajado. Todos lo estaban, de hecho. Parecían haber estado riéndose durante un buen rato y eso intranquilizó a Elsa, si cabe, un poco más de lo que ya lo estaba.

—Tenemos visita —anunció su padre, como si ella no tuviese ojos en la cara.

Quizá pensaron que estaba sufriendo un paro cardíaco al no molestarse ni siquiera en saludar.

Levantó la mano torpemente y Jordi sonrió con ternura y una pizca de diversión. Era como si nada de lo que hubiesen hablado la otra noche hubiera hecho mella en él. Ni lo más mínimo.

—Hija, quítate ese abrigo, anda —le dijo su madre.

—Estoy un poco destemplada —explicó ella.

—Haz caso a tu madre, te vas a destemplan más si te lo dejas puesto. Si estás sudando —señaló su padre.

Elsa puso los ojos en blanco y suspirando comenzó a bajar la cremallera del abrigo. Jordi procuró no reírse al ver el jersey. Apartó la mirada y cogió una galleta del plato que Eva había dejado en el centro de la mesita del café.

—Están deliciosas, Eva —comentó él.

—Por fin alguien que me hace un cumplido.

Elsa dejó el abrigo en el reposabrazos del sofá y se sentó junto a Jordi, dejando un espacio importante entre los dos. Otra visita improvisada. ¿Por qué le ponía las cosas tan difíciles? Y, ¿por qué sus padres parecían encantados de la vida con su presencia en la casa?

—Jordi nos estaba contando que vivió aquí algunos años, cuando era más pequeño, ¿lo sabías? —le preguntó su madre.

Elsa arqueó las cejas.

—¿Aquí? ¿En el pueblo? —inquirió ella.

Jordi masticó el último trozo de galleta y dijo:

—Más bien aquí, en esta casa —concretó él—. Mi madre la vendió cuando

falleció mi padre —comentó—. Aunque de vez en cuando me gusta pasarme. Me trae buenos recuerdos.

—¿Y cómo sabías que yo vivía aquí?

—Me lo dijo mi madre.

—¿Por qué ninguno de los dos me dijisteis que esta era vuestra casa antes?

—Mi madre prefiere no pensar en aquellas cosas que le recuerdan a mi padre. Pero se acordó de la dirección en cuanto se la diste para que te enviara aquella bufanda que te dejaste en el hospital.

Elsa asintió sabiendo exactamente a qué se estaba refiriendo.

Los dos se percataron después de permanecer en silencio, mirándose aproximadamente durante unos tres minutos, de que no estaban solos. Ambos miraron a Eva y a Gregorio, y estos sintieron que sobraban en la estancia.

—Esta es tu casa, Jordi. Ven siempre que quieras —habló Eva.

—Tienes las puertas abiertas —añadió Gregorio.

A Elsa le sorprendió el buen humor de su padre. No recordaba que la primera vez que Hugo vino a casa le dijera esas palabras. Pero, se suponía que esa no era la misma circunstancia. Jordi no era su novio. No tenía que sacar su instinto de protección a pasear en su presencia.

—Gracias, de veras.

Jordi se levantó pausado del sofá.

—Me temo que tengo que irme. Todavía me espera un camino de vuelta largo, y mañana entro a trabajar muy temprano.

—¡Qué lástima! —exclamó Eva.

Elsa la miró, asombrada por el interés que sus progenitores parecían demostrar en las cuestiones referidas a Jordi. Le habían preguntado mucho por él, pero ella solía evitar dar más explicaciones de las estrictamente necesarias para mantener a raya su curiosidad. Ahora ya no les hacía falta el tercer grado, dado que parecía que habían obtenido cuantas respuestas deseaban de su invitado.

Eva y Gregorio se pusieron también en pie y, primero una y después el otro, le dieron un cálido abrazo.

—Espera, que te voy a hacer algo de comer para el camino.

—No es necesario que te molestes.

—Ninguna molestia. Podéis dar una vuelta. Enséñale el jardín, Elsa —le sugirió su madre.

—Mamá, digo yo que, si ha vivido aquí, ya conoce el jardín —comentó ella.

—¡Qué hija más borde tengo! —dijo Gregorio, fingiendo exasperación.

Jordi se rio abiertamente, sin disimulo.

—Venga, enséñame el jardín, no seas tan rancia, que he sido un huésped muy civilizado —terció él.

Jordi alcanzó tanto su abrigo como el de ella. Se lo colocó a Elsa por encima de los hombros y con Gregorio siguiéndoles de cerca con los ojos, salieron de la casa y fueron dándole la vuelta en silencio.

—¿Puedo decir algo en mi defensa o ya me has condenado a la guillotina?

—Guillotina —murmuró ella.

Jordi sonrió, porque en el fondo sabía que no era exactamente enfado lo que sentía, sino sorpresa. Estaba abrumada con su presencia. Él era consciente de que la estaba poniendo contra la espada y la pared.

Aun así, llevaría a cabo su plan, se arriesgaría sin pensárselo más.

La cogió de la mano y ella se detuvo.

—Es aquí —señaló la pared lisa de la parte trasera de la casa, que solo tenía dos ventanas en el segundo piso.

—¿Aquí?

—«La vida es desierto y oasis» —recitó.

Elsa recordó la fotografía y, de repente, dejó de ver la blancura de la pared para encontrarse con la intensidad de los colores y el brillo de los ojos de Jordi, que debía de estar recordando momentos vividos en esa casa en la que ella también había pasado parte de su infancia y toda su adolescencia.

—¿Por qué no me dijiste que vivías aquí? —interrogó.

—Porque lo nuestro ya está bastante repleto de casualidades, ¿no te parece?

—¿Lo nuestro?

—Lo nuestro. Nosotros. Tú y yo. Esto. Llámalo cómo te dé la gana —enumeró Jordi.

Todo en él era calma aquel día. Se había sentido cómodo en compañía de los padres de Elsa. Eran esa clase de personas que consiguen hacerte sentir parte de la familia desde el momento exacto en el que llamas a su puerta. No todo el mundo tenía ese don.

—Imagino que has venido por algo, ¿me equivoco?

Elsa introdujo las manos en las mangas del abrigo e ignoró el frío que comenzaba a sentir.

—Te equivocas, sí —contestó él—. No he venido por algo, sino por ti. Te echaba de menos, creo que no estoy incurriendo en ningún delito —comentó, con cierta gracia que a Elsa la hizo sonreír.

Ella se apoyó contra la pared. No podía seguir mirándola porque ahora ya no le parecía nada suyo, sino otra cosa que compartía con Jordi. Tal vez sí que era

verdad. ¿Cuántas casualidades había entre ellos?

Las suficientes como para no poder enumerarlas con los dedos de las manos.

—No te vas a casar con él —declaró Jordi, entonces—. Tú aún no lo sabes, pero yo sí.

Elsa intentó que él no se diera cuenta de que ese tema solía ponerla de mal humor.

—¿Y por qué no tendría que hacerlo?

—Porque es evidente que no quieres, aunque no te apetezca admitirlo.

—¿Y qué quiero?

—Ser tú, me parece.

—¿Qué significa eso?

—Que espero que logres serlo conmigo y no con él. Solo eso.

—¿Solo? ¿Te parece poco? —preguntó Elsa con una sonrisa torcida que no le pasó por alto a Jordi.

—Me abstengo de hacer más comentarios, porque luego pueden ser utilizados en mi contra.

Eva apareció con una bolsa y un termo de café caliente que Jordi agradeció y prometió devolverle en cuanto volviera al pueblo, algo que trastocó un poco el semblante apaciguado de Elsa.

Volver.

Ella no parecía, sin embargo, la única que deseaba esa visita.

Miró de reojo a sus padres mientras Jordi se subía al coche. Entonces él le hizo un gesto con la mano para que se acercara a la ventanilla. Ella lo hizo arrastrando los pies y apoyó las manos en la puerta.

—¿Qué? —preguntó en voz baja para que sus padres no pudieran escuchar lo que él fuese a decirle.

—Te parecerá bochornoso, seguramente.

—¿El qué? —preguntó Elsa, de repente preocupada.

—Que les haya dicho a tus padres que tengo la firme intención de ser su segundo y último yerno.

Elsa abrió tanto los ojos que notó cómo se le secaban y comenzaban a dolerle.

—Dime, por favor, que no es verdad.

—Tendrás que preguntarles, me temo.

Le guiñó un ojo, arrancó el motor y comenzó a dar marcha atrás, obligando a Elsa a apartar las manos del coche. Estaba perpleja, de espalda a sus padres mientras intuía a través de la transparencia de los cristales del coche que Jordi se estaba riendo descaradamente del rubor de sus mejillas.

—¡Imbécil! —gritó lo suficientemente alto como para que él la escuchara antes de irse.

Tocó el claxon para hacerle saber que había captado su cumplido.

—Me encanta este chico —murmuró su padre.

Su madre le coreó con una risa enérgica.

—Pero ¿qué dices, papá?

Gregorio rodeó a su mujer por la cintura y entraron en casa ignorando a Elsa, sin dejar de reírse cómplices de algo que su hija desconocía y temía. Temía que el motivo de su buen humor tuviera algo que ver con eso que había insinuado Jordi y que ella esperaba que fuese una rastrera broma. No podría haber sido tan descarado como para decirles aquello a sus padres, de buenas a primeras.

¿O sí?

Capítulo 28

Noche 339

—¡No comprendo por qué estás tan enfadada, te lo juro! —gritó Hugo, que no hacía más que gesticular y mover las cosas de un sitio para otro.

Siempre encontraba un alivio pasajero en cambiar de lugar los objetos mientras estaba discutiendo con Elsa. Eso lograba dejarle la mente en blanco, aunque a veces no sabía hasta qué punto eso era bueno, porque acababa diciendo las cosas de un modo hiriente y difícilmente perdonable.

Elsa, por su parte, acostumbraba a mantener una impertérrita calma que Hugo no había visto antes en otra persona. La paciencia de su prometida le exasperaba y le producía envidia a partes iguales. Pero ese día fue diferente. Reaccionó con uñas y dientes ante la confesión de él. ¿Tanto se había equivocado?

—Si no lo sabes, en ese caso creo que no merece la pena ni que me hierva la sangre.

—¿Te hierva la sangre porque me preocupo por nosotros?

Elsa se llevó las manos a la cabeza. Llevaban alzando la voz una hora y ya comenzaba a darle esos potentes pinchazos en las sienes. Solo quería silencio. Un poco de paz y otra actitud que no fuera la que Hugo estaba teniendo en esos momentos.

—Por favor, no te atrevas a decir que estabas pensando en nosotros al tomar esta decisión —dijo, sulfurada.

—Alguien tiene que tomarlas, pensar en el futuro.

—¿El futuro de quién, Hugo?

—¡Por ahí no, Elsa! No te voy a permitir que insinúes que no he pensado en ti al aceptar este trabajo. ¿No querías estabilidad? Pues aquí la tienes.

Arrojó una serie de carpetas sobre la mesa. Unas carpetas que contenían el contrato que Hugo había firmado hacía una semana.

—¿Estabilidad en Inglaterra? Has decidido que nos vayamos sin consultarme. Sin pensar por un momento si yo estoy dispuesta a dejar mi vida aquí por irme a otro país en el que ni siquiera sé si voy a poder trabajar en mi campo.

—Por supuesto que podrás. Te buscaré algo.

—¡Hugo! —gritó ella—. A ver si lo entiendes. No quiero que ni tú ni nadie me planifique el trabajo. Yo ya tengo un trabajo, ¿entiendes?

—Pero si estás cansada de los reportajes de la revista. Se te nota a leguas de distancia.

—No me refiero a la revista —expuso ella, un poco más calmada, esperando que él reaccionara de otra manera a la que lo estaba haciendo.

—¿A cuál entonces? ¿A pasearte por ahí con Jordi Balaguer?

—¿Me estás acusando de algo, Hugo?

Él cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la mirada a la alfombra. Que tenía dudas de lo que Elsa hacía cuando no estaba con él era más que evidente. No quería tener esa sensación, culparla de algo de lo que no estaba seguro.

—Hace unos días se cerraba el plazo de presentación de proyectos en el Ministerio. Solicité una beca a última hora para desarrollar mi propuesta y me la han dado —explicó, por si aún quedaba un atisbo de interés en Hugo.

—¿Y después qué? Las becas son limitadas.

—No voy a dejar el trabajo en la revista, aun así, gracias por felicitarme y alegrarte de que haya conseguido algo que realmente me ilusiona.

—Enhorabuena —dijo él, seco—. Ya me dirás cómo vamos a hacer esto. Ya he firmado el contrato. Me tengo que ir en dos meses. ¿No podrías trabajar desde ahí?

Elsa cerró los ojos y dejó escapar el aire que estaba reteniendo en sus pulmones para no poner fin a esa discusión de la peor manera posible.

—Voy a salir —anunció yendo hacia la puerta.

—Pero ¿a dónde vas, Elsa? Estamos hablando.

—¿Hablar de qué, Hugo? Tú y yo ya no hablamos de nada. Solo discutimos.

—Todas las parejas discuten, ¡joder!

Elsa se guardó las llaves en el bolsillo y abrió la puerta.

—No somos todas las parejas.

Le fulminó con la mirada y mientras se disponía a ir hacia las escaleras le oyó decir:

—Tenemos que aclarar esto. Nos vamos a casar, ¿no?

Elsa le contestó yéndose. Bajó los escalones de dos en dos y deseó llegar a la calle antes de que a Hugo se le ocurriera la maravillosa idea de seguirla y continuar pidiéndole explicaciones.

¿Cómo se suponía que iban a forjar un futuro juntos si ella parecía ser una extraña en esa relación? Ni siquiera se había atrevido, aún, a enviar un simple correo en el que pusiera por escrito que aceptaba la beca. No, ella había preferido esperar, preparar una pequeña cena en casa y darle la buena noticia a su prometido. Ver qué pensaba él, desvelarle sus ideas.

Y solo había obtenido una planificación milimétrica de su vida. No quería que nadie decidiera por ella. Ya había dado su brazo a torcer muchas veces. Implícitamente, habían reconducido su vida hasta convertirla en el montacargas trasero del coche. La llevaban de un lado a otro, y no solo ella era arrastrada, sino que para los demás, en este caso para Hugo, también suponía un peso que le impedía avanzar de la manera en la que él, como era evidente, había decidido.

A Elsa siempre le había gustado viajar, extraviarse en las calles de un idioma y una cultura que no eran las propias. Esas cosas que no encontraba en las esquinas de su ciudad la habían convertido en la mujer que era, le habían enseñado a ver las numerosas posibilidades que tenía al alcance de las manos si estaba dispuesta a sacrificar algo de tiempo, energía y entusiasmo.

Pero también descubrió que siempre era necesario un lugar al que regresar cuando consideras que has adquirido los suficientes conocimientos, y no solo los relativos al trabajo, sino también, y ante todo, los que han facilitado que conozcas otras facetas de tu personalidad. Así que, por supuesto que deseaba seguir viajando. Por trabajo, por placer. En ningún caso como imposición.

Además, había descubierto que ella ya tenía un hogar, y ojalá Hugo también hubiera sentido que esa ciudad, no tan grande como otras en las que habían estado, pero suya al fin y al cabo, también era el sitio en el que le hubiera gustado establecerse. Y eso, por mucho que le doliera, le llevaba a otra conclusión: si ella no quería que nadie la obligara a irse, ¿cómo podría pedirle a Hugo que se quedara?

No se había dado cuenta de dónde había ido a parar hasta que vio el hospital frente a ella. Cruzó la calle sin saber si Jordi estaría ahí. Había estado hablando con él durante los últimos días y cada vez eran más evidentes sus intenciones.

¿Entrar en el hospital, buscándole después de la discusión con Hugo, significaba que se procuraba a sí misma una escapatoria o que al fin se atrevía a hacer las cosas a su manera?

Fue directa a la planta de neurología, debatiéndose entre si quería que él estuviera trabajando esa noche o no. Si no estaba, tal vez debería entenderlo como una señal. Adiós ilusión, adiós pasado, adiós supuesto futuro. Se quedaría con el ahora.

Ese era su ahora.

Recorrió el pasillo con la mirada gacha, hasta que dos figuras con bata blanca, que permanecían de pie, riendo frente a la sala de las enfermeras, le hicieron levantar la cabeza y descubrir lo último que le apetecía ver ese día.

Jordi y una chica de cabellos negros cortos que estaba de espaldas a Elsa y

que ella esperaba que no fuera Alba.

Él la vio y su acompañante, al darse cuenta de que algo había llamado su atención, se dio la vuelta y miró a la muchacha, que se había quedado quieta a unos cuantos pasos de ellos. La morena miró a Jordi, preguntándole en silencio si todo iba bien.

Jordi, al ver que Elsa no se acercaba, fue hacia ella y al percatarse de su palidez se preocupó. Puso sus manos alrededor de sus mejillas, frías, pero tan suaves como siempre.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona por venir.

—¿Por qué? Me encanta que hayas venido —sonrió él.

Le dio un beso en la frente, le pasó un brazo alrededor de los hombros y la empujó a caminar hacia la chica, que sonreía de oreja a oreja, evidentemente feliz.

—Elsa, quiero presentarte a Alba, una buena amiga.

Elsa le tendió la mano intentando no tambalearse. ¿Dónde había visto ya esos ojos azules?

Alba no aceptó su mano, sino que la abrazó tan fuerte que Elsa pensó que eso podría ser considerado intento de homicidio.

—Por fin te conozco, hace tiempo que le digo que te invite a venir.

La voz sí que la reconoció. Era la chica del interfono. No había podido olvidar su voz en todos aquellos meses y tenía serias dudas de que fuese a poder hacerlo alguna vez.

Esa era la mujer de la que Jordi se había enamorado.

Era la mujer que le había enviado todas esas láminas al óleo que se adueñaban de su piso y de su vida.

Ella debía de ser la amiga a la que él le había dado el boceto de aquellos caballos de ébano.

Alba, la chica de la lluvia de flores.

—Encantada de conocerte, Alba —logró decir.

Ella le apartó un mechón de pelo de la cara como si fuera una niña pequeña.

—Voy a hacer mi guardia y después a descansar. Pasad buena noche, y, Elsa —le dijo antes de marcharse—, ven a vernos más a menudo.

Elsa asintió y sonrió con timidez.

Jordi no le había quitado los ojos de encima ni un solo momento. Era más que evidente que no parecía cómoda en presencia de Alba.

—¿Celosa? —preguntó él.

Jordi señaló la dirección hacia la que se había marchado Alba.

Elsa no dijo nada.

Ni lo afirmó ni lo desmintió, quizá porque la sorpresa de encontrarse ante ella como si siempre hubiese estado ahí la había desarmado por completo. Ni la discusión con Hugo le parecía tan difícil de soportar como ver por primera vez a la persona que había tenido en el pensamiento durante tanto tiempo.

—Mi turno ha acabado ya —le informó Jordi al ver que no decía nada—. ¿Nos vamos a casa a cenar algo?

A casa.

Lo había dicho con tanta naturalidad que Elsa pensó si realmente le gustaría que el apartamento de Jordi fuese, en algún Universo paralelo, su casa. No con todos esos cuadros invadiendo cada esquina.

Así nunca podría.

—Vale —susurró.

De repente estaba más triste que nunca. Se le escapaba todo lo que alguna vez le había importado. Se iba y no las tenía todas consigo para creer que en algún momento regresarían.

Capítulo 29

Madrugada 340

No se dio cuenta al principio, influyó el hecho de que, como un avestruz, no había despegado sus ojos carboníferos del suelo. Ni siquiera en el trayecto en coche había sido capaz de contemplar otra cosa que no fuera la alfombra, oscura y blanda bajo sus pies.

Pero tarde o temprano hay que mirar hacia arriba y marearse y turbarse ante los cambios. Algunos nimios, otros de un valor incalculable. Sobre todo para aquella persona que tiene que tomar la iniciativa a la hora de desprenderse de algo tan importante como podía ser el recuerdo del amor.

Uno que tenía nombre y ahora estaba más cerca de él que nunca.

—¿Y los cuadros? —preguntó Elsa, mirando cada una de las paredes como si las viera por primera vez.

—Cambio de decoración —fue la única explicación que obtuvo.

Jordi sabía cómo no revelarse ante los ojos de los demás. Demasiado tarde, no obstante, para intentar contenerse ante Elsa, que sabía mucho, que conocía una verdad mayor de la que él habría podido contarle, aunque hubiese querido.

—¿Qué quieres comer?

—No tengo mucha hambre, en realidad. Sed sí —dijo ella, sintiéndose extraña sin el rastro de Alba en la casa.

Alba, que llevaba tantos años viviendo bajo ese techo, quizá sin intuirlo; tal vez siendo plenamente consciente de que ninguna otra mujer podría compararsele nunca. Alba, que la había abrazado con cariño y agradecimiento.

Jordi trastabillaba en la cocina, pero aun así podía dedicarse a dos tareas al mismo tiempo: hacer algo de comer e interrogarla con premura.

—¿Qué ha pasado? Porque me imagino que esa cara que traes tiene un nombre.

Dos nombres en realidad.

—Prefiero no hablar de ello.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —preguntó él desde la cocina.

Elsa se había sentado en el suelo. Ahí se sentía mucho más cómoda que en el sofá o en el sillón. El suelo era más rígido, menos propenso a abrazos y ternura. No necesitaba nada de eso, ni por parte de Hugo ni...

¿Cómo iba a esperar algo de Jordi si ni siquiera era capaz de hablarle de la mujer de la que había estado enamorado? Una cosa era dejar de lado el pasado y otra resignarse a creer que no tenía uno.

—¿Qué haces ahí sentada?

Le tendió un vaso grande de zumo de melocotón que ella cogió con cuidado para no derramarlo. Se limitó a encogerse de hombros como si no supiera la respuesta.

Jordi se acuclilló frente a ella.

—Esta mañana estabas contentísima. Ni siquiera quisiste decirme por qué. Y ahora pareces tan triste que...

Pegó su frente a la de ella y cerró los ojos. Elsa también hizo lo propio. Pensó que, si no le veía entreabrir los labios y acercarse, no podría detenerle. La besaría y ella tendría la excusa, al menos para sí misma, de que no pudo evitar algo que no intuyó.

Sintió su aliento muy cerca de sus labios y, precipitadamente, Jordi se apartó.

—Confía en mí —le pidió.

—Hugo se va a ir a trabajar a Inglaterra y espera que yo me vaya con él.

—¿Y qué vas a hacer tú en Inglaterra? —preguntó él, sospechando que Elsa también había pensado en ello—. ¿Qué le has dicho cuando te ha preguntado?

—A mí no me ha preguntado nada —apuntó ella.

Jordi frunció el ceño.

—Tú tienes tu vida aquí —añadió él mientras se ponía en pie para regresar junto a la tostadora que había dejado encendida para fundir unos sándwiches de queso.

—Me han dado la beca —le informó ella, levantando un poco la voz.

Había sido al único al que le había contado que la había solicitado, pese a que no le había contado de qué iba el proyecto, algo que, a lo peor, no le alegraría tanto como lo hizo la noticia recién dada.

Apareció por la puerta de la cocina otra vez, con un trapo anaranjado en las manos, y se dejó caer de rodillas frente a ella.

—Estoy orgulloso.

La cogió por la cintura, con determinación, tiró un poco de ella y acabaron rodando por el suelo. Elsa volvió a reír, olvidándose por un instante de todo lo que había al otro lado de las cuatro paredes que les rodeaban.

—Noticia doblemente buena —concretó él—. Así no te puedes ir y te quedas a hacer lo que te gusta.

Tumbada a su lado, con la cabeza apoyada en su antebrazo, Elsa decidió

sincerarse, al menos un poco.

—Creo que no me hubiese ido de ninguna manera.

—Ya lo sé. ¿Y ahora qué vais a hacer?

—¿Puedo pedir la jubilación anticipada en cuestiones sentimentales?

Jordi le dio un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios.

—No hasta que no te enamores de mí.

Elsa suspiró.

—Jordi. Huele a queso quemado —dijo riendo.

Él se levantó de un impulso y salió disparado hacia la cocina, donde pudo salvar los sándwiches y ordenar sus pensamientos. Estaba en zona peligrosa, jugando a algo que a ella podría hacerle mucho daño, pese a que él estuviese soltero y no tuviera que rendirle cuentas a nadie. Ni a quién abrazaba, ni a quién besaba, ni a quién quería.

Comieron compartiendo alguna anécdota de los últimos días que se les había quedado en el tintero. Jordi preguntó por el proyecto y Elsa se limitó a decir que, con suerte, algún día podría verlo. Había cosas que no podían explicarse con palabras. Necesitaban fotografiarse, y eso era lo que iba a hacer. Eso y, de nuevo, inmiscuirse en el pasado de Jordi. Pero, desde que había descubierto que habían compartido casa, sentía que parte de ese pasado también le pertenecía.

Entre risas y miradas, el tiempo corría en su contra y la medianoche había pasado a ser lejana en la brevedad de la noche. Incluso el suelo había empezado a parecerle cómodo. Estaba justo donde y con quien quería estar.

Pero anunció que se iba.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —preguntó Jordi tras levantarse ambos.

Elsa parpadeó tres veces seguidas, muy rápido. Estuvo a punto de tropezar con sus propios pies.

—¿Cómo voy a quedarme a pasar la noche? —preguntó medio riendo, medio estupefacta.

—No me respondas con otra pregunta. Pero si lo haces, te contestaré: quedándote, simple y llanamente.

—No puedo, Jordi —objetó ella entonces, dándose cuenta, al fin, de que hablaba en serio.

—No te he preguntado si puedes. Cíñete a la pregunta original —insistió él, con esa preciosa sonrisa que desestabilizaba el raciocinio de Elsa.

—Pediré un taxi y me iré a casa. No estaría bien.

—No he dicho que no vaya a llevarte a casa si no quieres quedarte —expuso

él—. Y tampoco he insinuado que, por el hecho de contestar afirmativamente a mi pregunta, signifique que tengas que hacerlo.

Se inclinó hacia ella y buscó sus ojos, que hacía ya unos minutos que no se atrevían a mirarle.

—¿Quieres quedarte?

—Sí —susurró ella, sin saber de dónde había salido ese repentino atrevimiento.

—Pero no te vas a quedar.

—No —se sinceró.

—¿Ves? ¿Qué problema había?

—¿Por qué me lo has preguntado?

—Supongo que porque yo también quiero que te quedes.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—¿No pasaste la fase de los porqués como todos a los tres años? —rio él, descarado y con amabilidad.

—Por lo visto no, así que, ¿por qué?

Jordi se apoyó en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho y dejó salir de su pecho un profundo suspiro.

—Mira, es difícil de explicar. No se trata de nada extraño, si se puede llamar así. Porque es evidente que tú crees que es solo algo sexual y, viéndote, eso tampoco podría parecerme digno de llamar extraño, más bien normal. Eres una chica preciosa.

Y no era la primera vez que lo pensaba. Recordó que también pensó eso mismo en el lago, viendo cómo lo aferraba con fuerza.

Elsa se sonrojó hasta las orejas.

—Pero no es eso.

—¿Y qué es?

—Me gusta que estés.

—¿Que esté dónde?

—Aquí, conmigo. O conmigo a secas, no es necesario que sea precisamente aquí.

Ella sonrió, mínimamente.

—No sé explicarlo, Elsa. Solo quiero que estés conmigo, ¿entiendes? Y no tienes que darme una respuesta ahora. Ni esta noche, ni mañana, ni pasado.

Estuvo en silencio un par de minutos y continuó, al ver que ella no decía nada.

—Sé que somos dos desconocidos, y que estás aquí, en mi casa, pensando además que debo de estar medio tarado, o loco del todo. Pero, sentir que conoces

a alguien, y no equivocarte, ocurre muy pocas veces. Solo es una sensación.

—Entiendo lo que dices —habló Elsa.

—Bien —concluyó él, satisfecho—. Quiero, simplemente, que te muestres cómoda. Es decir, si yo no me siento avergonzando al mirarte aun sabiendo que me has visto desnudo y conectado a decenas de aparatos como si fuese un experimento alienígena, ¿por qué has de agachar tú la cabeza?

Le colocó la mano en la barbilla y la obligó a mirarle.

—Lo que, en definitiva, quiero decir, y a ver si por fin encuentro las palabras adecuadas, es que no sientas que es algo malo que nos necesitemos.

Elsa dibujó una pequeña sonrisa burlona.

—Eso ha sonado ridículamente cursi.

—Era un romántico repelente en mi adolescencia y los desengaños amorosos no han logrado borrar del todo esa faceta. Espero que me perdones.

Elsa rozó su antebrazo, ya que su mano seguía en su mentón.

—¿Me das un abrazo? —pidió.

Nunca jamás en su corta existencia había pedido un abrazo, pero ya tendría tiempo de sentirse estúpida en otro momento, cuando recordase el tono débil y lastimero de su voz.

Jordi la rodeó con los brazos y Elsa sintió que había algo sensual en la manera en la que lo hizo. Él también percibió ese estremecimiento.

—Los abrazos no se piden, se dan —le susurró al oído.

—No quería parecer tan melodramática como la vez que nos reencontramos.

—Preferiría que lo parecieras, siempre he creído que esas películas son las más divertidas.

Dejó de abrazarla, pero no apartó su mano de su brazo. Estiró la manga de la blusa hacia arriba y descubrió la cicatriz. La acarició con el pulgar.

—Algún día curaremos esto.

Pero Elsa no supo a qué se refería con aquello. Sin embargo, sí que se fijó en su voz, algo más rasgada, y en sus ojos, que se quedaron petrificados en la fina y extensa línea rosada, casi blanca.

—Pronto —añadió—. No alargues esto en vano.

Capítulo 30

Día 345

El viernes por la tarde de Jordi fue desquiciante. Prefería trabajar a estar sentado en su casa, esperando una llamada con una confirmación. ¿Le acabaría dando Elsa luz verde? Ni siquiera había sido capaz de enfadarse con ella después de lo que había hecho. ¿Se lo habría permitido él a cualquier otra persona? ¿Cuándo se lo confesaría ella? A veces se divertía viendo la cara que ponía cuando oía hablar de Alba y otras se sentía culpable por castigarla de esa manera tan ruin.

Al fin y al cabo, lo que Elsa había hecho fue por él.

Su madre llegó a la hora acordada. No usó la copia de la llave que tenía. Siempre que él estaba en casa prefería llamar al timbre. Le tranquilizaba la idea de saber que estaba ahí y que podría abrirle. Quería barrer de su vida el último año y centrarse en la inmensa suerte que tenía.

—¡Vaya cambio! —exclamó Elena al comprobar lo vacías que estaban las paredes—. ¿Dónde están los cuadros?

Jordi le dio un beso en la cúspide de la cabeza.

—Se los he devuelto a su legítima dueña.

—Supongo que tus motivos tendrás —insinuó su madre, arqueando las cejas dos o tres veces seguidas.

—Mira que te gusta, ¿eh?

—Tanto o más que a ti, fíjate lo que te digo.

—¿De qué estamos hablando ahora mismo?

—No te hagas el tonto, hijo, que no te pega nada con esa cara de intelectual que tienes.

Jordi abrazó a su madre mientras se reía solo como podía hacer con ella: siendo un eterno niño.

—A veces, cuando os veía juntos en el hospital, y ella se tumbaba ahí, a tu lado, en la cama, era como si solo estuvieras dormido. Parecías más sereno.

—Entonces no le importaba demasiado tener novio, ¿eh? —dijo él riendo.

—Se peleaba mucho con él por ir a verte —le contó su madre, por vez primera, mientras sacaba unas cajas de *muffins* de las bolsas que había traído.

Jordi se paró en seco y la miró dubitativo.

—¿En serio?

—Ya lo creo que sí. Pero le gustaba estar contigo. Estaba continuamente hablándote, contándote cosas, haciendo bromas. Es muy graciosa...

—A veces no lo parece.

—No es fácil para ella, sé un poco más empático, Jordi.

—Mamá, soy demasiado empático, no me hagas el lío, que otro en mi lugar habría actuado más y pensado menos.

—Pero tú no quieres hacerla sufrir.

—Creo que eso quedó claro hace tiempo.

—Ayúdala un poco.

Elena comenzó a buscar unas bandejas en los armarios bajos de la cocina.

—Pues dame alguna idea, porque ya no sé cómo.

—Quizá diciéndole abiertamente lo que sientes. Sé que demostrarlo es importante, sin embargo, en más de una ocasión necesitamos saberlo, no interpretarlo.

—Odio cuando te pones sentimental.

—No, cariño, odias cuando tengo razón.

—También.

—Y —le advirtió su madre—, ni se te ocurra decirle que te conté lo de Alba.

—Eso ya no me importa lo más mínimo.

—Lo sé, pero ella no. A eso me estoy refiriendo, ¿ves? ¿Cuántas cosas hay que tú das por sabidas y que ella, posiblemente, ignore? Sé consecuente, hijo. Y pórtate bien con ella. Sé responsable y sé...

—Mamá, seré, seré. Dame un respiro.

—Cuidado, Jordi, no vayas a hiperventilar de tantos respiros que te quieres tomar —se burló Elena—. ¿Cuándo vas a volver a verla?

—Sus padres me han invitado a comer el domingo —explicó él—. Mamá —comenzó a decir, un tanto nervioso—, no quiero entrar en esa casa de nuevo y un día, sin que nada pueda evitarlo, tener que irme. Otra vez.

Su madre asintió, alicaída.

—Creo que nunca te fuiste del todo. No pongas barreras a lo que te hace feliz, Jordi. No te eduqué así. Sus padres quieren que estés ahí.

—¿Y qué quiere Elsa?

—Yo diría que a ti —sonrió, emocionada, Elena.

—Lo dices porque eres mi madre —objetó él, como si le acabase de decir que era el niño más guapo de todo el colegio.

—Lo digo porque vi cómo te miraba, te acariciaba, te sonreía, te abrazaba y te

hablaba. Y, aunque te parezca extraño, como creo que le pasaba a ella, lo cierto es que estoy convencida de que empezó a quererte entonces.

—Ventajas de no poder hablar —dijo Jordi, intentando restarle importancia al asunto.

Quiso evitar pensar en que Elsa había estado tan cerca de él, conociéndole, cuidándole. ¿Por qué haría una desconocida eso? ¿Por qué en lo primero en lo que pensó él al despertarse fue, precisamente, en esa desconocida? Si Elsa había empezado a quererle cuando él no era él, ¿cuándo había comenzado a florecer ese sentimiento en Jordi?

—Les dije a sus padres, con toda mi desfachatez: «Estoy aquí porque me he enamorado de Elsa».

Su madre lo observó con sorpresa, pero también con orgullo.

—Ni siquiera sé por qué lo hice. Ni que estuviéramos en plena época victoriana. Te prometo que ni me reconozco. No suelo comportarme como un trastornado, ¿verdad?

A Elena le hacía cierta gracia que su hijo, ya pasados los treinta años, se comportara y sintiera como si de nuevo tuviera quince. Nunca había sido muy paciente, en ninguno de los aspectos de su vida. Y ahora, justo cuando había decidido que sería más inquieto que nunca, porque la vida se escapa en una milésima de segundo, resultaba que el destino, que en parte había escogido, le obligaba a aguardar. Por supuesto que también sufría porque no acababa de ser todo lo feliz que deseaba, pero Elena sabía, intuía quizá, que las casualidades no existen.

—¿Y qué te dijeron sus padres?

—¿Sabes lo más raro? —se quedó mirándola aún atónito al recordar la conversación—. Que parecían alegrarse.

—Aunque vosotros, los hijos, nos creáis ajenos a lo que os pasa, nosotros siempre lo sabemos todo.

—Al final va a resultar que todos lo sabemos todo.

—Menos Elsa.

—Menos Elsa.

—¿Y eso no te parece injusto? Espero que por lo menos, esta vez, le hayas dicho que te vas a presentar en su casa.

Jordi asintió. Le ponía nervioso el tono de voz que su madre adoptaba en algunas ocasiones, ya que le hacía sentir estúpido. Era un constante recordatorio de que no tenía alternativa. Siempre se acabaría equivocando mientras fuera hijo, y, por suerte, sería su hijo del principio de sus días hasta el final de los mismos.

—No creo que sea ninguna fiesta. Después de lo del otro día... —divagó él en voz alta.

Lo bueno de que su madre también fuese su persona de confianza, era que podía verbalizar sus pensamientos en cualquier momento, sin miedo a que pudieran ser utilizados para herirle.

—Está a punto de tomar una decisión muy difícil. Procura que no se arrepienta nunca.

—Mamá, con tus ánimos haces que todo parezca posible. Sobre todo lo malo —dijo él, con una pizca de sarcasmo y una dosis algo más grande de realidad, que, por cierto, le asustaba.

Elena le abrazó por la cintura como cuando era niño, solo que ahora era el triple de alto y bastante más ancho. Sus brazos se habían quedado pequeños para dar consuelo al gigante en el que se había convertido, pero Jordi apreció el gesto con la misma deferencia que demostraba a los seis años.

—Y por cosas como estas los padres no queremos que crezcáis.

—¿Por qué ya no podéis darnos abrazos en condiciones?

—Porque no queremos que sufráis.

Capítulo 31

Día 346

Aquella no era la primera vez que Hugo veía a Elsa hacer las maletas. Ella siempre sabía qué llevarse y qué dejar. Y ahora le dejaba a él. Había prescindido de su compañía, de su afecto, de su deseo, de su amor, de los años pasados, de los que podrían haber venido de haberse quedado.

Sin embargo, se iba.

¿Cuándo se habían precipitado al vacío de esa manera tan estrepitosa? Quería convertir en eternidad la última noche en la que habían estado realmente bien. Sigilarla y quedarse ambos atrapados en esa cápsula infranqueable, en la que nadie ni nada podría impedir que fuesen felices.

Y, si pensaba todas esas cosas, ¿por qué cada objeto que ella introducía en las maletas le aligeraba el pecho? Volvía una vez más el Hugo de Tailandia. Aquellos días lejos de lo que se había convertido. Ahí había sido realmente feliz. A demasiados kilómetros de distancia como para seguir preocupándose por una relación que había empezado a encadenar problemas.

No podía culparla de nada, porque por libre, sin consultarse, sin compartir ya nada, habían ido trazando sus sueños. Ya no les quedaría ni ese apartamento. Él se iba. Ella se iba. Y Hugo pensaba que solo los entes superiores a ellos podrían entender lo mucho que él la quería. Pero ahora la dejaba ir.

Hay que dejar ir a las personas que has querido verdaderamente si su felicidad ya no está a tu lado. Aunque no lo vio, no entonces al menos, con la misma madurez con la que lo contemplaría tiempo después, cuando pudiera abrazarla como lo que había sido en realidad, su primer y verdadero amor. La mujer que le había enseñado a ser un hombre, pese a que se le estuvieran olvidando las lecciones básicas de cortesía.

—Podemos repartir los recuerdos que trajimos de los viajes —sugirió ella.

Elsa los había expandido por toda la cama de matrimonio en la que habían dormido y hecho el amor tantas veces. Parecía una desgastada postal que el rey Salomón tendría que partir por la mitad. Pero ¿qué parte le tocaría a ella de la relación?

—Llévate los que quieras —murmuró Hugo desde una de las esquinas de la habitación, donde permanecía de pie, pensando, aún incrédulo.

—Siempre te gustó esta maqueta de la torre Eiffel —señaló ella—. Quédatela tú.

La dejó a un lado y continuó rozándolo todo, con delicadeza, manteniendo a raya las lágrimas. No quería llorar el último día que le viera. No habían pasado los últimos mejores meses que cualquier pareja pudiera desear, pero el último día siempre es decisivo para tu yo futuro, que buscará en él un alivio, el de saber que no se equivocó yéndose.

—Puedes quedarte los platos de África —apuntó Hugo.

Elsa le regaló una sonrisa y los metió dentro de una caja de cartón en la que escribió «frágil».

Hugo hubiese querido decirle que podía quedárselo todo, dado que, de todos modos, se llevaba consigo una parte de su vida, ¿qué importancia podrían tener dos imanes y veinte postales? Pero decirle que lo hiciera era como si admitiera que no le importaba nada de lo que vivieron juntos. Y eso sí que no era verdad.

—¿Puedes dejar eso un momento? —le pidió al ver que seguía enfrascada en la repartición de los bienes materiales que tenían en común.

Ella asintió y se quedó, con las manos vacías y los brazos colgando a sus costados, esperando lo que él fuese a decirle. A esas alturas podría ser cualquier cosa, solo deseaba que no hiciera lo posible por iniciar una discusión.

—Elsa, sé que hay muchas cosas que he hecho mal...

Comenzó a dar vueltas por la habitación, a mirar las fotografías que coronaban la cómoda.

—Cosas que ambos hemos hecho mal —corrigió Elsa.

Hugo le sonrió con ternura.

—Sí —admitió—. Pero como iba diciendo, pese a todo en lo que hemos podido equivocarnos, y sin que esto suene a esa mierda de discursos de las películas románticas, yo necesito que sigas formando parte de mi vida. No te pido que sea ahora —dijo apresuradamente al ver que ella se inquietaba—, sin embargo, necesito saber de ti. Que me escribas un mensaje o me llames alguna vez. Y que no te importe que yo lo haga.

—Siempre has dicho —le recordó Elsa sonriendo—, que no crees que dos personas que han estado juntas puedan ser amigos.

—Nosotros no somos unos cualesquiera. Podemos hacer las cosas diferentes.

—A lo mejor es un poco tarde, ¿no te parece?

—No importa si ahora lo ves así —expuso Hugo mientras se acerba a ella—, porque espero que en algún momento cambies de parecer.

Ella agachó la cabeza para pestañear y retener las lágrimas.

Hugo se había ubicado a su lado. Colocó su mano frente a ella y Elsa, sin levantar los ojos, la cogió sin mucha convicción. Entonces, después de mucho tiempo, volvió a pasar.

Ese pequeño apretón que le recordaba que no estaba sola. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tan tarde? ¿Podrían en esos últimos segundos darse otra oportunidad? ¿Se iría ella con él a Inglaterra y lo abandonaría todo?

—Hay algo que no te he dicho en todo este tiempo y que necesito que sepas. Quiero empezar bien. Quiero que esto ayude a que la alternativa de la amistad quede abierta al futuro.

—¿Qué es?

—Lo siento, Elsa. Te prometo que nunca he querido convertirte en alguien que no eres, hacerte dudar de lo que querías. Me independicé de ti, pero seguí arrastrándote conmigo.

—No me arrastraste...

Él puso tres dedos sobre sus labios para hacerla callar, como solía hacer Elsa.

—Sigo enfadado por esto. Porque no hayamos sido lo suficientemente fuertes, o valientes, o imaginativos, o lo que sea, para conseguir tener una relación más sana y un amor más duradero.

—No digas eso, Hugo. No lo hemos hecho tan mal.

Volvió a hacerle una señal para que permaneciera en silencio. Necesitaba sacarlo todo. Era, seguramente, su última oportunidad de poder ser el Hugo de antes.

—También me arrepiento de haber intentado impedirte cosas. Él me lo dijo, ¿sabes?

—¿Quién?

Hugo cerró un momento los ojos, algo que no le pasó desapercibido a Elsa. No le apetecía pronunciar su nombre, pero lo hizo.

—Jordi —tragó saliva—. Me dijo que yo no era nadie para tener que darte permiso. Me puse a la defensiva entonces, sin embargo, llevo unos días pensando que eso es lo que llevaba haciendo mucho tiempo. Te devuelvo la libertad que te quité, y te repito que lo siento, Elsa.

—No me pidas más veces perdón, por favor.

—Solo una última pregunta.

Elsa asintió.

—¿Te has enamorado de él?

Ella evitó contestar. Le dio un abrazo a Hugo y él sonrió en su cuello con tristeza.

—Entiendo.

—Llámame cuando te hayas instalado, ¿quieres? —comentó Elsa—. Hazlo cuando tú quieras. Siempre te voy a contestar, Hugo. Has sido mi prioridad durante muchos años.

—Ahora lo es otro.

Elsa negó con la cabeza, con la misma sonrisa triste que él.

—Ahora lo soy yo.

Capítulo 32

Tarde 347

Elsa se había llevado consigo gran parte de las cosas que fueron juntos, aunque aún quedaban muchas cajas de recuerdos amontonadas en las esquinas de donde ella las recogería con el paso de los días.

Hugo se sintió vacío. De pronto, era una casa sin amueblar cuyas llaves se habían perdido. ¿Encontraría otra dueña dispuesta a redecorar unos sentimientos que le hacían sentir humano?

Era humano. Lo era. Sentirse así también era una muestra de su humanidad y de lo mucho que un día quiso haber compartido la vida con Elsa. Una parte de él, en realidad, quería seguir haciéndolo. Se aferraba a la esperanza del mal sueño o a la de darse tiempo.

Tiempo, uno confuso y esquivo, que no volvería a juntarles, no al menos como quería pensar que aún se merecían. Ese quererse maldito que iba y volvía de su boca a su mente y de esta a los ojos de Elsa. Se preguntó si algún hombre había reparado alguna vez, como él lo había hecho, en la profundidad carbonífera de su mirada. ¿Lo había hecho Jordi?

No le agradó pensar en él, es más, se le puso el estómago del revés al considerar siquiera la idea de que, en ese momento y en los días siguientes, estarían juntos. Tenía tanta pena y rabia que se fundían en un único deseo, Elsa y él debían darse cuenta de que ni podían ni querían estar juntos. No era el mejor pensamiento que podría dedicarle a la mujer de la que había estado enamorado ocho años de su vida, sin embargo, se vio incapaz de sentir de otra manera. Seguía sintiéndola parte de él. Incluso un poco suya.

Dejó de lado su mal humor durante unos minutos, que dedicó a escribir en una libreta todas las cosas que debía llevarse a Londres ahora que se iba. ¿Era esa la primera vez que Elsa no le ayudaba a preparar la maleta? No recordaba una sola vez que ella no hubiese aportado su pequeño granito de arena al contenido de su equipaje, de viaje y de vida. Había dejado partir a su compañera con mucha comprensión, pero ahora resurgía el enfado de sus cenizas y no tenía muy claro que él tuviese la culpa de todo. Aunque, bien mirado, ¿lo había insinuado Elsa acaso?

«No, sabes que no», le contestó su subconsciente. «Si se ha ido así, sin alargar

la espera, ha sido para ahorraros el daño que os podíais hacer y las cosas que alguno podría decir. Cosas que dolerían demasiado porque nunca hubieseis querido pronunciarlas en voz alta. Aún, Hugo, aún os queréis».

Sí, se querían, y lo que más odiaba de todo era no poder odiarla por hacer que siguiera sintiendo cosas por ella, aun cuando nada tenía que ver ya con los sentimientos del principio o del final anterior al comienzo de Jordi. Él. Una vez más él, que había llegado a sus vidas para dejarles sin ellas. ¿Serían felices?

Lanzó la libreta sobre el escritorio y se recostó en la silla.

¿Y ahora qué?

¿Se volverían a ver alguna vez? ¿Cómo reaccionarían? ¿Un saludo murmurado? ¿Pasarían de largo sin mirarse? ¿Se alegrarían de verse? ¿Se abrazarían? ¿Seguirían viéndose después?

Vio la alianza de Elsa sobre la mesita de noche. Simbolizaba algo que no le gustaba. Esa había sido el plan B, porque el A se había ahogado en ese jarrón de hospital, el de la habitación de Jordi, ya que, como Hugo se dio cuenta con el tiempo, todo empezaba y acababa en él. La cuenta de los días llevaba su nombre, solo que ninguno de los tres habían contado lo mismo.

Elsa había contado los días que la separaban del miedo.

Hugo había contado los días que le separaban de Elsa.

Jordi había contado sus días de vida, días que le habían acercado a ella.

Y los días, de repente, se convirtieron en un año. Casi un año sin Elsa, eso fue lo que pensó Hugo mientras se acercaba a la mesilla para coger el anillo. Se quitó la cadena que llevaba colgada del cuello desde la primera comunión e hizo pasar la alianza por ella. La dejaría ahí hasta que estuviera preparado para guardarla en el recuerdo o abandonarla para siempre.

A lo mejor, un día dejaría de pesar como lo hacía entonces, ya no habría presión.

Capítulo 33

Día 347

El día anterior había sido demoledor, todo el edificio que había construido con Hugo se había venido abajo. Y ahora, en la casa de sus padres, Jordi ocupaba su sitio. No es que hubiese empezado a poner los ladrillos de la nueva casa aquel día, él ya tenía una parcela en la que había estado construyendo en silencio. ¡Y Dios, cómo le gustaba a Elsa empezar a pensar, por fin, en los colores que escogería para sus paredes y sus muebles!

Aun así, seguía notando un pequeño precipicio en la boca que le impidió dirigir más de dos palabras a los comensales. Les sonreía, les miraba, les acompañaba en la conversación con gestos y asentimientos o negaciones de cabeza. Pero no podía disfrutar. Era como si hubiese cambiado a uno por otro de la noche a la mañana.

Cuando al fin acabó la sobremesa y pudo deshacerse de los miembros de su familia, que habían centrado toda su atención y cuidados en Jordi, le agarró del brazo y se escaparon de la casa más rápido de lo que habían llegado a ella. Elsa la noche anterior, con las maletas y algunas decisiones que comunicar. Sin el anillo, que había depositado en la mesilla de noche de Jordi, junto a la torre Eiffel, antes de marcharse. Jordi aquella mañana.

—¿Y esta pasión desenfundada? —preguntó él, al ver cómo se agarraba a su mano.

Ella se paró de golpe, casi sin aliento y haciendo frente a sus sentimientos por Jordi con total honestidad. Ese era el día perfecto para vaciarse.

—Tú no lo sabes, pero ayer tomé una decisión.

—¿Y ahora podemos cogernos de la mano? —se burló él.

—Ahora podemos hacer cualquier cosa.

—¿Pero? —preguntó él.

—Pero es extraño seguir sintiéndome culpable. Es como si no hubiera reposado. No he pasado un periodo de duelo. Y sigo teniendo dudas.

—Ahora sobre mí.

Elsa siguió andando sin soltar la mano de Jordi y lo llevó hasta una pequeña aglomeración de árboles desde donde no podría verles nadie. Necesitaba intimidad para besarle como estaba a punto de hacer.

Y lo hizo, sin torpeza, aunque con la tensión de quienes lo hacen por primera vez. No recordaba haber dado un beso más largo que ese jamás. ¿Cuánto tiempo podían estar dos personas recorriéndose los pliegues de los labios?

—¿Qué llevaba la tarta de tu madre? —preguntó Jordi, riéndose, tras comprobar la efusividad que manifestaba Elsa.

Ella se apartó un poco y zigzagueó entre los árboles, obligándole a seguirla. Lo hizo. Se estaba divirtiendo como nunca. Se le había erizado la piel de todo el cuerpo ante la desestabilizadora muestra de cariño y deseo que Elsa le había demostrado. Tardaría mucho en volver a pensar con claridad.

—Jordi, es normal que me surjan dudas, ¿no te parece? Tú, sin embargo, pareces confiar ciegamente en mí, en que voy a tomar las decisiones acertadas en todo momento. Pero yo no sé nada de ti —advirtió.

—Sabes más que la mayoría. Y lo que no sepas puedes preguntármelo.

—No puedo empezar esto así. Necesito ser sincera. Te vas a enfadar y seguramente me odies. Por eso te he besado primero, por si no volvía a tener oportunidad.

—¿Tan malo es? —preguntó Jordi, que estaba haciendo trampas, ya que él sabía a qué se estaba refiriendo.

Elsa se quedó quieta y sacó del bolsillo interior de su abrigo una desgastada fotografía en blanco y negro y se la tendió a Jordi. Este la cogió y entreabrió la boca. Eso sí que no se lo esperaba.

—Es Alba —susurró—. ¿Por qué tienes esta fotografía?

Una joven Alba, sentada en el banco de un parque, sonreía a la cámara.

—No sabía que era ella hasta el otro día. He guardado durante años todas las fotografías que he hecho. Se la hice cuando yo tenía diecisiete. En el parque de aquí, del pueblo.

—Ya tenías muy buena mano —dijo él, sin apartar los ojos de aquel semiretrato.

—No había visto antes a Alba, pero sí que sabía de ella, Jordi.

Él calló.

—Tu madre me habló de ella en el hospital, aunque por aquel entonces era una chica sin nombre. —Tomó aire, comenzaba a sentir los ojos acuosos—. Pensaba mucho en ella en esos días. Cómo sería, dónde os habrías conocido, por qué no estaba ahí, contigo. Y no obtenía ninguna respuesta. Cuando eso sucedía, lo olvidaba durante algunos días.

Jordi se había apoyado contra el tronco de uno de los árboles, ya no miraba a la Alba del pasado, sino que escuchaba a Elsa hablar sobre ella, sobre los días

que habían compartido en el hospital y que él, por desgracia, no podía recordar.

—Entonces, un día estaba tumbada a tu lado. Fue el día que moví la cama, ¿sabes? Cuando Federico me reprendió. Sé que te susurré algo al oído, aunque ya no recuerdo qué. Solía decirte muchas cosas por si alguna surtía efecto en ti. Y ese día hubo una reacción. Fue como si te recorriera un escalofrío. Pensé... Pensé que, si ella hubiese estado ahí, habría logrado más.

—Ella no es Dios —fue lo único que dijo Jordi.

—Lo sé. Pero no me paré en la idea, Jordi.

Elsa miró hacia otro lado, no podía enfrentarse por más tiempo a su mirada inquisidora.

—Le pedí ayuda a tu madre y... Yo ya había estado en tu apartamento antes de que me invitaras oficialmente. Y, por alguna razón, encontré las postales.

—Imagino que porque buscaste —expuso él.

Elsa asintió.

—Y junté los cuadros. Fue en ese momento, al ver el cuadro en su totalidad, cuando recordé el día del accidente y lo que me habías dicho.

Jordi frunció el ceño porque no recordaba que su madre le hubiese contado nada de eso.

—Estabas tumbado y mirabas al cielo. No sé si te acuerdas.

Él negó.

—Y me preguntaste: «¿Has visto cómo llueven las flores?». Cuando recordé esa pregunta y cuando vi que ella, Alba, te lo había escrito en una de sus postales, la duodécima, pensé que era relevante. Habías estado a punto de morirte y el último recuerdo que había ido a visitarte había sido ella. Por eso... yo...

—¿Tú qué? —preguntó Jordi.

—Yo fui a buscarla, Jordi.

La parsimonia que estaba demostrando Jordi, lejos de tranquilizar a Elsa, la ponía en el apuro de creer que, no solo la odiaría ese día y los siguientes, sino siempre. Parecía un hombre totalmente diferente, silencioso, nada sorprendido.

—¿Y la encontraste?

—Sí, pero no la vi... Solo vi a su marido y a su hijo.

Jordi asintió como si aquello no fuese una información desconocida para él.

—Después volví a casa, guardé las postales en su sitio y ese día en el hospital te prometí que nunca más rebuscaría en tus recuerdos. Así que he procurado no preguntarte y no saber. Pero no puedo. ¿Cómo voy a estar con alguien del que sé tan pocas cosas?

—¿Qué quieres saber? —preguntó Jordi con tono monocorde.

Elsa pareció desconcertada con la permisividad que le estaba ofreciendo Jordi. Le estaba dando carta blanca.

—Pues quiero saber cómo fue tu infancia, cómo era tu padre, por qué estudiaste Medicina, de dónde venías el día del accidente, quién es Alba.

—Quisiera contestarte otro día, si no te importa, Elsa.

Se alejó del árbol y le dio un apretón en el hombro.

—Creo que me voy a casa.

—Pero... ¡Espera! —gritó al ver que verdaderamente recorría el camino de vuelta.

Le pareció que dedicaba un segundo a mirar el sitio en el que se habían besado, pero siguió avanzando cada vez más rápido. Llegó hasta su coche.

—Jordi, espera, por favor. Escúchame. Lo siento mucho. No tenía que haberlo hecho.

Abrió el coche con el control remoto y entró, se puso el cinturón.

—¿No vas a decirme nada? ¿Te vas sin más?

—Dale las gracias a tus padres y discúlpame con ellos.

—Lo siento —insistió ella.

Pero Jordi no añadió nada, arrancó el coche lo más rápido que pudo y se fue.

No esperaba reaccionar así; no, porque estaba preparado para escuchar parte de la confesión. Sabía que Elsa había estado en su casa, que había buscado entre sus cosas, que había leído las postales, que había ido a buscar a Alba y que regresó sin ella. Pero no recordaba haberle preguntado aquello. Eso le había pillado desprevenido.

La vida, mucho más intensa que nosotros, nunca se puede planear.

Estaba huyendo porque, sin más, se había asustado.

Elsa entró en casa dando un portazo. Gregorio salió al rellano y la vio llorando.

—¿Qué pasa, hija?

—Que lo he estropeado todo, papá.

Se dirigió hacia las escaleras antes de que su madre pudiera interceptarla.

—Pero si has salido quince minutos, no te ha dado tiempo.

—No ahora, papá.

Elsa se limpió los ojos, pero fue en vano.

—Lo estropeé antes de que pudiera empezar siquiera.

Capítulo 34

Día 353

Los días de Elsa se convirtieron en silencio, trabajo y un poco más de silencio. También pasaron a ser búsqueda de piso e incesantes llamadas y mensajes a Jordi, a los que contestaba Elena. Esta intentaba consolarla y hacerla entender que era pasajero, que todas las aguas vuelven a su cauce tarde o temprano y que si él había decidido estar solo en ese momento era para poner en orden sus pensamientos.

Pero Elsa ya no creía en nada.

Fue cuando empezó su luto. Un luto por una relación que se había acabado, un luto por la otra relación que no había empezado. Encerrada en sí misma y en su habitación, se dedicaba a mendigar el cariño que le ofrecía su edredón por las noches y el café por las mañanas.

Sin contacto con el mundo exterior. Salvo el imprescindible.

Gregorio la obligaba a salir, pero cuando se distraía, ella ya se encaminaba hacia la casa.

Eva le suplicaba que viese a sus amigos, sin embargo, recibía la misma contestación que su marido.

Ángela, que no sabía cómo evitar pasarse por el pueblo, también había estado al pie del cañón. ¿El resultado? Ella también se había ido deprimida después de pasar unas horas con Elsa.

Hasta que una tarde se puso unos vaqueros y un jersey y cogió las llaves del coche.

—Voy a la ciudad.

—¿A estas horas?

—Tengo algo que hacer.

Esas cuatro palabras fueron las únicas que dijo antes de conducir durante hora y media para llegar al hospital. Elena le había dicho que Jordi no trabajaría esa noche, así que solo esperaba que Alba sí que lo hiciera.

Aparcó en el primer sitio que encontró y, hecha un asco como estaba, entró en el hospital con decisión. Preguntó por la doctora y una enfermera muy poco amigable la hizo llamar.

Alba apareció diez minutos después con las manos en los bolsillos de su bata.

—¡Elsa! Pero ¿qué haces aquí? —pareció sorprendida.

—Quería hablar contigo un momento. Si no puedes hoy...

—Claro que sí. Ven, vamos. Tienes cara de necesitar un café.

Elsa sonrió.

—Créeme, un café es lo último que necesito. Sería el quinto de hoy.

—En ese caso, un zumo —propuso Alba, que le pasó el brazo alrededor de los hombros.

No debería haberse sentido confortada por la compañía de la mujer de la que había estado enamorado el hombre del que ella se había acabado enamorando. Pero así es la vida. Incongruente.

Fueron a la cafetería del hospital, donde Alba la invitó a un zumo y algo de comer, que Elsa aceptó a regañadientes.

—Alba, tengo demasiadas cosas que decir y creo que poco tiempo.

—Me gustan los resúmenes detallados —dijo Alba, dándole un sorbo a su café.

Alba era toda amabilidad.

—Te saqué una fotografía hace ocho años, en un parque. Tú me regalaste unas castañas, no sé si te acordarás.

Alba permaneció un momento pensativa, hasta que recordó aquel día. Sonrió y asintió.

—Me pareciste una chica curiosa, pero ¡qué casualidad que nos encontremos ahora! ¿No te parece? —comentó alegre.

—En realidad, nos volvimos a encontrar indirectamente hace unos meses.

—¿Cómo?

—Encontré tus postales en el piso de Jordi, mientras él estaba en coma, y fui a buscarte. Pensé que tú le ayudarías a mejorar y...

—¿Mis postales?

—Y los lienzos.

—Sí, me los devolvió hace poco —le explicó, sin alterarse lo más mínimo.

—No hice bien, Alba, y no sé cómo arreglarlo.

—¿Qué tienes que arreglar? —preguntó sin comprender.

—Se ha enfadado mucho, porque hice aquello. Tú le conoces más que yo, ¿qué puedo hacer? No quiere ni hablar conmigo.

Sonaba tan desesperada que hubiese querido que alguien la abofeteara.

—Pero ¿por qué se iba a enfadar si él ya lo sabía?

—¿Cómo?

Fue Elsa la sorprendida en esa ocasión. Alba tampoco se quedaba corta.

Intentaba entender la situación, pero no veía la lógica a lo que Elsa le contaba por ningún parte. Ni el orden.

—Él ya lo sabía, se lo contó su madre. Estaba esperando a que se lo contaras tú, pero no estaba para nada enfadado. Y yo tampoco, si eso te preocupa.

—Pero entonces...

Elsa estaba confundida.

—Tuviste que decirle algo más, Elsa. Piensa.

—Le dije... que me había preguntado algo el día del accidente. Tú lo escribiste en una de tus postales.

—¿Qué cosa?

—«¿Has visto cómo llueven las flores?».

Alba, sin dejar de sonreír, con sus encantadores ojos miró a Elsa con ternura. Había muchas cosas que ella no sabía y que merecía saber. Entendía lo que debía de sentir ante la incertidumbre de que él no le hubiese contado nada y de que ella no pudiera imaginarlo.

—¿Quieres que te lo cuente? —le preguntó como quien le desvela un secreto capital a un niño.

—Por favor.

Alba asintió, conmovida por la especial preocupación de los ojos negros de Elsa.

—Conocí a Jordi en Venecia, hace ya bastantes años. Era primavera y yo me había ido por primera vez de viaje con mis amigos. ¡Toda una experiencia! Pero no te aburriré con detalles insignificantes. Chocamos mi segunda noche ahí, en medio de una calle estrecha, justo donde hacía esquina. Nunca he sido especialmente enamoradiza, pero es que, en esa ocasión, colisioné con esa extraña sensación de que hay alguien en el mundo que puede conocerte mejor de lo que te conoces tú.

»Creo que él sintió algo similar. No era, en aquella época, tan afectuoso como ahora. Pero al final convencimos a nuestros amigos para juntarnos y realizar el resto del viaje juntos. Aunque solo nos importaba pasar unas cuantas horas acompañados el uno del otro. No quería pensar en cuando todo acabara. Pese a que a la vuelta estábamos más cerca de lo que cabía esperar.

»Un día, el penúltimo, nos distrajimos lo suficiente como para alejarnos de nuestro grupo, y acabamos deambulando por las calles de un pueblo en el que no habíamos estado, balbuceando en un idioma que no hablábamos con corrección y aprovechando las últimas horas. Me fascinaba su sinceridad. No sé si te pasa a ti. Es de esa clase de personas únicas que te ponen la vida del revés, la mayoría

de las veces para bien.

»Continuamos buscando a alguien que supiera indicarnos sobre el mapa cómo salir de ese laberíntico espacio al que habíamos ido a parar. Pero entonces vimos algo lo suficientemente hermoso como para pasar por alto todo lo que hasta el momento nos había parecido importante.

»Teníamos frente a nosotros un paseo de unos cien metros de largo. A un lado y al otro estaban cuidadosamente plantados un centenar de árboles en flor. Los del cuadro. Vi algo en Jordi mirando aquello que aún hoy sigo sin saber explicar. Creo que ni siquiera él lo sabe. Fue como si se le abriera el Universo.

»Entonces una de las ancianas que había permanecido en silencio, sentada en las escalinatas de su casa, se acercó a él. Yo le pasé inadvertida. Se chupó el dedo índice y lo levantó. Solo había visto hacer eso en las películas.

—Es para atrapar el aire —le explicó a Jordi en un perfecto castellano—. Espera un poco más. No apartes los ojos de los árboles.

»Él le hizo caso y yo a medias. Mis ojos iban de los árboles a él. Todas esas pequeñas flores amarillas y naranjas no eran mejores que él. Al menos para mí.

»Entonces sopló una brisa suave. Yo tenía una cámara fotográfica, así que immortalicé aquella lluvia inigualable. Aunque mi mente no era especialmente metafórica, no voy a adueñarme de esa comparación. Fue la mujer la que lo dijo.

—¿Has visto cómo llueven las flores?

»Jordi asintió a la pregunta, pero él ya estaba demasiado lejos de ahí. Había descubierto algo que a mí me estaba pasando por alto. En aquel momento, la mujer añadió algo más antes de volver a su casa, con una sonrisa triunfante en la cara.

—Cuando quieras a alguien de verdad, esto te parecerá insignificante y te acordarás de este instante.

A Elsa se le había encogido el corazón y respiraba con cierta dificultad. De nuevo se estaba ahogando. Acababa de asistir a una confesión que no esperaba, aunque aún quedaban algunas aclaraciones que Alba puso rápidamente sobre la palestra.

—Al día siguiente nos íbamos. Intercambiamos los números de teléfono y las direcciones, y estuvimos llamándonos un tiempo. Hasta que poco a poco fuimos dándonos cuenta de que no avanzábamos. Pero yo no podía rendirme. Así que se me ocurrió la estúpida y romántica idea de reproducir esa fotografía y enviarle una postal cada vez. Y en la última de ellas, me armé de valor para hacerle la pregunta. No obstante, igual que no había contestado a las anteriores, tampoco lo hizo a esa.

»Un tiempo después, me casé y decidí invitarle a la boda. Vino, algo que no me esperaba, y retomamos el contacto. Estuvo en el bautizo de mi hijo. Nunca hablamos de esa declaración de amor. Hasta hace unos días, cuando apareció en mi casa con todos los lienzos perfectamente guardados en una caja. Me parece que era su manera de despedirse.

—Los ha tenido colgados en las paredes de su apartamento todo este tiempo, Alba.

Esta colocó la mano con la palma hacia arriba encima de la mesa. Elsa dudó al principio, pero al final la colocó sobre la suya.

—No era a mí a quien quería recordar, Elsa. Era esa imagen.

—Estoy muy confundida ahora mismo.

—No me extraña.

—¿Tan bonito era aquello en la realidad como para acordarse antes de perder el conocimiento, al borde de la muerte?

Elsa asintió sonriendo y le apretó la mano con un poco más de fuerza.

—Me parece que ese era el pacto, acordarse de ese momento cuando verdaderamente él quisiera a alguien.

Elsa permaneció en silencio y analizó aquellas palabras. Después negó con la cabeza.

—¿Cómo iba a quererme a mí si no me conocía?

—Tal vez, para él, lo que había conocido en esos minutos fue suficiente.

—O quizá se estaba muriendo y eso solo era un síntoma.

Alba rio a carcajadas, llamando la atención de todos los presentes.

—Es otra manera de verlo, pero te aseguro que él no había vuelto a repetir esa pregunta en todos estos años. Algo tiene que significar. Y es evidente que ahí tienes tu respuesta a su extraño comportamiento.

—Sigo sin entender nada.

—Pues no lo pienses, simplemente confía.

Alba echó la silla para atrás y Elsa la imitó. Había discernido un poco de melancolía en sus ojos al hablar de esos días pasados, pero agradecía la deferencia que había tenido para con ella al hacerla partícipe de algo que no la atañía.

—Y, por cierto —le dijo Alba mientras le sostenía la puerta para dejarla pasar—, ¿qué le contestaste cuando te lo preguntó?

Elsa se mordió una uña nerviosa.

—Que no eran flores, sino copos de nieve.

Capítulo 35

Día 359

Las semanas pasaban cada vez más rápido, se desintegraban los días y Elsa cada vez estaba más convencida de que nunca volvería a saber nada de Jordi. Ella también se había rendido y detenido el tiempo nuevamente. ¿Cómo pasar por alto todo lo que le había contado Alba?

Alba ya no era la chica de las flores.

Ahora ella, Elsa, lo era. Aunque paradójicamente, era más cosas.

Era la chica de la nieve.

Era la chica del lago.

Era la chica que vivía en su antigua casa.

Era la chica que le había salvado la vida.

Era la chica que había velado por sus sueños.

Era la chica que nunca vería las flores llover, porque había visto los copos de nieve caer, definidos, perfectos. Había contemplado el cielo abriéndose ante ellos, aquel día frente al lago. Ella tenía su particular lluvia de flores, lo más hermoso que vería. Pero entonces había vuelto su mirada hacia Jordi y se había perdido en sus ojos verdes. Y recordó los copos y se le asemejaron inhumanos, porque sintió algo más que la majestuosidad de la naturaleza en sus pupilas negras, brillantes.

Y ahora, después de todo, podía definirse con una sola palabra.

Ella era Elsa.

Elsa.

Ni la chica que subía a lo alto de los muros, ni la que miraba la vida del revés, ni la que se había enamorado de Hugo, ni la que se había echado la mochila a la espalda y recorrido países de tres continentes en pocos años. Ni siquiera era la chica que había propuesto aquel proyecto del jardín botánico al comienzo de su carrera profesional.

Pero tenía que ser algo, alguien. Todos lo somos con respecto a otro algo o alguien.

Seguía siendo hermana, hija, nieta, amiga, fotógrafa, mujer.

Y seguía pensando en copos de nieve y flores en el enclave misterioso que se empieza a formar entre el final del invierno y la incipiente primavera, en el que a

duras penas hay flores y muy pocas veces continúa cuajando la nieve.

—¡Elsa, baja! —la llamó su hermano, que había ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres.

Ante las voces que daba, no le quedó más remedio que hacerle caso, abandonar su letargo y dirigirse escaleras abajo, hacia el foco de ruido que le desvelaba el punto exacto en el que se encontraba Manuel.

—El cartero ha traído esto para ti.

Le entregó un sobre blanco que llevaba su nombre y dirección. Miró el remitente, pero no había.

Rasgó el sobre y extrajo un billete de tren.

—¿Qué es eso? —preguntó su hermano.

Ella lo examinó con cuidado. Era para aquella misma tarde. El destino le era desconocido. No había ninguna nota, ninguna explicación. Pensó en las absurdas películas que había visto durante toda su adolescencia y parte de su vida adulta. Ahora era cuando rompía el billete por la mitad y renunciaba. Aunque, ni de lejos, fuese eso lo que quería hacer.

Manuel inspeccionó el andén, la hora de salida, el destino.

—Está al sur. Es un pueblo costero.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque he estado. Es famoso por sus calas.

—En invierno, en ese caso, dudo que sea famoso.

—Cuando las veas, cambiarás de opinión —comentó él, que continuaba dándole vueltas al billete.

—No creo que deba ir.

—Pues yo creo que sí —dijo su padre, que había estado escuchando la conversación desde el pasillo.

Elsa lo miró confundida. ¿Cómo podría seguir pensando que Jordi era un buen partido cuando no había tenido ni la decencia de llamarla? No pudo guardarse esa pregunta, así que la formuló en voz alta.

Gregorio miró hacia otro lado, intentando evitar su mirada.

—En realidad, ha llamado todos los días, Elsa. Para saber cómo estás.

—¿Qué?

Su padre asintió, sintiéndose culpable por haberle ocultado esa información a su hija a petición de quien, en realidad, no dejaba de ser un desconocido. Pero él y su mujer habían llegado a la conclusión de que era más fácil si procuraban que fuesen ellos solos los que acabaran reconciliándose, a su manera.

Que Elsa se había ido enamorando de Jordi no era ningún secreto para sus

padres. Se le notaba desde antes incluso de que ella misma comenzara a darse cuenta. Si bien habían optado por darle tiempo, Gregorio empezaba a pensar que era un buen momento para darle un empujón, porque, de otro modo, su hija parecía dispuesta a quedarse esperando una máquina del tiempo que no llegaría nunca.

—¿Por qué no preparas una pequeña maleta? —sugirió.

—Porque no me voy a subir a un tren como si nada hubiese pasado. Ni siquiera me ha explicado por qué se comportó como lo hizo. Supo todo ese tiempo lo que yo había hecho y me dejó cargar con la culpa —explicó.

—No lo hizo bien, pero tú tampoco al inmiscuirte de aquella manera.

—Eso ya lo sé, papá. Por favor, no vengas ahora a sermonearme.

—Tu padre —apuntó Eva desde lo alto de la escalera—, te sermoneará lo que haga falta, ¿has entendido?

—Pero ¿qué os pasa? ¿No se supone que tendríais que estar de mi parte?

Ninguno de los tres dijo palabra ante esas preguntas acusatorias. Por supuesto que la apoyaban a ella, por eso mismo actuaban como lo hacían, porque estaban cansados de verla en la cama, mirando por la ventana como si ya no le quedaran cosas por las que esforzarse.

Por eso y porque le quería y no se atrevía a decirlo en voz alta.

—Si no quieres ir, no vayas —dijo su hermano, al final.

—Gracias —contestó ella, sarcástica.

Gregorio y Eva miraron al pequeño de sus hijos preguntándose por qué no llevaba a término el plan trazado.

Manuel pasó por alto las miradas de sus padres y se fue hacia la puerta.

—Pero ¿estás segura de que no te arrepentirás nunca?

—Tendré que arriesgarme —dijo decidida.

Después se fue a su habitación, dejando el billete encima de la mesa del comedor.

Había estado yendo detrás de la gente durante mucho tiempo. Se había prometido que ese tiempo era para ella. Merecía comenzar a desintoxicarse. Estaba cansada de tener que estar continuamente demostrando cosas a los demás. Deseaba por una vez que fuesen otros los que tomaran los trenes en dirección a donde estaba ella. Literal y metafóricamente.

Y, aun así, pese a que intentaba convencerse de ello, la martirizaba saber que tenía una oportunidad y que no la aprovecharía.

Intentó mantener la mente ocupada el resto de la mañana. Tenía todos sus álbumes de fotografía, alrededor de cuarenta, esparcidos por el suelo de la

habitación. Fue contemplando viejas y recientes instantáneas. Algunas la hacían sonreír y otras le ofrecían ideas para próximos proyectos.

De entre las páginas de uno de los más recientes, cayó una que no había olvidado, pero que hubiese preferido no encontrar. La primera y única fotografía que tenía de Jordi. ¿Por qué el destino parecía estar en su contra? No hacía más que encontrar recordatorios de que él ya se había hecho hueco en su vida y ella no podía desahuciarle.

Cogió su teléfono. Ojalá le contestase, porque necesitaba hablar con él.

Pero saltó el buzón de voz.

Estuvo dos segundos petrificada, sin embargo, habló al final.

—He recibido el billete, aunque no sé qué significa, por eso quería decirte que no iré. Una vez me dijiste que no tenía que hacer preguntas, que las respuestas llegaban mientras hacíamos cosas. —Cogió aire—. Nunca te gustó ponerme las cosas fáciles. Ni el día del accidente, ni en el hospital, ni siquiera cuando te despertaste pensaste en mí. Y, lo sé, puede que yo tampoco haya encontrado el modo más sencillo de que esto fuese bien. Me disculpo de nuevo por haber creído que algo me daba derecho a hacer lo que hice. Aunque eso tú ya lo sabías. De nuevo no me lo pusiste fácil. Me quedan unos pocos segundos antes de que el buzón se llene, por eso solo te diré lo que tú aún no te has atrevido a decir. Te quiero, Jordi, pero no me esperes esta noche.

Oyó el pitido justo a tiempo. Parecía haber medido sus palabras para que cupiesen en ese minuto. El minuto más intenso de su vida. Le acababa de decir las dos palabras mágicas que no sabía si llegaría a escuchar.

Apenas comió ese día. Sabía que sus padres estaban pendientes de sus reacciones y esperaban que cambiara de idea, aunque sabían que no lo haría, porque era de esa clase de personas que cuando toman una determinación la acatan hasta el final, con todas las consecuencias. ¿O no?

Elsa pensaba en lo que le había preguntado su hermano mientras removía los espaguetis. ¿Se acabaría arrepintiendo de no hacer algo tan sencillo como subirse a un tren e ir en busca de algunas aclaraciones? Puede que al fin Jordi estuviese listo para contarle las cosas que prefirió ignorar cuando se vieron por última vez.

Había llegado a su vida como una ráfaga y había salido de ella de la misma manera. Lo peor era que necesitaba que estuviera cerca de ella para que se le pasara el frío y también la ansiedad.

Justo cuando extendió la mano para coger un panecillo, le vibró el teléfono en el bolsillo de los pantalones. Una, dos, tres... Era una llamada, no un mensaje.

—Perdonad —dijo extrayendo el móvil y alejándose de la mesa.

—Sí —contestó.

—Supongo que me merezco, después de todo, que me digas que no vas a darme una oportunidad —escuchó que decía Jordi al otro lado.

Siempre había otro lado.

—¿Esto es una oportunidad? —preguntó ella.

—Una parte de mí tenía la esperanza de que dijeras que sí al billete —confesó.

—¿Después de no saber nada de ti durante semanas? No has sido capaz ni de contestarme a un mísero mensaje, Jordi.

—Estás enfadada.

—No hace falta ser un genio para darse cuenta. Te fuiste de mi casa sin despedirte y encima, no sé cómo, has puesto a mis padres en mi contra —dijo ella, sabiendo en el fondo que eso no era del todo cierto.

—Esa no era mi intención, te lo prometo. Necesitaba algo de tiempo.

—Espero que ahora lo tengas todo mucho más claro que antes.

—Ya lo tenía muy claro desde el primer momento, pero ¿cómo podía decirte tantas cosas de repente? Hubo algo de lo que dijiste que no esperaba...

—Claro, porque el resto de las cosas las sabías de primera mano.

—No quiero que hablemos de esto por teléfono.

—No voy a ir al pueblo, no intentes convencerme —dijo ella, rotunda.

Jordi guardó silencio al otro lado del teléfono. Lo había estropeado todo en cuestión de días. Ella había tenido razón en su mensaje. Nunca le había puesto las cosas fáciles. Había convertido su último año en una locura inexplicable en la que él parecía haberse transformado en epicentro del desastre.

¿Y ahora pretendía arreglarlo todo con un billete y una escapada? Al pensar en ello, le pareció incluso estúpido. Pensó que, tal vez, habían cambiado las tornas y ahora era Elsa la que necesitaba tiempo. Él ni siquiera había sido capaz de contarle una mínima parte de su vida. Seguían siendo unos desconocidos que, de forma misteriosa, se querían.

—¿Estás ahí, en el pueblo? —preguntó ella, mostrando un poco del interés que había fingido no tener.

—Sí.

—Estabas muy convencido de que iría —murmuró más para ella que para Jordi—. ¿Por qué has elegido ese pueblo en concreto y no otro? ¿Es porque sus calas son famosas?

Jordi tragó saliva. Esa podía ser una ocasión perfecta para hacer buen uso de la sinceridad que tanto habían criticado de él algunas personas.

—Porque me preguntaste por mi padre y mi infancia, y solía veranear aquí con mi familia. Por eso. —Él emitió un suspiro que no quería que sonase lastimero, pero que, sin embargo, lo fue—. Tal vez podamos estar aquí juntos en otra ocasión.

—Tal vez —sonrió ella.

Jordi se despidió sin pizca de entusiasmo y no contestó a esas dos últimas palabras que Elsa le había dejado en el buzón de voz, pero aun así ella se plantó frente a su hermano, que estaba solo en el salón, y le dijo.

—Ya me estoy arrepintiendo.

Capítulo 36

Tarde 359

La estación parecía una colmena de gente desorientada. ¡Qué poco le había durado la decisión! Había sucumbido al impulso de continuar nadando a contracorriente por Jordi. Solo deseaba que mereciera la pena tirarse de cabeza, precipitarse, sin saber si había agua al otro lado.

Cuanto más pensaba en ello, menos claro tenía si estaba haciendo lo correcto. Pero tenía que ir a buscar una respuesta. Jordi parecía estar acostumbrado a pasar por alto las declaraciones de las mujeres a las que decía querer. Pero ella no era cualquier mujer.

Pensaba en todas las cosas que iba a decirle cuando llegara al pueblo, donde por cierto no la esperaba en la estación ahora que le había dicho que no iba. Le avisaría al llegar, porque no sabía hacia dónde ir. Se instaló en el asiento de la ventana y se quedó mirando al andén vacío que había justo al lado.

La gente seguía embarcando sin prisa, riendo, susurrándose secretos. Se sintió un poco más sola al ver que el resto de personas iban acompañadas. Por eso, una vez más, volvió su mirada hacia el exterior.

Tembló un poco el cristal, lo que significaba que otro tren se aproximaba. En efecto tardó poco en aparecer ante los ojos de Elsa. Se detuvo en paralelo al tren en el que estaba ella.

Elsa había bajado la mirada a su regazo, pero algo la obligó a mirar una vez más a su izquierda. Alguien que gesticulaba. Abrió más los ojos cuando vio a Jordi haciendo aspavientos desde el otro tren.

El de Elsa ya estaba preparado para irse. Las puertas cerradas.

Él le preguntaba con los hombros encogidos qué estaba haciendo, y ella se lo explicaba en voz alta, como si pudiera oírle. Jordi no, pero el resto de pasajeros sí.

El tren comenzó a moverse y Elsa, que estaba de pie, se vio impulsada hacia el asiento. Lo último que vio fue a Jordi reírse a carcajadas. Ella también lo hizo.

Condenadas casualidades.

Sonó su teléfono y contestó:

—¿Qué estabas haciendo en ese tren? —preguntó Elsa, sin saludarle.

—Eso debería decir yo, ¿no? Me dijiste que no te esperara esta noche, así que

he venido a buscarte.

—Esto es surrealista —se rio Elsa, algo que no pasó inadvertido a la señora que se había sentado a su lado—. ¿Y qué hacemos ahora?

—Cogeré el próximo tren. ¿Por qué no me has dicho que al final irías?

—No lo sé, supongo que quería darte una sorpresa.

—Y me la has dado.

—¡Tú a mí también!

Ambos rieron. Parecía que se aflojaba un poco la tensión contenida.

—Escucha, llamaré a un amigo para que vaya a recogerte. Te llevará a la casa. Tiene una copia de las llaves.

—¿Y tú cuándo llegarás? —preguntó ella.

Jordi se armó de valor y le dijo, mientras el hermano de Elsa, con el que se había cruzado, le observaba:

—Espero que no demasiado tarde para decirte que yo también te quiero.

—Jordi... —susurró ella.

—No, nada de planificar cosas, que mira cómo salen. Vamos al meollo de la cuestión. Aquí y ahora.

Elsa sonrió ante la seriedad que había adoptado la conversación.

—¿Soy un poco imbécil? Sí, no te lo niego. ¿Obtuso, cerrado, ilegible en ocasiones? Tienes razón. No puedo decir lo contrario. ¿Podría haber hecho las cosas de otra manera, sin complicarlas tanto?

Se alejó un poco de Manuel, necesitaba un poco de intimidad.

—Sí, también. Pero si hay algo en lo que considero que no me he equivocado es en haber esperado a decirte que, por alguna extraña razón, te quiero.

—Extraña razón, ¿eh?

—Y no me lo he callado porque no lo tuviese claro —siguió hablando Jordi, ignorando su comentario—, creo que fue porque me asustó lo claro que lo tuve. Desde el primer momento. Desde el instante en el que te hice esa extraña pregunta. Es una historia larga, que tengo intención de contarte. Hay tantas cosas que quiero contarte y que no voy a esperar a que me preguntes...

—Vamos a entrar en un túnel —fue lo único que Elsa dijo.

—Nos vemos en unas horas.

—Esto solo nos podía a pasar a nosotros, ¿verdad?

Antes de perder la cobertura, escuchó que Jordi le decía:

—¿Y no te parece increíble?

Y tanto que se lo parecía. Una serie de catastróficas casualidades que la habían llevado a estar sentada en ese tren, sonriendo como una estúpida, contagiando su

buen humor a la mujer que estaba junto a ella.

Ahora sí que no podría volver a limitarse a esperar. De nuevo estaba en movimiento, ¿o solo era el latido de su corazón, que había vuelto a la vida después de un sueño profundo? Sea como fuere, había saltado de nuevo a un tren en marcha y había tenido la suerte de no perderlo.

Ella, que quizá sí que continuaba siendo la chica que se subía a los muros, a los tejados, a los árboles.

Ella, que ya no tenía tanto frío. La misma que llevaba casi un año contando los días que la separaban de una pregunta que se había quedado paralizada en el recuerdo y que, sin más, estaba recuperando la movilidad.

¿Has visto cómo llueven las flores?

Elsa pensó en cuántas personas más, en ese mismo momento, se estaban haciendo esa pregunta.

¿Había alguien más en el mundo que hubiese visto las flores llover?

El resto del viaje convino que era mejor pasarlo sin seguir analizando cada minuto de los últimos meses. Habían pasado demasiadas cosas como para aferrarse a ellas. Tal vez fue con esa revelación cuando Elsa se dio cuenta de por qué Jordi era de esa clase de hombres que prefieren cerrar etapas para vivir otras sin que las anteriores le influyan en las decisiones presentes.

—Parece que la vida te ha sonreído hoy, ¿verdad? —le preguntó su compañera de asiento.

—Sí —contestó Elsa, con entusiasmo.

—Eres afortunada, entonces.

—Creo que lo soy —afirmó ella, mirando por la ventana, que volvía a mostrarle el paisaje que había camuflado el túnel—. Lo soy.

Capítulo 37

Mañana 360

Al abrir los ojos le vio sentado a los pies de la cama.

Cerró los ojos un instante, confundida. Intentó poner en orden lo ocurrido el día anterior. Recordó el cruce de trenes, la llamada, la sinceridad de Jordi, el viaje hasta el pueblo, ella yendo a la casa. Le había estado esperando durante varias horas, pero al final debía de haberse quedado dormida, ni siquiera se había cambiado.

Notó una caricia en el muslo y volvió a la realidad. Clavó la mirada en Jordi, que le sonría con dulzura.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

Elsa se encogió de hombros. Suponía que sí que había dormido bien, se notaba descansada, pero no estaba del todo segura de que el descanso tuviera que ver solo con el sueño o con todas las cosas que habían sucedido en las últimas semanas y de las que ahora se sentía liberada.

—Llegué muy tarde. Se retrasó el tren —le explicó Jordi.

—No pasa nada —comentó ella.

Se miraban a tientas. No querían apartar los ojos de sus propios ojos. No habían vuelto a verse ni tocarse desde el día que Jordi había salido corriendo. Hacerlo ahora les hacía sentir un tanto incómodos. Habían confesado que se querían, sin embargo, era necesario recuperar parte de la complicidad que habían logrado trazar en los meses previos.

—¿Desayunamos? —sugirió él.

Elsa se incorporó un poco y su melena rubia se arremolinó alrededor de sus facciones. A Jordi le pareció una imagen tierna y sugerente a un mismo tiempo.

—¿Café o...?

—Café no. Algo dulce —pidió mientras se ponía de pie.

Dio un paso hacia él. Se moría por besarle, pero sabía que aún debían hablar. Jordi refrenó también el impulso.

Se encaminaron hacia la cocina y Elsa, aprovechando que iba dos pasos por detrás de Jordi, se centró en su espalda, amplia, y en aquel jersey que reconocía. Era el que llevaba puesto la primera vez que se habían visto después de que él despertara del coma.

Le dolió algo debajo de las costillas.

Dio un par de zancadas al frente y le alcanzó. Pasó las manos lento alrededor de su cintura y apoyó la frente entre sus vértebras. Suspiró profundo e inspiró de nuevo. Jordi entrelazó sus dedos con los de ella y se quedó en silencio, como la primera vez que se habían abrazado. Aunque había sido hacía poco, sintió algo totalmente diferente. Se sintió libre en ese abrazo, tranquilo, emocionado...

—¿Estás bien?

—Quiero estar mejor —contestó Elsa, sin pensar—. Quiero...

Jordi intuyó de qué podría tratarse, así que se liberó de sus brazos, se dio la vuelta y quedó frente a ella. Se le dibujó una sonrisa inigualable en la boca y le acarició la barbilla con delicadeza.

—Deja de sentirte culpable, las cosas suceden de formas insospechadas, pero eso no significa que sea peor para nosotros, ¿no crees?

Elsa sabía que era mejor, lo que le provocaba ese estado de culpabilidad era el sentirse liberada. Tener, por fin, la sensación de que era ella, con independencia de que estuviera con alguien o no. Tardó un tiempo en comprender que, en realidad, era así como debían ser las parejas.

—Lo sé, perdona.

—Y no te disculpes —la amonestó Jordi.

Elsa se aproximó un poco más. Ahora que le tenía tan cerca podía percibir su olor, con el que estaba tan familiarizada, y recorrer con los ojos las líneas de expresión de su cara. Había estado tanto con él que tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que se conocían. Quizá se debió a esa confianza o a otra cosa, pero consideró que ya habían hablado demasiado. Ella en concreto no había hecho otra cosa que hablar estando con él. Y quería más. Necesitaba algo más. El contacto, saber que había más entre ellos, un motivo real por el que ambos habían sufrido y perdido cosas.

Se habían ganado.

Jordi la tomó por la cintura e inclinó la cabeza a un lado. Le recorrió la mejilla izquierda con cuatro besos callados que dieron a parar en su boca.

Se convirtió en un beso que cambió de ritmo, pasando de la calma a las dentelladas desesperadas y de estas al roce afectuoso de quien se descubre por primera vez.

Las paredes amortiguaron las vueltas y los jadeos estancados, que daban tirones al jersey y a la blusa, a la carne, que ardía pese a ese invierno tan frío. La piel se tensaba bajo las manos. También las extremidades, sin rigidez, se perdían entre la tirantez de la ropa.

—No es una competición —dijo Jordi, riendo.

Elsa se sonrojó un poco. Había perdido el control y solo le quedaba el instinto. Ese que nunca había llegado a liberar del todo, por pudor o porque creía que tenía otra forma de expresar el deseo. Ahora le pareció distinto. Algo vibraba y rugía por salir. Puede que no se tratase de una competición, como Jordi había dicho, pero tenía prisa por salir, por vivir de otra manera.

Tiró de la hebilla del cinturón de Jordi hacia el dormitorio. Él no opuso resistencia, sin embargo, no pudo evitar reírse. Elsa no perdió el rubor de sus mejillas y siguió decidida, andando hacia atrás, hasta que sintió el borde de la cama detrás de sus rodillas.

Una vez que estuvo ahí, alejó la mano del pantalón de Jordi y miró un segundo hacia un lado. Mejor tirarse a la piscina sin coger aire, que eso le nublabla el entendimiento.

—Ya me desnudaste una vez, no te avergüences ahora —siseó él.

Volvió a reírse, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Yo qué te voy a desnudar, caradura!

Jordi colocó el dedo índice sobre sus labios y comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Yo me quitaré la mía.

Elsa se llevó las manos a la cara y se escondió un poco detrás de la timidez repentina que le había eclipsado el atrevimiento. A Jordi le pareció en aquel momento la mujer más atractiva que había visto nunca. Se acercó un poco más a ella, se agachó, pasó las manos por detrás de sus muslos y la alzó del suelo, obligándola a enredar sus piernas alrededor de sus caderas.

—¿Y si nos tumbamos un rato en la cama y nos lo tomamos con calma? —insinuó.

Le dio un beso profundo y se dejaron caer sobre el colchón. Un cuerpo sobre otro primero y después de medio lado.

—Deja ya de contar el tiempo. No corre en nuestra contra. Relájate.

Le cogió la mano, besó su cicatriz y después se aproximó a ella hasta sentir el roce de su pelo sobre su barba áspera.

—Oye, Jordi... —susurró ella a la altura de sus clavículas.

A él se le escapó un sonido gutural como contestación.

—Creo estar teniendo un *déjà vu* —expuso ella—. Ya hemos estado así otras veces. Muchas, de hecho. Tú durmiendo y yo tumbada a tu lado.

Él intentó no reír.

—No estoy durmiendo, cariño.

—Pues estés lo que estés haciendo, la que se va a dormir voy a ser yo — declaró ella con ironía.

Esta vez sí que no pudo evitar reírse. Se separó un poco de ella, echó la cabeza hacia atrás y rio durante un buen rato.

—¡Encima que intento ser romántico! —se quejó.

—No te he pedido que lo seas —chasqueó los dedos—. ¿Por qué sigues llevando los pantalones puestos?

La risa de Jordi pasó de su boca a la de Elsa, porque ambos rodaron por la cama con una sonrisa amplia.

Tiró del cinturón y se lo quitó. Desabrochó el botón de los vaqueros, bajó la cremallera y le mordió debajo de las costillas. Elsa se estremeció y arqueó la espalda con el contacto de su boca.

Jordi se apoyó sobre sus codos y sus ojos quedaron en paralelo a los de ella.

—Si quieres competir, solo tengo que decir que voy a ganar.

Elsa colocó las manos sobre su pecho y le empujó para darle la vuelta en la cama y quedar a horcajadas sobre él.

—Eso ya lo veremos.

De fondo solo se escuchó la risa de Jordi.

Capítulo 38

24 de febrero

Todavía no se había acostumbrado a que las sábanas y almohadas olieran de aquella manera. Aunque eso no significaba que no fuese agradable.

Salió de la cama como un elefante en una cacharrería, enredándose con los bajos de los pantalones del pijama y tirando al suelo todos los objetos que había en la mesita de noche.

—No me destroces la casa, ¿quieres? —dijo Jordi desde el salón.

Elsa fue hacia ahí después de recogerlo todo.

—¿Qué haces aquí?

Se inclinó sobre el respaldo del sofá.

—¿Champán? —preguntó él al tiempo que levantaba una botella.

A Elsa se le dibujó una mueca extraña en la boca.

—¿A las nueve de la mañana?

Jordi sonrió ampliamente.

—Eso carece de importancia —se justificó él—. Tenemos que brindar.

—¿Por qué? —inquirió ella, un tanto adormilada.

—Nos conocimos hoy, hace un año. ¡Ya estás olvidando nuestro aniversario! Esta relación está abocada al fracaso —dijo Jordi, haciéndose el ofendido.

Le tendió una copa de champán y Elsa la cogió, pese a que no tenía del todo claro si sería capaz de bebérsela sin nada en el estómago.

—Di unas palabras, por lo menos. Después de haberme roto el corazón, creo que lo merezco.

—No sabía que tenía que escribir mis votos —dijo Elsa, despeinada y con ganas, desde hacía días, de enseñarle algo a Jordi.

Jordi entrecerró los ojos y la miró con atención, esperando descifrar sus pensamientos.

—¿Y si nos vestimos y nos tomamos el champán después? —sugirió.

—Me parece una pésima idea. ¿Vestidos y sin alcohol? —preguntó suspicaz.

—¡Pero si no bebes! —dijo ella, exasperada.

—Da igual —rio él.

Elsa le hizo una señal para que se dirigiera al dormitorio a cambiarse, a donde ella también lo siguió. Llevaban tres días sin salir del piso. Él había podido

tomarse un descanso del hospital y ella de la revista.

Habían intercalado todas las cosas que tenían que contarse con todos los besos que querían darse. Y los roces, y las caricias y las ansias.

—Pero ¿a dónde vamos?

Jordi se paseaba desnudo por su casa como si fuese lo más normal del mundo. Eso había sido algo a lo que Elsa había tenido que acostumbrarse muy pronto. No era nada pudoroso.

—A enseñarte algo del proyecto.

Él levantó los brazos como si Dios fuese a bajar del cielo en ese mismo instante.

—¡Hombre, por fin! Ya comenzaba a creer que no me lo dejarías ver nunca.

—En realidad ya lo has visto.

Jordi colocó los brazos en jarras.

—Ya estamos con los enigmas. ¿Me voy a cabrear?

—Sí, probablemente te subas en tu todoterreno sin despedirte y no me hables en semanas.

Emitió una carcajada potente.

—Ese ha sido un golpe muy bajo.

La rodeó por la cintura y la levantó del suelo. Le dio un beso suave y volvió a mirarla.

—Algún día tendrás que perdonármelo.

La dejó en el suelo con cuidado, se puso una camisa y salió el primero de la habitación, mientras ella se abrochaba las botas.

Cuando Elsa estuvo de pie bajo el quicio de la puerta del dormitorio y miró la cama deshecha, recordó la primera vez que había pisado esa habitación.

Pasó por el aseo y después se encontró con Jordi en el ascensor.

—¿Nunca haces la cama?

—No suelo, no —contestó.

—¿Por qué? —preguntó Elsa mientras bajaban.

—Porque me pone nervioso.

Jordi puso cara de desagrado.

—¿Cogemos el coche o...?

—Vamos dando un paseo.

Él la cogió de la mano en cuanto salieron a la calle. Caminaron en silencio, sonriéndose de vez en cuando. Los dos sabían, pese a las bromas, que era un día para celebraciones a medias. Porque también había sido catastrófico. Seguían recordando cada segundo, cada pestañeo.

Elsa más que él.

Jordi le había contado la espeluznante sensación que había tenido al ver que perdía el control del coche, cómo chirriaban las ruedas en la carretera helada. El pánico que sintió cuando se introdujo en el lago y la paz siguiente, cuando aceptó que era inevitable morir, aunque ella ya estaba ahí, aporreando la puerta. Mirándole.

Y después había llegado la peor parte para ella. Meses de silencio, de hospital, de hablar sola.

Y la peor parte para él, cuando se despertó y tomó la decisión de no aliviarla con esa noticia. Tuvo el cuerpo entumecido durante semanas. Seguía confundido, pero una parte de él también quería saber de Elsa.

Durante esos meses pensó mucho en ella, y en su antigua casa y en su padre.

Pensó que la vida es demasiado breve y los sueños muy pocos.

—Ya casi estamos —dijo Elsa, aunque era evidente que Jordi reconocía las calles.

Había pasado mucho tiempo transitándolas en su juventud.

Giraron a la derecha un par de veces más y ahí estaba lo que habían ido a buscar. Una gran pared en la que dos caballos negros casi se solapaban, sin saber cuál de los dos era la sombra y cuál el auténtico.

—¿Cómo has encontrado esto? —preguntó Jordi, sin apartar la mirada de la pared y sin soltarle la mano.

—Ya sabes que yo soy más de buscar que de encontrar. Es el boceto que le diste a Alba, ¿no?

Jordi asintió con calma.

—¿Y qué tiene que ver esto con tu proyecto?

—Esto es todo mi proyecto.

Le soltó la mano y se acercó al muro y extendió los brazos, intentando abarcarlo todo.

—Ven, vamos a subir.

—Elsa, no entiendo nada —murmuró él.

La vio intentado trepar por el muro. Pensó que no lo conseguiría al principio, pero un último impulso la colocó arriba del todo.

—Te vas a caer de ahí, haz el favor de bajar —exigió, más que pidió.

—No seas muermo, ven. Sube. Si no, no te lo puedo enseñar.

Jordi fue hacia allá suspirando.

—¿Necesita que le alce en volandas, Su Majestad?

Elsa se rio y Jordi murmuró algo que ella no llegó a escuchar.

—¿Qué dices?

—Que me vas a volver loco.

Tardó mucho menos que ella en subirse y al final estuvo de pie, a su lado.

—¿Tienes vértigo?

—No, lo que tengo es una novia que está zumbada.

—En ese caso, mira hacia abajo.

Jordi obedeció, inclinó ligeramente la cabeza y miró el grafiti que había hecho hacía más de una década y que seguía ahí, adornando aquella calle.

—Es... como si el otro caballo no estuviera —dijo al darse cuenta de a qué se refería Elsa.

—Pues este es mi proyecto. Los grafitis y la perspectiva.

—Solo se te podía haber ocurrido a ti —murmuró Jordi, orgulloso y confundido.

—Eso es lo bueno, ¿no?

Se acuclilló y acabó sentada en el muro, con las piernas colgando. Jordi la imitó.

—Creo que echaba de menos la sensación de estar aquí arriba.

—Me parece que yo también —reconoció él.

Jordi tenía facilidad para subirse a los sitios porque había sido su especialidad durante mucho tiempo. Buscar un lugar desde donde ver parte de la ciudad y también desde donde la ciudad pudiese ver parte de él.

Esos caballos habían sido los últimos. Quedaban muchísimas paredes pintarrajeadas con sus locuras de juventud y otras muchas habían sido repintadas. El ciclo de la vida es eliminar cosas para dejar espacio a otras. Eso era algo que sabía muy bien y que aceptaba a veces con resignación y otras con fe. Fe en que lo que vivía en el día presente era mucho más importante que cualquier otro momento.

—¿Crees que soy muy viejo para seguir en este oficio?

Señaló el grafiti y recibió una carcajada y varios besos.

—Mientras no me llame la policía para ir a recogerte a los calabozos por daños a la propiedad pública...

—Siempre he sido un buen atleta —explicó él, risueño.

—¿Sabes, Jordi? —él le prestó atención—. Pienso que este es el mejor sitio para empezar. Antes me has pedido que diga algo, pero no se me dan especialmente bien las palabras.

—¿Quién lo diría con lo mucho que hablas?

Elsa puso los ojos en blanco. Después le acarició el brazo con ternura.

—Para mí las imágenes valen más que cualquier cosa que se pueda decir.

Jordi siguió la mirada de Elsa, hacia el horizonte.

—¿Y qué ves ahora?

Elsa respiró el aire fresco de la mañana y sonrió.

—Copos de nieve y tus ojos. En todas partes, tus ojos verdes.

Epílogo

Su abuela le había preparado un termo de té verde que se había llevado para tomárselo mientras hacía fotografías en Puigcerdà. Habían tardado en decidirse, pero, finalmente, habían optado por utilizar estampas del pueblo para las invitaciones de boda. Querían que en un día tan especial hubiese parte de ellos, de lo que habían sido en épocas pasadas, cuando ni siquiera se habían conocido.

Habían transcurrido dos años desde el accidente. Jordi insistía mucho en que debía ser una fecha de la que olvidarse, pero Elsa no quería. Sus vidas habían cambiado ese día. Estaban juntos gracias a lo sucedido, ¿cómo iba a dejar de lado una fecha tan importante?

Hizo fotografías a los rincones más bonitos, pero también a los menos populares. A aquellos que habían descubierto juntos en esos meses. Al pasar junto al cementerio, le entraron ganas de subirse al muro por el que tantas veces había paseado como un gato. Escaló con la cámara colgada del cuello. No había perdido la agilidad. Se puso de pie con cuidado y miró todo el pueblo. Lo estaba viendo por primera vez. Nada le recordaba a nadie y eso le gustó.

Sacó un par de fotografías y cuando estuvo a punto de bajarse, a lo lejos vio una figura que reconoció de inmediato. Le dio un vuelco el corazón, sin embargo, ese latido ya no estaba cargado del amor que un día lo sostuvo. Él no la había visto. Seguía subiendo calle arriba. Estaba igual que siempre. Llevaba el pelo algo más corto y la barba más larga, quizá se trataba de alguna nueva moda londinense.

No había vuelto a saber nada de Hugo. No se habían llamado ni escrito. A veces el tiempo era imprescindible para que, llegado el momento, pudiera mirarle con la ternura con la que le contemplaba en ese instante.

Él pasó por delante del muro del cementerio y siguió andando. No hizo falta que Elsa le llamara, porque en cuanto llegó a la esquina, se detuvo, se dio la vuelta con parsimonia y dirigió sus ojos a lo alto del muro, a la esbelta figura que le miraba desde ahí, rozando el cielo.

Ella levantó la mano y le saludó con una sonrisa en los labios. Se trataba de una sonrisa nostálgica, llena de recuerdos, de ese día en concreto, en el que se conocieron de la misma manera. Hugo sonrió también y acto seguido se rio

negando con la cabeza. Al final, parecía que sí que había cosas que nunca cambiarían.

Elsa se dio la vuelta y saltó del muro, como también hizo entonces. Él cruzó la calle instintivamente y fue hacia el cementerio. Traspasó el arco de la puerta y la encontró al otro lado. Se acercaron después de haber susurrado un hola casi inaudible.

—Elsa —dijo él cuando estuvo a su lado.

Ella dio un paso más y le abrazó con todo el afecto que habían resguardado a tiempo.

—Hugo, te veo estupendo, ¿cómo estás?

Cuando se echó a un lado, él vio la alianza de compromiso en el dedo de ella. No le molestó. Tal vez porque él también había aprendido a querer de otra manera, una más sincera y menos dañina.

—Muy bien. Me he escapado a ver a mi familia. ¿Cómo te va todo? He visto que tu proyecto ha dejado atrás las fronteras. ¡Tu propio estudio, eso es increíble!

Hugo no quiso fingir que no había pensado en ella, que no se había informado. No había podido borrarla de su vida tan fácilmente.

—Ha sido una suerte, la verdad. Estoy muy satisfecha —explicó Elsa.

Tenerle frente a ella seguía pareciéndole extraño, aunque no se sintiera incómoda.

—Me alegra escuchar eso, de verdad. Si os pasáis alguna vez por Londres, avisa, ¿eh?

Puede que se tratase de una invitación que ninguno de los dos aceptaría, sin embargo, lo propuso con sinceridad. Le salió de un modo que ni siquiera él hubiese sospechado cuando un día se imaginó el reencuentro.

Elsa asintió, siendo consciente de que se refería a Jordi. Si sabía lo del proyecto, también debía de estar al corriente de su relación.

—Si os pasáis en septiembre, quizá podáis conocer ya a mi pequeño —explicó él.

—¿Tu pequeño?

Hugo dibujó una curva pronunciada alrededor de su vientre. Elsa abrió mucho los ojos y la boca. Después sonrió ampliamente.

—¿Vas a ser papá?

Sintió un pellizco en el corazón. Un día había soñado con ser la madre de los hijos de Hugo, pero eso quedaba ya lejos. Volvió a abrazarle dándole la enhorabuena.

Se miraron durante unos segundos más hasta que él también dijo:

—Enhorabuena por el compromiso. —Ella asintió—. ¿Eres feliz, Elsa?

—Mucho —contestó.

Hugo le dio un beso en la frente y se echó unos pasos para atrás.

—Nos veremos por aquí, ¿vale?

—Claro.

En el fondo, en un rincón profundo de sus corazones, sabían que esa probabilidad desaparecería con el tiempo. Así que se aferraron con uñas y dientes a ese último momento.

—Serás un gran padre, estoy convencida.

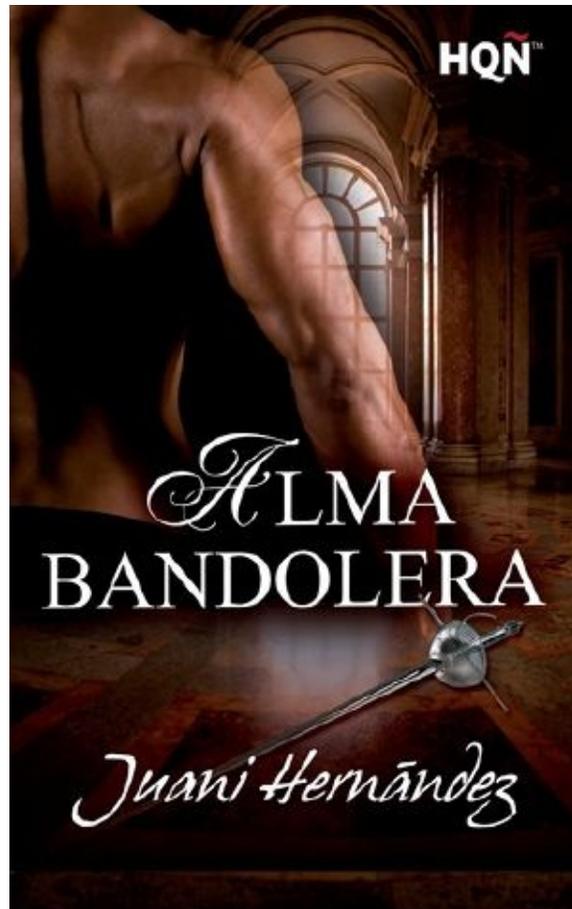
Se preguntó quién sería ella, dónde se habrían conocido, cuándo y cómo. Después renunció a esas preguntas que no sabría contestar y se despidió de él con la mano.

Hugo salió del cementerio, se desabrochó la cadena que llevaba al cuello y extrajo la alianza que había dejado ahí sujeta durante demasiado tiempo. Pasó por delante de un descampado cubierto de nieve, le dio un par de vueltas entre los dedos y la tiró al aire.

Elsa miraba en aquella dirección justo en el segundo en el que enfocó el objetivo de la cámara hacia el centello de algo que desconocía. Sacó una foto antes de que el anillo cayese al suelo. Sin saberlo, acababa de inmortalizar su pasado, y cuando lo vio retratado le pareció bonito.

Casi tanto como el horizonte del día siguiente.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com